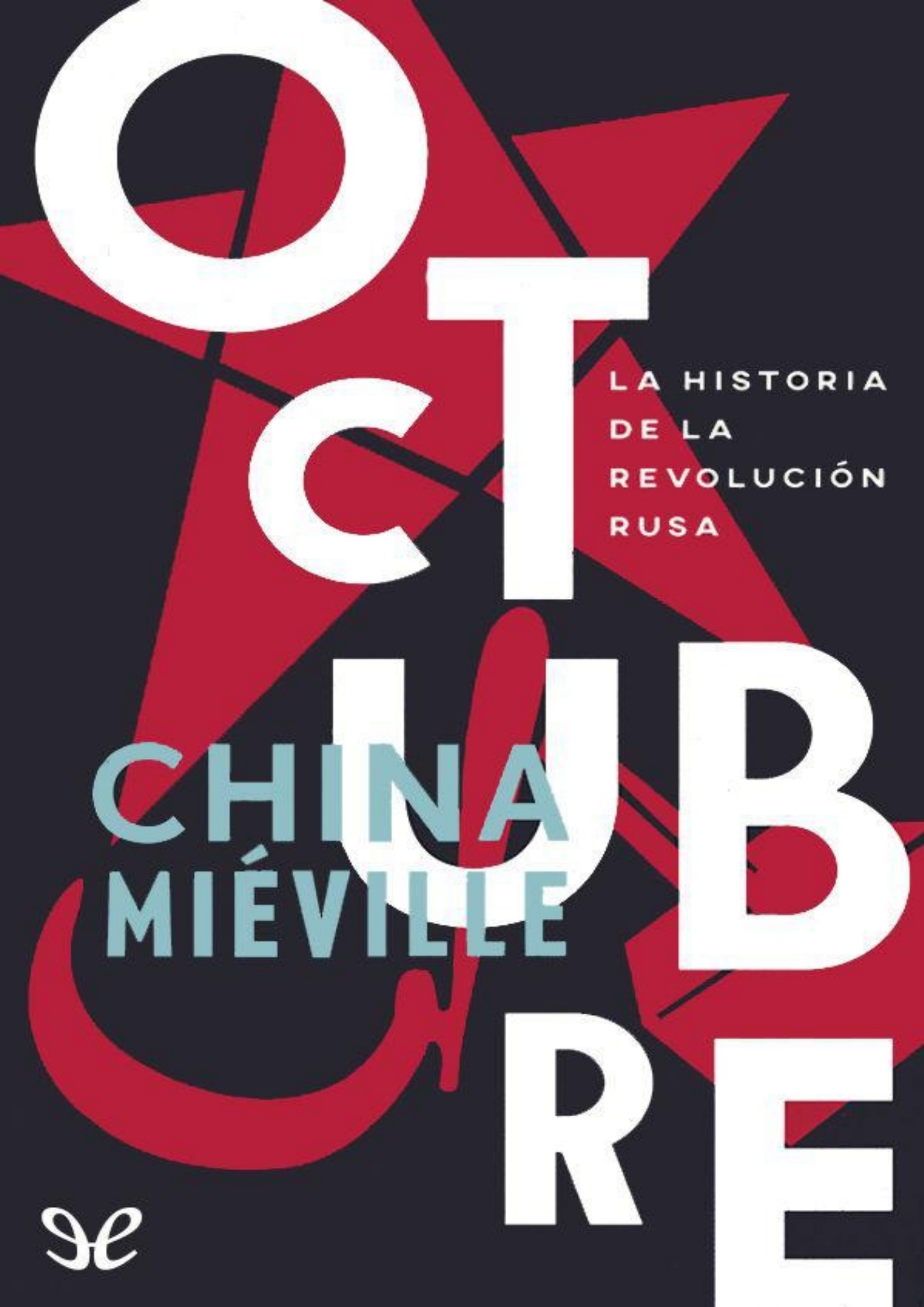




OCTUBRE

LA HISTORIA
DE LA
REVOLUCIÓN
RUSA

CHINA
MIÉVILLE

En febrero de 1917 Rusia era una monarquía atrasada y autocrática, enfangada en una guerra impopular; en octubre, después de no una, sino dos revoluciones, se había convertido en el primer Estado de los Trabajadores, pugnando por colocarse en la vanguardia de la revolución mundial. ¿Cómo tuvo lugar esta increíble transformación?

En un vasto mosaico que va desde las avenidas y calles de San Petersburgo y Moscú hasta las aldeas más remotas de un imperio inabarcable, Miéville desvela las catástrofes, intrigas y fenómenos inspiradores de 1917 en toda su pasión, dramatismo y singularidad. Afrontando los debates clásicos, pero narrado también para el lector que se asoma por primera vez a este colosal acontecimiento, he aquí el formidable relato de una humanidad en su punto más grandioso y más desesperado; un antes y después civilizatorio que todavía reverbera en nuestros días.



China Miéville

Octubre

La historia de la Revolución Rusa

ePub r1.0

Titivillus 01.04.18

Título original: *October. The Story of the Russian Revolution*

China Miéville, 2017

Traducción: Antonio José Antón Fernández

Diseño de cubierta: RAG

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2



OCTUBRE

LA HISTORIA DE LA REVOLUCIÓN RUSA

CHINA MIÉVILLE

Traducción: Antonio J. Antón Fernández



Índice de contenido

Mapas

Introducción

1. La prehistoria de 1917

2. Febrero: Lágrimas de alegría

3. Marzo: «En tanto que»

4. Abril: El hijo pródigo

5. Mayo: Colaboración

6. Junio: Un contexto de colapso

7. Julio: Días calurosos

8. Agosto: Exilio y conspiración

9. Septiembre: Los compromisos y sus descontentos

10. Octubre rojo

Epílogo: Después de Octubre

Glosario de nombres

Para seguir leyendo

Agradecimientos

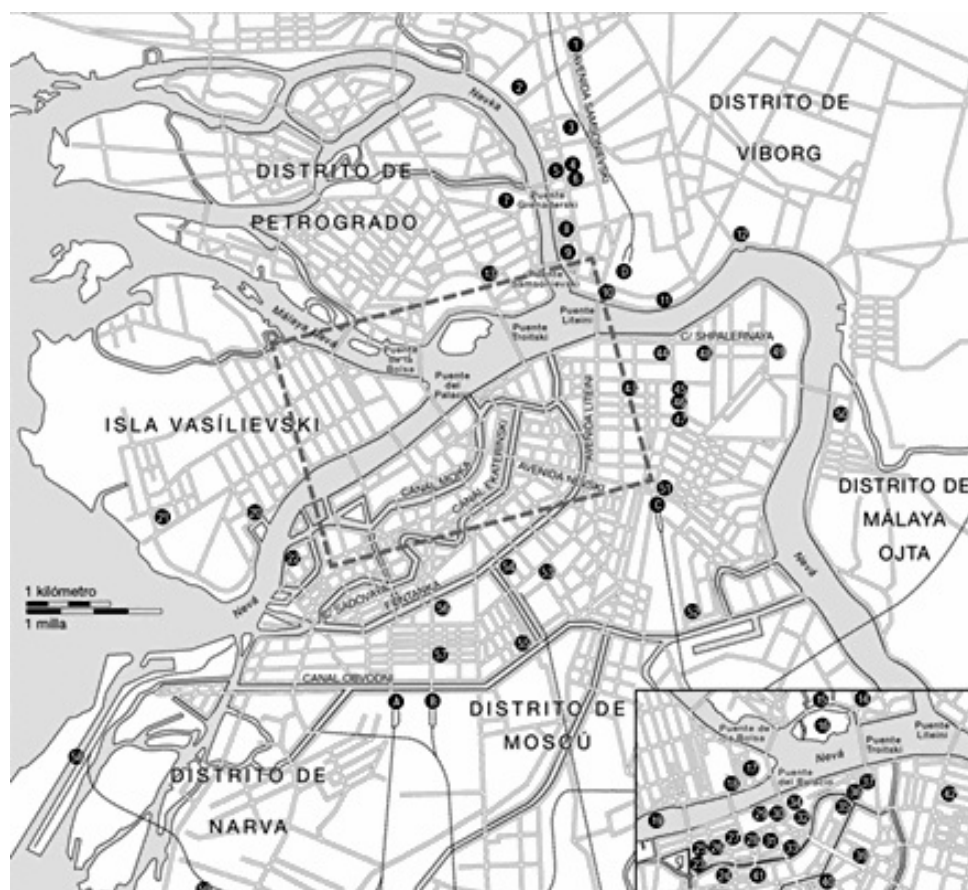
Autor

Notas

Para Gurru

«.....
.....»

NIKOLÁI CHERNYSHEVSKI,
¿Qué hacer?



Petrogrado, 1917

- 1 Fábrica Russki Reno
- 2 Fábrica Novy Lessner
- 3 Regimiento Moskovski
- 4 Sede del Sexto Congreso
- 5 Fábrica Erikson
- 6 Primer Regimiento de Ametralladoras
- 7 Regimiento de granaderos
- 8 Sede de los bolcheviques, distrito de Viborg
- 9 Imprenta Trud
- 10 Escuela de artillería Múlkovski
- 11 Prisión de Kresty
- 12 Fábrica Metalist
- 13 Círculo Moderno
- 14 Mansión Khesinskaya
- 15 Arsenal de Kronwerk
- 16 Fortaleza de San Pedro y San Pablo
- 17 La bolsa
- 18 Universidad de Petersburg
- 19 Aurora
- 20 Regimiento Finlyanski
- 21 180.^o regimiento de infantería
- 22 Asilero franco-ruso
- 23 Destacamento de la Segunda Flota del Báltico
- 24 Regimiento Kelagimski
- 25 Oficina central de telégrafos
- 26 Agencia de telégrafos de Petrogrado
- 27 Oficina de correos
- 28 Ministerio de la guerra
- 29 Almacén de guerra
- 30 Plaza del Palacio
- 31 Catedral de San Isaac
- 32 Cuartel general del Estado Mayor
- 33 Estación telefónica de Petrogrado
- 34 Palacio de Inverno
- 35 Oficinas editoriales e imprenta de Pravda
- 36 Regimiento Pavlovski
- 37 Campo de Marte
- 38 Catedral de Kizhin
- 39 Duma de la ciudad
- 40 Banco Estatal
- 41 Palacio Marinski
- 42 Editorial Priboi
- 43 Regimiento Litvinski
- 44 Decimocuarto Regimiento de Cosacos
- 45 Regimiento Preobrazhenski
- 46 Sexto Batallón de Ingenieros
- 47 Regimiento Volynski
- 48 Palacio de Tauride
- 49 Smolny
- 50 Primer Regimiento de Reserva de Infantería
- 51 Plaza Zharminskaya
- 52 Primer y Cuarto regimiento de cosacos
- 53 Regimiento Semónovski
- 54 Estación eléctrica de Petrogrado
- 55 Regimiento Vigenki
- 56 Regimiento Petrogradski
- 57 Regimiento de Guardias de Ismailovski
- 58 Canal del puerto
- 59 Fábrica Putilov
- A Estación del Báltico
- B Estación Varsovia
- C Estación Nikoláyevski
- D Estación Finlandia



INTRODUCCIÓN

En mitad de la Primera Guerra Mundial, mientras Europa temblaba y sangraba, un editor norteamericano publicó el aclamado *Modern Russian History*, de Aleksandr Kornílov. Kornílov, intelectual y político liberal ruso, concluía su crónica en 1890, pero en esta edición en inglés de 1917, su traductor, Alexander Kaun, actualizaba la crónica. El párrafo final de Kaun se abre con palabras amenazadoras: «No hace falta ser profeta para vaticinar que el actual orden de cosas tendrá que desaparecer».

Ese orden iba a desaparecer —espectacularmente— al tiempo de imprimirse esas palabras. En el transcurso de ese violento e incomparable año, Rusia se estremeció y quebró, no por una sino por dos insurrecciones, dos confusas y liberadoras rebeliones, dos reconfiguraciones. La primera, en febrero, se deshizo vertiginosamente de medio milenio de gobierno autocrático. La segunda, en octubre, tuvo un alcance muchísimo mayor. Impugnada, y en última instancia trágica; disputada, y finalmente inspiradora.

Los meses de febrero a octubre fueron un proceso continuo de pugna, una torsión de la historia. Lo que aconteció, y el significado de lo que aconteció, siguen siendo abrumadoramente controvertidos. Febrero y, sobre todo, octubre han sido durante mucho tiempo los prismas a través de los cuales se han contemplado las políticas de la libertad.

Se ha convertido en un ritual historiográfico distanciarse de toda quimera de «objetividad», una mirada supuestamente desinteresada a la que ningún escritor puede o debe querer adherirse. Respeto esa costumbre, y repito aquí su *caveat*: aunque no sea uno —espero— dogmático ni acrítico, sí que tomo partido. En la historia que se relata a continuación, tengo mis villanos y mis héroes. Pero, si bien no pretendo ser neutral, he intentado ser justo, y espero que los lectores de diversos colores políticos encuentren valioso este relato.

Hay ya muchas obras sobre la Revolución rusa, y un buen número de ellas son excelentes. Aunque se haya documentado cuidadosamente —todo acontecimiento o discurso de los descritos aquí está registrado en la historiografía—, este libro no intenta ser exhaustivo, académico o especializado. Es, más bien, una breve introducción para aquellos que tengan curiosidad respecto a una historia sorprendente; para aquellos que quieran verse inmersos en los compases de la revolución. Porque precisamente he intentado narrarla como *una historia*. El año 1917 fue una epopeya: una concatenación de aventuras, esperanzas, traiciones, coincidencias improbables, guerra e intrigas; una sucesión de valentía y cobardía, de estupidez, farsas, proezas, tragedia, ambiciones y cambios que marcan época; luces deslumbrantes, acero, sombras, raíles y trenes.

Hay algo en la «rusidad» de Rusia que a menudo parece embriagarnos. Una y otra vez, las discusiones sobre la historia del país, especialmente aquellas entre no rusos, pero a veces entre los propios rusos, se deslizan hacia un esencialismo idealizado, evocando un espíritu ruso supuestamente irreductible e inefable, cuyo corazón es un misterio. No solo singularmente triste, sino singularmente inescrutable. Rehúye toda explicación: *mnogostradalnaya*, la Rusia de los muchos sufrimientos; la Madrecita Rusia. Esa Rusia —como dice Virginia Woolf en su libro más onírico, *Orlando*— en la que «los ocasos son más largos, los amaneceres menos repentinos y las frases a menudo se dejan inacabadas, ante la duda de cómo acabarlas mejor».

Esto no puede valer. Que haya especificidades históricas rusas es algo que apenas puede cuestionarse; que expliquen la revolución, no digamos justificarla, sí puede discutirse. La historia debe honrar aquellas especificidades, sin perder de vista lo general: las causas históricas mundiales y las ramificaciones de la rebelión.

El poeta Ósip Mandelshtam, en un poema cuyo título suele variar, una célebre conmemoración del primer aniversario del comienzo de 1917, habla de «tenue luz de la libertad». La palabra que emplea, *sumerki*, habitualmente sugiere un ocaso, pero también puede referirse a la oscuridad que anticipa el amanecer. De ahí la ambigüedad: «¿Honra —se pregunta su traductor Borís Dralyuk— a la consumida llama de la libertad, o a su tímido primer resplandor?».

Quizá el resplandor en el horizonte no es de atardeceres que se prolongan ni de amaneceres menos repentinos, sino que es una prolongada y constitutiva ambigüedad. Tal condición crepuscular la hemos conocido todos, y la

conoceremos una vez más. Esa luz extraña no pertenece solo a Rusia.

Esta fue la revolución de Rusia, desde luego, pero perteneció y pertenece a otros, también. Podría ser nuestra. Si sus frases todavía están inacabadas, nos queda la tarea de acabarlas.

UNA NOTA SOBRE LAS FECHAS

Para el estudiante de la Revolución rusa, el tiempo está literalmente fuera de quicio. Hasta 1918 Rusia utilizaba el calendario juliano, que se retrasa trece días respecto al calendario gregoriano moderno. Al igual que el relato de los protagonistas, inmersos en su tiempo, este libro sigue el calendario juliano, el que usaban entonces. En una parte de la literatura sobre la cuestión puede leerse que el Palacio de Invierno fue tomado el 5 de noviembre de 1917. Pero aquellos que lo asaltaron lo hicieron el 26 de su octubre, y es su Octubre el que refulge, como algo más que un mes. Diga lo que diga el calendario gregoriano, este libro está escrito a la sombra de Octubre.

1. LA PREHISTORIA DE 1917

Un hombre contempla el cielo, desde una isla azotada por el viento. Robusto y enormemente alto, se yergue en medio de otra borrasca de mayo, mientras sus elegantes ropajes ondean a su alrededor. Ignora las turbulencias del río Nevá que le rodea, la maleza y el verdor del desgarrado pantano litoral. El fusil cuelga de su mano. Alza la vista, sobrecogido. En lo alto, remonta el vuelo una gran águila.

Paralizado, Pedro el Grande, todopoderoso gobernante de Rusia, observa largo rato su vuelo. El ave le devuelve la mirada.

Finalmente el hombre se gira abruptamente y clava su bayoneta en la tierra mojada. Empuja la hoja a través de la tierra y las raíces, y levanta primero una, después dos largas tiras de tierra. Las arranca del suelo y las arrastra, ensuciándose, hasta colocarlas justamente debajo de donde planea el águila. Ahí deja las dos tiras, en forma de cruz, y proclama con un rugido: «¡Hágase aquí una ciudad!». Así, en mayo de 1703, en la Isla Záyachi del golfo de Finlandia, en tierras arrebatadas al Imperio sueco en la Gran Guerra del Norte, el zar ordena la creación de una gran ciudad y, tomando el nombre de su santo patrón, la bautiza como San Petersburgo.

Esto nunca ocurrió. Pedro nunca estuvo allí.

Esta historia es un persistente mito de aquello que Dostoyevski llamó «la más abstracta y premeditada ciudad de todo el mundo». Y aunque Pedro no estuviera presente en el día de su fundación, San Petersburgo continuará construyéndose según el sueño de su creador, contra todo pronóstico y todo sentido, en la llanura aluvial de un estuario del Báltico, infestada de mosquitos, azotada por fuertes vientos y feroces inviernos.

En primer lugar, el zar proyecta la Fortaleza de San Pedro y San Pablo, una extensa edificación en forma de estrella que ocupa toda la pequeña isla y

la protege de un contraataque sueco que nunca llegará. Y después, alrededor de sus muros, Pedro ordena que se alce un gran puerto, según los diseños más modernos. Esta será su «ventana a Europa».

Él es un visionario, si bien brutal. Es un modernizador, desprecia el clerical «atraso eslavo» de Rusia. La antigua ciudad de Moscú es pintoresca, sin planificar, una maraña de calles cuasibizantinas: Pedro dispone que su nueva ciudad se planifique siguiendo un diseño racional, con líneas rectas y curvas elegantes a escala épica, con amplias vistas, canales que crucen sus avenidas, muchos palacios grandiosos y con motivos paladianos; un barroco limitado, una ruptura con las tradiciones y las cúpulas de cebolla. Sobre este nuevo suelo, Pedro pretende construir una nueva Rusia.

Contrata a arquitectos extranjeros, dictamina que se adopten las modas europeas, insiste en construir con piedra. Puebla su ciudad a golpe de decreto, ordenando a mercaderes y nobles que se reasienten en la naciente metrópolis. En sus primeros años, por la noche, serán los lobos quienes pueblen las calles todavía inacabadas.

Las avenidas se construirán mediante trabajos forzados, y el trabajo forzoso drenará los pantanos y alzaré columnas sobre el lodazal. Decenas de miles de siervos y convictos, obligados por los guardias a trabajar las vastas tierras de Pedro. Llegan, colocan los cimientos sobre el fango, y perecen por millares. Cien mil cadáveres descansan bajo la ciudad. San Petersburgo será conocida como «la ciudad construida sobre huesos».

En 1712, en una jugada decisiva contra un pasado moscovita que desprecia, el zar Pedro hace de San Petersburgo la capital de Rusia. Durante los siguientes dos siglos, y más allá, será aquí donde la política se mueva más rápidamente. Moscú, Riga y Ekaterinburgo, y todas las innumerables villas y ciudades, y todas las demás emergentes regiones del imperio son vitales, sus historias no pueden ser ignoradas, pero San Petersburgo estará en el centro de las revoluciones. La historia de 1917 —nacida de una larga prehistoria— es, por encima de todo, la historia de sus calles.

Rusia, una confluencia de tradiciones europeas y eslavas orientales, se ha gestado lentamente entre escombros. Según un protagonista principal de 1917, León Trotsky, ha sido erigida por «bárbaros orientales, asentados en las ruinas de la cultura romana». Durante siglos, una sucesión de reyes bárbaros —zares— comerciarán y guerrearán con los nómadas de las estepas

orientales, con los tártaros, con Bizancio. En el siglo XVI, el zar Iván IV, al que la historia llama el Terrible, se abre paso de masacre en masacre hacia los territorios al este y el norte, hasta que se convierte en «Zar de todas las Rusias», líder de un colosal y variopinto imperio. Él consolida el Estado moscovita bajo una feroz autocracia. Pese a esa ferocidad, estallarán rebeliones, como siempre ocurre. Algunas, como la rebelión de Pugachev, protagonizada por campesinos cosacos en el siglo XVIII, suponen desafíos desde abajo; insurgencias sangrientas que son sangrientamente reprimidas.

Después de Iván vendrá una serie de gobernantes diversos, un forcejeo dinástico, hasta que los nobles y el clero de la Iglesia ortodoxa eligen al zar Miguel I en 1613, fundando la dinastía Románov, que continuará hasta 1917. En ese siglo la condición del *muzhik*, el campesino ruso, queda fijada dentro de un rígido sistema de servidumbre feudal. Los siervos están vinculados a las tierras, cuyos propietarios ostentan un amplio poder sobre «sus» campesinos. Los siervos pueden ser transferidos a otras haciendas, mientras su propiedad personal —y su familia— quedan en manos del terrateniente originario.

La institución es sombría y tenaz. La servidumbre continuará en Rusia hasta bien entrado el siglo XIX, muchas generaciones después de que Europa se deshiciera de ella. Abundan las historias de terratenientes que abusan abominablemente de los campesinos. Los «modernizadores» ven la servidumbre como un escandaloso freno al progreso: sus oponentes «eslavófilos» la denuncian como una invención occidental. Sobre el hecho de que debe desaparecer, ambos grupos están de acuerdo.

En 1861, Alejandro II, el «Zar Liberador», emancipa finalmente a los siervos de su yugo, de su condición de patrimonio semoviente del latifundista. Por mucho que los reformadores se hayan desesperado por el atroz destino de los siervos, no es la bondad de sus corazones lo que los anima. Es la angustia ante las oleadas de rebeliones y revueltas campesinas. Y las exigencias del desarrollo económico.

La agricultura y la industria del país están atrofiadas. La Guerra de Crimea de 1853-1855 contra Inglaterra y Francia ha descubierto las vergüenzas del antiguo régimen: Rusia queda humillada. Parece claro que la modernización —*liberalización*— es una necesidad. Y de este modo nacen las «Grandes Reformas» de Alejandro, una revisión del ejército, las escuelas y el sistema de justicia, atenuación de la censura, garantía de poderes para las asambleas locales. Y, sobre todo, la abolición de la servidumbre.

La emancipación se limita cuidadosamente. Los siervos convertidos en campesinos no reciben toda la tierra que labraron, y la que trabajan ahora está cargada con monstruosas deudas de «redención». La parcela promedio es demasiado pequeña para la subsistencia —se repiten las hambrunas— y cada vez lo es más, a medida que crece la población. Los campesinos siguen estando legalmente constreñidos, vinculados ahora a la comunidad local (la comuna, el *mir*), pero la pobreza les impulsa al trabajo estacional en la construcción, la minería, la industria, y el comercio legal e ilegal. Y acaban imbricados con la pequeña pero creciente clase trabajadora.

No solo los zares sueñan con reinos. Como todos los pueblos exhaustos, los campesinos rusos imaginan utopías del descanso. Belovode, la ciudad de las Aguas Blancas; Oponia, al final del mundo; la subterránea Tierra de Chud; las Islas Doradas; Darya; Ignat; Nutland; la ciudad sumergida de Kitez, que yace inmortal bajo las aguas del Lago Svetloyar. A veces, exploradores confusos agotan sus energías en la búsqueda de uno u otro de estos territorios mágicos, pero los campesinos intentan alcanzarlos de otras maneras. A finales del siglo XIX llega una ola de revueltas rurales.

Liderada por disidentes —escritores como Aleksandr Herzen, Mijaíl Bakunin, el incisivo Nikolái Chernyshevski—, esta es la tradición de los *naródniki*, activistas del *narod*, el pueblo. Los *naródniki* se organizan en grupos como *Zemlya i Volya* (Tierra y Libertad), y son principalmente miembros de una nueva generación de cuasimesiánicos y autodefinidos promotores de la cultura, de la Ilustración; una *intelligentsia* cuyo origen ya no es solamente noble.

«El hombre del futuro en Rusia —dice Aleksandr Herzen al comienzo de la década de 1850— es el campesino». Con un desarrollo social lento, sin ningún movimiento liberal significativo a la vista, los *naródniki* miran más allá de las ciudades, en pos de una revolución rural. En la comuna campesina rusa, en el *mir*, vislumbran un destello del futuro; las bases de un socialismo agrario.

Soñando a su manera un lugar mejor, miles de jóvenes radicales «van al pueblo», para aprender de, trabajar con, y alzar la conciencia de un campesinado que se muestra suspicaz.

Una broma amarga y ejemplarizante: los *naródniki* son arrestados en masa, a menudo a petición de esos mismos campesinos. La conclusión que extrae un activista, Andréi Zhelyábov, es que «la historia es demasiado lenta».

Algunos de entre los *naródniki* optan por métodos más violentos, para acelerarla.

En 1878, Vera Zasúlich, una joven estudiante radical con orígenes en la pequeña nobleza, saca un revólver de su bolsillo y hiere de gravedad a Fiódor Trépov, jefe de la policía de San Petersburgo, un hombre detestado por intelectuales y activistas tras ordenar el azotamiento de un prisionero descortés. En un sensacional revés para el régimen, el jurado absuelve a Zasúlich. Huye hacia Suiza.

Al año siguiente, tras una escisión en el seno de *Zemlya i Volya* nace un nuevo grupo, *Naródnaya Volya* (La Voluntad del Pueblo). Es más combativo. Sus células creen en la necesidad de la violencia revolucionaria, y están dispuestas a actuar según sus convicciones. En 1881, después de varios intentos fallidos, logran el objetivo más codiciado.

El primer domingo de marzo, el zar Alejandro II viaja a la gran escuela de hípica de San Petersburgo. Escondido entre la muchedumbre, el joven activista de *Naródnaya Volya*, Nikolái Ryasov, lanza una bomba envuelta en un pañuelo, apuntando al carruaje blindado. Una explosión incendia el aire. Entre los gritos de los testigos heridos, el vehículo se detiene con la sacudida. Alejandro sale y se adentra, tambaleante, en el caos. Según camina desorientado, el camarada de Ryasov, Ignacy Hryniewiecki, se acerca, y arroja una segunda bomba. «¡Es demasiado pronto para darle las gracias a Dios!», grita.

Otro estallido ensordecedor. «A través de la nieve, los escombros y la sangre», recordará uno de los miembros del séquito del zar, «podías ver fragmentos de ropa, hombreras, sables, y trozos sangrientos de carne humana». El «Zar Liberador» yace en el suelo, desmembrado.

Para los radicales, esta es una victoria pírrica. El nuevo zar, Alejandro III, más conservador y no menos autoritario que su padre, desata una feroz represión. Diezma a La Voluntad del Pueblo con una ola de ejecuciones. Reorganiza a la policía política, la feroz y famosa Ojrana. En este clima de reacción llega una vorágine de revueltas organizadas y homicidas, y pogromos contra los judíos, una minoría cruelmente oprimida en Rusia. Sufren severas restricciones legales, se les permite la residencia solo en la región conocida como Zona de Asentamiento, en Ucrania, Polonia, Rusia occidental y en otros lugares (aunque las excepciones implican que hay

poblaciones judías más allá de estas zonas), y durante mucho tiempo han sido los chivos expiatorios en momentos de crisis nacional (esto es, casi siempre). Ahora, los ansiosos por culparles de algo les culpan de la muerte del zar.

Los *naródniki*, asediados, planean más ataques. En marzo de 1887, la policía de San Petersburgo desbarata un complot contra la vida del nuevo zar. Cuelgan a cinco cabecillas estudiantiles, incluyendo al hijo de un inspector de escuela en la región del Volga; un brillante y comprometido joven llamado Aleksandr Uliánov.

En 1901, siete años después de que el brutal e intimidador Alejandro III haya muerto —de causa natural— y su diligente hijo Nicolás II asuma el trono, varios grupos *naródnik* se unen, bajo un programa agrario no marxista (aunque algunos de sus miembros se consideren marxistas) que se centra en las particularidades del desarrollo de Rusia y su campesinado. Se bautizan como Partido Socialista Revolucionario, y a partir de entonces serán conocidos como SR, o *eseristas*. Todavía defienden la resistencia armada: durante un tiempo el ala militar de los *eseristas*, su «Organización de Combate», no se arredra y continúa una campaña de lo que incluso sus defensores llaman «terrorismo», el asesinato de figuras del gobierno.

Dado tal compromiso, les aguardaban no pocos giros irónicos del destino. Uno de los líderes del partido, el extraordinario Yevno Azef, líder de la Organización de Combate durante algunos años, en una década será desenmascarado como un fiel agente de la Ojrana, un mazazo para la organización. Y unos pocos años después, en los momentos centrales del año revolucionario de 1917, dos miembros, Caterina Breshko-Breshkóvskaya, y su principal teórico, Víktor Chernov, serán dos de los más destacados e inflexibles partidarios del orden.

En los años finales del siglo XIX, el Estado dedica sus recursos a infraestructuras e industria, incluyendo un inmenso programa de construcción de ferrocarriles. Grandes cuadrillas de trabajo colocan raíles de acero a lo largo del país, martilleándolos, cosiendo los límites del imperio: el ferrocarril transiberiano. «Desde la Gran Muralla china el mundo no ha visto una empresa material de igual magnitud», afirma *sir* Henry Norman, un observador británico. Para Nicolás, la construcción de esta ruta de tránsito entre Europa y Asia oriental es «una tarea sagrada».

La población urbana de Rusia se dispara. Entra capital extranjero. Surgen

grandes industrias alrededor de San Petersburgo, de Moscú, o en la región del Donbáss, en Ucrania. A medida que miles de nuevos trabajadores luchan por sobrevivir en cavernosas plantas de fábrica, en condiciones desesperadas, y sometidos al despectivo paternalismo de sus jefes, el movimiento de los trabajadores avanza con dificultad. En 1882, el joven Gueorgui Plejánov, que más tarde sería el intelectual socialista más importante de Rusia, se une a la propia Vera Zasúlich, asesina fallida de Trépov y figura ya legendaria, para fundar *Osvobozhdenie Truda*, Liberación del Trabajo: el primer grupo marxista ruso.

Tras ellos vendrán más círculos de lectura, células de agitadores, encuentros entre gente unida por diversas afinidades y horrorizada ante el dominio de un capital despiadado y explotador, y la subordinación de la necesidad al beneficio. El futuro que anhelan los marxistas, el comunismo, para sus detractores es tan absurdo como cualquier Belovode campesino. Pocas veces se perfila con claridad, pero saben que apunta más allá de la propiedad privada y su violencia, más allá de la explotación y la alienación, a un mundo en el que la tecnología reduce la carga de trabajo, para que florezca lo mejor de la humanidad. «El auténtico reino de la libertad» o, en palabras de Marx, «el desarrollo de las capacidades humanas como un fin en sí mismo». Esto es lo que quieren.

Los marxistas son un variopinto grupo de *émigrés*, réprobos, académicos y trabajadores, en una red de conexiones familiares, intelectuales y de amistad, de iniciativas polémicas y políticas. Se unen en un feroz y discordante grito de denuncia. Todos se conocen.

En 1895, se forma el Sindicato de Lucha por la Liberación de la Clase Trabajadora, en Moscú, Kiev, Ekaterinoslav, Ivánovo-Vosnessensk y San Petersburgo. En la capital, los fundadores del sindicato son dos fervientes activistas jóvenes: Yuli Tsederbaum y su amigo Vladímir Uliánov, hermano de Aleksandr Uliánov, el estudiante *naródnik* ejecutado ocho años antes. Los *noms de politique* son habituales: Tsederbaum, el más joven de los dos, una esquelética figura que observa el mundo a través de quevedos que destacan sobre una fina barba, se hace llamar Mártov. A Vladímir Uliánov, prematuramente calvo, con unos llamativos y peculiares ojos rasgados, se le conoce como Lenin.

Mártov tiene veintidós años, es un judío ruso nacido en Constantinopla. Es, en

palabras de un socio izquierdista, «un bohemio bastante encantador... por predilección propia un frecuentador de cafeterías, indiferente a la comodidad, siempre discutiendo y un poco excéntrico». Débil y enfermizo, volátil, locuaz pero nulo como orador, no mucho mejor como organizador. En aquellos primeros días es un tipo de figura que no interesa a los obreros; Mártoov es de los pies a la cabeza el típico intelectual distraído. Pero es una mente afamada. Y aunque ciertamente no está al margen de las maquinaciones sectarias, típicas de los invernaderos políticos, es conocido, incluso entre sus adversarios, por su integridad y sinceridad. Es ampliamente respetado. Incluso amado.

Respecto a Lenin, parece como si todos los que le conocieran quedaran hipnotizados. La mitad de las veces, por lo visto, se ven impulsados a escribir sobre él: existen bibliotecas enteras sobre ello. Es un hombre fácilmente mitificado, idolatrado, demonizado. Para sus enemigos es un monstruo frío, homicida; para sus adoradores, un genio divino; para sus camaradas y amigos, un tímido y vivaz amante de los gatos y los niños. Capaz tanto de ocasionales destellos verbales como de toscas metáforas, como escritor no es brillante; más bien discreto. Y aun así seduce, incluso cautiva, en papel y en persona, por la pura intensidad y concentración de su discurso. A lo largo de su vida, amigos y rivales le reprocharán la brutalidad de sus réplicas, su aspereza y crueldad. Todos están de acuerdo en que la suya es una prodigiosa fuerza de voluntad. Inusual incluso entre aquellos que viven y mueren por la política, política es lo único que corre por sus venas.

Lo que le distingue especialmente es su sentido del momento político, de la fractura y la tracción. Para su camarada Lunacharski, Lenin «eleva el oportunismo a la genialidad, y con esto me refiero al tipo de oportunismo que puede aprehender el momento preciso y que siempre sabe cómo explotarlo para el invariable objetivo de la revolución». No es que Lenin nunca cometa errores. Sin embargo, tiene agudamente desarrollado el sentido de cuándo y hacia dónde empujar, cómo y cuán fuerte.

En 1898, un año después de que Lenin sea desterrado a Siberia por sus actividades políticas, los marxistas se organizan en el Rossískaya Sotsial-Demokratícheskaya Rabóchaya Partiya, el Partido Obrero Socialdemócrata Ruso (POSDR). Durante bastantes años, pese a los periodos de exilio, Mártoov y Lenin siguen siendo estrechos colaboradores y amigos. Con personalidades

tan diferentes las exasperaciones son inevitables, pero se complementan y aprecian mutuamente, como una pareja de *Wunderkinder* marxistas.

De Marx, al margen de sus divergencias sobre otras cuestiones, los pensadores del POSDR retoman una visión de la historia en la que esta se desarrolla necesariamente a través de etapas históricas. Tales concepciones «etapistas» pueden diferir enormemente en el detalle, el grado y la rigidez — el propio Marx se opuso a que se extrapolara su «esbozo histórico» del capitalismo en una teoría que trazase un camino inevitable para todas las sociedades, considerándolo algo que «me honra y me avergüenza a la vez, demasiado»—. Aun así, no es objeto de controversia entre la mayor parte de marxistas de finales del siglo XIX que el socialismo, la fase inicial del camino más allá del capitalismo y hacia el comunismo, solo puede surgir a partir del capitalismo burgués, con sus específicas libertades políticas y su clase trabajadora posicionada para tomar las riendas. Se sigue de ello que la Rusia autocrática, con sus inmensas masas rurales y su pequeña clase obrera (principalmente conformada por semicampesinos), con sus haciendas privadas y su zar omnipotente, no está lista aún para el socialismo. No hay, como dice Plejánov, suficiente levadura proletaria en la masa campesina de Rusia como para cocer el bizcocho socialista.

Todavía perdura el recuerdo de la servidumbre. Y a unos pocos kilómetros de las ciudades, los campesinos aún habitan en una miseria medieval. En invierno comparten hogar con los animales de las granjas, que luchan por hacerse un hueco al lado de la estufa. Una peste de sudor, tabaco y vapores de las lámparas. Aunque llegan poco a poco algunas mejoras, muchos aldeanos todavía caminan descalzos a través de calles enlodadas, sin pavimentar, y las letrinas no son más que hoyos al aire libre. Las decisiones sobre el cultivo de la tierra comunal se acuerdan mediante un sistema apenas más riguroso que el intercambio de gritos en caóticas reuniones de aldea. Los transgresores de las costumbres tradicionales se ven sometidos a lo que se suele llamar encerradas^[1], ásperas intromisiones, escarnio público; a veces, violencia homicida.

Pero hay cosas peores.

Según la extática proclama de Marx y Engels en el *Manifiesto Comunista*, la burguesía, que «ha desempeñado en la historia un papel altamente revolucionario... ha destruido las relaciones feudales, patriarcales, idílicas... ha desgarrado sin piedad... las abigarradas ligaduras feudales», fue por lo tanto quien, mediante la concentración de la clase trabajadora en el espacio

del poder productivo, creó «sus propios enterradores». Pero en Rusia la burguesía no es ni despiadada ni revolucionaria. No desgarró nada. Tal y como recalca el manifiesto del POSDR: «Cuanto más al este va uno en Europa, más vulgar, débil y cobarde parece la burguesía, y más gigantescas son las tareas políticas y culturales que le han tocado al proletariado».

El autor de estas palabras, Piotr Struve, virará pronto hacia la derecha. En Rusia, estos autodenominados marxistas «legales» a menudo harán de su marxismo un rodeo para ser liberales, desplazando el énfasis en los problemas de los trabajadores hacia la necesidad de una «modernización» capitalista que la cobarde burguesía no es capaz de traer a Rusia. Una herejía de izquierdas inversa, o complementaria, es el «economicismo», según el cual los trabajadores deben centrarse en la actividad sindical, dejando la política a esos liberales en apuros. Atacados por los más ortodoxos por minimizar la lucha socialista, y sin duda bastante poco efectivos con sus soluciones quietistas, no obstante estos herejes «legales» y «economicistas» tocan cuestiones clave. Han dado con una paradoja del catecismo de la izquierda: ¿cómo debe actuar un movimiento socialista en un país que no está preparado para ello, con un capitalismo débil y marginal, un vasto y «atrasado» campesinado, y una monarquía que no ha tenido la decencia de pasar por una revolución burguesa?

El final del siglo XIX trae consigo un frenesí de conspiraciones imperiales, fidelidades y traiciones que subyacen a una constante hambre expansionista. Internamente, la pulsión colonial implica mantener el lenguaje y cultura de las elites rusas dominantes, a expensas de las minorías. Los nacionalistas y la izquierda reclutan militantes entre los pueblos y naciones subordinados: lituanos, polacos, fineses, georgianos, armenios, judíos. En el imperio, el movimiento socialista siempre es multiétnico, e incluye en gran desproporción a minorías y naciones minoritarias.

Quien gobierna desde 1894 este vasto tapiz de retales es Nicolás Románov. En su juventud, Nicolás II se sometió estoicamente a la severidad de su padre. Como zar se distingue por la cortesía, la dedicación a sus deberes, y poco más. «Su rostro», según la comedida descripción de un funcionario, «es inexpresivo». Se define por la ausencia: ausencia de expresión, de imaginación, inteligencia, perspicacia, decisión, determinación, ausencia de *élan*. Una desconcertada descripción tras otra incide en la

condición «ultramundana» de un hombre sin rumbo, fuera de la historia. Él es pura vacuidad, bien educada y llena de los prejuicios de su entorno — incluyendo un antisemitismo favorable a los pogromos, especialmente los dirigidos a los revolucionarios *zhidy*, los judíos o «yids»—. Opuesto a cualquier cambio, está plenamente comprometido con la autocracia. Al pronunciar la palabra «intelligentsia», su mueca de disgusto es la misma que cuando dice «sífilis».

Su mujer, Alejandra Fiodórovna, nieta de la reina Victoria, es profundamente impopular. En parte por patriotería —después de todo es alemana, en un momento de crecientes tensiones— pero también por sus frenéticas intrigas y su patente desprecio a las masas. El embajador francés Maurice Paléologue esboza concisamente su retrato: «desazón moral, tristeza constante, una indefinida nostalgia; alternancia entre excitación y agotamiento, tendencia constante hacia lo invisible y lo sobrenatural; credulidad, superstición». Los Románov tienen cuatro hijas, y un hijo, Alexis, que está aquejado de hemofilia. Son una familia unida y amorosa, y dada la obstinada miopía del zar y la zarina, están irrevocablemente condenados.

Desde 1890 hasta 1914, el movimiento de la clase obrera crece en tamaño y confianza. El Estado emplea contra él estrategias más bien torpes; en las ciudades, intenta contener el pujante descontento popular con «sindicatos policiales»: sociedades obreras organizadas y vigiladas por las propias autoridades. Pero para tener alguna influencia, estos deben canalizar preocupaciones reales, y sus organizadores deben ser lo que el historiador marxista Mijaíl Pokrovski llama «torpes imitaciones de los agitadores revolucionarios». Las demandas que plantean son pálidos ecos de las exigencias de los trabajadores —pero incluso en los ecos todavía pueden escucharse las palabras que los originan, con consecuencias imprevisibles.

En 1902, la huelga organizada por uno de esos sindicatos policiales se extiende a toda la ciudad de Odesa. Al año siguiente, protestas masivas similares se propagan por todo el sur de Rusia, no del todo controladas por las marionetas de las autoridades. Una huelga se propaga por todo el Cáucaso desde los campos petrolíferos de Bakú. Las chispas de la revuelta prenden en Kiev, en Odesa una vez más, y en otros lugares. Esta vez las demandas de los huelguistas son tanto políticas como económicas.

Durante esta lenta aceleración, en 1903 cincuenta y un exponentes de lo

mejor del marxismo ruso se desplazan a una reunión crucial. El lugar acordado fue primero un almacén de harina plagado de ratas en Bruselas; después decidieron desplazarse a Londres. Ahí, en trastiendas y cafeterías, u observados por los trofeos de un club de pesca, y durante tres semanas de debate, el POSDR celebró su Segundo Congreso.

En la vigesimosegunda sesión se abre un cisma entre los delegados, una división destacable no solo por su profundidad, sino por la aparente trivialidad que la desencadena. La cuestión es si un miembro del partido debe ser aquel que «reconozca el programa del partido y lo apoye mediante medios materiales y mediante la habitual asociación personal *bajo la dirección* de una de las organizaciones del partido», o «mediante la *participación personal* en una de las organizaciones del partido». Mártoov pide lo primero. Lenin lo apuesta todo al segundo.

Durante cierto tiempo las relaciones entre los dos se han ido enfriando. Ahora, tras un intenso y áspero debate, Mártoov gana, veintiocho a veintitrés. Pero según continúa el debate, con sus arrebatos de ira o indignación, en el momento en que debe decidirse quién liderará el partido, los abandonos del grupo socialista judío —el Bund— y de los marxistas economicistas suponen que Mártoov ha perdido a ocho de sus partidarios. Lenin logra imponer a sus delegados para el Comité Central. Minoría en ruso es *menshinstvó*; mayoría, *bolshinstvó*. Las dos grandes alas del marxismo ruso tomarán sus nombres de estos términos: los mencheviques de Mártoov y los bolcheviques de Lenin.

En el fondo, este cisma tiene que ver con mucho más que las condiciones de afiliación. Durante el propio congreso, Lenin se refería a sus defensores como «duros» y a sus oponentes como «blandos», y la distinción quedará definida en tales términos: los bolcheviques serán considerados izquierdistas duros y los mencheviques, más moderados —aunque esto no niega el alcance y evolución sustancial de las opiniones en cada lado—. Lo que subyace fundamentalmente a la disputa sobre la afiliación —de un modo sinuoso, mediado, y lejos de ser claro incluso para Lenin— son enfoques divergentes respecto a la conciencia política, al modo de hacer campañas, a la composición y protagonismo de la clase trabajadora, y, en última instancia, respecto a la historia y al propio capitalismo ruso. Esto se hará patente catorce años después, cuando se pongan sobre la mesa las posturas respecto a la centralidad de la clase trabajadora organizada.

Pero, en esta ocasión, llega rápidamente el contraataque martoviano: las decisiones de Londres son revocadas, y Lenin dimite del Comité de redacción

del periódico del partido, *Iskra*, a finales de 1903. No obstante, entre las bases del partido —en los casos en los que se conoce la noticia— muchos militantes del POSDR consideran absurda la escisión. Algunos simplemente la ignoran. «No sé», escribe el trabajador de una fábrica a Lenin, «¿es esta cuestión realmente tan importante?». Pasarán los años mientras mencheviques y bolcheviques basculan, acercándose unas veces y alejándose otras de esa demediada unidad. La gran mayoría de miembros del partido se considera simplemente «socialdemócrata», hasta el mismo 1917. Incluso entonces, Lenin tardará todavía algún tiempo en convencerse de que no hay vuelta atrás.

Rusia mira hacia oriente, se impulsa hacia Asia, roza Turkestán y Pamir, e intenta llegar hasta Corea: la continuación de las obras del ferrocarril transiberiano, con la colaboración de China, lo coloca en trayecto de colisión con un Japón igualmente expansionista. «Necesitamos», dice el primer ministro Von Plehve, «una pequeña victoria bélica para contener la oleada revolucionaria». ¿Qué mejor antagonista en una épica patrioter que una «raza inferior» como los japoneses, a los que el zar Nicolás llama «monos»?

Comienza la guerra ruso-japonesa de 1904.

El régimen, en las simas del autoengaño, pronostica una victoria fácil. Sus fuerzas, sin embargo, son conducidas de manera incompetente, e inadecuadamente equipadas y entrenadas. Sufrirán derrotas catastróficas en Liao-Yang en agosto de 1904, en Port Arthur en enero de 1905, Mukden en febrero de 1905, Tsushima en mayo de 1905. Para el otoño de 1904, incluso la oposición liberal más timorata está alzando su voz. Después de la derrota de Liao-Yang el periódico *Osvobozhdenie*, que seis meses antes proclamaba «¡Viva el ejército!», ahora denuncia el expansionismo que se oculta tras la guerra. A través de asambleas de autogobierno regional, conocidas como *zemstvos*, los liberales organizan una «campana de banquetes», grandes y generosas cenas que culminan en mordaces brindis por la reforma política. Activismo político a través de veladas pasivo-agresivas. Al año siguiente, la oposición a la deriva del régimen alcanza tales cotas que incluso Nicolás se ve forzado a hacer concesiones. Pero la ola de revueltas se prolonga mucho más allá de los liberales; llega al campesinado y a una agitada clase obrera.

En San Petersburgo, un «sindicato policial socialista», la Asamblea de Trabajadores Rusos de Fábricas y Talleres, está liderado por un inusual antiguo capellán de prisiones llamado Gueorgui Gapón. En palabras de

Nadezhda Krúpskaya, la militante bolchevique con la que Lenin está casado, este hombre de rostro feroz «por naturaleza no es un revolucionario, sino un taimado sacerdote... dispuesto a hacer cualquier concesión». El padre Gapón, sin embargo, ejerce un ministerio social, inspirado por la cuasimística preocupación de Tolstói por los pobres. Su teología —devota, ética, quietista y reformista, todo a la vez— es confusa pero sincera.

A finales de 1904, son despedidos cuatro trabajadores de la colosal fábrica metalúrgica y de maquinaria Putílov, que emplea a más de 12.000 personas. En las reuniones solidarias organizadas por los obreros, Gapón encuentra, horrorizado, panfletos que llaman al derrocamiento del zar. Los rompe en pedazos: eso excede los parámetros de su misión. Pero a las demandas de los trabajadores, es decir, la reincorporación de los despedidos, Gapón les añade la exigencia de incrementos salariales, mejora de las condiciones laborales y una jornada de ocho horas. Los radicales a su izquierda añaden exigencias ulteriores, que van más allá de los intereses sectoriales: libertad de asamblea y de prensa, separación de Iglesia y Estado, fin de la Guerra ruso-japonesa y una asamblea constituyente.

El 3 de enero de 1905, se declara una huelga en toda la ciudad. Rápidamente entre 100.000 y 150.000 personas salen a la calle.

Domingo, 9 de enero: los manifestantes se reúnen en la gélida oscuridad que antecede al amanecer. Un numeroso grupo, del distrito de clase obrera de Víborg, se encamina hacia la suntuosa residencia del monarca, el Palacio de Invierno, cuyas ventanas vigilan tanto la confluencia de los dos defluentes del río Nevá, como la catedral en la Fortaleza de Pedro y Pablo y las columnas rostrales en la punta de la Isla Vasílievski, en el corazón de la ciudad.

Aguas profundas, congeladas. Desde la orilla norte, los manifestantes descienden hacia el hielo del Nevá. Decenas de miles de trabajadores, temblando en sus ropas harapientas, comienzan a marchar junto a sus familias. Sostienen iconos y cruces. Cantan, corean himnos. A la cabeza, el padre Gapón con su sotana, portando un pliego de ruegos para el zar. Su texto comienza con un «Señor...» en una exquisita combinación de servilismo y radicalidad. Implora al «padrecito» Nicolás que garantice «verdad y protección» ante los «explotadores capitalistas».

Una oposición de este tipo podía aplacarse con facilidad. Pero estas autoridades son tan crueles como estúpidas. Miles de tropas están desplegadas sobre el hielo, a la espera de una señal.

Es mediodía cuando los manifestantes comienzan a acercarse. Los cosacos galopan contra ellos, con los sables desenvainados. La marcha se disgrega, en total confusión. Las fuerzas del zar los derriban. La gente no se dispersa. Las tropas desenfundan sus armas de fuego y comienzan a disparar. Los cosacos restallan las *nagaikas*, látigos que pueden ser mortales. El rojo tiñe la escarcha. Desesperados, los manifestantes gritan, tropiezan y caen.

Cuando la masacre llega a su fin, hasta mil quinientas personas yacen muertas, amontonadas. Es el Domingo Sangriento.

El impacto es incalculable. Desata un cambio radical en el sentimiento popular. Esa tarde, Gapón, al ver su visión del mundo destruida, «rojo de cólera», recordará Krúpskaya, «por el aliento de la revolución», atruena ante una multitud de supervivientes: «¡No tenemos zar!».

Ese día acelera la revolución. La información se propaga por todo el país; viaja por los raíles del tren, y trae consigo la furia.

Las huelgas se suceden a lo largo y ancho del imperio, y las secundan incluso grupos inéditos: tenderos, empleadas de hoteles, taxistas. Se sigue más confrontación, y más muertes: 500 en Lodz, 90 en Varsovia. En mayo, estalla un motín por carne estropeada en el acorazado *Knaz-Potemkin*. Llegan más revueltas en noviembre, en Kronstadt y Sebastopol.

El régimen está frenético. Experimenta con varias combinaciones de concesión y represión. Y la revolución no provoca solo respuestas oficiales sangrientas, sino que despierta un tradicional sadismo ultraderechista, prácticamente paraestatal.

Solo dos años antes, en Besarabia la ciudad de Kishinev había sufrido el primer pogromo del siglo xx. Durante treinta y seis horas, bandas saqueadoras, sin impedimentos policiales y con la bendición de los obispos ortodoxos, desataron una carnicería. Adultos y niños judíos fueron torturados, violados, mutilados, asesinados. Se cortó la lengua de un bebé. Los asesinos vaciaron los cuerpos destripados de sus víctimas y los llenaron de plumas. Cuarenta y una personas murieron, casi 500 resultaron heridas y, según observó un periodista, la mayor parte de ciudadanos —gentiles— no expresaron «ni pesar ni arrepentimiento».

En medio del dolor, muchos afirmaron que los judíos de Kishinev no habían resistido lo suficiente. Esta supuesta «vergüenza de la pasividad»

provocó un examen de conciencia entre los judíos radicales. De modo que, en abril de 1905, cuando a los judíos ucranianos de Zhitomir les llega la noticia de un ataque inminente, la respuesta es desafiante: «Demostraremos que Zhitomir no es Kishinev». Y con su defensa frente a los asesinos, limitando los daños y los asesinatos, los defensores de Zhitomir inspiraron al Bund judío, que declaró que «los tiempos de Kishinev se han ido para siempre».

Casi instantáneamente comprobarán que era un terrible error.

En el ataque de Zhitomir destacaron las Centurias Negras, un nombre que incluye a varias células de ultrarreaccionarios protofascistas, que se movilizaron rápidamente en respuesta a la revolución de 1905. Están dispuestos a aderezar su discurso con unas pocas demandas populistas como la redistribución de tierras, pero por encima de todo mantienen el fervor por un zar autocrático —Nicolás II es miembro honorario— y un rencor homicida contra los no rusos, muy especialmente contra los judíos. Sus matones patrullan las calles, y tienen muchos amigos en las altas esferas, diputados parlamentarios como Aleksandr Dubrovin y Vladímir Purishkévich. Dubrovin es el líder de la Unión del Pueblo Ruso (SRN): defensor de la violencia racista extrema, un doctor que dejó la medicina para combatir la infección liberal. Purishkévich es el vicepresidente de la SRN. Ostentoso, temerario y excéntrico hasta el punto de la locura, descrito por el autor Scholem Aleijem como un «villano atroz» y un «gallito^[2]», es un devoto creyente en la autocracia por mandato divino. Sin duda algunos grupos de las Centurias Negras (como la secta conocida como *Ioannity*) aderezan su odio racial con una religiosidad extática, dirigiendo el fervor ortodoxo contra los «asesinos de Cristo»: sueños febriles de judíos bebedores de sangre, iconos, escatología y misticismo al servicio de la depravación.

En octubre las Centurias Negras cometen asesinatos en masa en la ciudad cosmopolita de Odesa, masacrando a más de 400 judíos. En la ciudad siberiana de Tomsk bloquearon todas las entradas a un edificio en el que se celebraba una reunión, lo incendiaron y se recrearon quemando vivas a sus víctimas. Arrojaron petróleo a las llamas. Un chico adolescente, Naum Gabo, escapa unos minutos antes, y es testigo de la devastación. Años después, anciano, el escultor más importante de su generación, escribirá: «No sé si puedo expresar en palabras el horror que me oprimió y secuestró el alma».

Este es el siniestro carnaval de las Centurias Negras, que se prolongará durante años.

La reacción prosigue en su marcha sangrienta, y el zar calla, mientras tantea posibles concesiones. En agosto de 1905 anuncia un parlamento consultivo, una Duma. Pero su complejo censo electoral favorece a los ricos: las masas siguen insatisfechas. El Tratado de Portsmouth acaba con la Guerra ruso-japonesa, y el acuerdo es clemente con Rusia, dadas las circunstancias. Sin embargo, la autoridad del Estado ha quedado dañada en el exterior y en casa, para todas las clases sociales.

La insurgencia tiene extraños desencadenantes. En Moscú, en octubre de 1905, una cuestión tipográfica desencadena el estallido final de un año revolucionario.

Los impresores de Moscú son remunerados por letra. Ahora, en la editorial Sytin, exigen que se les pague también por la puntuación. Una exótica rebelión ortográfica, que provoca una ola de huelgas solidarias. Se unen panaderos y trabajadores ferroviarios; también algunos trabajadores de banca. Los integrantes del Ballet Imperial se niegan a actuar. Se cierran fábricas y tiendas, los tranvías quedan inmóviles; los abogados se niegan a presentar casos, los jurados se niegan a escucharlos. Las catenarias dormitan en las estaciones: los ferrocarriles del país, su sistema nervioso de acero, están congelados. Un millón de soldados quedan aislados en Manchuria. Los huelguistas exigen pensiones, un salario decente y elecciones libres, una amnistía para los prisioneros políticos y, una vez más, un órgano representativo: una Asamblea Constituyente.

El 13 de octubre, a instancias de los mencheviques, se reúnen alrededor de cuarenta representantes de los trabajadores, eseristas, mencheviques y bolcheviques, en el Instituto Tecnológico de San Petersburgo. Los trabajadores les votan, uno por cada 500 trabajadores. Bautizan su reunión con el equivalente en ruso de «consejo»: *soviet*.

Durante tres meses, antes de que los arrestos en masa acaben con él, el soviet de San Petersburgo extiende su influencia, atrae a personas más allá de las bases de sindicatos y partidos, comienza a reafirmar una creciente autoridad. Fija las fechas de huelgas, controla los telégrafos, debate peticiones públicas, emite declaraciones. Su líder es el conocido y joven revolucionario Lev Bronstein, a quien la historia conoce como León Trotsky.

Trotsky es de carácter difícil, pero es imposible no admirarle. A la vez es carismático y áspero, brillante y polémico, persuasivo y duro. Puede ser

seductor y puede ser frío, incluso brutal. Lev Davidóvich Bronstein era el quinto de ocho hijos nacidos en un pueblo de la actual Ucrania, en una familia acomodada judía, no practicante. Revolucionario a la edad de diecisiete, un breve escaqueo con los naródniki le lleva al marxismo y a la cárcel. El nombre de Trotsky lo tomó prestado de un carcelero en Odesa, en 1902. En su momento considerado el «garrote de Lenin», se alineó con los mencheviques en el disputado congreso de 1903, aunque pronto rompió con ellos. Durante estos años, en los que se mantuvo «sin adscripción», él y Lenin tuvieron numerosas y agrias polémicas sobre varias cuestiones.

Los marxistas, casi todos de acuerdo en que el país no estaba listo para el socialismo, están ampliamente de acuerdo en que una revolución rusa solo puede y debe ser capitalista y democrática; pero también, y esto es lo crucial, que puede ser un catalizador para la revolución socialista en una Europa que está más desarrollada. En su mayor parte los mencheviques se resisten a actuar, a la espera de un liderazgo burgués activo, tal y como corresponde a una revolución liberal: hasta la debacle de 1905, por tanto, se opusieron a tomar parte en cualquier gobierno respaldado por una revolución. Los bolcheviques, por contra, sostenían que en el contexto de un liberalismo cobarde, la propia clase obrera debe liderar la revolución, en alianza no con aquellos liberales sino con el campesinado: tomar el poder, en lo que Lenin llamó una «dictadura revolucionaria-democrática del proletariado y el campesinado».

Trotsky, por su parte, ya afamado como un provocador y destacado pensador, pronto desarrollará una visión muy diferente, se moverá en diversas direcciones respecto a estas cuestiones, formulando teorías que marcarán su disputado legado. En 1905 está profundamente implicado en el funcionamiento del soviét, como participante y testigo de este tipo distinto — y asediado— de gobierno.

En el campo, la revolución de 1905 se manifiesta, principalmente, primero en actividades locales ilegales y espontáneas, como la tala de madera en tierras estatales o latifundios, y huelgas entre los trabajadores agrícolas. Pero, a finales de julio, delegados campesinos y revolucionarios se reúnen cerca de Moscú y se declaran la Asamblea Constitucional del Sindicato de Campesinos de Todas las Rusias. Piden la abolición de la propiedad privada de la tierra, y su reconstitución como «propiedad común».

El 17 de octubre, el zar, sobrepasado aún por las turbulencias políticas, reticentemente lanza su «Manifiesto de Octubre», nombrando a un político astuto y conservador, el conde Serguéi Witte, como primer ministro. Como acicate para el liberalismo ruso, Nicolás concede poderes legislativos a la Duma y sufragio limitado para los trabajadores urbanos varones. Ese mismo mes se celebra el congreso fundacional del Partido Constitucional Democrático, cuyos miembros serán conocidos como kadetes.

Como liberales, los kadetes defienden los derechos civiles, el sufragio masculino universal, cierto grado de autonomía para las minorías nacionales, y una reforma moderada de la tierra y el trabajo. Las raíces del partido incluyen una cierta vena de liberalismo radical (oide), aunque este declina rápidamente a medida que se olvida la revolución de 1905, y especialmente tras el manifiesto del zar. Para finales de 1906, su ambiguo republicanismo habrá mutado en apoyo a la monarquía constitucional. Los 100.000 miembros del partido kadete son principalmente profesionales de clase media: el presidente del partido, Pável Miliukov, es un eminente historiador. En apoyo al Manifiesto de Octubre del zar se forma otro partido, unas cinco veces más pequeño que el partido kadete: los octubristas. Atrae a los liberales conservadores, y lo componen principalmente terratenientes, empresarios cautos y familias adineradas. Apoyan algunas reformas moderadas, pero se oponen al sufragio universal, que consideran una amenaza a la monarquía y a ellos mismos.

La disidencia tiene su propia inercia: a comienzos de noviembre se celebra un segundo congreso campesino, más radical. En las provincias centrales de Tambov, Kursk y Vorónezh; en el Volga, en Samara, Simbirska y Sarátov; alrededor de Kiev y en Chernógov y Podolia, las multitudes campesinas atacan, desvalijan, y a menudo incendian mansiones señoriales, además de saquear sus tierras. Las ideas revolucionarias se propagan eléctricamente, por las carreteras y ferrovías. Se forman soviets en Moscú, Sarátov, Samara, Kostromá, Odesa, Bakú, Krasnoyarsk. En diciembre, el soviets de Novorossiisk derroca al gobernador y, brevemente, gobierna la ciudad.

En Moscú, el 7 de diciembre la huelga general se convierte en una insurrección urbana, apoyada por eseristas y bolcheviques —estos últimos más por voluntarismo que por una gran fe en la probabilidad de su éxito—. Durante días el anillo exterior de la ciudad está en manos revolucionarias. Los trabajadores colocan barricadas por las calles, y Moscú se ve atrapada en una

lucha de guerrillas.

Al final llegan noticias de que el Regimiento Semiónovski, leal al zar, viene desde San Petersburgo: aliento para los voluntarios contrarrevolucionarios. La artillería bombardea a los trabajadores textiles insurgentes en el distrito de Presnya. En estos últimos estertores de la rebelión, 250 radicales son asesinados. La revolución muere con ellos.

El mes de enero de 1906 —según la escalofriante descripción de Victor Serge— es «un mes de pelotones de fusilamiento». Una ola de pogromos orquestados asola el país. El Comité Judío Americano recopila pruebas de un tremendo aumento de la violencia racista, que se habría cobrado hasta 4.000 vidas.

La resistencia continúa, incluyendo los asesinatos. En febrero de 1906, en la estación de ferrocarril del pueblo de Borisoglebsk, una eserista de veinte años llamada María Spiridónova dispara al jefe local de seguridad, un hombre conocido por su salvaje represión de los campesinos. Spiridónova recibe una sentencia de muerte, conmutada por trabajos forzados en Siberia. En cada parada del viaje hacia la colonia penal, María sale para dirigirse a multitudes de simpatizantes. Incluso la prensa liberal, poco admiradora de los eseristas, publica sus cartas. Relatan las torturas a manos de sus captores. Su maltrato se convierte en una *cause célèbre*.

Pero las expediciones punitivas del Estado se extienden más allá de las ciudades, con el objetivo de reafirmar su autoridad y cortar de raíz los reflujos radicales. Para cuando la rebelión ha sido finalmente sofocada, 15.000 han muerto —la gran mayoría revolucionarios— y 79.000 están en prisión o exiliados. Piotr Stolypin, gobernador de Sarátov, se gana el oprobio del pueblo por recurrir a la horca. El nudo del verdugo pasa a conocerse como «corbata de Stolypin».

«Mejor», dice una consigna de los trabajadores, «colgar como una pila de huesos que vivir como esclavos».

Las ruinas de la derrota de 1905, y la posterior represión, dieron fin a toda ingenuidad respecto a la buena voluntad del régimen. Eliminaron cualquier resto de fe en el zar y, para los radicales, sofocaron toda esperanza de colaboración con la «sociedad del censo», como se conocía a las clases propietarias y la intelligentsia liberal. Para la mayor parte de esa capa social,

el Manifiesto de Octubre basta para justificar la capitulación. Los trabajadores saben ya que están solos.

Esa soledad, entre los más «conscientes», el pequeño grupo creciente de trabajadores-intelectuales, autodidactos y activistas, azuza un implacable orgullo de clase. Un agudo sentido de cultura, disciplina y conciencia, el irreconciliable antagonismo con la burguesía. De ahora en adelante, desde abajo llega un clamor cada vez mayor, no solo por mejoras económicas, sino por dignidad. Una canción de los soldados rasos, llena de indignación, deja muy claras esas prioridades:

Por supuesto queríamos algo de té,
pero danos con nuestro té
algo de educado respeto.
Y por favor que los oficiales
no nos abofeteen.

Soldados y trabajadores exigen que se les trate «respetuosamente» con la forma de cortesía establecida: la segunda persona del plural, *vy*, en vez de *ty*, el singular, que se emplea desde una posición de autoridad.

En esta tensa y proteica cultura política, el orgullo y la vergüenza de los oprimidos van entrelazados. Por un lado tenemos la furiosa reprimenda que un trabajador de Putílov inflige a su hijo, cuando el joven «se permite» ser golpeado por oficiales militares, tras hablar positivamente de los bolcheviques. «Un trabajador no debería soportar un golpe de un burgués», grita. «¿Me pegaste? Pues toma otra». Por otro lado está la desazón de un activista, Shapovalov, ante su acto reflejo de rehuir la mirada del jefe. «Fue como si dos hombres vivieran en mí: uno que, en nombre de la lucha por un mejor futuro para los trabajadores, no teme acabar en la [cárcel de la] Fortaleza de San Pedro y San Pablo, o en el exilio siberiano; y otro que no se ha liberado completamente del sentimiento de dependencia, o incluso de miedo».

Como reacción a tales «sentimientos serviles», alberga un sentimiento de integridad y honor igualmente intenso. «Llegué a odiar al capitalismo y a mi jefe... más intensamente aún».

En marzo de 1906 se reúne la Duma que ha sido concedida a regañadientes. Ahora, sin embargo, el gobierno del zar se siente lo suficientemente fuerte

como para cortar las ya débiles alas del parlamento. Juntos, los kadetes, los socialdemócratas —como se conoce a los marxistas— y los socialistas revolucionarios *naródnik* son mayoría: el resultante programa de reforma agraria es un anatema para el régimen. Y por tanto, el 21 de julio de 1906, disuelve la Duma.

Continúan los ataques radicales a funcionarios gubernamentales, pero ahora el viento sopla en favor de la reacción. Los campesinos son juzgados por la ley marcial, para que pueda aplicarse la pena de muerte. El zar reemplaza al capaz Witte con el despiadado Stolypin, el de las «corbatas»; el que sembró los campos de huesos. En junio de 1907, Stolypin disuelve perentoriamente la Segunda Duma, arresta a los diputados socialdemócratas, limita el voto —favoreciendo a los propietarios y la nobleza— y elimina la representación no rusa. La Tercera Duma se elegirá con el censo electoral restante, en 1907, y también la cuarta, en 1912.

Para modernizar la agricultura el régimen quiere quebrar el *mir*, la comuna, y sustituirlo por una capa de pequeños propietarios. Stolypin da a los campesinos el derecho a comprar lotes individuales. El progreso es lento: aun así, en 1914 —tres años después del asesinato del propio Stolypin— un 40 por 100 de los hogares campesinos habrán abandonado el *mir*. Solo unos pocos, sin embargo, llegarán a ser pequeños agricultores. Los más pobres se ven forzados a vender sus pequeñas parcelas, convirtiéndose en trabajadores agrícolas, o migrando a las ciudades. Stolypin castiga brutalmente al movimiento campesino, llevando a los eseristas a redirigir sus esfuerzos hacia las ciudades.

Estas, sin embargo, apenas pueden considerarse un terreno fértil. Alrededor de 1907-1908, se dibuja un nuevo paisaje represivo. El número de huelgas cae. Los revolucionarios se ven forzados a un exilio miserable, derrotados. En 1910, la afiliación al POSDR se hunde, pasando de 100.000 a unos pocos miles. Lenin, en Ginebra y después en París, se aferra a un mísero optimismo, interpretando cualquier detalle —un ligero declive económico aquí, un repunte de publicaciones radicales allá— como un «punto de inflexión». Pero incluso él se desalienta. «Nuestro segundo periodo de emigración», dice Krúpskaya, «... fue más duro aún que el primero».

Los bolcheviques están plagados de confidentes. Sus números se desploman. Están desamparados. Los insurgentes emigrados deben buscar cualquier trabajo para sobrevivir. «Un camarada», recordará Krúpskaya, «intentó aprender el oficio de barnizador». El «intentó» es conmovedor. Entre

la emigración de izquierdas la desesperación, la enfermedad mental y el suicidio no son infrecuentes. En París, en 1910, Prigara, un hambriento y trastornado veterano de las barricadas de Moscú, visita a Lenin y Krúpskaya. Sus ojos están vidriosos, su voz se eleva demasiado. «Comienza a hablar excitada e incoherentemente de carros llenos de gavillas de maíz, y sobre ellos, hermosas muchachas». Como si estuviera contemplando una de aquellas Arcadias campesinas, como si casi pudiera tocar Nutland, Darya, Opona...

Pero está más cerca de la anegada Kitezh. Prigara se escapa de la protección de sus camaradas, ata unas piedras a sus pies y al cuello, y da sus últimos pasos hacia el Sena.

El siglo xx se abre paso en una perezosa, grande y contradictoria potencia mundial. El Imperio ruso se extiende desde el Ártico hasta el mar Negro, desde Polonia hasta el Pacífico. Una población de 126 millones de eslavos, turcos, kirguizos, tártaros, turcomanos e innumerables otros pueblos, reunidos bajo instituciones enormemente diversas, y en última instancia bajo el zar. Ciudades llenas de industrias de último cuño, importadas de Europa, salpican un vasto territorio en el que cuatro quintas partes del pueblo son campesinos vinculados a tierras, en una abyección cuasifeudal. En las obras de artistas visionarios como Velimir Jlébnikov, el autodenominado Rey del Tiempo, Natalia Goncharova, Olga Rózanova, o Vladímir Mayakovski, una extraña belleza modernista arroja algo de luz sobre unos dominios en los que la gran mayoría no puede leer. Judíos, musulmanes, animistas, budistas y librepensadores abundan, a la vez que, en el corazón del imperio, la Iglesia ortodoxa propaga su lúgubre y ornamentado moralismo —contra el que chocan sectas cismáticas, minorías étnicas, radicales o disidentes sexuales en las entrañas más *queer* de las ciudades.

En sus libros *1905* y *Resultados y perspectivas*, escritos poco después de la fallida revolución, y en toda su obra hasta sus últimos días, Trotsky desarrolla una particular concepción de la historia. La concibe como «una aproximación de las distintas etapas del camino y combinación de distintas fases, una amalgama de formas arcaicas y modernas». El capitalismo es un sistema internacional, y en las interrelaciones entre culturas y sistemas políticos, la historia deja siempre cabos sueltos.

«Un país atrasado asimila las conquistas materiales e intelectuales de las

naciones avanzadas», llegará a escribir Trotsky. «Impelido a seguir a los países avanzados, un país atrasado no adopta las cosas en el mismo orden». Se ve obligado a

asimilar las cosas antes del plazo previsto, saltándose toda una serie de etapas intermedias..., [estos países atrasados]... rebajan con no poca frecuencia el valor de las conquistas tomadas del extranjero al assimilarlas a su propia cultura más primitiva... De esta ley universal del desarrollo desigual de la cultura se deriva otra... que calificaremos de ley de *desarrollo combinado*^[3].

Esta teoría del «desarrollo desigual y combinado» sugiere la posibilidad de un «salto», una omisión de esas «etapas»: quizá pueda derribarse el orden autocrático sin la mediación del gobierno burgués. Reconfigurando un concepto de Marx y Engels, Trotsky invoca la «revolución permanente». No es el único izquierdista que utiliza el término: se apoya en las ideas de un heterodoxo marxista bielorruso, Aleksandr Gelfand «Parvus» —y hay otros que manejan conceptos similares—, pero será Trotsky quien lo emplee y desarrolle con más éxito.

En un país «atrasado» como Rusia, dice Trotsky, donde la burguesía es débil, esta no llevará a cabo una revolución burguesa, y por tanto es la clase trabajadora quien tiene la tarea de realizarla. Pero ¿cómo podría esa misma clase obrera abandonar sus demandas en favor de las de la burguesía? Su triunfo llegará mediante la defensa de sus intereses, erosionando la propiedad capitalista y yendo más allá de las medidas «burguesas». Por ahora, él no es el único marxista que considera que, si la clase trabajadora está al timón de esta revolución «permanente», debe continuarla más allá del capitalismo. Lejos de verlo como un desastre potencial o probable, él se muestra más entusiasta. Sin embargo, para Trotsky, así como para la mayor parte de marxistas rusos, la dimensión internacional es crucial. «Sin el apoyo estatal directo del proletariado europeo», escribe inmediatamente después de 1905, «la clase trabajadora de Rusia no puede permanecer en el poder y traducir su dominio temporal en una dictadura socialista duradera».

En estos tiempos desalentadores que siguen al año 1905, algunos mencheviques han cambiado de postura. Se replantean la necesidad de que el partido entre en el gobierno, «contra su voluntad» y sin optimismo respecto al resultado, mientras no surja un agente histórico adecuado. Aún sostienen que la clase trabajadora debe aliarse con la burguesía liberal, a la que todavía consideran crucial, y captar a aquellos radicales burgueses que, aunque sean «subjektivamente» antirrevolucionarios —dice Martynov— contribuyen «objetivamente, sin desearlo» a la revolución. A su izquierda, los

bolcheviques defienden en su lugar una «dictadura democrática de obreros y campesinos». Ambas facciones consideran deseable una revolución burguesa-democrática «progresista»; una aspiración en los límites de lo posible y lo sostenible. Para la mayor parte, la «revolución permanente» de Trotsky es una excentricidad escandalosa.

Es mayo de 1912 en Irkutsk, Siberia. Los trabajadores de unos enormes yacimientos auríferos participados por capital británico, alojados en barracones insalubres y trabajando en condiciones de semiesclavitud, se han declarado en huelga. Quieren mayores salarios, el despido de los odiados capataces y (de nuevo aparece esa cúpula de demandas económicas y políticas) la jornada de ocho horas. Las tropas se despliegan. La compañía británica da órdenes. Las tropas abren fuego. Mueren 270 huelguistas, en la que se conocerá como Masacre de Lena.

Huelgas de hambre y de furiosa solidaridad sacuden Moscú y San Petersburgo. Se retoma la acción política industrial. En 1914 hay una huelga general en la capital, lo suficientemente seria como para causar preocupación respecto a la movilización bélica que todos saben cerca, generada por los depredadores tanteos de las grandes potencias.

Algunos en el régimen comprenden que este no podrá soportar un conflicto, o sobrevivir a sus inevitables efectos colaterales. En febrero de 1914, en un clarividente memorándum, el conservador estadista Piotr Durnovó advierte al zar de que si la guerra va mal, habrá revolución. Es ignorado. Las facciones germanófila y antialemana compiten dentro de las elites, pero los intereses orientales de Rusia, su alianza y sus vínculos económicos con Francia, necesariamente la empujan al conflicto con Alemania. Con ciertas reticencias, y tras un intercambio de telegramas urgentes pero educados entre «Nicky» y «Willy» (Nicolás II de Rusia y el káiser Guillermo II de Alemania) en los que intentan disuadirse mutuamente de emprender la iniciativa bélica, poco después de que comiencen las hostilidades europeas el 15 de julio de 1914, Nicolás lleva a Rusia a la guerra.

Lo que llega entonces es la habitual oleada de devoción y patriotismo, que convoca a los crédulos, a los desesperados, a los políticamente insolentes. «Todo el mundo», informa el poeta Zinaida Gippius, «ha enloquecido». Manifestantes atacan tiendas alemanas. En San Petersburgo, una multitud trepa sobre el techo de la embajada alemana y derriba sus dos enormes

esculturas equinas. Aterrizan retorcidas y torturadas, con macabras lesiones de bronce. Los rusos que portan el estigma de un nombre o apellido alemán corren a cambiárselo. En agosto de 1914, el nombre de San Petersburgo se cambia por uno más eslavo: Petrogrado. En una rebelión semiótica contra esta idiotez, los bolcheviques locales continúan llamándose a sí mismos «Comité de Petersburgo».

Al noreste del centro de la ciudad, en el gran y abovedado Palacio de Táuride de Petrogrado, el 26 de julio de 1914 los diputados de la Duma votan a favor de los créditos de guerra, endeudando al Estado para financiar la masacre. Los liberales se comprometen de nuevo con el mismo régimen esclerótico cuya modernización era su *raison d'être* conceptual. «No exigimos nada», se sonríe Miliukov, «y no imponemos condiciones».

No es solo la derecha la que se cuadra para entrar en guerra. Los trudoviques, un partido de izquierda moderada, de base campesina y populista, asociado con los eseristas, instan a campesinos y trabajadores a «defender nuestro país y después liberarlo», según su portavoz, un extravagante abogado llamado Aleksandr Kérenski. El celebrado príncipe anarquista, Kropotkin, apoya la guerra. Los eseristas están divididos: aunque muchos militantes, incluyendo a Chernov, se oponen a la carnicería, gran parte de la intelligentsia del partido apoya el esfuerzo bélico —incluida la cuasi legendaria representante de los eseristas, Babushka, la «abuela de la revolución» Caterina Breskho-Breshkóvskaya—. Tampoco es inmune la izquierda marxista. De manera grotesca, el venerable Plejánov le dice a Angelica Balabanoff, del Partido Socialista Italiano: «Si no estuviera viejo y enfermo, me enrolaría en el ejército. Clavar mi bayoneta en tus camaradas alemanes me proporcionaría un gran placer».

Por toda Europa, los partidos marxistas encuadrados en la organización de grupos socialistas y laboristas conocida como Segunda Internacional Socialista rompen sus anteriores alianzas y se suman a los preparativos bélicos de sus gobiernos. Estos movimientos conmocionan y abaten a los restantes internacionalistas incondicionales. Al saber del voto a favor de la guerra del poderoso Partido Socialdemócrata Alemán, Lenin se aferra desesperadamente a la creencia de que tales informes son una falsificación. La gran revolucionaria germano-polaca, Rosa Luxemburg, se plantea el suicidio.

Dentro de la Duma, solo los bolcheviques y mencheviques se oponen a la guerra. Por esta demostración de principios, muchos diputados acaban

exiliados a Siberia. Cuando Plejánov visita Lausana, para defender la iniciativa militar de Rusia, una figura pálida se acerca para responderle. El rostro que lo confronta, encolerizado, le es familiar. Lenin no lo llamará camarada, no estrechará su mano. Lenin maldice a su viejo colaborador con una diatriba implacablemente fría.

Rusia se moviliza más rápido de lo que esperan los alemanes, con una invasión de Prusia oriental en agosto de 1914, simultánea a las primeras batallas de Francia. Pero las fuerzas armadas del país, si bien algo modernizadas desde 1904, están todavía en un estado precario. Y el alto mando ruso carece totalmente de la preparación necesaria para la guerra moderna. Su apego a los métodos decimonónicos, en una era de máquinas de guerra de disparo rápido, lleva a una estremecedora masacre. A medida que los problemas de suministros, el liderazgo incompetente, el castigo corporal y la naturaleza infernal del combate se cobran su cuota de muertos, el esfuerzo bélico se ve socavado por oleadas de rendiciones, desobediencias y desertiones.

La ofensiva alemana llega en la primavera de 1915. Bajo el fuego enemigo, Rusia pierde cantidades significativas de territorio, casi un millón de soldados son capturados, y más de 1.400.000 perecen. La escala del cataclismo es vertiginosa. Al final la guerra le costará a Rusia entre dos y tres millones de vidas, quizá muchas más.

En septiembre, el pequeño pueblo suizo de Zimmerwald acoge una conferencia de socialistas europeos antibelicistas. Unos míseros treinta y ocho delegados, incluyendo bolcheviques, y mencheviques y eseristas internacionalistas.

De hecho, mientras ellos se reúnen en Zimmerwald, en París los mencheviques y eseristas deZ derecha colaboran en el primer número de la publicación probélica *Prizyv*. «En Rusia se está fraguando una revolución — escribe en sus páginas el eserista Iliá Fondaminski, del ala dura derechista—, pero “será nacional más que internacional, democrática más que social, y probélica en lugar de pacifista”». Los intelectuales eseristas de derecha se alejan de la visión revolucionaria *naródnik*, y por tanto de un socialismo agrario entre liberalismo y colectivismo, para adoptar una versión chovinista de la revolución burguesa, anticipada por sus colaboradores mencheviques derechistas.

Unidos en su oposición al «patriotismo social» de sus anteriores (o en algunos casos actuales) camaradas, en Zimmerwald los delegados se dividen respecto a cuán clara debe ser la ruptura con ellos. Ocho delegados, incluyendo a Lenin y a su estrecho colaborador y asistente, el enérgico e irascible Grigori Zinóviev, quieren abandonar la corrupta Segunda Internacional. La mayoría de Zimmerwald, incluyendo a los mencheviques, no lo aceptará.

La mayor parte de delegados se oponen a los llamados de Lenin en pos de la movilización revolucionaria del proletariado contra la guerra, entendiéndolos como un intento de dividir a la Internacional —lo cual es cierto—. Además, algunos de los presentes consideran que, dado el patriotismo popular, la propuesta de Lenin pondría en peligro a cualquiera que se uniera. En su lugar, la reunión llega a un acuerdo, y publica una declaración de difuso tono antibélico. En pro de la unidad, Lenin y sus simpatizantes la firmarán sin entusiasmo ni satisfacción.

En un breve libro de 1916, *El imperialismo, etapa superior del capitalismo*, Lenin describe su época, dominada por un capitalismo de monopolios imbricado con el Estado, y un parasitismo del capital sobre sus colonias. Considerando la guerra como un efecto sistémico, se opone a toda concesión a la moderación antibélica. Lenin está en contra del pacifismo moralista, no digamos del «defensismo» según el cual, mientras se oponga al expansionismo, la «defensa» del Estado patrio se considera legítima. En vez de ello defiende un «derrotismo revolucionario»: los socialistas deben propugnar la derrota de su «propio» bando en una guerra imperialista.

Incluso al radical Trotsky le repele la formulación. No puede, le dice, «estar de acuerdo con tu opinión... de que la derrota de Rusia sea un “mal menor”». Lo considera «connivencia» con el patriotismo; apoyar al «enemigo».

Una razón por la cual su propuesta provoca tal consternación es que a menudo Lenin no aclara si la derrota del Estado sería a manos de *otra potencia*, o compartiría la derrota junto a *todas* las potencias imperialistas, que les sería infligida por los trabajadores. Aunque la segunda posibilidad —la insurrección internacional— claramente es su preferencia, así como el fin último de su argumentación, a veces parece insinuar que bastaría con lo primero. Hay un elemento de teatralización en la ambigüedad. Al martillear este «derrotismo» entre los suyos, su intención es espolear la sensación creciente de que los bolcheviques, más que cualquier otra corriente, son

quienes se oponen a la guerra, completa e irrevocablemente.

En Rusia, la movilización bélica drena de trabajadores el campo y la industria. Escasean la munición, el equipamiento, la comida. La inflación se dispara, con un impacto brutal sobre los trabajadores y la clase media urbana. El sentimiento popular comienza a invertirse. Ya en el verano de 1915, el hambre provoca huelgas y revueltas en Kostromá, Ivánovo-Vosnessensk, Moscú. La oposición liberal se organiza en un autodenominado «Bloque Progresista», que pide derechos para las minorías, una amnistía para los prisioneros políticos, ciertos derechos sindicales, etcétera. El bloque está furioso ante la incompetencia de los de arriba, pero se opone absolutamente al poder desde abajo.

La ola de huelgas remite, refluye y continúa, y con ella repuntes de desesperación social. En medio del caos, las huidas de refugiados internos, pueblos invadidos y soldados capturados y asesinados, miles de *besprizorniki* —niños abandonados, perdidos o huérfanos— se buscan la vida en las ciudades y se unen en bandas, a modo de nuevas familias. Viven en las grietas de la sociedad gracias al robo, la mendicidad, la prostitución: hacen lo que pueden por sobrevivir. Su número se disparará en los años posteriores. Un mundo subterráneo de picaresca, desesperación, decadencia, alcoholismo, de bohemia «cocainomanía». Síntomas febriles del colapso. Moscú vive una nueva moda del tango, con siniestras modalidades: escenificaciones de asesinatos, descaradas referencias a las matanzas. Un dúo profesional de bailarines se hace famoso por su «Tango de la muerte»: ejecutado con los tradicionales vestidos de noche, el rostro y la cabeza del hombre se mueven, al son de la música, pintados para asemejar una calavera.

Una década antes de la guerra, cuando el zar y la zarina buscaban ayuda para su hijo gravemente enfermo, conocieron a un desaliñado, maleducado y egocéntrico granuja siberiano, un autoproclamado sacerdote que parecía capaz de aliviar el sufrimiento del joven Alexis, mediante una cierta combinación de carisma, remedios populares y suerte. De este modo, Rasputín, el denominado monje loco —que ni estaba loco ni era monje— se colocó en el corazón de la corte, donde lograría afianzarse.

Se trata de un hombre de carisma tosco pero eficaz. Posiblemente

miembro de los *jlistý* o flagelantes, una de las numerosas sectas ilegalizadas de Rusia, ciertamente es capaz de proyectar una intensidad quiromántica mediante sus prácticas. Pretende encarnar tanto la voz de la vieja Rusia, sencilla y realista, como la del vidente, el profeta: un sanador. Nicolás lo tolera, Alejandra lo adora.

Se acumulan los rumores sobre los excesos de Rasputín. Sin duda se trata de un bebedor y charlatán, y sean o no ciertas las numerosas historias sobre sus conquistas sexuales, disfruta de una chocante permisividad entre la nobleza, tratando a sus ricos patronos, especialmente las mujeres, con erotizada descortesía. Disfruta del poder y, durante la guerra, su poder crece. Con el apoyo de Alejandra, Rasputín influye en las asignaciones económicas del gobierno, al albur de sus caprichos.

En los círculos de la corte, incluso aquellos que antes lo toleraban, ahora están cada vez más resentidos con este *muzhik* advenedizo. Los traficantes de chismes hacen pingües beneficios con caricaturas pornográficas del paradigmático *starets* (sacerdote consejero) y a la vez extravagante barbudo, en retratos que no dejan en buen lugar a la zarina. El zar no tolerará crítica alguna a «nuestro amigo», según la expresión que emplea la zarina para referirse a Rasputín, cuyos consejos traslada a su marido, animándole a tomar decisiones militares basadas en sus «visiones». También le entrega el peine de Rasputín, para que se cepille el pelo antes de reunirse con los ministros y que de este modo la sabiduría de Rasputín pueda guiarle. Él obedece. Ella le envía migajas del pan de Rasputín. Él se las come.

Nicolás está agotando la paciencia de los modernizadores, dando la espalda al tímido programa liberal de reformas. Ahora, en agosto de 1915, insiste en asumir el mando general del ejército. Aunque las auténticas decisiones las toma el hábil general Mijaíl Alekséyev, la ausencia del zar deja un poder considerable en manos de la aborrecida zarina —es decir, también en las de Rasputín.

Con la complicidad de Nicolás, Alejandra da comienzo a lo que el diputado de ultraderecha Vladímir Purishkévich llama «pídola ministerial». El método romanoviano consiste en nombrar, al frente de altas instituciones estatales, a un aventurero tras otro, a una nulidad tras otra. Los liberales y la perspicaz derecha están cada vez más exasperados.

A medida que el odio por Rasputín crece entre la alta sociedad, el respeto por Nicolás cae en picado.

En este contexto es cuando Miliukov hace una histórica intervención en la Duma, en el Palacio de Táuride. Rompiendo todas las reglas de la etiqueta y la discreción, Miliukov denigra, nombrándolos, tanto a la zarina como a Borís Stürmer, su último nombramiento como primer ministro. Recita la letanía de fracasos gubernamentales, repitiendo la pregunta: «¿Es esto estupidez, o traición?».

Sus palabras reverberan en toda Rusia. No ha dicho nada que no sea conocido por todos, pero *lo ha dicho*.

No es noticia para nadie, en este momento, que «el orden actual de cosas tendrá que desaparecer». En enero de 1917, el general Aleksandr Krýmov, de permiso, se reúne con los diputados de la Duma en casa del político conservador Mijaíl Rodzianko (un octubrista de discurso florido, monárquico comprometido pero implacable enemigo de Rasputín) para discutir una solución a su descontento. El ejército aceptará, les dice, o incluso acogerá con agrado, un cambio de régimen: un reemplazo del zar.

Nicolás recibe consejos, uno tras otro: para sobrevivir debe cambiar de rumbo. El embajador británico transgrede el protocolo para advertirle de que está al borde de la «revolución y el desastre».

Nada parece agitarse detrás de los plácidos ojos del zar.

En diciembre de 1916, un mes antes de que amanezca el año revolucionario, están ya en marcha diversas conspiraciones aristocráticas en pos de la renovación nacional: el 16 del mismo mes, una de ellas llega a materializarse. Contando con cómplices en los peldaños más altos de la corte, incluyendo al racista Purishkévich, el príncipe Félix Yusúpov convence a Rasputín para que visite su palacio a orillas del río, aparentemente para reunirse con su mujer. Mientras suena «Yankee Doodle» una y otra vez en el gramófono, Rasputín descansa, en sus mejores galas, en una oscura sala abovedada. Para la espera, su anfitrión le ha preparado vino de Madeira envenenado, y chocolate con cianuro.

Las toxinas no tienen efecto aparente. Los conspiradores debaten, en susurros frenéticos. Yusúpov es presa del pánico. Vuelve para reunirse con su invitado, y como si buscara la situación más absurda imaginable para el asesinato, invita a Rasputín a examinar un antiguo crucifijo italiano, labrado en cristal de roca y plata, que él mismo ha colocado en una cómoda. Cuando

Rasputín se inclina reverencialmente para observarla, persignándose, Yusúpov desenfunda la pistola y dispara.

La macabra escena siguiente se alarga dramáticamente. Rasputín se tambalea, intentando agarrar al asesino, que retrocede aterrorizado. Yusúpov huye, buscando a gritos a su cómplice, Purishkévich. Cuando los dos hombres vuelven, Rasputín se ha desvanecido. Enloquecidos por el nerviosismo, corren afuera, y lo encuentran dando tumbos en la nieve. Entre gruñidos, en medio de la gélida noche de San Petersburgo, repite el nombre de Yusúpov.

«¡Se lo diré a la emperatriz!», jadea Rasputín, que avanza a duras penas hacia la calle. Purishkévich agarra el arma de Yusúpov y dispara varias veces. La imponente figura se tambalea, y finalmente cae. Purishkévich atraviesa corriendo la nieve; se abalanza sobre el cuerpo, boca abajo y convulsionado, y le pateo la cabeza. Se une Yusúpov, golpeando enloquecido el cuerpo con una cachiporra. La nieve amortigua los golpes. Yusúpov grita su propio nombre, haciéndose eco de la furia moribunda de su víctima.

Con el corazón martilleándoles el pecho, rodean de cadenas el cuerpo de Rasputín y lo llevan, entre sombras, al canal de Málaya Moika. Arrastran el peso hasta el borde, y dejan que las aguas negras lo engullan.

Pero pierden una de sus botas. La han dejado en el puente, donde la encontrará la policía. Cuando, tres días después, las autoridades extraigan el desfigurado cuerpo del agua, se propagará un rumor: sobre la recién formada capa de hielo, pueden verse aún los arañazos, allí donde —con la frenética fuerza de los seres divinos— Rasputín intentó emerger.

La gente se arremolina en el punto donde murió el monje loco. Embotellan el agua, como si fuera un elixir.

La zarina está abrumada por el duelo y una aflicción devota. La derecha está encantada, tiene la esperanza de que Alejandra se recluya y Nicolás recobre mágicamente una determinación que nunca ha tenido. Pero Rasputín, por llamativo que resultara, solo era un síntoma mórbido. Su asesinato no es un golpe palaciego. No es ni siquiera un golpe.

Lo que acabará con el régimen ruso no es la espantosa muerte de ese personaje teatral, demasiado extraño como para ser ficción; tampoco la inigualable irritabilidad de los liberales rusos; ni la indignación de los monárquicos ante un monarca incapaz.

Lo que acabe con el régimen vendrá desde abajo.

2. FEBRERO: LÁGRIMAS DE ALEGRÍA

Noche cerrada, en el tercer año de la guerra: un invierno ferozmente gélido. En Petrogrado, como en innumerables ciudades rusas, la gente se reúne en las calles antes del amanecer, intentando mantenerse calientes, desesperados por conseguir una hogaza, sin certeza alguna de recibirla. Se aplica el racionamiento, pero la escasez de combustible implica que los panaderos no pueden cumplir con la demanda, incluso teniendo los ingredientes. Los hambrientos esperan durante horas, formando colas que se convierten en apretadas procesiones multitudinarias donde la disidencia se fragua en el murmullo. Muy a menudo su espera es en vano: miles de hambrientos, furiosos, vagan por las calles. Las piedras silban atravesando los cristales de las tiendas. Golpean, derriban puertas: buscan comida.

La gente hablaba de política en yiddish, polaco, letón, finés, alemán (pese a todo), y en muchas otras lenguas aparte del ruso: era una ciudad cosmopolita. Alrededor de su núcleo más próspero había una ciudad de trabajadores, incrementada durante la guerra hasta acercarse a los 400.000 habitantes, una proporción inusual de ellos relativamente cualificados. Y esta era también una ciudad de soldados, de los cuales 160.000 estaban en la reserva, con la moral escasa, y empeorando.

En enero, el gobierno del zar había ordenado al general Serguéi Jabálov, el comandante del distrito militar, que reprimiera cualquier desorden en Petrogrado, y para ello había dispuesto 12.000 tropas —policías y cosacos—. Tenía ametralladoras colocadas en lugares estratégicos, en caso de producirse revueltas. Los agentes de la Ojrana incrementan la intensidad de sus operaciones de espionaje, incluso dentro de una izquierda que ya estaba desmoralizada, con muchos de sus líderes en el exilio.

Pese a la represión, el 9 de enero, el decimosegundo aniversario del Domingo Sangriento, 150.000 trabajadores de Petrogrado salieron a la calle, y

marcharon en lo que para muchos era la primera huelga desde aquella rebelión. En un síntoma al que no se prestó suficiente atención, la policía informó de que los soldados encargados de la vigilancia vitoreaban las banderas rojas de los trabajadores. Después de ese día, la clase obrera de Petrogrado daría más de un golpe sobre la mesa.

Cada momento de confrontación política tiene sus mitos y su *kitsch*. Pero no es un sentimentalismo insistir en que la cultura de los trabajadores, que había crecido desde 1905, se había hecho más fuerte. Estas huelgas, si bien de manera desigual, dispersa, estaban impulsadas por la rabia ante la necesidad económica, por la oposición a la guerra, y también, para una minoría militante, por un anhelo de honra, de reivindicación de clase.

Aunque destacaran más en Petrogrado, las huelgas no se limitaron a la capital. Más de 30.000 trabajadores abandonaron sus herramientas en Moscú, una ciudad menos radical que Petrogrado, más dominada por las clases medias liberales, con su clase obrera más dispersa. Las huelgas continuaron en febrero, esporádicamente, colocando a los activistas en constante peligro de arresto. En Petrogrado, el 26 de enero, once representantes de los trabajadores en el Comité Central de Industrias de Guerra (creado por los empresarios de la industria ante la total falta de coordinación por parte del gobierno) fueron encarcelados por «actividades revolucionarias».

Krúpskaya y Lenin languidecían en el exilio suizo. En un discurso al joven público que le escuchaba en la Casa del Pueblo de Zúrich, Lenin persistía en su convencimiento de que la revolución en Rusia podría ser un detonante, «el prólogo de la revolución europea venidera». Pese a su «actual quietud mortuoria», el continente estaba «preñado de revolución». «Nosotros, los de la generación más vieja», añadió melancólicamente, «podríamos no llegar a ver las batallas decisivas de esta revolución» —europea, socialista— «por venir».

Llegado el 14 de febrero, en Petrogrado más de 100.000 trabajadores de sesenta fábricas continuaban en huelga. En el Palacio de Táuride, bajo su esplendor dieciochesco, se inauguraba la «consultiva» Cuarta Duma. Inmediatamente se atacó al gobierno del zar por los desabastecimientos de comida. Cientos de estudiantes, impulsados por ideas radicales, desafiaron a la policía, incitándola a marchar cuesta abajo por la avenida Nevski, la espectacular calle comercial que atravesaba el corazón de la ciudad. Los

jóvenes manifestantes calentaron el aire gélido con sus cánticos revolucionarios.

Cuatro días después, los trabajadores de la planta metalúrgica Putílov comenzaron una huelga de brazos caídos, exigiendo un aumento del 50 por 100 en sus de por sí menesterosos salarios. Después de tres días fueron despedidos. Pero el castigo no detuvo a sus compañeros: su lugar lo ocuparon los trabajadores de toda la fábrica.

El día 22 el zar abandonó la capital hacia Maguilov, una mustia villa a unos 300 kilómetros al este. Allí estaba la Stavka, el cuartel general de las fuerzas armadas. Aquel fue el día en que los jefes de la Putílov decidieron mostrar su fuerza en el pulso con los obreros: declararon un cierre patronal. Cerraron las puertas de la fábrica, arrojando a 30.000 trabajadores a las calles —y lo hacían en la víspera de una reciente innovación de la izquierda, el Día Internacional de las Mujeres.

Las celebraciones y eventos del 23 de febrero se sucedieron en todo el imperio, exigiendo derechos para las mujeres y defendiendo sus contribuciones. En las fábricas de Petrogrado, los radicales daban discursos sobre la situación de las mujeres, la iniquidad de la guerra, el imposible coste de la vida. Pero ni siquiera ellos esperaban lo que ocurriría después.

Al acabar las reuniones y actos, las mujeres comenzaron a salir de las fábricas y a marchar por diversas calles, con la consigna de más pan. Marcharon por los distritos más militantes de la ciudad —Víborg, Liteini, Rozhdéstvenski— llamando a la gente reunida en los patios de los edificios, desbordando las amplias calles, irrumpiendo en las fábricas y llamando a los hombres para que se unieran a ellas. Según el informe de un espía de la Ojrana:

Alrededor de la 1 p. m., los obreros del distrito de Víborg, saliendo en muchedumbres a las calles y gritando «¡Dadnos pan!», comenzaron... a hacerse más ingobernables... arrastrando con ellos a los compañeros que estaban trabajando, y parando los tranvías... Los huelguistas, que fueron firmemente perseguidos por la policía y las tropas... eran dispersados en un lugar, solo para reunirse rápidamente en otro.

En definitiva, se quejaba la policía, fueron «excepcionalmente testarudos».

«¿Vamos a aguantar mucho más en silencio, ahora y entonces aliviando nuestra cólera con los pequeños propietarios de tiendas?», exigía un panfleto repartido por un pequeño grupo revolucionario, el Comité Interdistrito, el

Mezhraionka. «Después de todo, no son ellos los culpables del sufrimiento del pueblo, ellos también se están arruinando. ¡El gobierno es el culpable!». Abruptamente, sin que nadie lo planeara, casi 90.000 mujeres y hombres rugían en las calles de Petrogrado. Y ahora no gritaban solo para exigir pan, sino también el fin de la guerra. El fin de la detestada monarquía.

Con la noche no llegó la calma. El día siguiente se presentó con una oleada de protestas. Cerca de la mitad de la fuerza obrera de la ciudad se echó a la calle. Marcharon bajo banderas rojas, cantando la nueva consigna: «¡A Nevski!».

La geografía de la capital de Pedro había sido cuidadosamente planificada. El sur de la Isla Vasílievski, el margen izquierdo del Nevá, hasta su brazo fluvial, el Fontanka, eran suntuosos; este era el barrio del Teatro Mariinski, las espectaculares catedrales de Kazán e Isaac, los palacios de la nobleza y los grandes bloques de apartamentos de profesionales, además de la propia avenida Nevski. A su alrededor había distritos formados recientemente por la inmigración: las partes más lejanas de Vasílievski, Víborg y Ojta, en el margen derecho del Nevá; a su izquierda, los barrios de Aleksandr Nevski, Moscú y Narva. Aquí los trabajadores vivían en sus propios bloques de viviendas, muchos recién llegados de la negra tierra del campo. Temblequeantes barracas de ladrillos, o escuálidas casetas de madera, que tiritaban ante el estruendo de las fábricas.

Tal segregación implicaba que, para que sus protestas se escucharan, los pobres de la ciudad tenían que invadir el centro. Lo habían hecho en 1905. Ahora lo intentaban de nuevo.

La policía de Petrogrado bloqueó los puentes. Pero los dioses climáticos mostraron su solidaridad, manteniendo el brutal invierno. Las calles estaban pavimentadas de nieve, y el Nevá seguía congelado. Los manifestantes descendieron a millares desde el terraplén hacia el hielo. Caminaron sobre las aguas.

En un telegrama a su gobierno, el embajador británico George Buchanan desdeñaba los disturbios, describiéndolos como «nada que revista seriedad». Casi nadie tenía, en ese momento, idea alguna de lo que había comenzado.

Trepando desde el río hacia la parte más acomodada de la ciudad, los manifestantes se abrieron paso a través de las calles palaciegas hacia el centro. La policía observaba con nerviosismo. El ambiente se crispaba cada

vez más.

De las burlas, vacilantes al comienzo, según ganaban confianza algunos de entre la creciente multitud pasaron a arrojar palos, piedras y trozos de hielo a los detestados policías —los «faraones», según el argot de la ciudad.

Por otra parte, los manifestantes se mostraron conciliadores con los soldados rasos. Se reunieron en grandes multitudes frente a los barracones y hospitales del ejército. Allí entablaron conversación con los soldados que se mostraban interesados y amistosos.

La gran parte de los soldados de Petrogrado eran reclutas en periodo de entrenamiento, o reservistas desmoralizados, amargados, aburridos, indisciplinados. Entre ellos había también personal herido y enfermo, evacuado del frente.

A. F. Ilyin-Genevsky era ya un bolchevique convencido cuando resultó herido en el frente. La conmoción producida por el gas venenoso le había causado una pérdida temporal de la memoria^[4]. Desde su lecho de hospital pudo observar el despertar político de los heridos, una «veloz conversión revolucionaria del ejército» guiada por la desesperación. «Después de todos los sangrientos horrores de la guerra, quienes se encontraban en el pacífico silencio de los hospitales involuntariamente comenzaron a pensar en la causa de todo este sacrificio y derramamiento de sangre». Y vio cómo tales reflexiones se transformaban en «odio y rabia». No sorprende que los heridos de guerra fueran conocidos especialmente por su hostilidad a la vida militar.

¿Y las 12.000 tropas «fiables», en las que cifraban sus esperanzas los gobernantes de la ciudad?

¿Y los implacables cosacos? De habla eslava, provenientes especialmente de la región del Don en Ucrania, y también de Rusia, las comunidades cosacas no habían conocido la servidumbre y presumían de una larga tradición, aunque accidentada, de democracia militarista y autogobierno. Desde el siglo XIX se habían visto proyectados a un nivel mitológico: se les retrataba (y a menudo ellos mismos se veían) como una caballería cuasiétnica, cuasiterrateniente, orgullosa, honrada y honorable, una clase popular. Símbolos vivientes de Rusia, y agentes tradicionales de la represión zarista: sus látigos habían derramado mucha sangre sobre la nieve doce años atrás.

Pero los cosacos nunca fueron un grupo monolítico. Ellos, también, tenían diferencias de clase. Y muchos de ellos se habían hartado de la guerra, y de

cómo se les había utilizado.

En la avenida Nevski, la multitud de huelguistas se detuvo frente a los cosacos. Elevadas sobre los caballos, sus lanzas centelleaban al sol. Una larga vacilación. Miedo. Por un momento, todo se detuvo en el aire gélido. De golpe, los oficiales se dieron la vuelta y se alejaron, dejando a los manifestantes vitoreando de alborozo.

En la plaza Znaménskaya, otros huelguistas pararon a unos cosacos montados, y esta vez los jinetes sonrieron a los manifestantes, a los que ostensiblemente se negaron a dispersar. Cuando la multitud les aplaudió — informó airadamente la policía—, los cosacos hicieron una reverencia desde sus monturas.

Durante horas, en el Palacio de Táuride, los representantes de la Duma nacional continuaban perorando contra el régimen. Lo que exigían era relevancia: que el zar estableciera un gobierno ministerial responsable ante la propia Duma. En la izquierda, Aleksandr Kérenski, un conocido trudovique que se había labrado una buena reputación con sus escritos sobre la masacre de la compañía minera Lena Goldfields, insistió en su denuncia contra el gobierno, en términos tan severos y grandilocuentes que la zarina, al saberlo, escribió furiosa a su marido pidiendo que Kérenski fuera ahorcado.

Llegó la tarde y el aire se enfrió aún más. Las agitadas calles resonaban con canciones revolucionarias. Al ver a los trabajadores de la fábrica Promet marchando detrás de una mujer, un oficial cosaco se mofó de ellos, diciendo que seguían a una *baba*, una bruja. Arishina Kruglova, la bolchevique en cuestión, les respondió gritando que era una mujer trabajadora independiente, esposa y hermana de soldados en el frente. Al escuchar su réplica, las tropas bajaron sus armas ante ella.

Dos mil quinientos obreros de la fábrica Víborg tomaron una ruta estrecha, bajando por la avenida Samsonievski, deteniéndose de golpe, horrorizados, al encontrarse con un batallón cosaco. Los oficiales gesticularon, agarraron las riendas y espolearon a sus caballos, y con las armas alzadas gritaron a sus hombres que les siguieran. Esta vez, ante el terror creciente de la multitud, los cosacos comenzaron a obedecer.

Pero siguieron la orden con absoluta precisión. Como jinetes de doma, sus monturas trotaron elegantemente a través del aguanieve, avanzaron en una lenta y nítida fila única. Los cosacos guiñaban a la multitud, perpleja, al pasar a través de ella, sin dispersar a una sola persona.

Hay un viejo término escocés para una técnica específica de resistencia industrial, una obediencia lenta, o sabotaje mediante la obediencia excesiva, haciendo que la letra de las normas subvierta su espíritu: el *ca'canny*. Esa gélida tarde, los cosacos no desobedecieron las órdenes: llevaron a cabo una carga de caballería *ca'canny*.

Sus oficiales, furiosos, ordenaron que bloquearan la calle. Una vez más sus hombres obedecieron respetuosamente. Haciendo gala de sus legendarias habilidades ecuestres, sus caballos, exhalando niebla, formaron un bloque viviente. Una vez más, su obediencia misma se tornaba en disenso. Siguiendo la orden de quedarse quietos, quietos permanecieron: no se movieron un ápice mientras los más valientes de la marcha, titubeantes al principio, pasaban a través de ellos. Y los ojos de los manifestantes se abrían por fin, comprendiendo aquella invitación silenciosa, inscrita en la sobrenatural quietud de monturas y hombres, según continuaban su marcha pasando por debajo de los vientres de los inmóviles caballos.

Pocas veces las habilidades impartidas por la reacción se han aplicado tan exquisitamente contra ella.

Al día siguiente, 240.000 personas estaban de huelga, exigiendo pan, el fin de la guerra y la abdicación del zar. Era 25 de febrero y los tranvías no funcionaban, los periódicos no se publicaban. Las tiendas seguían cerradas: no faltaron comerciantes que simpatizaran con la huelga, cansados de la incompetencia del régimen. Entre los monos de los obreros, ahora también se veía ropa más elegante.

El ánimo en ambas partes se recrudecía por momentos. El monumento a Alejandro III es un bronce enorme y feo, un rechoncho caballo con la cabeza inclinada, como avergonzado ante el déspota que lleva sobre su lomo. Ese día, bajo la sombra de esa misma estatua, la policía abrió fuego contra la multitud que se aproximaba. Pero esta vez, sorprendiendo a los manifestantes tanto como a sus adversarios, los cosacos dispararon también —a la policía.

En la plaza Znaménskaya, la policía fustigó con saña a los huelguistas. Los manifestantes se dispersaron, alejándose del chasquido de sus latigazos. Trastabillándose, corrieron hacia las tropas cosacas, que observaban la situación sobre sus caballos, en una incómoda neutralidad. La multitud imploró su ayuda.

Un titubeo. Un arreo. Los cosacos cargaban.

Hubo un momento de indecisa confrontación. Entonces, un grito ahogado, un chorro de sangre. La multitud grita de alborozo, y lleva a un jinete a hombros. Había desenvainado su sable, y había matado a un teniente de policía.

Otros también murieron ese día. En Gostiny Dvor, las tropas dispararon y mataron a tres manifestantes e hirieron a diez. Las multitudes se agolparon ante las comisarias de la ciudad, desencadenando una lluvia de piedras, irrumpiendo y empuñando las armas que podían encontrar. Cada vez más oficiales de policía huían de la arremetida, arrancándose sus uniformes para escapar.

En los pasillos del gobierno se palpaba una inquietud, un desasosiego: la comprensión, por fin, de que algo serio estaba ocurriendo.

Los primeros actos reflejos del régimen fueron siempre represivos. Al llegar la tarde entre torbellinos de nieve, el zar telegrafió sus órdenes al general Jabálov. «Te ordeno que suprimas desde mañana todos los desórdenes en las calles de la capital, intolerables en un momento en el que la madre patria está en una difícil guerra contra Alemania». Como si hubiese resultado tolerable en cualquier otro momento. Ese día, cuando las tropas abrieron fuego, fue como respuesta de pánico, rabia, venganza o brutalidad espontánea: a partir de ahora, si las multitudes no se dispersaban, la brutalidad sería la norma. Y la guerra misma, aquella gloriosa guerra nacional, se blandía como una amenaza adicional: aquellos que no estuvieran de vuelta al trabajo en tres días, anunciaba Jabálov a la ciudad, serían enviados a la masacre del frente.

Aquella noche salieron de caza cuadrillas de la policía. Arrestaron a unos cien sospechosos de ser los cabecillas de la agitación, incluyendo a cinco miembros del bolchevique Comité de Petersburgo. Pero los revolucionarios no habían iniciado la insurrección. Incluso ahora se esforzaban por seguir el ritmo. Su arresto, seguramente, no la detendría.

«La ciudad está en calma». El domingo 26 de febrero, la zarina telegrafió a su marido con forzado optimismo. Pero al salir el sol sobre el tramo ancho del río, chispeando sobre el hielo entre las riberas, los obreros ya estaban cruzándolo de nuevo. Esta vez, sin embargo, llegaban a calles atestadas de

policías.

Esta vez, cuando los manifestantes imploraron a los soldados que no dispararan, sus ruegos no fueron atendidos.

Fue un día sangriento. El tableteo de las ametralladoras y las descargas de los fusiles proyectaban sus ecos sobre el horizonte urbano, mezclados con el griterío de la multitud en estampida. La gente se dispersaba y huía más allá de las catedrales y palacios, alejándose de las cargas. Ese domingo las tropas obedecieron en repetidas ocasiones las órdenes de disparar —aunque es cierto que su obediencia se vio subvertida por «encasquillamientos» de las armas, dudas, disparos deliberadamente fallidos—. Y los rumores multiplicaban cada caso de discreta solidaridad.

No todo fue como deseaba el régimen. Al comienzo de la tarde, los trabajadores se reunieron frente a los barracones del regimiento Pavlovski. Desesperadamente imploraron su ayuda, gritando a los hombres en el interior que su escuadrón de entrenamiento estaba disparando a los manifestantes. Los soldados no salieron en respuesta. No inmediatamente; el respeto por las órdenes les hizo dudar. Pero se congregaron en una larga y masiva reunión. Gritándose unos a otros, por encima del estruendo de disparos y enfrentamientos en la ciudad, aturcidos y horrorizados, tomaban la palabra y debatían qué hacer. A las seis, la cuarta compañía Pavlovski se dirigió finalmente hacia Nevski, con la intención de recuperar a sus camaradas caídos. Se encontraron con un destacamento de policía montada, pero su sangre hervía y estaban avergonzados por su anterior titubeo.

No se retiraron sino que dispararon. Un hombre murió. Al retornar a su base, los cabecillas de los soldados fueron arrestados y llevados al otro lado de las aguas y de los largos muros bajos que daban paso a la conocida prisión de la Fortaleza de San Pedro y San Pablo, bajo el chapitel de aguja.

Cuarenta personas murieron aquel domingo. La masacre minó severamente la moral de los manifestantes. Incluso en el militante distrito de Víborg, en el norte, los bolcheviques locales consideraron la posibilidad de desconvocar la huelga. Por su parte, la autocracia rompió sus tímidas negociaciones con el presidente de la Duma, Rodzianko, y disolvió el parlamento que tanto desdeñaba.

Rodzianko telegrafió al zar.

«La situación es seria». Su advertencia corrió por los cables telegráficos, a lo largo de las líneas de ferrocarril, atravesando la gélida aridez del campo, hasta Maguilov. «La anarquía se adueña de la capital. El gobierno está paralizado. Es necesario designar inmediatamente a una persona que goce de la confianza del país, para la formación de un nuevo gobierno. Cualquier retraso equivale a la muerte. Rezo a Dios para que en esta hora la responsabilidad no recaiga sobre el soberano».

Nicolás no respondió.

A la mañana siguiente, Rodzianko lo volvió a intentar. «La situación está empeorando. Deben adoptarse medidas inmediatas, porque mañana será demasiado tarde. Ha llegado la última hora, cuando se decide el destino de la madre patria y de la dinastía».

En el Cuartel General, en Maguilov, el conde Vladímir Frederiks, ministro de la Casa Imperial de Nicolás, esperó educadamente mientras su soberano leía el mensaje que escupía el telégrafo. «Ese gordo de Rodzianko me ha escrito una tontería», dijo finalmente el zar, «a la que ni siquiera responderé».

En la capital, la masacre del día anterior pesaba sobre aquellos que habían recibido la orden de cometerla. Como el de Pavlovski, el destacamento de entrenamiento del regimiento Volynski había disparado a manifestantes, y había pasado la noche congregado en sus barracones, en una larga sesión de recriminaciones. Ahora los soldados se enfrentaban a su capitán, Lashkévich, y anunciaban un motín de expiación. No volverían a disparar, le dijeron.

Para conminarles a la disciplina, Lashkévich leyó en voz alta la orden del zar de restaurar el orden. Antes, quizá, esto les habría llevado a obedecer. Ahora era una provocación. Hubo refriegas, sobresaltos, un grito de alarma. Alguien de entre la multitud de soldados blandía un arma. O quizá —se ha llegado a sugerir— Lashkévich desenfundó su arma, presa del pánico, y la dirigió contra sí mismo. Llegara de donde llegara, sonó un repentino disparo. Los soldados miraron cómo caía el capitán.

Algo murió con él. Una vacilación.

Los soldados del Volynski convocaron a los regimientos Litovski y Preobrazhenski, los barracones más cercanos. Los oficiales del regimiento Moskovski intentaron reafirmar la cadena de mando. Se vieron superados. Los soldados se dirigieron al interior de la ciudad, hacia el distrito de Víborg.

Esta vez fueron ellos quienes iniciaron la confraternización con los trabajadores.

Bajo un cielo gris como el humo de la pólvora, las calles de Petrogrado comenzaron a hervir de rabia.

Un perplejo general Jabálov intentó movilizar a seis compañías leales. Algunos oficiales y soldados permanecieron leales, individualmente y en grupos improvisados, e incluso ofrecieron resistencia armada a la emergente insurrección. Pero en su mayoría, por convicción o cobardía, agotamiento o ambigüedad, o por cualquier otra razón, las tropas se negaron a obedecer. Aquellos soldados que no lucharon junto a los obreros, siguiendo a los líderes surgidos de la tosca meritocracia del momento, sencillamente se evaporaron. En las descripciones de los testigos, la misma frase aparece varias veces: incluso las unidades supuestamente leales «se dispersaron». Multitudes de trabajadores y soldados saquearon los edificios del gobierno e irrumpieron en los arsenales de la policía. Se hicieron con las armas que encontraron, y fueron tras los policías, matándoles allí donde pudieron. Incendiaron las comisarías, y junto al humo se evaporaron todos los archivos. Disparaban a cualquier «faraón» que veían, incluyendo a los francotiradores de la policía que se habían apostado en los tejados e incluso se inclinaban ya para apuntar. Los rebeldes inspeccionaron iglesias buscando arsenales de armas. Soldados y obreros rebuscando juntos, en silencio reverencial. Asaltaron las prisiones, derribando las puertas y liberando a los desconcertados reclusos. Incendiaron el juzgado de distrito y contemplaron la hoguera, como si se encontraran en una suerte de nuevo carnaval de invierno. En ausencia de cualquier fuerza que respondiera, los derroedores, de manera caótica y con entusiasmo, derrocaron.

El fragor se extendió más allá de Petrogrado. En Moscú, en particular, los oficiales habían intentado ahogar las noticias del descontento y los disturbios, fracasando en el intento. El rumor de lo que estaba ocurriendo llegó a la segunda ciudad. Los trabajadores de Moscú comenzaron a salir, algunos dirigiéndose a casa, otros hacia el centro de la ciudad, buscando noticias y directrices.

En la tarde del 27, el zar continuaba con su entretenimiento militar en Stavka, imperturbable. No era el único en disfrutar de esa calma beatífica: el ministro de Guerra, Beliaev, le telegrafió para informar, con surreal despreocupación,

de que en unas pocas unidades militares de Petrogrado se habían producido algunas perturbaciones menores, que ya estaban siendo solucionadas; pronto todo estaría en calma.

En los bulevares de la ciudad insurgente, socialistas revolucionarios se mezclaban con liberales indignados y, entre ellos, todas las variantes políticas. Ellos no estaban en calma. Lo que compartían era la certeza de que un cambio, una revolución, era necesario e ineluctable. Estaban en una ciudad en erupción: el Lunes Rojo. La vieja Ley estaba muriendo; la nueva, todavía estaba por nacer.

Bajo un cielo que se oscurecía, acompañados de cristales rotos y a la exigua luz de las antorchas, grupos de mujeres y hombres vagaban sin rumbo, juntos y separados, obreros, criminales liberados, agitadores radicales, soldados, *hooligans* por cuenta propia, espías y borrachos. Armados con lo que habían encontrado. Aquí, una figura con gabán blandía el sable de un oficial y un revólver vacío; allí, un joven adolescente con un cuchillo de cocina. Un estudiante paseaba con una ristra de balas al cinto, y un fusil en cada mano. Un hombre portaba, como si fuera una pica, una pala de limpiar los raíles del tranvía.

Miles de personas descendieron por la calle Shpalernaya, se arremolinaban en bandadas frente a los anchos muros de piedra del Palacio de Táuride, sede de la Duma: por ineffectiva, dividida y ciega que fuera la institución, gran parte de los ciudadanos todavía la consideraban la sede de un gobierno alternativo. Por ello, era más sangrante aún que la propia Duma no estuviera dispuesta a rebelarse contra el zar —ni siquiera después de recibir la orden gubernamental de disolverse.

Tal y como estaba dispuesto, con la lealtad de la cobardía o la cobardía de la lealtad, los miembros de la Duma fueron dando por finalizada su reunión oficial. Acatado en su literalidad el mandato del zar, abandonaron la sala de la asamblea. Recorrieron un corto camino, por los altos corredores del edificio, y entraron en otra cámara, donde se reagruparon. Se trataba, técnicamente, de una nueva y privada reunión. Llegando con dificultad a una resolución clara, lo que quedaba de la Duma se comprometió a permanecer en Petrogrado e intentar tomar el control, en la medida de lo posible. Sus miembros autorizaron a un consejo para que eligiera un Comité Provisional de entre los representantes de todos los partidos de la Duma, excepto la extrema derecha y

los bolcheviques.

Antes de que fuera elegido este nuevo comité, Rodzianko, acompañado esta vez por el propio hermano de Nicolás, el gran duque Miguel, hizo otro esfuerzo más por interrumpir la bovina placidez del zar. Solo un giro hacia la monarquía constitucional —esta era la convicción de Rodzianko— podría aplacar al país, y Miguel había acordado, en principio, asumir el poder sobre este modelo.

Una vez más, se esforzaron por inculcar en el zar la apocalíptica gravedad de la situación. Hay que suponer que para sorpresa de nadie, Nicolás replicó con gélidos buenos modales que era perfectamente capaz de gestionar sus asuntos.

Hay algo casi hercúleo en la capacidad del zar para negar la realidad, mientras su capital ardía, su policía huía, sus soldados se rebelaban —y sus cargos de confianza, su propio hermano, le imploraban que hiciera algo, cualquier cosa—. Poco después le tocó el turno a su consternado primer ministro, que telegrafiaba implorándole que le relevara del cargo. Nicolás informó secamente al príncipe Golitzin de que no habría cambios en el gabinete, y reiteró su exigencia de «vigorosas medidas» para suprimir los disturbios.

El zar remaba todavía, digno y solemne, con la vista puesta en el horizonte, mientras la corriente le empujaba hacia la catarata.

Los doce —pronto trece— integrantes del Comité Provisional de la Duma (por dar su absurdo nombre completo: el Comité Provisional de Miembros de la Duma Estatal para la Restauración del Orden en la Capital y el Establecimiento de Relaciones con las Organizaciones e Instituciones Públicas) daban por inaugurada la sesión hacia las 5 p. m., dominada por las políticas de los kadetes y el Bloque Progresista. El Comité se encomendó a sí mismo, vaga pero urgentemente, la restauración del orden en Petrogrado y el establecimiento de relaciones con las organizaciones e instituciones públicas. Comprendía, sin embargo, los límites de su capacidad de convocatoria en aquel momento insurreccional. Para hacerse escuchar por los manifestantes, se encomendó a dos diputados de la izquierda, situados más allá del Bloque Progresista: N. S. Chjeidze, líder de los mencheviques; y ese nervioso abogado trudovique que había provocado la cólera de la zarina, Aleksandr Kérenski.

Eran las 7 p. m. El diputado kadete Ichas convocó una reunión de 150 correligionarios para crear comisiones, sobre todo para manejar la cuestión militar. Muy pronto el Regimiento Primero de Infantería de la Reserva, 12.000 soldados y 200 oficiales, marchó en formación atravesando la ciudad insurrecta, hacia el Palacio de Táuride. Allí juraron lealtad a la Duma —o, más bien, a su Comité Provisional—. Con uno de esos inspirados arrebatos de los que todavía era capaz en aquellos días, Kérenski dio órdenes a varias unidades militares para que tomaran el control de lugares estratégicos —el cuartel general de la Ojrana, la gendarmería, las estaciones de ferrocarril más vitales.

Desde las calles, mientras tanto, había surgido otro tipo de control. Algunos de los insurgentes recordaban estos consejos de 1905, los soviets. Militantes y agitadores callejeros habían comenzado ya a pedir su retorno; en panfletos, en consignas, entre el estrépito de voces del gentío.

De este modo, en el mismo momento en que la Duma estaba planeando su Comité, en otro lugar del cavernoso Palacio de Táuride se reunía otro grupo muy diferente.

Entre aquellos recién liberados de prisión por la gente en las calles estaban Gvózdev y Bogdánov, mencheviques del Comité de Industrias Bélicas Centrales. Inmediatamente después de su liberación, se habían abierto paso a través del caos de Petrogrado, para unirse a deliberar con sus compañeros en el Palacio: diputados socialistas de la Duma eseristas y mencheviques, representantes de los movimientos sindical y cooperativo, y el propio Kérenski.

Ese día, de camino hacia el sur por el ancho Puente Liteini, y por encima del hielo del Nevá, Gvózdev vio otra figura que corría hacia él. En medio del puente, entre sus sirenas decorativas, Gvózdev se cruzó, cara a cara, con Zalezhski, un líder bolchevique que también acababa de escapar de la cárcel y se dirigía al centro de la ciudad, hacia el distrito de Víborg. El menchevique tomó el camino directo hacia los pasillos del poder; el bolchevique hacia los distritos obreros. Así reza la historia, se produjera o no el encuentro en el centro del puente.

En Táuride, la asamblea improvisada de Gvózdev, Bogdánov y sus compañeros se declaró como Comité Ejecutivo Temporal del Soviet de Diputados Obreros, e inmediatamente envió un mensaje a las fábricas y regimientos de la ciudad: esa misma tarde se celebraría una sesión del soviets.

En reuniones apresuradas, desordenadas —desde luego no había tiempo para una escrupulosa selección de representantes—, las fábricas eligieron delegados para participar en estas deliberaciones. En pocas horas, a la burguesía rusa con sus levitas, a los intelectuales de la Duma y sus socios, se les unieron estos atípicos visitantes. Cobijados tras sus jardines, los pasillos del Palacio de Táuride comenzaron a llenarse de soldados y trabajadores, harapientos y agotados.

Esa tarde, el cónclave de intelectuales socialistas, junto a obreros y soldados apresuradamente elegidos, se reunieron en la Sala 12, en el ala izquierda del palacio. El antiguo presidente del Soviet de 1905, Jrustalev-Nosar, estaba ahí. También estaban Steklov, cercano a la izquierda menchevique; Ehrlich, un líder del Bund judío; y el tenaz líder bolchevique local, el obrero metalúrgico Shliápnikov. Obreros y soldados se interrumpían en plena excitación. Habían sido elegidos según mecanismos *ad hoc*, mientras la mayor parte de los trabajadores estaban ocupados en la revuelta, sin tiempo o ganas de votar delegados. Cuando Shliápnikov pudo escaparse un momento para telefonear a los activistas bolcheviques y urgirles a venir y unirse a él, no le prestaron atención. Ellos, también, estaban más preocupados por las masas que tomaban las calles que por aquello que se fraguaba en aquellos salones. Además, eran más bien suspicaces respecto a este órgano naciente, este invento de los socialistas que estaban a su derecha.

A las 9 p. m., el abogado socialista Sokolov pidió orden en la sala. Quizá estaban presentes 250 personas. Pero solo aproximadamente cincuenta, decretó Sokolov, estaban cualificadas para votar: el resto permanecerían como observadores. Basó su decisión tanto en cercanías personales como en cuestiones formales.

La reunión se vio repetidamente interrumpida por portazos, la entrada de recién llegados o informes entusiasmados de soldados, que informaban de que esta o aquella compañía se había unido a la insurrección, y provocaban rondas de aclamaciones y aplausos. Los representantes de los soldados rasos se juntaron en la sala con los obreros. Así nació el Soviet de los Diputados Obreros y Soldados, a sugerencia de su predecesor, el Comité Ejecutivo Temporal.

Más allá de los muros del palacio, ya sin la presencia de la detestada policía zarista en las calles, los obreros todavía desvalijaban los arsenales del

régimen para defender las fábricas, para imponer con firmeza su propio orden, reuniéndose, autoorganizándose en grupos armados. Sobre todo jóvenes, sobre todo furiosos, radicales, a menudo políticamente incoherentes. Entre las tareas urgentes de aquella primera noche, el Soviet se dispuso a coordinarlos organizando una milicia de trabajadores que estableciera y mantuviera el orden. Inauguró una comisión de alimentos para regular el suministro. Pronto autorizaría la reaparición de ciertos periódicos. Y a diferencia de la Duma o su Comité Provisional, el Soviet emprendería estas acciones y realizaría tales declaraciones con un cierto grado de conexión con las calles, los obreros, los soldados, aunque en aquella noche caótica fuera difuso y mediado.

Pero necesitaba un presidium. La reunión pasó a votar al menchevique Chjeidze como presidente, y como vicepresidentes a Skóbelev y Kérenski. Como Chjeidze, Kérenski era un socialista más, al que se le había tanteado para formar parte del comité de la Duma, aquella misma tarde. A diferencia de Chjeidze, tras las elecciones del Soviet, y tras dar un discurso inusualmente tibio, abandonó la sala.

En ausencia de Kérenski, el Soviet estableció un comité ejecutivo entre el presidium y el plenario. Este comité llegaría a ser responsable de gran parte de la gestión del Soviet y muchas de sus decisiones. De ese momento en adelante, en ese nivel se dieron los debates clave, y se tomaron las decisiones importantes.

Chjeidze, Skóbelev y Kérenski, miembros del propio presidium, recibieron automáticamente puestos en el comité ejecutivo, junto con los cuatro miembros de su secretariado. Se eligieron a otros ocho. Con seis miembros en total, los mencheviques eran el partido más fuerte. Sin embargo, durante un breve instante aquella tarde, dos tercios de los quince puestos del comité ejecutivo fueron ocupados, si no por la izquierda radical, sí por aquellos en el ala internacionalista y anti-guerra del movimiento socialista, bolcheviques y otros; pero, minados por las disputas internas y la incertidumbre acerca de la naturaleza del Soviet, de su relación con él y con el poder político en un nuevo régimen, no llegaron a lograr nada con esta breve mayoría.

De hecho la perderían el día siguiente, como reacción a una equivocada maniobra del bolchevique Shliápnikov. Contrariado por el pequeño número de bolcheviques en el comité ejecutivo, quiso añadir miembros de cada partido socialista. Su propuesta fue aceptada; pero junto con sus camaradas y Yurénev, de los mezhraintsy, llegaron también los de los socialistas-

populares, trudoviques, eseristas, bundistas y mencheviques. Con esta ampliación, el comité incluía a muchos más socialistas de derecha o moderados.

Mientras el Soviet continuaba discutiendo y negociando, Kérenski pudo escabullirse y atravesar el gran palacio hacia su ala derecha, en el otro extremo del edificio. Se dirigió adonde se reunía en ese momento el otro grupo del que era miembro reciente, el Comité Provisional de la Duma.

Más tarde esa noche, el atribulado general Jabálov, con no más de 2.000 soldados que todavía permanecían a su lado, atravesó un oscuro y peligroso Petrogrado para buscar refugio dentro del patio y los alrededores del Palacio de Invierno del zar. A su llegada, el hermano del zar le expulsó indignamente, forzándole a él y a sus hombres a marchar apresuradamente hacia el edificio del almirantazgo, al otro lado de la calle. Allí pudieron resguardarse durante la noche.

En Maguilov finalmente se asentaba la vaga intuición de que no todo estaba en su sitio. Nicolás ordenó al general Ivánov que volviera a la capital, para restaurar el orden con un escuadrón de asalto de Caballeros de San Jorge, portadores de la mayor condecoración militar del país. Aun así, ni el zar ni ningún consejero dio los pasos necesarios para desplazar tropas desde los frentes más cercanos hacia Petrogrado. El propio Ivánov se preparó para su nueva misión con absurda e inapropiada languidez, enviando a su adjunto a que comprara regalos para los amigos ante la vuelta a casa inminente.

Los ecos de la insurrección todavía se propagaban por todo el país.

El punto insurreccional más cercano, y más crucial, era Kronstadt. Se trataba de la ciudad que albergaba la base naval que protegía Petrogrado, una villa fortificada de 50.000 efectivos (tripulaciones navales, soldados y jóvenes marineros, más unos pocos comerciantes y obreros) circundados por baterías y fuertes inexpugnables en la pequeña isla de Kotlin, en el golfo de Finlandia. Las condiciones eran terribles: los oficiales eran conocidos por su sadismo y brutalidad. Solo siete años antes, varios cientos de marineros habían sido ejecutados tras un motín frustrado. El recuerdo todavía dolía.

Ahora, los marineros recibían las noticias de la insurrección. Estaban lo suficientemente cerca como para ver el humo de los incendios y oír los disparos desde el agua. Inmediatamente decidieron que ellos, también,

tendrían una revolución.

Acaba la tarde del 27 de febrero, y en el enorme Palacio Mariinski de Petrogrado, en el lado sur de la plaza de San Isaac, el consejo de ministros del zar se reunió por última vez. La ciudad estaba ahora firmemente en manos de la revolución: reconocieron este *fait accompli*, dando por finalizado su ignominioso ejercicio del cargo, enviando sus dimisiones al zar. Una vacua formalidad.

Kérenski, un buen orador que contaba con la autoridad moral de la izquierda, enérgico y ambicioso, todavía en la treintena, estaba haciéndose inestimable para el Comité Provisional de la Duma. Tuvo un papel principal en el establecimiento de una suerte de orden militar, y anunció que en la Duma Estatal se había establecido un elenco revolucionario, para después conducir frenéticamente a través de Petrogrado, y declarar ante entusiasmados grupos de soldados insurgentes que la Duma estaba con ellos.

La suerte estaba echada. Ante la anarquía, temiendo la dirección que podría tomar, el Comité de la Duma se sintió obligado, pese a la indecisión y tenaz lealtad al régimen de muchos de sus miembros, a asumir el poder. Declaró que «tomaría en sus manos la restauración del Estado y el orden público, y la creación de un gobierno que se corresponda con los deseos de la población». Rodzianko era uno de los miembros del Comité que se sintieron profundamente incómodos con este giro. Pero quien resumió perfectamente la situación fue V. V. Shulgin, un inteligente diputado conservador, poco dado a los sentimentalismos. «Si no nos hacemos con el poder», dijo, «otros lo harán; los mismos que ya han elegido a algunos canallas en las fábricas».

Se refería, desde luego, al comité vecino, aquel que se reunía unas puertas más allá, y que también desarrollaba tareas de organización, de poder: el Soviet. La tumultuosa coexistencia conflictiva, superpuesta y entrelazada de estas dos políticas, filosofías y fuerzas sociales había dado comienzo.

En el Palacio de Táuride, la burocracia había funcionado hasta entonces con una pulcritud absoluta; lo más caótico que podía verse era el descuido de un memorándum que caía al suelo. Ahora sus pasillos se convertían en un campamento militar. En el Salón Circular yacía el cadáver de un soldado. Cientos de sus camaradas acampaban en los pasillos del palacio, acucillados

ante improvisadas estufas, bebiendo té, fumando y frotándose los ojos, preparados para enfrentarse a la contrarrevolución, cuya llegada ya todo el mundo temía. Los pasillos apestaban a pólvora, sudor y polvo. Las oficinas se habían convertido en desordenados almacenes de comida y armas. Una amplia sala de reuniones estaba llena de sacos de cebada, abiertos por los saqueadores. Abandonado entre los sacos, yacía un cerdo muerto, sangrando.

Rodzianko, siempre quisquilloso —recordaría después su colega Stankévich—, pasó a través de un grupo de desaliñados soldados «preservando una dignidad majestuosa, pero con una expresión de profundo sufrimiento congelada en su pálido rostro». Se abrió paso entre la basura amontonada contra los muros y apilada en los cruces de pasillos. En sus memorias, Shulgin describe explícitamente sus sensaciones en aquella situación. Las masas, que habían derrocado al régimen y que ahora cometían la temeridad de compartir sus oficinas palaciegas, eran «estúpidas, animalescas, incluso diabólicas».

«¡Ametralladoras!», fantaseaba, «eso es lo que yo quería. Sentía que solo las bocas de las ametralladoras podían hablar a la turba». Tales eran los sentimientos que subyacían a la futura relación entre el Comité de la Duma de Shulgin y el Soviet. Y estos recios okupas de pasillo eran el electorado. Estos serían los cimientos de lo que, confusamente, se denominaría *dvoevlastie* —el Poder Dual.

Casi tan rápidamente como los diputados de la Duma, el Soviet creó su propia comisión militar, emitiendo órdenes a las brigadas improvisadas de la ciudad, preparándolas para la anticipada batalla contra las fuerzas del zar. Pero a las 2 a. m. del día 28, Rodzianko y el coronel octubrista Engelhardt, de la Comisión Militar del Comité de la Duma, cruzaron los pasillos para anunciar al Soviet su intención de colocar a la Comisión Militar del Soviet bajo el mando de la suya.

Muchos, del lado del Soviet, estaban furiosos ante la osadía, y profundamente incómodos ante la posibilidad de tener que ceder poder a estos representantes de la burguesía. Fue durante esta tensa confrontación cuando reapareció Kérenski.

Desde luego, él tenía un pie en ambos frentes, y estaba en su elemento. Así llegó, tenso pero confiado, manteniendo la atención de la sala con un apasionado discurso en el que imploraba al Soviet que aceptara esta coalición,

asegurándoles, garantizándoles que la supervisión de la comisión de la Duma correría a cargo de representantes de la revolución.

Y su argumento dio con terreno fértil. La verdad era que la mayor parte de la naciente comisión del Soviet tenía ya un análisis de la situación, y la sensación de que la historia todavía no estaba de su parte. Que en este contexto había, y debía haber, limitaciones y frenos necesarios a su propio papel, a su poder. Todavía incipiente, este sería el comienzo de una extraña serie de políticas de autolimitación.

En las primeras horas del 28 de febrero, el Comité del Soviet distribuyó un panfleto.

El Comité Provisional de la Duma Estatal, con la ayuda de la Comisión militar, está organizando el ejército y designando a los jefes de todas las unidades militares. No deseando entorpecer la lucha contra el viejo poder, el Comité Ejecutivo del Soviet de Petrogrado no recomienda que los soldados rechacen la existencia de esta organización, ni la subordinación a sus medidas y nombramiento de jefes.

«No deseando entorpecer la lucha contra el viejo poder»: aquí estaba la vacilación de aquellos cuya formación socialista les enseñaba que una alianza estratégica con la burguesía era necesaria, que, por confusa que fuera la sucesión de acontecimientos, había etapas todavía pendientes de alcanzar; que la burguesía era quien debía tomar el poder primero, y esto excluía una movilización socialista demasiado vigorosa en este país, su propio país, que todavía no estaba listo.

Como decorosa síntesis de esta ansiedad histórica, el alambicado doble negativo «no recomendar el rechazo» facilitó la absorción de la Comisión Militar del Soviet dentro de la comisión de la Duma. De modo que fue el Comité de la Duma, con esta nueva autoridad vinculada subsidiariamente a las masas, el que dio orden a los soldados amotinados de que retornaran a su guarnición y reconocieran la autoridad de sus oficiales.

En aquellas horas oscuras, en un aire saturado de tabaco, los exhaustos miembros del Comité de la Duma continuaron afrontando las exigencias del gobierno, forzados por la historia a maquinar contra el zar y su sistema, forzados a ser un gobierno revolucionario. Con urgencia, eligieron comisarios para varios ministerios vacantes.

El Comité había sabido de las órdenes del zar a Ivánov. Debían evitar que sus fuerzas contrarrevolucionarias alcanzaran la capital. Tampoco el propio Nicolás debe poder llegar a Tsárskoe Seló, el pueblo situado en las cercanías de Petrogrado, donde los Románov tenían una residencia, y donde Nicolás

había decidido reunirse con su mujer y su familia.

Hacia las 3:20 a. m., la Comisión Militar se había hecho apresuradamente con el control de las estaciones de Petrogrado y las vías férreas por las que pasaban gente y suministros, armas y combustible y comida, información y rumores y política. Aquellos raíles eran nervios del poder.

El 28 fue un día, dijo Trotsky, «de arrebatos, abrazos, lágrimas de alegría». El sol salía, sobre una ciudad transformada.

No es que hubiera finalizado toda la lucha. Seguía oyéndose el *staccato* de los disparos. Fue en esta última jornada, en este día perdido para los defensores del viejo régimen, cuando se produjo parte de la violencia más terrible.

En el edificio del Estado Mayor, en el Almirantazgo, en el gran y espléndido Palacio de Invierno, guardado por una manada de estatuas en el techo, con sus ojos en blanco, quedaban focos de resistencia. En el Hotel Astoria, altos oficiales y sus familias se parapetaban, protegidos por sus hombres de confianza. Cuando las multitudes jubilosas se reunieron en las calles, en el exterior, se propagaron los rumores de que había francotiradores en el hotel. Confusión. Un cambio total, de la alegría a la rabia. Gritos: alguien estaba disparando desde las ventanas. ¿Era verdad? Demasiado tarde: verdad o no, los soldados revolucionarios ya estaban rompiendo cristales y muros con sus ráfagas. Sus camaradas irrumpieron en el vestíbulo dorado del hotel, disparando, y los soldados lealistas devolvieron los disparos.

Una larga y espectacular batalla, una tormenta de metralla, nubes de yeso, esquirlas de oro y cordita; balas agujereando los muros, sangre regando las chaquetas de brocado. Cuando finalmente se posaron el polvo y el estruendo, varias docenas de oficiales habían muerto.

La Comisión Militar ocupó la estación central de teléfonos y tomó la oficina de correos y la oficina central del telégrafo. Búblikov, un miembro de la Duma, llevó a cincuenta soldados al ministerio de transportes y arrestó a todo el mundo que estaba allí, incluyendo al antiguo ministro, Kriger-Voinovski, a menos que juraran fidelidad al Comité de la Duma. Hecho esto, comenzó a pulsar el telégrafo, enviando un telegrama a todas las estaciones de ferrocarril de Rusia. Mediante las ráfagas eléctricas, un código de chasquidos que acompañaba a los trenes en su camino, les informó de que la revolución había tenido lugar. Y urgió a los trabajadores de ferrocarril a unirse, con «redobladas energías».

De hecho, el Comité de la Duma no tenía a su disposición el poder que sugería el telegrama de Búblikov. Su mensaje fue un acto de habla, una intervención discursiva, y tuvo un efecto poderoso. Aunque tardaría varios días en llegar a los más lejanos territorios del vasto territorio, con las noticias de la revolución se propagó la revolución misma.

Grupúsculos y asambleas formularon planes. Letones y finlandeses, polacos y otros, en sus países de acogida y en sus tierras natales, debatían formas políticas de respuesta. Moscú, cercana, segunda solo tras Petrogrado en influencia política y cultural, se vio inmediata y crucialmente afectada. Allí, habiendo llegado tarde, la revolución parecía ansiosa por ponerse al día. Tras un primer día más o menos prometedor, ahora una huelga general agitaba la ciudad. Los obreros se hicieron con armas de las comisarías, y arrestaron a los oficiales. Las multitudes saquearon cárceles y liberaron a los prisioneros.

«Llamarlo hipnosis de masas no es del todo acertado —dijo Eduard Dune, que en 1917 era un adolescente en Moscú que apenas comenzaba a implicarse en la política radical— pero el sentimiento de las masas se transmitía de uno a otro como por conducción, como un espontáneo estallido de risa, alegría o rabia». La mayor parte de los moscovitas, pensaba, «habían estado rezando aquella mañana por la buena salud de la familia imperial. Ahora gritaban “¡Abajo el zar!” y no ocultaban su descarnado desprecio».

En el Puente Yauza, la policía intentó bloquear el paso resueltamente a una enorme masa de manifestantes. Cuando un trabajador del metal llamado Astajov les gritó que se retiraran, un exaltado oficial respondió con fuego letal. El *Febrero* de Moscú se llevaba al primero de su corta lista de mártires.

La horda, encolerizada, asaltó el bloqueo, apartó a la policía, arrojó al asesino a las aguas del Yauza, y continuó hacia el centro de la ciudad. Los moscovitas se reunieron allí para celebrar el nuevo orden. «En verdad el viejo régimen en Moscú cayó por sí solo —informaba el empresario kadete Buryshkin— y nadie lo defendió, o siquiera lo intentó».

En el propio proceso de liberación se veían diferencias de clase. Esa misma noche, los buhoneros se quedaron sin tela roja para lazos. «La gente bien vestida llevaba lazos casi del tamaño de servilletas de mesa —dijo Dune— y la gente les decía: “¿Por qué sois tan tacaños? Compartidlos con nosotros. Ahora tenemos igualdad y fraternidad”».

En Petrogrado, el Comité de la Duma ordenó el arresto de exministros y altos cargos. Esa «orden» era implícitamente, de hecho, un ruego dirigido a las multitudes revolucionarias. Las masas apenas tuvieron necesidad de salir a cazar a quienes evitaban su arresto: los representantes del viejo régimen, temerosos del orden emergente, facilitaron la tarea de los autoelegidos nuevos líderes, pensando que estos tendrían más posibilidades de mantenerlos vivos que la dura justicia de las calles. Ministros zaristas, como el despreciado Protopópov, anteriormente ministro del Interior, se abrieron camino hacia el Palacio de Táuride, apurados por entregarse. Los oficiales de policía hacían cola fuera de sus muros, suplicando que les tuvieran bajo custodia.

Y cuando el Comité de la Duma tomó provisionalmente el poder el 28 de febrero temprano, mientras la ciudad se agitaba, más y más fábricas y unidades militares se reunían y elegían representantes para el Soviet de Petrogrado —un órgano que para entonces ya planificaba y ejercía su propio poder.

Los nuevos delegados representaban abrumadoramente a los grupos socialistas moderados; menos del 10 por 100 de los votos fueron para los bolcheviques, para el ala más revolucionaria y maximalista de los eseristas, o para el pequeño grupo militante *Mezhraionka*.

Estos extraordinarios mezhraiontsy, el Comité o grupo Interdistrital, eran una reciente formación radical. Consternados ante la profunda división dentro del marxismo ruso, sus fundadores (Konstantín Yurénev, los bolcheviques Elena Adamóvich y A. M. Novosyolov, o el menchevique Nikolái Egorov, entre otros) fomentaban la colaboración. Construyeron puentes de buena voluntad y cooperación entre obreros e intelectuales, entre los cuales el propio Trotsky, Yuri Larin, Moiséi Uritski, David Riazánov o Anatoli Lunacharski.

Lunacharski era un heterodoxo, erudito y brillante orador, escritor y crítico. Un hombre afable, admirado por su sensibilidad tanto como por su brillantez, durante mucho tiempo se había opuesto al etapismo y la ortodoxia mecanicista, por los que criticó a Plejánov y al resto de mencheviques. En vez de ello, defendió un marxismo ético y estético, e incluso defendió «la construcción de Dios», una pagana religión del ateísmo que celebraba a la humanidad. Anteriormente Lenin le había atacado por este y otros pecados teóricos, pero hacia 1917 Lunacharski y sus camaradas eran como mucho una facción externa de los bolcheviques.

Para los mezhraiontsy, la unidad había devenido secundaria respecto a la

cuestión clave de la guerra: no ceder ni un palmo de terreno al «defensismo». Contando con muchos pensadores entre sus filas, rápidos e independientes, eran «la única organización», recordaría con orgullo Yurénov, «que ya publicaba panfletos en las primeras escaramuzas de la revolución». El día 27, sus agitadores animaban a los trabajadores a que eligieran representantes para un soviet, respecto al cual, en ese momento, eran considerablemente más entusiastas que los bolcheviques.

Los improvisados pero efectivos mecanismos representativos de ese soviet implicaban que los soldados rápidamente acabarían estando sobrerrepresentados. Para aquellos soldados todavía aturridos por la reciente libertad adquirida, el soviet era su organización: pese a las intervenciones de Kérenski, muchos no se fiaban del Comité de la Duma, que ejercía de portavoz de los oficiales contra los que se habían amotinado.

El propio Comité de la Duma, ese poder casi reticente a serlo, estaba dividido respecto a lo que quería. Incluía en su seno a aquellos que todavía aspiraban a una monarquía constitucional, a aquellos para los cuales la historia había eliminado esa posibilidad, hubiera sido esta preferible o no, y a los que consideraban una república no solo necesaria, sino deseable.

No fue un día de arrebatos y lágrimas de alegría en Kronstadt. En aquella pequeña villa isleña, el día de la revolución fue el 28.

Los soldados de la Tercera Infantería de la Fortaleza de Kronstadt salieron marchando de los barracones en la calle Pável, con su banda tocando *La Marsellesa*. Sus camaradas del Destacamento de entrenamiento de Torpedos y Minas les siguieron, matando a un oficial de un disparo, según avanzaban. Entonces llegó el Primer Destacamento de la Flota Báltica. Después la guarnición. Los marineros se unieron al gentío. Las tripulaciones de las embarcaciones de entrenamiento atracadas en el puerto salieron, amotinadas. «No me parece posible tomar medidas de pacificación con el personal de la guarnición», informó secamente el comandante Kurosh a sus superiores, «porque no hay una sola unidad en la que pueda confiar».

Los hombres se manifesaron por las calles y en la principal Plaza del Ancla; la formación se extendía desde sus amplios cuarteles y barracones, sosteniendo las bayonetas, siguiendo el camino de los amotinados ejecutados. Protegieron a unos pocos oficiales respetados: a otros, los arrastraron a la plaza, los arrojaron a una zanja, y los dejaron muertos en el suelo, fusilados. Quizá fueran ejecutados en total unos cincuenta oficiales. Muchos más

huyeron o fueron encerrados en la cárcel de Kronstadt.

Los marineros no sabían que iban un día por detrás de tierra firme, que estaban uniéndose a una revolución ya afianzada. Esperaban un asalto lealista, y su salvajismo fue venganza, sí, pero también necesidad y urgencia ante la temida primera batalla de una guerra —una guerra de clases—. Ningún oficial podría reestablecer la disciplina.

«Esto no es un motín, camarada almirante», gritó un marinero. «Esta es una revolución».

En septiembre de 1916, el gobernador-general Viren había informado a sus superiores de que «un temblor desde Petrogrado sería suficiente para que Kronstadt... se alzara contra mí, los oficiales, el gobierno, y todos los demás. La fortaleza es un polvorín en el que arde un tizón». Menos de medio año después, en la madrugada entre febrero y marzo, se extrajo por fuerza a Viren de su finca, con poco más que una camiseta blanca.

Se alzó y gritó una orden familiar: «¡Atención!». Esta vez los soldados solo rieron.

Le condujeron a la Plaza del Ancla, en ropa interior y temblando por la brisa marítima, y le sentenciaron a muerte por su brutalidad. Le dijeron que mirara al gran monumento consagrado al almirante Makárov, grabado con su lema: «Recuerda la guerra». Viren se negó. Cuando los soldados de Kronstadt la emprendieron a bayonetazos con él, les obligó a mirarle a los ojos.

El zar gastó el último día de febrero vagando por los raíles de una Rusia helada. Deambulaba lujosamente, pues su tren era un palacio sobre ruedas. Dorados interiores barrocos, vagón cocina, dormitorio afiligranado, un despacho suntuoso en cuero marrón, madera de Karelia, alfombras rojas: un lujo mecanizado que serpenteaba por parajes congelados y ásperos hasta que descendía la oscuridad. Una parada nocturna en la estación de Málaya Víshera, a apenas 150 kilómetros de Petersburgo. Pero el telegrama de Búblikov había logrado su propósito: a lo largo del camino las estaciones estaban ocupadas por tropas revolucionarias.

Las autoridades del ferrocarril tenían órdenes del Comité Provisional para desviar el tren, e intentar enviar al zar de vuelta a Petrogrado, donde aquellos que habían derrocado su régimen le esperaban. La vía férrea podría entregarle a los revolucionarios. Precavido ante la confusa (des) información que recibió

al llegar, Nicolás y su séquito rápidamente cambiaron de planes. Con un apresurado repiqueteo de pistones, el tren imperial arrancó de nuevo, ya no hacia Tsárskoe Seló, sino hacia el cuartel general del Frente Norte, la antigua villa medieval de Pskov. Desde ahí, pensaba Nicolás, quizá encontraría una ruta hacia algún otro sitio más acogedor, y posiblemente algo de apoyo militar leal.

El hombre, destronado en todo excepto en un último detalle formal, se adentró, demasiado tarde, en la noche.

3. MARZO: «EN TANTO QUE»

En la oscuridad de la noche, al acabar el mes, habiéndose comunicado con Rodzianko sobre la situación en la ciudad, el general Alekséyev envió un telegrama al general Ivánov. Le ordenó no avanzar sobre la ciudad, tal y como estaba planeado, porque «la paz completa se ha restaurado en Petrogrado».

Esto era notablemente falso. Pero él y el Comité de la Duma dijeron lo que tenían que decir para frustrar la contrainsurgencia, condenada ya al fracaso. Así se contuvo la contrarrevolución romanoviana.

En el Palacio de Táuride, a las 11 a. m. del 1 de marzo, el Comité Ejecutivo del Soviet se reunió de nuevo, en una tensa sesión, para debatir el problema del poder. Algunos, en la derecha, defendieron una coalición con el Comité de la Duma puesto que, en lo que atañía a sus teorías históricas y políticas, no estaba en disputa la necesidad de una transferencia de poder al Gobierno Provisional que ese mismo comité estaba formando. Pero la minoría de izquierdas del Comité Ejecutivo (tres bolcheviques, dos eseristas del ala izquierdista dura, un mezhraionets) pidió en su lugar la formación de un «gobierno revolucionario provisional», sin los diputados de la Duma. Esto recordaba a la posición prebélica de Lenin: en aquel entonces, mientras los mencheviques argumentaban que el proletariado y los marxistas debían abstenerse de participar en un gobierno (necesariamente) burgués, Lenin, por el contrario, defendió un gobierno provisional revolucionario dirigido por el proletariado como el mejor vehículo para la revolución (de nuevo, necesariamente) burguesa-democrática.

En realidad, pese a la propuesta de la minoría del Comité Ejecutivo, los bolcheviques como partido no estaban unidos en una única postura, ni respecto al Soviet, sobre el que algunos de sus militantes seguían siendo

escépticos, ni respecto a las cuestiones del poder del gobierno. Ese mismo día, cuando el izquierdista Comité del Distrito de Víborg, bolchevique, hizo circular una proclamación en medio del caos, exigiendo un gobierno revolucionario provisional, el Comité Central bolchevique tomó medidas drásticas respecto a estas muestras de indisciplina.

El Comité Ejecutivo del Soviet, el Ispolkom, había previsto una sola hora para discutir y decidir la forma del poder posrevolucionario. Una aspiración ridícula. La reunión se alargó mucho más allá del tiempo previsto. Bajo la cúpula de la gran sala del Palacio de Táuride, los centenares de delegados del Soviet, su asamblea general, estaban esperando el informe del Ispolkom. Su impaciencia se fue acrecentando, aumentando de volumen. Pasado el mediodía, el Ispolkom envió al menchevique Skóbelev para que pidiera más tiempo.

Según comenzaba su intervención, se vio interrumpido de forma dramática. Las puertas de la cámara se abrieron de golpe y entró un notable grupo de soldados uniformados. Tras la estruendosa entrada de los recién llegados, el Ispolkom tomó nota, y se apresuró a unirse a la aglomeración de visitantes.

Los soldados, ansiosos, habían venido a pedir consejo al Soviet: ¿cómo debían responder a las exigencias de Rodzianko, que ordenaba su rendición? ¿Qué debían hacer con sus oficiales, contra los cuales el sentimiento popular seguía siendo lo suficientemente severo como para que hubiese un peligro real de linchamientos? ¿Y debían obedecer al Soviet, o al Comité de la Duma?

El estrépito de la multitud ahí congregada aclaró sus dudas: debían seguir empuñando sus armas. Eso era sencillo.

La decisión de disolver la Comisión Militar del Soviet dentro de la comisión del Comité de la Duma, sin embargo, provocó más controversia. Los que quedaban en la sala voceaban, denunciándolo como colaboracionismo. En nombre del Ispolkom, Sokolev, un antiguo bolchevique, defendió esa decisión, basándola en la mayor experiencia militar y el «papel histórico» de la burguesía.

Empezó a emerger un consenso a partir de los argumentos que se escuchaban en la sala. No podía confiarse en los oficiales antirrevolucionarios, pero el mandato de los oficiales «moderados» sí era válido —aunque solo en lo que se refería a cuestiones de combate—. Según

continuaba el tira y afloja, un soldado del Regimiento Preobrazhenski explicó cómo él y sus camaradas habían votado un comité administrativo elegido entre sus propias filas.

Oficiales elegidos en votación. La idea arraigó.

Finalmente, el Soviet llegó a un borrador de resolución. Subrayó que los comités de soldados eran importantes. Propuso la democracia del soviét dentro de las unidades, combinada con disciplina militar durante el servicio. Según el dictamen del plenario los soldados tendrían que enviar representantes a la Comisión Militar del Comité de la Duma, y reconocer su autoridad —*en tanto que este no se apartara de la línea marcada por el Soviet*.

En esa extraordinaria cláusula condicional, radicalismo y conciliación se acercaban, sin mezclarse.

Con renovada determinación, los soldados fueron a presentar estas decisiones al coronel Engelhardt, de la Comisión Militar. Exigieron que emitiera una orden para la elección de, según sus palabras, «oficiales junior». En representación del Comité de la Duma, sin embargo, Rodzianko rechazó inmediatamente este acuerdo de la izquierda, dejando a Engelhardt la tarea de aplacar la frustración de los soldados.

Todavía no se habían acabado los paseos a caballo: más tarde ese mismo día, mandatados por el Soviet, los soldados volvieron a la Comisión Militar. Llevaban a Engelhardt la petición de que las reglamentaciones concernientes a la organización militar se trazaran en colaboración con el Comité de la Duma. Tras ser rechazada esta concesión adicional, los soldados se marcharon, enfurecidos.

«Mejor así», exclamó uno mientras se marchaban. «Las escribiremos nosotros mismos».

A las 6 p. m., en el Soviet, se retomaba el debate en un Comité Ejecutivo abarrotado, pronto incrementado por la presencia de varios nuevos delegados, enviados por los soldados —bolcheviques, mencheviques, eseristas, independientes, un único cadete—. Una vez más, los moderados pidieron una coalición activa con el Comité de la Duma. Pero la posición que prevaleció, según Sujánov, un intelectual independiente cercano a los mencheviques de izquierdas, fue que la «tarea» del Soviet era, más bien, la de «presionar» a la

reticente burguesía liberal para que tomara el poder. Después de todo, según el modelo menchevique esta era el agente necesario de una necesaria revolución, necesariamente burguesa. Y unas condiciones excesivamente exigentes para el acuerdo, desde luego, corrían el riesgo de disuadir a este timorato liberalismo burgués de que cumpliera con su papel histórico.

Sobre tales bases, el Ispolkom lanzó nueve condiciones para su apoyo a un gobierno provisional:

1. una amnistía para los presos políticos y religiosos;
2. libertad de expresión, publicación y huelga;
3. la introducción de una república democrática por sufragio universal, igual, directo, y secreto (masculino);
4. preparativos para la convocatoria de una Asamblea Constituyente, con vistas a un gobierno permanente;
5. reemplazo de la fuerza policial por una milicia popular;
6. elecciones para los órganos administrativos locales, según lo dispuesto en el punto tres;
7. abolición de la discriminación basada en clase, religión o nacionalidad;
8. autogobierno del ejército, incluyendo la elección de oficiales;
9. no retirarse de Petrogrado, ni desarme de las unidades revolucionarias del ejército.

De manera crucial, y como correspondía a su autoasignado papel de supervisor, el comité también aprobó, trece a ocho, que sus miembros no ocuparan cargo en el gabinete del gobierno provisional que crearía el Comité de la Duma.

Estas eran demandas moderadas. En su mayor parte, la izquierda permanecía en silencio: toda la rebelión había dejado a los bolcheviques inseguros, en cierto modo paralizados, respecto a cómo dejar clara su *differentia specifica*, su coherente antiliberalismo.

Los puntos más radicales en la lista eran aquellos que concernían al ejército. Los proponían los representantes de los soldados, furiosos ante la intransigencia de Engelhardt. Y su cólera todavía no se había aplacado.

El agotado ejecutivo delegó a un pequeño grupo la tarea de trazar formalmente, junto a los soldados, sus demandas específicas. Se apretujaron en una pequeña habitación. Sokolov, inclinado sobre un oscuro escritorio, escribía frenéticamente al dictado, traduciendo al idioma leguleyo. Media

hora después aparecieron con lo que Trotsky llamaría «la carta magna de la libertad del ejército revolucionario» y «el único documento valioso de la Revolución de Febrero», planteado no por el Ejecutivo del Soviet, sino por los propios soldados: la Orden Número 1.

La Orden Número 1 consistía en siete puntos:

1. elección de los comités de soldados en las unidades militares;
2. elección de sus representantes al Soviet;
3. subordinación de los soldados al Soviet en las acciones políticas;
4. subordinación de los soldados a la Comisión Militar (y otra vez el detalle crucial) en tanto que sus órdenes no se desviaran de aquellas del Soviet;
5. control de las armas por los comités de soldados;
6. disciplina militar durante el servicio, con plenos derechos civiles el resto del tiempo;
7. abolición de los títulos honorarios de los oficiales y del uso de términos despreciativos hacia sus hombres.

La orden daba prioridad al poder del Soviet sobre el del Comité de la Duma, y puso las armas de la guarnición de Petrogrado a disposición del Soviet. Y todo ello pese a que el Comité Ejecutivo del Soviet, con su extraño cóctel de marxismo jesuítico y vacilación política, no quería el poder que se le había confiado. Por poco que fuera a aplicarse, por molesta que pudiese resultar a los más cautos, en esencia la Orden Número 1 era un duro golpe a la autoridad militar tradicional —y seguiría siéndolo.

Sus últimos dos puntos eran una expresión militar de la insistencia sobre el honor, sobre la dignidad humana por la que habían luchado desde 1905 la mayor parte de obreros radicales. Hasta febrero los soldados habían sido sometidos a grotescas humillaciones. Sin permiso para ello, no podían recibir libros o periódicos, pertenecer a ninguna sociedad política, acudir a conferencias o al teatro. No podían vestir ropas de civil fuera de servicio. No podían comer en restaurantes o montar en coche. Y sus oficiales se referían a ellos con apodosos humillantes, usando las formas lingüísticas de superioridad. De ahí esta lucha contra la familiaridad denigrante, contra la opresión de clase mediante la gramática.

Los soldados, como los obreros y otros colectivos, exigían que se

dirigiesen a ellos con el respetuoso «Ciudadano», un término que se propagaba tanto como si hubiera sido «¡inventado justo ahora!», escribía el poeta Mijaíl Kuzmin.

La revolución y su lenguaje le seducía: «El papel de lija ha pulido todas nuestras palabras».

El general Ivánov y sus tropas de choque llegaron tarde a Tsárskoe Seló, donde la zarina, vestida de enfermera, atendía a sus niños enfermos de sarampión. Temía que la presencia de Ivánov inflamara la situación política, pero su misión ya había acabado: recibió la orden de Alekséyev. No debía actuar.

Poco antes de las 8 p. m., el propio zar llegó a Pskov. Rodzianko había prometido encontrarse con él ahí, pero ahora le enviaba sus disculpas. Estaba preparando, sin que lo supiera Nicolás, las negociaciones entre el Comité de la Duma y el Soviet.

El general Ruzski estaba al mando de las fuerzas situadas alrededor de la ciudad medieval de Pskov. Cuando se presentó ante el zar, el general llegó tarde, agotado, desabrido, y vistiendo botas de lluvia. Esta era una falta de protocolo que rozaba la sedición. El zar lo permitió. Dio al general permiso para hablar libremente. Le pidió su análisis de la situación.

El viejo sistema —esta fue la cuidadosa respuesta que ofreció Ruzski— había llegado a un final.

Quizá, sugirió, el zar podría adoptar una fórmula parecida a «el soberano reina y el gobierno decide».

¿Una monarquía constitucional? La mera insinuación provocaba en Nicolás una suerte de terrible contemplación mística, una visión inédita de los límites de su poder. Esto «es incomprensible», musitó. Para acostumbrarse a algo así, dijo, tendría que nacer de nuevo.

A las 11:30 p. m., a medida que los comités del Soviet y la Duma se preparaban para reunirse en Petrogrado, Nicolás recibió un telegrama que el general Alekséyev le había enviado horas antes, al mismo tiempo que desconvocaba a las tropas del zar.

«Es imposible», leyó Nicolás, «pedir al ejército que continúe tranquilamente con la guerra mientras está en marcha una revolución en la

retaguardia».

Alekséyev rogaba al zar que eligiera un gabinete nacional de confianza, implorándole que firmara un borrador de manifiesto a este efecto. Un manifiesto que los miembros del Comité de la Duma habían redactado apresuradamente, y en apoyo del cual habían recolectado apoyos; incluyendo al primo del zar, el gran duque Serguéi Mijáilovich.

Para el zar, esto — viniendo del leal Alekséyev — era un duro golpe. Meditó. Finalmente llamó a Ruzski y le ordenó que informara a Rodzianko y Alekséyev de su consentimiento: la Duma debía formar un gabinete. Después telegrafió a Ivánov, rescindiendo su orden anterior y ordenándole ahora que no continuara hacia Petrogrado.

Para entonces, esa orden, al igual que el hombre que la dio, era superflua.

En la medianoche del 1 de marzo, Sujánov, Chjeidze, Steklov y Sokolov, del Soviet, cruzaron de un lado a otro el Palacio de Táuride, en una misión que había iniciado Sujánov. Una misión que no era del todo oficial, ni del todo irregular. Estaban reuniéndose con sus homólogos para discutir los términos del apoyo del Soviet a la Duma en su asunción del poder.

Cercano a la izquierda de los mencheviques, Sujánov fue un inteligente, irritable y sardónico testigo de 1917, con una increíble habilidad para estar presente en los momentos clave de la historia. En sus memorias, esa noche se relata vívidamente.

Bajo su alto techo, la sala de reuniones de la Duma estaba llena de colillas de cigarrillos, botellas y el olor de las bandejas de comida a medio acabar, que hacían salivar a los hambrientos socialistas. Diez representantes de la Duma estaban allí, incluyendo a Miliukov, Rodzianko y Lvov. Técnicamente perteneciente al Soviet, Kérenski también estaba presente. Se mantuvo callado, lo cual era poco habitual. Rodzianko, malhumorado, sorbía obsesivamente agua con gas. En su mayor parte fue Pável Miliukov, de los kadetes, quien habló por el Comité, y Sujánov por el Soviet.

Los grupos mantuvieron la distancia entre ellos. En dos cuestiones políticas cruciales, la guerra y la redistribución de la tierra, estaban bastante divididos. Por lo tanto, evitaron estos temas. Una vez apartadas estas cuestiones, liberales y socialistas — estos últimos poco inclinados a disuadir a los primeros de que tomaran el poder — se vieron gratamente sorprendidos

ante la suavidad con que procedieron las negociaciones.

Aunque aceptara que el propio Nicolás debía marcharse, el anglófilo Miliukov soñaba con mantener la institución de la monarquía. ¿Podía persuadirse a Nicolás, se preguntaba Miliukov, de que abdicara en favor de su hijo, bajo la regencia del hermano del zar, Miguel? Como si recordara la presencia de los izquierdistas republicanos que le acompañaban, Miliukov se apresuró a describir a la pareja como «un niño enfermo... y un hombre completamente estúpido». La idea, le respondió Chjeidze, era tan irreal como inaceptable.

Se estableció que los puntos más delicados podrían esperar hasta la reunión de una Asamblea Constituyente, de modo que esta cuestión, también, se archivaba. El tercer punto de los nueve del Soviet, aquel referido a una «república democrática», se desestimó.

Para evitar problemas a corto plazo, Miliukov, torciendo el gesto, acordó no reubicar las tropas revolucionarias de la ciudad. Lo que no podía consentir, sin embargo, era la elección de oficiales. Para los liberales y para la derecha, esto suponía la destrucción del ejército. ¿Y qué hay de la Orden Número 1? ¿Que las tropas obedecieran al gobierno en tanto que sus órdenes no entraran en conflicto con las del Soviet? La idea era abominable.

Shulgin protestó. Nunca había sido tan diplomático como Miliukov. Si el Soviet tenía el poder que implicaba esa orden, sugirió fríamente, el mismo Soviet debería arrestar inmediatamente al Comité de la Duma y organizar el gobierno por sí solo.

Tomar el poder realmente era, desde luego, lo último que querían los socialistas.

Fue en ese momento cuando un agitado grupo de oficiales del ejército llegó abruptamente para interrumpir la discusión. Llamaron a Shulgin para que saliera.

La revolución tiene sus misterios. Esta intervención perfectamente sincronizada es uno de ellos. Las identidades de los oficiales siguen sin aclararse, al igual que el mensaje exacto que transmitieron. Fueran quienes fueran, parece que sugirieron a Shulgin que oponerse a la Orden Número 1, esa noche, implicaría un baño de sangre. Quizá incluso una masacre de oficiales.

Fuera cual fuera la fuente de la opaca intervención, demostró ser vital. Al

volver a la sala, Shulgin estuvo de acuerdo en que el Soviet no necesitaba rescindir la Orden Número 1, pero propuso que se aprobara una segunda orden, para suavizarla.

El Comité de la Duma tenía sus propias exigencias: el Comité Ejecutivo del Soviet debe restaurar el orden y reestablecer el contacto entre soldados y oficiales. Por mucho que les incomodara a los conservadores, estaba claro que el Ispolkom era el único órgano que podía tener el poder de hacer esto. Y el Ispolkom debía proclamar la legitimidad del Gobierno Provisional, de mutuo acuerdo con el Comité de la Duma.

Miliukov se había encomendado la tarea de luchar por estos puntos. Se vio gratamente sorprendido por la pronta —casi ansiosa— aquiescencia de los representantes del Soviet.

Eran las 3 a. m. del 2 de marzo cuando se suspendió la sesión. Pero no todo el mundo pudo dormir: algunos tenían otros asuntos urgentes.

Muy poco después, un extraño tren de solo dos vagones salía de la Estación Varsovia de Petrogrado, iluminando la noche. Escoltado por guardias, llevaba a Shulgin y a Aleksandr Guchkov, un octubrista, en una misión para cambiar la historia. Los dos conservadores habían cargado sobre sus hombros una ingrata tarea: se habían presentado voluntarios para ir a reunirse con el zar e intentar persuadirle de que abdicara.

Estación tras estación los andenes y el propio tren eran invadidos por multitudes de soldados y civiles; ignorando el frío, alentados por la insurgencia, desesperados por conocer detalles, participando todos del debate político. En Lugin y Gátchina, soldados rebeldes saludaban con entusiasmo a los viajeros: eran representantes de la Duma, y por tanto, para muchos, representantes de la propia revolución. Así que Guchkov y Shulgin tuvieron que dar un discurso apresurado tras otro.

La primera mañana se consumía, y después el día, mientras los dos hombres, agitados e impacientes, se preparaban para su tarea sin saber que ya era superflua.

Una de las razones por las que el zar había elegido ir a Pskov era su conexión por cable con la capital. En una sala de comunicaciones, en lo profundo del Palacio de Táuride, había una máquina Hughes. Inventada más de medio siglo antes, este aparato telegráfico era una intrincada madeja de

ruedas de latón, cables y madera, con un teclado de letras en blanco y negro, diseñado para imitar el de un piano. En estas máquinas, al girar la rueda de imprimir, los operadores más virtuosos «tocaban» la partitura de los mensajes, y al otro extremo de la conexión se imprimía una larga cinta de palabras.

Rusia era un extenso imperio de cables que recorrían principalmente las oficinas de correos y las ferrovías. Por ellos pasaban acontecimientos y opiniones, información, disenso, orden, confusión y claridad. Con el claqueo en *staccato* de las teclas, por turnos y a medida que se desenrollaba el papel, cada interlocutor dictaba una frase a los operadores.

A las 3:30 a. m., muy poco después de que partieran Guchkov y Shulgin, y mientras el zar garabateaba nerviosamente en su diario desde el vagón imperial, Rodzianko conectaba con Pskov a través de la máquina Hughes. Al otro extremo, a través de su propio telégrafo, un soñoliento Ruzski transmitía las buenas noticias: Nicolás había accedido finalmente a formar un ministerio responsable.

«Es obvio», respondió Rodzianko, «que Su Majestad y tú no sois conscientes de lo que está ocurriendo aquí».

Anonadado, Ruzski observó cómo la máquina iba escupiendo el devastador mensaje de Rodzianko, palabra a palabra. La oportunidad se había perdido. El tiempo de nombrar ministerios había acabado.

En consonancia con esto, a las 5 a. m., con Rodzianko todavía en medio de ese crucial intercambio de mensajes, Miliukov se reunió con el abogado Sokolov y el independiente de izquierdas Sujánov, ambos del Soviet, para formalizar su colaboración.

La proclamación, afirmaría después Miliukov, instaba a la gente a restaurar el orden, que era «casi la misma cosa que [él, Miliukov]... había estado diciendo a los soldados desde la plataforma de los barracones del regimiento. ¡Y fue aceptado para su publicación en nombre del Soviet!». No se hacía referencia a la elección de oficiales. Ni el Comité Ejecutivo del Soviet interfirió tampoco con la selección del nuevo gabinete. El Comité de la Duma ofreció puestos a los dos miembros del Soviet a los que ya había hecho una oferta, Chjeidze y Kérenski. Funciones de gobierno a las que el Soviet ya había renunciado.

Esta decisión se vería pronto dramáticamente revocada.

Continuaba el largo intercambio entre Rodzianko y Ruzski. Como era habitual, también se reenvió a otros actores relevantes. La calamitosa información se propagó más allá de ese círculo. A las 6 a. m., uno de los receptores, el general Danílov, del frente norte, ordenó a los telegrafistas que lo reenviaran a la estación de Maguilov, esto es, al general Alekséyev.

Alekséyev comprendió inmediatamente la magnitud de lo que leía. A las 8:30 a. m. ordenó al personal de Pskov que despertara al zar y le hiciera llegar los contenidos de la conversación.

«Debe obviarse todo protocolo», insistió. Su urgencia apremiante no era compartida. Fríamente, se le informó de que el zar estaba durmiendo.

Alekséyev sabía que serían necesarios representantes del ejército, una de las pocas instituciones que Nicolás respetaba, para hacerle comprender; para rendirse ante lo inevitable. El general envió el texto de la explosiva discusión a los comandantes de las flotas y frentes de Rusia, pidiéndoles que respondieran con sus recomendaciones al zar.

No fue hasta después de las 10 a. m. cuando un desesperado Ruzski pudo entregar finalmente al zar la transcripción de su conversación con Rodzianko. Se la entregó. El zar leyó. Al acabar la lectura, miró al techo durante largo tiempo. Murmuró que había nacido para la infelicidad.

Ruzski, pálido y aterrorizado, leyó en voz alta el telegrama de Alekséyev a los generales. No podía haber error en lo que implicaba. El zar debía abdicar.

Nicolás permaneció en silencio.

Ruzski esperó. El zar se levantó finalmente. El apocalipsis se acercaba. Y el zar anunció que salía a comer.

A unos 2.200 kilómetros, en Zúrich, Lenin pasaba a la segunda página del *Neue Zürcher Zeitung*. Ahí, un breve reportaje informaba de una revolución en Petrogrado. Lenin, también, miró hacia arriba, como en trance, con los ojos bien abiertos.

Esa mañana, Miliukov llegó al enorme Salón Ekaterina del Palacio de Táuride, para anunciar el Gobierno Provisional ante la multitud revolucionaria allí reunida. A medida que glosaba el gabinete, la sala clamaba, perpleja, ante los nombres que no eran familiares, y escandalizada ante aquellos que conocía.

Había un nombramiento, sin embargo, que provocó aplausos: el cargo de ministro de Justicia había sido ocupado por aquella popular figura eserista (así se identificaba ahora), Aleksandr Kérenski. Pese a que el Comité Ejecutivo del Soviet había acordado que sus miembros no ocuparían posiciones de gabinete.

Miliukov estuvo hábil. Lanzó unos pocos eslóganes revolucionarios para ganarse a su escéptica audiencia, aguantando los ataques con aplomo. Cuando llegó el grito, «¿Quién os eligió?», él respondió inmediatamente: «¡Ha sido la revolución rusa la que nos eligió!». Hubo algo, sin embargo, que no pudo vender: la continuación de la dinastía real. Cuando anunció «únicamente» la abdicación de Nicolás —cosa que, desde luego, el propio Nicolás no había aceptado— la encrespada multitud rugió de furia.

En el país, para algunos la salida del zar fue, desde luego, una calamidad. Mientras Miliukov discutía con los revolucionarios, al otro lado de la ciudad Zinaida Schakovsky, de diez años, y sus compañeras de clase, se encontraban en una asamblea en el Salón del Instituto de la Emperatriz Catalina para Jóvenes de la nobleza. Zinaida estaba confusa: la pupila de mayor edad, a la que correspondía dirigir los rezos de la escuela, parecía haberse saltado los habituales buenos deseos para el zar y su familia. Ahora se tropezaba con extrañas palabras de reemplazo, insegura sobre cómo pronunciar «Recemos por el Gobierno Provisional». La niña paró y comenzó a llorar. Y mientras la observaba una perpleja Zinaida, las profesoras sacaron sus pañuelos y sollozaron también, al igual que todas las niñas a su alrededor, y finalmente ella también, sin saber qué pérdida estaban llorando.

No hubo pucheros en los pasillos de Táuride. Comenzó a llegar al palacio el rumor de que los soldados estaban saqueando las casas de los ricos y arrestando a cualquiera que consideraran monárquico. La intransigencia de Nicolás amenazaba la estabilidad nacional.

Los obreros que abarrotaban los pasillos, recién escuchado el anuncio de Miliukov, buscaban a los representantes del Soviet, exigiendo saber de ellos si era verdad que la monarquía aún estaba en pie. Y dejando muy claro que, si era así, la tarea no había acabado.

Esa tarde, el Soviet de Petrogrado se reunía para debatir si su Comité Ejecutivo había llegado a un acuerdo con el Comité de la Duma. Pero no mucho después de que comenzara la tormentosa sesión plenaria, a las 2 p. m.,

se vio interrumpida por la conmoción. Kérenski llegaba sin aliento, alzando la voz, rogando intervenir. Chjeidze, desde la presidencia, dudó, pero los delegados reunidos exigieron que permitiera la intervención.

Kérenski subió a la plataforma. Proyectó su voz hacia la multitud. «Camaradas», dijo, «¿confiáis en mí?».

Sí, gritó la multitud, sí confiaban en él.

«Hablo, camaradas, con toda mi alma», continuó, con la voz temblorosa. «Y si se necesita probar esto, si no confiáis en mí, entonces estoy listo para morir».

De nuevo, la multitud aplaudió su teatro.

Informó a la sala de que acababa de recibir una invitación para ser ministro de Justicia en el Gobierno Provisional. Y se le habían dado cinco minutos para decidir. Sin tiempo para consultar al Soviet, sin opción alguna excepto agarrar a la historia por la cola, había aceptado. Y ahora había venido a pedir la aprobación de sus camaradas.

Como ha señalado el historiador Tsuyoshi Hasegawa, estos fueron unos cinco minutos extremadamente largos: de hecho, Kérenski había recibido la invitación el día antes, y había aceptado a primera hora de esa misma mañana.

Su primera acción como ministro, exclamó Kérenski, había sido liberar todos los prisioneros políticos —una medida que, en realidad, ya había sido acordada antes por el Comité Ejecutivo y sus homólogos de la Duma—. Por supuesto, al no tener una autorización formal del Soviet para aceptar el cargo, proclamó ante los asistentes, por esa razón respetuosamente dimitía de su cargo de vicepresidente del Soviet. «¡No obstante...!» Kérenski retomaría su cargo —con la sola condición de que sus camaradas, y las masas a las que representaban, desearan que lo hiciera—. La decisión les correspondía a ellos.

Ovación. Éxtasis. Hurras. No había duda entre los delegados: tenía que conservar su posición en el Soviet.

Unos pocos histrionismos después, Kérenski abandonó la sala, demasiado rápido como para que cualquiera de sus colegas en el ejecutivo, desconcertados, sobrepasados, pudieran desafiarle. Hábilmente, Kérenski se había aprovechado de la más que probable indisposición de aquellos a arriesgarse a una lucha. Con este mendaz *coup de théâtre*, se sancionaba *post factum* su desobediencia a la directiva del Ispolkom, y su posición en el gobierno recibía el apoyo de la asamblea del Soviet.

Con muchos de sus militantes liberados ahora de la cárcel, el llamado Buró Ruso del Comité de los Bolcheviques de Petersburgo, organizado en 1915 y reconstituido también por Shliápnikov pese a la obstrucción de espías policiales, comenzó a funcionar como un sucedáneo de Comité Central. Inicialmente con tres miembros —Shliápnikov, Mólotov y Zalutski— esta operación continuó mientras la mayor parte de los miembros formales del auténtico CC, incluyendo a Lenin, Zinóviev, Stalin, Kámenev y otros, estaban exiliados en el extranjero o en Siberia.

En el Soviet, el Buró Ruso introdujo rápidamente una resolución que declaraba que el nuevo Gobierno Provisional era «representante de la gran burguesía y los grandes terratenientes», y por tanto incapaz de llevar a cabo los objetivos revolucionarios. Apeló, de nuevo algo difusamente, a un «gobierno revolucionario provisional». La moción fue desestimada.

Y pese a estas declaraciones radicales de algunos bolcheviques —especialmente aquellos del peterburgués distrito de Víborg—, cuando llegó el momento de votar la transferencia de poder al no electo Gobierno Provisional, de los cuarenta bolcheviques presentes en la Asamblea General del Soviet, solo quince votaron en contra. Esto ilustra la confusión política, el grado de indecisión y moderación en el flanco izquierdo de la revolución, en aquellos primeros y embriagadores días.

2 de marzo, 2:30 p. m. El zar atraviesa a toda prisa el andén de la estación de Pskov. A una respetuosa distancia, manteniendo una nerviosa vigilancia, un séquito de nobles y sicofantes.

Nicolás se giró hacia ellos. Pidió la presencia de los generales Ruzski, Sávich y Danílov. Debían traer con ellos, dijo, todos los telegramas de los generales.

Los recibió en su vagón privado. Mientras el zar se paseaba sin descanso por el pasillo, el gran duque Nikolái Nikoláyevich le imploraba «arrodillado» que entregara la corona. Todos los generales maldecían a los «bandidos» del Gobierno Provisional, denunciaban su perfidia, despotricaban —pero, una vez mencionados todos los agravios, admitían que estaban ante un *fait accompli*.

El zar les urgió a hablar con libertad. Le dijeron que debía irse. No había otra opción, dijo Danílov. Sávich tartamudeó: apenas podía hablar. Estaba de acuerdo.

El zar se detuvo ante su escritorio y dio la vuelta, para contemplar el invierno a través de la ventana. Se mantuvo en silencio durante un largo rato. Torció el gesto.

«He aclarado mis ideas», dijo finalmente, girándose hacia ellos. «He decidido abdicar el trono en favor de mi hijo».

El zar se santiguó. Sus acompañantes hicieron lo mismo.

«Os agradezco vuestro excelente y leal servicio», dijo Nicolás. «Confío en que continuará así bajo el reinado de mi hijo». Se despidió de ellos, y se dispuso a redactar los telegramas necesarios, dirigidos a Alekséyev y Rodzianko.

El conde Vladímir Frederiks cambió de vagón, para darle las noticias al séquito del zar. Estaban aturcidos. Algunos estallaron en llantos. El almirante Nílov decidió que Ruzski era el culpable, y juró que lo ejecutaría. Vladímir Voeikov, comandante de Palacio, y el coronel Naryshkin, se abalanzaron sobre el aparato Hughes para impedir que las teclas y cables cumplieran su trabajo, intentando inútilmente que no se enviaran los telegramas de Nicolás. Pero su mundo ya había perecido: Ruzski les informó de que llegaban demasiado tarde.

Como mínimo estaba mintiendo a medias. Había enviado el telegrama del zar a Alekséyev, y, al recibirlo, el general inmediatamente encargó un manifiesto de abdicación. Pero cuando Ruzski escuchó que los hombres de la Duma, Guchkov y Shulgin, estaban de camino, decidió retener el mensaje de Nicolás a Rodzianko con la intención, parece ser, de entregárselo personalmente.

Mientras sus adláteres se dedicaban a la acción de retaguardia, el propio zar estaba inmerso en una urgente conversación privada. Su médico le estaba diciendo que al joven hemofílico Alexis, sobre el que ahora recaería el peso de la corona, no le quedaba mucho tiempo de vida.

Ruzski dio órdenes para que Guchkov y Shulgin se presentaran ante él sin demora. Pero cuando llegaron finalmente, a las 9 p. m., llevando una improvisada ley de abdicación que Shulgin había pergeñado durante el viaje, en un espasmo final de intrigas y maquinaciones cortesanas, fueron llevados en su lugar al vagón-salón imperial, sin el conocimiento de Ruzski. Ahí comenzó la última, deprimente, comedia romanoviana.

Guchkov comenzó a poner al día a Nicolás sobre la amenaza que afrontaba Rusia. En tonos que rozaban la amenaza, le dijo al zar que solo había un camino. Mientras hablaba, entró Ruzski, espantado al ver a los dos recién llegados, y al darse cuenta de que estaban intentando convencer al zar, que escuchaba en silencio, de que hiciera lo que ya había acordado hacer.

Ruzski les interrumpió bruscamente, sorprendiéndoles con esta información. Mientras hablaba, Ruzski entregó a Nicolás su telegrama firmado para Rodzianko, que no se había enviado —y su estómago dio un vuelco al ver que el zar lo doblaba y guardaba, abstraído. ¿Para hacer qué?

«He reflexionado durante la mañana y estaba listo para abdicar el trono en favor de mi hijo, en el nombre del bien, la paz y la salvación de Rusia», dijo el zar. El corazón de Ruzski dio un vuelco. «Pero ahora, reconsiderando la situación, he llegado a la conclusión de que, a causa de su enfermedad, debo abdicar también en nombre de mi hijo, puesto que no puedo separarme de él».

Y para desconcierto de todos los presentes, nombró a su hermano Miguel como sucesor. Shulgin y Guchkov se quedaron sin palabras.

Pero recobraron el aliento: «Su Majestad», dijo Guchkov, «los humanos sentimientos de un padre son los que hablan, y la política no tiene lugar en estas cuestiones. Por lo tanto no podemos objetar a su propuesta».

No obstante —insistieron— necesitaban una declaración firmada. Abochornados ante la visión del profesional trabajo de Alekséyev con el borrador de abdicación, Shulgin retiró su propia versión improvisada. Se afinaron los detalles: «No deseando separarnos de nuestro querido hijo, entregamos la sucesión a nuestro hermano, el gran duque Mijaíl Aleksándrovich». La declaración se fechó horas antes, para evitar toda sospecha de que Nicolás pudo haber actuado bajo la presión del Comité de la Duma. Tal y como había sido el caso. A las 11:40 p. m., el zar firmó, y dejó de ser zar.

A la 1 a. m. del 3 de marzo, el tren de Nicolás Románov abandonó Pskov, hacia Maguilov.

En un infrecuente destello de algo parecido a una vida interior, el ya exautócrata confió a su diario que sufría de «sentimientos melancólicos».

Guchkov y Shulgin se apresuraron a volver a Petrogrado, donde el rumor de

la decisión de Nicolás había desencadenado una tormenta de intrigas entre sus colegas. Cuando su tren llegó a la capital con las primeras luces del día, experimentaron de primera mano la atmósfera antimonárquica.

La estación estaba llena de soldados, que se apretujaban, ávidos de información.

Rodearon a los recién llegados, presionándolos para dar otro discurso más. Shulgin expuso la situación. Leyó en voz alta la abdicación de Nicolás, desapasionadamente. Pero cuando concluyó con un «¡Viva el emperador Miguel III!» los vítores fueron más bien escasos. Solo entonces, en un momento de cruel ironía, recibió el aviso para que acudiera al teléfono de la estación. Miliukov le imploraba que no hiciera todavía pública la información. Es decir, aquella información que, de hecho, acababa de divulgar.

Guchkov, mientras tanto, también estaba intentando avivar el entusiasmo —en una reunión de militantes ferroviarios—. Cuando les habló del ascenso al trono de Miguel, la reacción fue de tal hostilidad y violencia, que un portavoz exigió su arresto. Solo pudo escapar gracias a la ayuda de un soldado leal.

Shulgin y Guchkov cruzaron a toda velocidad la ciudad, hacia el 12 de la calle Milliønnaya, los suntuosos apartamentos de la mujer del gran duque, la princesa Putiatina. Ahí, a las 9:15 a. m., el hermano de Nicolás se reunió con los agotados miembros del Gobierno Provisional y el Comité de la Duma que había formado el gobierno.

Para entonces, solo Miliukov —invocando a la Gran Rusia, la valentía, el patriotismo— continuaba obstinado en conservar la monarquía. Dado el sentimiento insurreccional en Petrogrado, la mayor parte de los demás se oponían a la proclamación del gran duque: cuando llegaron Shulgin y Guchkin, su relato de lo ocurrido en las estaciones de tren daba más peso a los argumentos de quienes se oponían. Si fuera coronado, le dijo Kérenski al gran duque, «No puedo garantizar la vida de Su Alteza».

Esa misma mañana, en Tsárskoe Seló la supuesta enfermera Alejandra era informada de la abdicación de su marido, y, llorando, rezaba para que se mataran entre sí las «dos serpientes», «la Duma y la revolución». Mientras, su cuñado debatía con la primera serpiente sobre cuál era el mejor modo de derrotar a la segunda. Alrededor de la 1 p. m., después de horas de discusión y un largo momento de reflexión y meditación espiritual en soledad, Mijaíl

volvió a presentarse ante sus poco bienvenidos huéspedes. Le preguntó a Rodzianko y Lvov, otro kadete, si podrían garantizar su seguridad si se convertía en zar.

No podían.

«Bajo estas circunstancias», dijo, «no puedo asumir el trono». Kérenski saltó de su silla. «Su Alteza», estalló, «¿es usted un miembro de la nobleza!». Los otros participantes permanecían paralizados en sus sillas.

Era la hora del almuerzo, y la dinastía Románov estaba acabada.

Esa mañana, la prensa, incluyendo el nuevo periódico del Soviet, *Izvestia*, proclamaba el nuevo Gobierno Provisional, constituido sobre la base de los ocho puntos acordados entre el Soviet y el Comité de la Duma. *Izvestia* pidió su apoyo «En tanto que el gobierno entrante actúe en la dirección de llevar a cabo [sus] obligaciones».

«En tanto que»: en ruso, *postol'ku-postol'ku*. Una expresión del Poder Dual, y de sus contradicciones.



Aquí, entre los vapores del infeliz sabbath de Satanás,
en el mezquino estrépito del reino demoníaco,
dijeron, «en la tierra no hay cuentos de hadas»,
dijeron, «el cuento de hadas ha muerto».
Ay, no lo creas, no creas el canto de la marcha fúnebre.

Un estallido de reencantamiento. El 4 de marzo, para extático deleite de gran parte del pueblo, la prensa hizo pública la abdicación de Nicolás y el rechazo de Mijaíl al trono. Este fue el día en que *Delo naroda*, el periódico de los eseristas, le dijo a sus lectores que se les había mentido, que no solo los cuentos de hadas eran reales, sino que estaban viviendo uno.

Érase una vez, continuaba, «un gran y anciano dragón» que devoraba a los mejores y más valientes ciudadanos «bajo la embriaguez de la locura y el poder». Pero había aparecido un valiente caballero, un héroe colectivo. «Mi héroe», escribía *Delo naroda*, «es el pueblo».

Ha llegado la hora, es el fin de la bestia,
El viejo dragón se enroscará y morirá.

Era un nuevo mundo, sin dragones. Llegó una ráfaga de profundas reformas, impensables escasos días antes. El Gobierno Provisional abolió el detestado departamento de policía. Se acabaron los faraones. Comenzó a destituir a los gobernadores regionales de Rusia. Con cautela, tanteó ciertas concesiones y nuevos encajes para las regiones y minorías del imperio. Pasados unos días desde la revolución, los musulmanes en la Duma formaron un grupo con el propósito de celebrar un encuentro el 1 de mayo, para discutir la autodeterminación. El 4 de marzo, en Kiev, los revolucionarios, nacionalistas, socialdemócratas y radicales ucranianos formaron un consejo nacional, o Rada Central Ucraniana. El 6 de marzo, el Gobierno Provisional restauró el parcial autogobierno de Finlandia, reinstaurando la constitución finlandesa, tras trece años de gobierno ruso, y anunció que una próxima Asamblea Constituyente decidiría finalmente las relaciones que mantendría con el Estado —tal aplazamiento se decidió como la técnica más adecuada para evitar complicaciones políticas—. El día 16 se garantizó la independencia de Polonia —aunque al estar ocupada por las potencias enemigas, era solo un gesto simbólico.

En estos primeros días, los socialistas del Soviet intentaron supervisar el gobierno. «¡Miembros del gobierno provisional!», exhortaba el periódico menchevique *Rabochaya gazeta*. «El proletariado y el ejército esperan órdenes inmediatas vuestras respecto a la consolidación de la Revolución y la democratización de Rusia». El papel de las masas, por tanto, era el de ofrecer a los liberales no solo apoyo, sino obediencia —pero no incondicional—. «Nuestro apoyo es contingente respecto a *vuestras* acciones». Esto era un apoyo al gobierno *postol'ku-postol'ku*. «En tanto que». Como si esa aspiración pudiera ser coherente.

En este contexto, la proclamación del Soviet del 5 de marzo era significativa. Era la suavización de la polémica Orden Número 1, la prometida rebaja para el Comité de la Duma: la Orden Número 2.

Lo que quería Guchkov era una inequívoca garantía por parte del Soviet de que la Orden Número 1 solo se aplicaría a las tropas de retaguardia. De hecho, la Orden Número 2 era ambigua sobre ese punto. Estipulaba que, incluso en Petrogrado, los comités del ejército no debían intervenir en los asuntos militares; los soldados estaban «Obligados a someterse a todas las órdenes de las autoridades militares referentes al servicio militar». Pero el

Ispolkom todavía sugería el apoyo a la elección de los oficiales.

Al día siguiente, acordó instalar a sus propios comisarios en todos los regimientos, para complementar el vínculo entre soldados y Soviet, y ejercer la supervisión de las relaciones del gobierno con las fuerzas armadas. Pero con tales relaciones y su propia consagración en documentos tales como la Orden Número 2 —equívoca, evasiva, que intentaba abarcar compromiso y convicción— los parámetros del poder de los comisarios no siempre estaban claros.

La oposición de extrema izquierda al Gobierno Provisional (sobre la base de la coalición interclasista que suponía, y de su continuación defensista de la guerra) no fue inicialmente unánime, incluso entre los bolcheviques. El 3 de marzo, el Comité de Petersburgo del partido adoptó lo que los líderes llamarían después una resolución «semimenchevique»: a favor de una república, pero aplazando la oposición al Gobierno Provisional *postol'ku-postol'ku* —en tanto que sus políticas fueran «coherentes con los intereses... del pueblo»—. Este conciliacionismo pronto afrontaría un severo golpe.

Recluido en Zúrich, Lenin amasaba frenéticamente información sobre la madre patria, en la que solo había pasado unos pocos meses en los últimos quince años. El 3 de marzo, expuso su posición política a su camarada bolchevique Aleksandra Kollontai, una provocadora y brillante pensadora en un amplio espectro de cuestiones, notoriamente sobre moralidad sexual, respecto a la cual sus actitudes escandalizaban incluso a muchos de sus camaradas.

«La primera etapa de la revolución», le escribió Lenin, «no será la última». Y a esa predicción añadía: «Desde luego, tendremos que seguir oponiéndonos a la defensa de la madre patria».

Esto no era algo descontado: muchos en la izquierda, incluyendo a gran parte de los que antes se consideraban «derrotistas», consideraron la inauguración de un gobierno democrático supervisado por los socialistas como algo que cambiaba esencialmente la naturaleza de la guerra. Ya no se opondrían a la defensa de Rusia. Para Lenin, por el contrario, el derrotismo revolucionario era constitutivo de su antiimperialismo. Y puesto que Rusia todavía era imperialista, que hubiera un nuevo gobierno no alteraba la oposición de Lenin a la guerra. Sus ideas eran inflexibles pero no únicas en el partido: siguiendo una línea similar, el 7 de marzo, el Buró Ruso del CC

(situado en la izquierda del partido) reafirmó su posición derrotista, sobre la base de que «la guerra era imperialista, y sigue siéndolo». El 4 de marzo Lenin comenzó a publicitar sus puntos de vista en varias tesis, redactadas junto a Zinóviev, miembro de los bolcheviques desde la separación de 1903 (un «viejo bolchevique», según el nombre que se les daba) y uno de los más estrechos colaboradores de Lenin.

Lenin estaba desesperado por volver a casa, aunque no podía estar seguro de la acogida que tendría. Confeccionó disparatados planes para atravesar la zona de guerra y llegar a Rusia a través de Suecia: vuelos secretos en aeroplano; un pasaporte falso; o fingir ser sordomudo, para no levantar sospechas idiomáticas. Mientras pergeñaba estos planes, también afilaba sus posiciones políticas.

El 6 de marzo, telegrafió al CC en Petrogrado: «Nuestra táctica: completa desconfianza, ningún apoyo al nuevo gobierno. Especialmente sospechamos de Kérenski», quien era, por una extrañísima coincidencia, el hijo del viejo maestro de escuela de Lenin. «La única garantía consiste en armar al proletariado. Elecciones inmediatas a la Duma [municipal] de Petrogrado. *Ningún acercamiento a los demás partidos*».

Entre el día 7 y el 12, comenzando a la semana de la abdicación del zar, Lenin defendió sus posiciones en una serie de documentos que pronto serían conocidos como las «Cartas desde lejos». Circularon por Suiza, pero lo que más quería Lenin era difundirlas por Rusia, entre sus camaradas de Petrogrado y su periódico recientemente resucitado, *Pravda*.

En Oslo, su camarada Kollontai estaba ansiosa por saber de él. «Debemos redirigir el partido hacia nuestra posición», escribía en su diario, «debemos inmediatamente trazar una línea clara entre nosotros y el Gobierno Provisional y los defensores... Estoy esperando directrices de Vladímir Ilich». Tan pronto como hubo acabado la primera de sus «Cartas desde lejos», exponiendo su perspectiva intransigente, Vladímir Ilich —Lenin— la envió a Kollontai. Llegó el día 15, y Kollontai le telegrafió para decirle que, «entusiasmada por sus ideas», emprendía el largo viaje a través de Suecia y Finlandia, hasta Rusia.

Lenin no era el único emigrado ansioso por volver. Mártoy, radicado entonces en París, había ideado un plan algo menos excéntrico que los de Lenin, aunque en cierto modo más peligroso si cabe. A través de intermediarios suizos, Mártoy sugería que los exiliados rusos pidieran al

gobierno alemán un pasaje seguro a través de su territorio, a cambio de la liberación de presos alemanes y austríacos en Rusia. Esta propuesta apuntaba a algo que pronto se convertiría en legendario: el «tren sellado».

Desde Maguilov, Nicolás enviaba peticiones con rígida dignidad. Pedía al Gobierno Provisional permiso para unirse a su familia en Tsárskoe Seló hasta que sus hijos se encontraran bien, y después, abandonar el país. El primer ministro Lvov consultó con los británicos la posibilidad de proporcionarle asilo.

Pero el Soviet y el pueblo querían que se llevara a los Románov ante la justicia. El Gobierno Provisional se rindió a esta furia popular. A las 3 p. m. del 8 de marzo, cuatro representantes del gobierno llegaron a la estación de Maguilov, acogidos por una gran y entusiasta multitud, mientras Nicolás esperaba en su tren imperial. Se rindió a los recién llegados sin resistencia. «Con aspecto ceniciento», escribió un observador, «el zar saludó, se mesó el bigote, como era su costumbre, y volvió al tren, para ser escoltado a Tsárskoe Seló, donde su mujer estaba ya bajo arresto. Su séquito se mantuvo en silencio, en el andén, mientras el tren salía de la estación».

Algunos de los numerosos testigos saludaron a estos nuevos comisarios del gobierno revolucionario. Otros observaron, añorantes, al gobernante destronado.

La modernidad era insurgente. La vieja maquinaria se había atascado. El Gobierno Provisional retendría el tren imperial en Peterhof, para que sus oropeles se enmohecieran en la vía muerta. Pronto sería vigilado por una nueva escultura, una extravagante y caduca águila imperial de dos cabezas, con sus dos cuellos arqueados, suspendidos sobre un estallido de color supremacista. La autocracia derribada por una serena explosión modernista.

El 9 de marzo, Estados Unidos fue la primera potencia en otorgar su bendición, reconociendo al Gobierno Provisional. Pronto le seguirían Gran Bretaña, Francia e Italia. Tal validación exageraba ciertas realidades. En el día mismo del reconocimiento de EEUU, Guchkov compartió su frustración con Alekséyev, que ahora era el reticente comandante en jefe, quejándose amargamente de que «el Gobierno Provisional no posee un poder real, y sus órdenes se ejecutan solo en la medida en que esto es permitido por el

Soviet... que tiene en sus manos los elementos más importantes del auténtico poder, como tropas, y servicio postal, telegráfico y ferroviario».

El propio Soviet todavía era ambivalente respecto al poder que ejercía. Pese a esta incertidumbre, la revolución, y la estructura soviética, se extendió de manera escalonada pero acelerada. El 3 de marzo, un residente de sesenta y cuatro años de Poltava, Ucrania, registraba en su diario que «la gente que llega de Petrogrado y Járkov informó de que el 1 de marzo hubo revolución... Para nosotros, en Poltava, está todo en calma». Menos de una semana después, su tono había cambiado: «Los acontecimientos se han ido sucediendo con tal celeridad que no hay tiempo para discutirlos o incluso anotarlos».

El Soviet de Moscú ya congregaba, el 1 de marzo, más de 600 diputados, abrumadoramente de clase trabajadora, bajo la guía de un hinchado Comité Ejecutivo de setenta y cinco personas (en el que los bolcheviques eran una importante ala izquierda) y un Presidium de siete personas. En áreas más inaccesibles del imperio, las noticias y las nuevas instituciones podían tardar mucho tiempo en llegar. En las partes rurales más remotas del Volga, solo comenzaron a llegar realmente los rumores, de telégrafos y conversaciones, en la segunda mitad de marzo. Pequeñas comunidades enviaban mensajeros a los pueblos cercanos, para averiguar más detalles de la insurrección de la que estaban oyendo hablar. La población rural se reunía en asambleas, para empezar por primera vez a debatir no solo las cuestiones locales, sino también las nacionales: la guerra, la Iglesia, la economía. Comités improvisados se propagaban con una sorprendente variedad. Un caos de descentralización. Algunos pueblos, aldeas y territorios anunciaron, poco convincentemente, su independencia. Muy pronto existían ya incontable soviets en el país, y su número crecía, pero la mención de «el Soviet» a menudo designaba al originario Soviet de Petrogrado.

Las realidades de los soviets locales y del «Poder Dual» no siempre obedecían a los planes de los moderados. En Izhvesk, en la República de Udmurt, los delegados sindicales organizaron un poderoso soviet el 7 de marzo, que rápidamente llegó a dominar la política local. En la capital provincial de Sarátov, el 60 por 100 de los trabajadores industriales de la ciudad eligieron diputados para su propio soviet, montado a toda prisa; para finales de mes, este soviet estaba en condiciones de imponer un acuerdo a la Duma local —que pronto, sin embargo, se desvanecería hasta la insignificancia, dejando de reunirse—. El poder dual, aquí, dio paso al único

poder —el del soviét (moderado).

A veces se olvidaba la confrontación política, en breves estallidos posrevolucionarios de camaradería de clase —lo que el periodista e historiador William Chamberlin, que pronto llegaría a Rusia, llamará «una orgía de discursos sentimentales y confraternización»—. El 10 de marzo, en Petrogrado, el Soviet acordó con los propietarios de fábrica la demandada jornada de ocho horas, así como comités de fábrica elegidos por los obreros y un sistema de arbitraje industrial. Tales acuerdos eran tanto la expresión de la inquietud de los jefes y la confianza de los obreros, como del consenso, desde luego: en muchos lugares la gente simplemente se negaba a trabajar más de ocho horas, y plasmaban su nueva autoridad mediante la acción directa. A los capataces impopulares se les llevaba en carretillas, a arrojarlos a los canales. Cuando los jefes de Moscú se resistieron a la jornada de ocho horas, el 18 de marzo el Soviet de Moscú, reconociendo que los trabajadores estaban aplicándola como un hecho consumado, simplemente la decretaron, puenteando al Gobierno Provisional. Y sus decretos se mantuvieron vigentes.

En Letonia, eran visibles tanto el radicalismo como la conciliación: hacia el 7 de marzo el Soviet de Riga incluía a 150 delegados de treinta organizaciones, y el comité ejecutivo que votó el 20 de marzo lo conformaban en su totalidad (temporalmente) miembros bolcheviques. Su línea política local, sin embargo, no era tan militante como la de sus camaradas bolcheviques letones emigrados a Moscú. El Comité bolchevique de Riga — para consternación de sus camaradas de Moscú— afirmó el 10 de marzo que «se somete plenamente a todas las decisiones del nuevo gobierno» acordadas con los soviets, y que cualquier «intento de crear el caos» era obra de saboteadores.

El 6 de marzo, manifestaciones en favor de la revolución agitaron Bakú (Azerbaiyán), la rica ciudad petrolífera de azeríes, inmigrantes rusos, persas, armenios y otros un mosaico de edificios medievales y modernos observados por los escarpados zigurats de las torres de perforación petrolíferas. Cincuenta y dos delegados se reunieron para la primera sesión del Soviet de Bakú. Fue inaugurada por el menchevique Grigori Aiollo, y votó como presidente a Stepán Shaumián, un bolchevique popular por su papel en la legendaria huelga del petróleo de 1914. Pero también el Soviet de Bakú era entusiasta respecto a la paz social, y cooperó con el IKOO (Comité Ejecutivo de las Organizaciones Públicas), la nueva y autodesignada administración local, nacida del gobierno de la ciudad.

Esta cooperación o simplemente indiferencia respecto a la división política, al igual que aquella entre mencheviques y bolcheviques en muchas regiones, no duraría. Ya había excepciones. Los marineros de Kronstadt, por ejemplo, proporcionalmente mucho más formados y profundamente politizados, tendían a unirse a los grupos más radicales y a adoptar las posturas más radicales. El Soviet de Kronstadt estaba controlado por bolcheviques del ala dura, anarquistas, y los eseristas de izquierdas anti-guerra, que ya operaban como un grupo aparte.

La infraestructura organizativa de los eseristas aceleró su actividad, y proliferaban sus reuniones, periódicos, clubs, escuelas de agitación y comités. Reclutó militantes por millares tan rápidamente entre los obreros y la intelligentsia, así como entre campesinos y soldados («campesinos uniformados» sobre los cuales se había centrado tradicionalmente el partido) que, entre algunos militantes veteranos, la expresión «eserista de marzo» se convirtió en una expresión sarcástica para referirse a los recién llegados a la política, poco fiables.

En estos días turbulentos, las tradicionales revueltas campesinas se mantuvieron siempre en el horizonte. Ya el 9 de marzo se producían desórdenes agrarios en la provincia de Kazán. El día 17, el Gobierno Provisional insistió, con cierto nerviosismo, en que «la cuestión de la tierra no puede resolverse por medio de ningún tipo de confiscación». Esta no sería su última apelación al respecto. Finalmente, el 25 de marzo, tuvo que responder a una incipiente insurrección agraria proclamando un monopolio estatal del grano, comprando todo lo que no se necesitara para subsistencia, animales o semillas, a precios fijos.

Esto solo podía ser un parche. La cuestión de la tierra quedaría sin resolver.

«Democracia» era un término sociológico en la Rusia de 1917 que denotaba a las masas, a las clases inferiores, al menos con la misma fuerza con que designaba un método político. Para muchos en aquellos momentos de confusión, Kérenski ejemplificaba «la democracia». Se le adoraba. Los artistas le pintaban, lo celebraban medallas y emblemas, los poetas le immortalizaban, en un torrente de *kitsch*.

«Encarnas el ideal del ciudadano libre, al que el alma humana ha estimado a lo largo de las épocas», le dijo el colectivo del Teatro de las Artes de Moscú.

El celebrado escritor Aleksandr Kuprin le describió como «un inescrutable y divino receptor espiritual, un resonador divino, un misterioso portavoz de la voluntad del pueblo».

«Para nosotros Kérenski no es un ministro», se leía en un panfleto, «ni es un orador para el pueblo; ha dejado de ser un simple ser humano. Kérenski es un símbolo de la revolución». Según la lógica cultista de los histriónicos dialécticos, el estatus de Kérenski como «ministro y demócrata», llevando las riendas de gobierno y Soviet, era más que mera adición, incluso más que síntesis. Era apoteosis.

Bajo la dirección de Lvov, con presiones desde el Soviet, el Gobierno Provisional buscó la rápida aplicación de medidas sociales. El 12 de marzo, abolió la pena de muerte. Al día siguiente, eliminó los consejos de guerra —excepto en el frente—. El 20 de marzo, erradicó la discriminación legal en función de fe o nacionalidad.

«Ha ocurrido un milagro», escribió el poeta Aleksandr Blok. «Nada está prohibido... casi cualquier cosa puede ocurrir». Cada tranvía, cada cola de gente, cada reunión de aldea celebraba el debate político. Una proliferación de nuevos y caóticos festivales, recreaciones de los acontecimientos de febrero. Se derribaban estatuas zaristas, algunas erigidas solo para la ocasión.

En Moscú, un «desfile de la libertad» reunió a cientos de miles de manifestantes de todas las clases, que rezaban y celebraban tras sus banderas. Desfilaba un circo, un camello y un elefante portando pancartas, una carroza que portaba un ataúd negro con el letrero «El viejo orden»; un enano con mirada lasciva representaba a Protopópov, el odiado exministro. La gente leía nuevos libros, cantaba versiones nuevas de *La Marsellesa* y asistía a nuevas obras de teatro —a menudo indecentes y groseras reconstrucciones del derrocamiento de los Románov—. La irreverencia como venganza.

Había desaparecido el servilismo de 1905. Los ciudadanos, a lo largo y ancho del imperio, llevaron a cabo lo que Richard Stites denominó «guerra de signos», la destrucción de los símbolos zaristas: retratos, estatuas, águilas. La fiebre revolucionaria tuvo pacientes inesperados. Monjas y monjes ortodoxos adoptaban el vocabulario radical y llamaban «reaccionarios» a sus superiores. Los altos cargos de la Iglesia se quejaban del ambiente revolucionario. El principal periódico religioso adoptó una línea «antieclesiástica» tan radical que un archimandrita o abad de alta posición, Tijon, lo llamó «portavoz

bolchevique». En un monasterio se produjo «una pequeña revolución», escribió el periodista británico Morgan Philips Price, en la que «los monjes se declararon en huelga y expulsaron al abad, que elevó sus quejas ante el Santo Sínodo... Ya habían llegado a un acuerdo con el campesinado local. Ellos conservarían la tierra suficiente para su sustento, y el resto se añadiría a la comuna local».

Las manifestaciones daban voz a demandas existenciales, incluso en detrimento de los ingresos económicos. «No se aceptan propinas», rezaban los carteles colgados en los restaurantes. Los camareros de Petrogrado fueron a la huelga por una cuestión de dignidad. Marcharon en sus mejores ropas bajo pancartas que denunciaban la «indignidad» de la propina, el hedor de la *noblesse oblige*. Exigían «respeto para los camareros en cuanto seres humanos».

El gobierno había sido ambiguo respecto a la cuestión del sufragio femenino. Muchos, incluso en el movimiento revolucionario, vacilaron, advirtiendo que si bien apoyaban la igualdad de las mujeres «en principio», concretamente las mujeres de Rusia estaban «atrasadas» políticamente, y sus votos por tanto corrían el riesgo de obstaculizar el progreso. Tras su retorno al país el 18 de marzo, Kollontai abordó directamente estos prejuicios.

«¿Pero no es cierto que nosotras, las mujeres, con nuestras protestas sobre el hambre, sobre la desorganización de la vida rusa, sobre nuestra pobreza y los sufrimientos que trajo la guerra, fuimos las que despertamos la cólera popular?». La revolución, señaló Kollontai, nació el Día Internacional de las Mujeres, «¿Y no fuimos las mujeres las primeras en salir a las calles para luchar con nuestros hermanos por la libertad, e incluso, si era necesario, morir por ella?».

El 19 de marzo, una gran procesión descendió hacia el Palacio de Táuride, exigiendo el derecho de la mujer al voto: 40.000 manifestantes, principalmente mujeres, pero también muchos hombres. «Si la mujer es una esclava», rezaban las pancartas, «no habrá libertad». Ondeaban también banderas en favor de la guerra: este era un feminismo interclasista, de amplio espectro, obreras junto a mujeres bien ataviadas; liberales y eseristas junto a mencheviques y bolcheviques —aunque estos últimos, para decepción de Kollontai, no habían dado prioridad a la marcha—. El mal tiempo no acompañaba, pero las manifestantes no se arredraron. Llenaron la avenida que daba al palacio. Allí, Chjeidze intentó excusarse diciendo que no podía salir a reunirse con ellas porque había perdido la voz.

Ellas no la tendrían en esa ocasión. Pero el propio Chjeidze, por el Soviet, y Rodzianko, por el Gobierno Provisional, tuvieron que plegarse al movimiento. Lanzaron una ley por el sufragio femenino universal, que se aprobaría en julio.

Fue al Soviet hacia el que marcharon las mujeres —incluso aquellas cuyas pancartas apoyaban la guerra—. El Soviet en el que tantos habían proyectado sus aspiraciones, pese a la ambivalencia de este respecto a tomar el poder.

Intentó racionalizar sus estructuras, sin mucho éxito. En su momento de apogeo, en ese mes, tenía 3.000 ruidosos miembros, pocos de izquierda (cuarenta bolcheviques, por ejemplo). Cada mil obreros elegían a un delegado, y cada compañía de soldados, inicialmente grandes compañías de reserva pero rápidamente también aquellas más pequeñas, inclinando la representación ampliamente en favor de los soldados. En última instancia, 150.000 soldados tendrán el doble de representación que 450.000 obreros de Petrogrado. Los delegados de los soldados eran predominantemente simpatizantes eseristas, y aunque a menudo tenían posturas radicales respecto a la guerra, en otras cuestiones tendían a serlo menos que sus homólogos proletarios.

En un típico día de marzo, la asamblea general de Petrogrado discutía los siguientes temas: un complot de la policía zarista contra un sindicato de socialdemócratas; una comisión antipogromos para las provincias del sur; un llamamiento a los panaderos de Petrogrado para que no interrumpieran su actividad; una disputa entre dos periódicos por el reparto de espacio de la oficina; la ocupación del Palacio de Anichkov; posters divulgativos sobre las decisiones del comité central de alimentación. Después, unas negociaciones (enigmáticamente no especificadas) con el Gobierno Provisional; la idea de un periódico de los soldados; un denso debate sobre de la Fortaleza de San Pedro y San Pablo; una disputa entre obreros y soldados sobre la distribución del pan; la recepción de delegaciones, incluidas las esposas, de las diversas guarniciones; y la embajada norteamericana. La lista no es exhaustiva.

Esta babel entusiasta podría parecer una pesadilla, o un extraño y titubeante carnaval, dependiendo de cómo se mirara.

Kadetes, mencheviques, eseristas, y bolcheviques, todos comprendían la importancia crucial de la guarnición de Petrogrado, y todos crearon organizaciones militares para promover su influencia dentro de ella. Lo que

diferenció a los bolcheviques fue lo pronto que lo hicieron —desde el 10 de marzo— y con qué intensidad. Los militantes que dirigían el comité: Nevski, Bogdatiev, Podvoiski y Sulímov, eran todos, menos este último, del ala izquierda del partido.

En estos primeros días, no eran especialmente bienvenidos entre los soldados. Pero fueron tenaces. Menos de dos semanas después de que comenzaran las operaciones, Podvoiski y sus camaradas invitaron a representantes de la guarnición a la Asamblea Constituyente de la Organización Militar, de la que, llegado el último día del mes, nació la (bolchevique) Organización Militar (OM).

Casi inmediatamente después de la revolución de febrero, un camarada había escuchado a Podvoiski anunciar que «la revolución no ha acabado; solo acaba de empezar». La OM estaba en manos de estos independientes e inflexibles bolcheviques «de izquierdas» desde el comienzo. Más de una vez romperían la disciplina del partido —a veces con resultados dramáticos.

Llegó, primero, un impulso hacia un consenso más moderado dentro del partido, el 12 de marzo. Aquel día se vivió el entierro de unos 184 mártires de la revolución —los números son inciertos—, caídos en los combates callejeros de la ciudad. Tumbas infinitas. Largas y profundas zanjas cavadas en la dura tierra del Campo de Marte, el gran parque del centro de Petrogrado.

Desde el comienzo de la mañana hasta bien entrada la noche llegaron cientos de miles de ciudadanos a guardar luto. Quizás hasta un millón llegaron a abarrotar las amplias calles de la capital. De todas partes de la ciudad, convergieron lentamente en el campo, llevando a sus muertos en ataúdes rojos. Una nueva religión, sin religión. Llegaron sonando marchas de desolación. Vinieron en representación de sus unidades, sus fábricas, sus instituciones, sus grupos cívicos, sus partidos. Llegaron en grupos étnicos —columnas del Bund judío, de los revolucionarios armenios del Dashnaktsutyun y otros—. También llevaba un féretro una columna de invidentes. No se detuvieron. Ningún grupo se detuvo, ninguno dio discursos. Los manifestantes llegaban, portando el frío cuerpo de sus camaradas, pasaban solemnemente sus ataúdes a los operarios del sepelio y continuaban la marcha. Un cañón disparaba salvas de honor desde la fortaleza, al otro lado del río, a medida que se enterraba a los caídos. Los vivos continuaron su marcha a través de la nieve ligera, en corredores de madera erigidos entre el laberinto de sepulturas. Sus muertos no eran víctimas, afirmaron los panegíricos de Lunacharski, eran héroes cuyo destino no era luctuoso sino

envidiable.

Y a medida que las masas de ciudadanos cantaban y recordaban a los que habían perdido, tres veteranos militantes del partido volvían a la ciudad desde el exilio en Siberia. Uno era el «viejo bolchevique» Lev Kámenev, casado con la hermana de Trotsky —Olga Bronstein— y estrecho colaborador de Lenin, aunque siempre fue considerado un «blando» dentro del partido (en un acto casi increíble que más tarde negaría, avergonzado, propuso enviar un telegrama a Mijaíl Románov, elogiando su decisión de declinar el trono). Con él estaba el antiguo diputado de la Duma, Muránov, afamado por haber defendido una línea dura derrotista, arriesgándose a la pena de muerte. Y con ellos, un miembro del Comité Central, un tal Iósif Stalin.

Stalin, desde luego, no era todavía Stalin. Hoy, toda explicación de la revolución se ve acosada por un fantasma por venir, esa bigotuda monstruosidad de ojos brillantes; el Tío Joe, el carnicero; el arquitecto principal de un grotesco, apabullante y despótico Estado; el —ismo que lleva su nombre. Han pasado décadas de debate sobre la etiología del estalinismo, volúmenes y volúmenes de historias acerca de la brutalidad de ese hombre y la de su régimen. Desde el futuro arrojan las sombras de lo que vendrá.

Pero estamos en 1917. Stalin todavía no había cumplido los cuarenta. Entonces era solo Stalin, Iósif Dzugashvili, conocido para sus camaradas como Koba, un exseminarista georgiano y empleado de un observatorio meteorológico, y veterano militante bolchevique. Un capaz —nunca brillante— organizador. Como mucho un intelectual aceptable, en el peor de los casos, bochornoso. No era ni de la izquierda ni de la derecha del partido, sino algo así como una veleta. La impresión que dejaba era no dejar una gran impresión. Sujánov le recordará como «un borrón gris».

Se puede encontrar una rara pista de lo que había de preocupante en el personaje, en el análisis del Buró Ruso del partido en Petrogrado, que le permitió unirse, pero solo como consejero sin derecho a voto —a causa, decía, de «ciertas características personales que le son inherentes»—. Ojalá toda la descripción de Sujánov hubiera sido acertada: que a Stalin apenas se le había vislumbrado, «brillando por un momento, para apagarse al siguiente, sin dejar ningún rastro».

Casi inmediatamente, los tres retornados llevaron a cabo algo así como un golpe de mano en *Pravda*, instalando a Muránov como redactor jefe el 13 de

marzo. El periódico comenzó a exponer posiciones decididamente moderadas.

El 15 de marzo, Kámenev escribió:

Nuestra consigna no es el vacío eslogan «¡Abajo el zar!» —que significa la desorganización del ejército que ya es revolucionario y del ejército que cada vez es más revolucionario—. Nuestra consigna es añadir más presión sobre el Gobierno Provisional para obligarle a llevar a cabo, sin fallos, abiertamente y ante los ojos de la democracia mundial, un intento de empujar a todos los países en disputa a iniciar negociaciones inmediatas que pongan fin a la guerra mundial. Hasta entonces, cada uno permanecerá en su puesto de combate.

El ejército, insitía ulteriormente, «permanecerá incondicionalmente en sus puestos, respondiendo a balas con balas, y a proyectil con proyectil».

De este modo, como dijo la bolchevique Ludmila Stahl, el partido «iba a tientas en la oscuridad» —pues con esta línea, *Pravda* no difería tanto de los mencheviques más de izquierdas o los eseristas radicales de izquierdas—. Al posicionarse contra la agitación en el frente, la troika estaba bastante lejos de Lenin.

Inmediatamente tras su llegada a Petrogrado, Kollontai entregó las «Cartas desde lejos» de Lenin a *Pravda*. Con su intransigencia, los documentos horrorizaban y paralizaban a sus nerviosos camaradas. La redacción se resistió a publicar cualquiera excepto la primera carta, e incluso esa, que consideraban lastrada por sus expresiones de ultraizquierda, fue ampliamente censurada; la recortaron generosamente.

La anterior es una archiconocida historia de cómo las sorprendentes cartas de Lenin fustigaron a los «viejos bolcheviques». Y una historia es lo que es.

De hecho, *Pravda* publicó solo la primera carta porque esta era, casi seguramente, la única que recibió. Y aunque es verdad que estaba editada en profundidad, estas intervenciones hicieron poco más que limar las tesis de Lenin o su impulso provocador. Su argumento de que la revolución debía continuar quedaba claro, como lo hacía su exhortación a los obreros: «debéis realizar milagros en la organización proletaria y popular, y así prepararos para vuestra victoria en la segunda etapa de la revolución» —una etapa no de socialismo, aclararía pronto, sino consistente en tomar el poder político, ganar al Soviet, asegurar la victoria de la revolución (necesariamente burguesa, democrática)—. En el mejor de los casos, más bien, Lenin concedía vagamente (mirando de reojo el contexto internacional, donde en su opinión podía ocurrir una revolución contra y más allá del capitalismo, quizá inspirada por los sucesos de Rusia) unos primeros pasos, vacilantes, hacia el socialismo.

Los bolcheviques de Petrogrado mostraron entusiasmo por la carta. La hermana de Lenin, María Uliánov, una militante del partido que trabajaba en *Pravda*, contactó con él para expresar la «plena solidaridad» de sus camaradas, como hizo también una satisfecha Kollontai. Las ediciones que los bolcheviques realizaron en un texto escrito días antes, y desde muy lejos, sirvieron para eliminar referencias ya anticuadas a un posible retorno del zarismo, así como las poco convincentes insinuaciones de un complot contra Nicolás por parte de los aliados, a la vez que corregían ciertos excesos en el lenguaje empleado.

También mitigaron la crítica, como era costumbre muy malhumorada, que Lenin hacía a varios enemigos, entre ellos los liberales, la derecha, y los socialistas no bolcheviques. Los editores fueron lo suficientemente juiciosos como para borrar los insultos dirigidos al presidente del Comité Ejecutivo del Soviet, Chjeidze, a Kérenski, e incluso al liberal moderado Lvov, jefe del Gobierno Provisional. Tenían razones para creer, después de todo, que necesitarían su ayuda para traer a los exiliados bolcheviques —Lenin incluido— de vuelta al país. No censuraron aquellos ataques a los kadetes y mencheviques de derechas que no podían instrumentalizarse. Por lo tanto, no se trata tanto de que fueran blandos, sino estratégicos.

El posterior mito del bombazo que habrían supuesto las «Cartas desde lejos» parece haber nacido de la combinación de una mala comprensión de las ediciones llevadas a cabo por *Pravda*, y un relato más bien tendencioso —de Trotsky, entre otros— en un contexto de lucha intrapartidista.

Pero aunque este conflicto particular fue ampliamente una ficción retrospectiva, innegablemente tuvo credibilidad por el modo en que las expresiones de Lenin, también sus agrias polémicas, demostraban una tendencia inflexible, una lógica política distintiva que, de hecho, sería clave en otras disputas reales dentro del partido. No eran ineludibles, sino deliberados acitantes contra la moderación bolchevique y la coalición. Las «Cartas desde lejos» fueron por tanto un «continuismo» del bolchevismo, y aun así contenían el germen de una posición distinta, más dura. Una posición que quedaría más clara con el retorno de Lenin.

El 15 de marzo *Izvestia*, el periódico del Soviet, publicaba la Declaración de los Derechos de los Soldados, que se había aprobado recientemente en la sección de soldados del Soviet. Declaraba el fin del odiado y degradante

sistema de servidumbre militar zarista. Ya no habría saludo obligatorio, censura de cartas, ni derecho de los oficiales a imponer los castigos disciplinarios. La declaración también daba a los soldados el derecho a elegir comités representativos. Para los tradicionalistas, esto significaba la destrucción del ejército ruso.

Las cuestiones del poder armado, de la soldadesca, de la vigilancia, y por tanto de las nuevas y diversas milicias, fueron claramente centrales en el establecimiento y estabilización del poder —aunque esto parecía escapársele a los eseristas, cuyo periódico *Delo naroda* apenas discutió la cuestión—. Por su parte, los kadetes subrayaron la necesidad de organizar una milicia urbana para las labores policiales —y para afrontar la urgencia de reemplazar a las fuerzas voluntarias—. Al mismo tiempo, algunos radicales emprendían una cuidadosa consideración del papel de aquellas milicias de trabajadores armados que habían sido tan importantes en febrero, y de su relación con los propios soldados.

Ya el 8 de marzo, el periódico menchevique *Rabochaya gazeta* aducía que si bien era urgentemente necesaria una fuerza policial confiable y a ser posible elegida por los ciudadanos, una milicia que defendiera la revolución —en el sentido de «pueblo armado»—, era tanto imposible como innecesaria, dada la existencia del ejército revolucionario. En sus escritos, los bolcheviques opinaban que la naciente Milicia Ciudadana era insatisfactoria y que la existencia continuada del ejército revolucionario no podía darse por sentada, y por tanto —marcando una recurrente distinción entre su posición y la de otros socialistas— señalaba la centralidad de la autoorganización. El 18 de marzo, el intelectual bolchevique Vladímir Bonch-Bruevich publicó en *Pravda* «El Pueblo Armado», en el que hacía un llamamiento a formar una permanente, disciplinada, y democrática milicia de la clase trabajadora, entrenada por los soldados revolucionarios. La llamaba «una Guardia Roja del proletariado». Este nombre, este concepto, este controvertido órgano, reaparecerá más adelante.

Pese a la Orden Número 2, ni la Orden Número 1 ni la declaración de los soldados reducía las suspicacias entre los mandos. Lo señalaba un joven capitán, lamentándose en una carta enviada a su familia: «entre nosotros y los soldados hay un abismo». Y ahora el abismo era peligroso. Sentían entre sus hombres una nueva actitud recalcitrante, y un abierto resentimiento, «venganza por siglos de servidumbre», que a veces se manifestaba con el asesinato en el frente de los oficiales impopulares.

Ciertamente algunos militantes llevaron a cabo un trabajo de politización en el ejército, pero la mayor parte de lo que vino a llamarse «bolchevismo de trincheras» consistía simplemente en hartazgo ante las penurias de los soldados y el desprecio de los oficiales, y un razonable deseo de no combatir y morir en una detestable guerra. Después de febrero, se dispararon las tasas de desertión. Los soldados simplemente salían de las trincheras, cargados con todo el equipo que no podían descartar, llevándose el barro del campo de batalla a sus pueblos y ciudades.

En el creciente sentimiento contra la guerra, pese a los fervientes intentos por parte de los patriotas de agitar un nacionalismo belicoso, estas desertiones no siempre se vivían como algo vergonzoso. «Las calles están llenas de soldados», se quejaba un oficial de la ciudad de Perm, cerca de los Urales, a mediados de marzo. «Acosan a las damas respetables, se van con prostitutas, y se comportan en público como vándalos. Saben que nadie se atreve a castigarles».

El 17, Lenin declaró que el plan de Márkov era su «única esperanza» de salir de Suiza, un lugar que maldecía rotundamente. Era bien consciente de que, al viajar con ayuda alemana, se arriesgaba a ser acusado de traición —como de hecho ocurrió—. En nombre del Gobierno Provisional, Miliukov había declarado que cualquiera que entrara en el país de este modo sería objeto de medidas penales. Pese a ello, «incluso atravesando el infierno» dijo, Lenin estaba decidido a viajar.

Con la intermediación del Partido Socialista Suizo, intentó minimizar los peligros de que se percibiera una confraternización con las autoridades alemanas, insistiendo en que no hubiera controles de pasaporte durante el viaje, ni detenciones ni investigaciones por el camino, y que los alemanes no tendrían derecho a investigar detalles sobre los pasajeros. El «tren sellado» técnicamente no estaría sellado. Y más extraño aún: sería una entidad extraterritorial, una rodante nulidad legal.

El 21 de marzo, la Embajada alemana aceptó sus términos. Por cortesía del Reich, Lenin y otros revolucionarios se dirigían a casa.

Dada su incoherente organización, el alcance de sus actividades y su inseguridad respecto al alcance de su autoridad, podría parecer sorprendente que el Soviet de Petrogrado tuviera influencia alguna. Pero aún así tenía garantizada la desazón del Gobierno Provisional respecto al poder rival: los

anuncios del Soviet podían impactar directamente en las políticas del gobierno, de manera destacada en las políticas referentes a la guerra.

Ya el 14 de marzo, el Soviet hacía público un manifiesto escrito con la ayuda del celebrado escritor e izquierdista Maksim Gorki. Este hacía un llamamiento a una paz justa, y a los «pueblos del mundo» pedía «que tomaran en sus propias manos la cuestión de la guerra y la paz» y se opusieran «a la codiciosa política de las clases dominantes».

La recepción internacional de esta proclamación fue exactamente nula. Dentro de Rusia, sin embargo, el manifiesto tuvo un impacto propagandístico, en especial su rechazo a anexiones o indemnizaciones, lo que parecía un paso hacia la paz; una serie de congresos militares lo apoyaron, y los soldados apoyaron al Soviet. Una semana después, el Soviet adoptaba oficialmente este «defensismo revolucionario».

Tal apelación a la paz mientras se mantenía el derecho de la Rusia revolucionaria a defenderse a sí misma contenía una cierta ambigüedad, dejando la puerta abierta a la continuación del esfuerzo bélico, incluso intensificado. Aun así, la declaración del Soviet era anatema para liberales de derechas como Miliukov, ahora ministro de Exteriores; tanto por principios patrióticos como porque creía que el derrocamiento de la autocracia había revitalizado a Rusia y su poder militar. El país ahora podría combatir eficazmente, pensaba Miliukov, si se le dejaba.

El 23 de marzo, durante una entrevista, Miliukov mencionó explícitamente que esperaba una conferencia de paz que verificara la reclamación rusa de partes ucranianas del Imperio austrohúngaro, y que, en cumplimiento del largo sueño expansionista ruso, contaba con hacerse con los estrechos de Constantinopla y de los Dardanelos. Pese a añadir, ridículamente, que tenía «objetivos pacifistas», esta era una provocación considerable, y de hecho el Soviet se sintió provocado. En respuesta a la indignación del Soviet, el 27 de marzo el Gobierno Provisional se vio forzado a publicar una declaración de objetivos de guerra muy cercana a la del Soviet, invocando la «autodeterminación de las naciones» y dejando implícitamente sin valor las reclamaciones de territorios turcos y austríacos. Pero el incorregiblemente torpe Miliukov declaró al *Manchester Guardian* que esto no alteraba en nada los compromisos con sus países aliados —difícilmente «revolucionarios». El Soviet reaccionó con más furia aún. Sus líderes —especialmente Víktor Chernov, líder y principal intelectual de los eseristas, que pronto volvería a Petrogrado— insistieron en que la declaración del

gobierno del 27 de marzo, que tenía un tono muy diferente respecto a la del ministro de Exteriores, se enviara a los aliados como una «nota diplomática». Urgido por Kérenski, encarnizado rival parlamentario de Miliukov, el Gobierno Provisional se sintió obligado a obedecer. Sin embargo, no se evitarían ulteriores confrontaciones sobre esta cuestión: solo se pospusieron.

El mismo día en que se publicaba la declaración del gobierno, una variada mezcla de revolucionarios se reunía en la estación de Zúrich. Subieron al tren, registraron su equipaje y calentaron su comida. Los viajeros eran seis miembros del Bund, tres seguidores de Trotsky y diecinueve bolcheviques. Una congregación de pesos pesados revolucionarios, incluyendo a Lenin y Krúpskaya; Zinóviev, el inteligente y diligente hombre de pelo enmarañado al que se consideraba seguidor de Lenin; Zlata Lilina, activista bolchevique y madre del joven hijo de Zinóviev, Stefan; y el notable y polémico revolucionario polaco, Karl Radek. También estaba Inessa Armand, la comunista franco-rusa, feminista, escritora y música, estrecha colaboradora y camarada de Lenin, con la cual, según sugerían los rumores desde hacía tiempo, la relación era, en más de un punto, más que platónica.

En la frontera suiza, los exiliados se trasladaron a un tren especial de dos vagones: un vagón para los rusos, uno para sus escoltas alemanes. Comenzaba el viaje a través de Alemania. Lenin empleaba las horas de oscuridad para escribir y planificar, irrumpiendo en mitad de la noche en los compartimentos de sus escandalosos camaradas, quejándose del ruido. Para dispersar a la estrepitosa multitud que se agolpaba fuera de los servicios, instituyó un sistema de turnos para su uso, tanto para la función que le era propia, como para fumar: en proporción, decidió Lenin, de tres a uno. «Esto», recordaría cáusticamente Karl Radek, «naturalmente inspiró varios debates sobre el valor de las necesidades humanas».

Lejos de estar «sellado», cada vez que el tren se detenía, las autoridades alemanas se empleaban a fondo para impedir que los socialdemócratas locales intentaran socializar con los rusos y conocer al famoso (y reacio) Lenin. Este pidió a sus camaradas que le dijeran a un insistente sindicalista que se fuera «con la abuela del demonio».

Mientras el tren continuaba su trayecto, en Rusia Kámenev y Stalin consolidaban su posición en una conferencia panrusa de obreros del partido. No obstante, encontraban resistencia ante lo que algunos camaradas veían

como un apoyo condicional al gobierno, y todavía más ante lo que era, esencialmente, defensismo revolucionario. El «viejo bolchevique» moscovita Víktor Noguín, más tarde un moderado del partido, en aquel momento aducía que «no debemos hablar ahora de apoyo sino de *resistencia*»; Skrypnyk concordaba en que «el gobierno no está fortificando, sino manteniendo en jaque a la causa revolucionaria». Pero la poderosa y respetada derecha del partido, especialmente Stalin, llegaba tan lejos en su moderación como para apoyar una fusión de bolcheviques y mencheviques —la propuesta era de Irakli Tsereteli, el destacado intelectual y orador menchevique, recientemente retornado del exilio siberiano, y ahora a cargo del Soviet de Petrogrado.

Nada más llegar a la ciudad el día 21, Tsereteli dio un discurso que era admirablemente claro en su análisis menchevique-derechista de la historia y la posición de liderazgo del partido en la relación del Soviet con el gobierno. También dejó clara su actitud frente al excesivo radicalismo. Felicitó a los obreros por no intentar la revolución proletaria; consideraba esto un logro tan grande como derrocar al zarismo: «sopesasteis las circunstancias, y comprendisteis que el momento todavía no ha llegado».

«Comprendisteis que está teniendo lugar una revolución burguesa», continuó. «El poder está en las manos de la burguesía. Transferisteis este poder a la burguesía, pero al mismo tiempo os habéis mantenido vigilantes de la recién lograda libertad... El Gobierno Provisional debe tener un pleno poder ejecutivo, en tanto que este poder fortalezca a la Revolución».

Los mencheviques contaban con el respeto y simpatía de muchos activistas, y Tsereteli, Chjeidze, Skóbelev y la plana mayor del partido de ningún modo hablaban por todos ellos. En dos semanas, las insinuaciones sobre su acercamiento al conciliacionismo, al «defensismo» y la moderación política, dejarían a Mártoev, el renombrado y aún exiliado menchevique de izquierdas, «plagado de dudas» y deseando que los rumores fueran «cuestionables».

En Petrogrado, sin embargo, fue la propuesta de unidad de Tsereteli la que debatieron los bolcheviques.

El día después de que se inaugurara la conferencia de obreros del partido en Petrogrado, también lo hizo la Conferencia Panrusa de Soviets, atestiguando la impresionante difusión del modelo soviético: acudieron 479 delegados de 138 soviets locales, y allí estaban representados siete ejércitos, trece unidades

de retaguardia y veintiséis unidades del frente.

La nomenclatura era complicada: Rusia ese año estaba plagada de comités, juntas, congresos, permanentes, semipermanentes, provisionales. Proliferaban las reuniones *ad infinitum*, con sus detalladas minutas. Esta primera conferencia de soviets pretendía en parte planificar el primer congreso de soviets, que tendría lugar en junio. El Soviet de Petrogrado, ahora con delegados de todo el país, se convirtió técnicamente en el Soviet Panruso de Diputados Obreros y Soldados. Después de la conferencia, el cada vez más consolidado Ispolkom, el Comité Ejecutivo del Soviet, responsable de las decisiones administrativas cotidianas, que ahora incluía a representantes de las provincias, se rebautizaba formalmente como Comité Ejecutivo Central Panruso, o VTsIK. Podían emplearse todos y cada uno de estos nombres.

Respecto a los mencheviques, fue en la conferencia de los soviets donde Tsereteli dejó su huella, coordinando discusiones, inculcando un nuevo profesionalismo, solidificando las posiciones de *postol'ku-postol'ku* y un sólido defensismo revolucionario. Hasta que los pueblos de otros países, declaró, derrocaran a sus propios gobiernos o les forzaran a cambiar de rumbo, «la Revolución rusa deberá combatir contra el enemigo extranjero con el mismo coraje que mostró con las amenazas internas». En representación de los bolcheviques, Kámenev defendió una versión de la insistencia internacionalista del partido, no en la defensa de la nación, sino en la necesaria exportación de la revolución, transformando la experiencia rusa en «un prólogo del alzamiento popular en todos los países en liza».

Su posición era una cuestión de matiz y ambición más que la expresión de una política clara y concretamente diferente. Aún así fue derrotada, por 57 votos contra los 325 de Tsereteli. En todo caso, mientras los bolcheviques más influyentes se inclinaban a la derecha, otros socialistas en el Soviet viraban hacia la izquierda, permitiendo que ambos frentes se encontraran en el medio. Respecto a las relaciones entre el Soviet y el Gobierno Provisional, la posición oficial del Soviet, impulsada por el menchevique Steklov, insistía tan duramente en la supervisión vigilante, que un satisfecho Kámenev retiró la resolución bolchevique alternativa.

A esta convergencia solo le quedaban pocos días.

El 29 de marzo, el «tren sellado» llegaba a Berlín vía Stuttgart y Fráncfort. Desde allí se dirigió hacia la costa. Durante todo el camino, a través de

Alemania, Lenin escribió. Recluido en su compartimento, a base de los tentempiés del inusual vagón restaurante, continuó garabateando, a medida que por su ventana pasaban árboles y pueblos. Así, en marzo, en un tren sin Estado, nacieron las que serían conocidas como «Tesis de abril».

En las salvajes costas alemanas de la península de Jasmund, en el pueblo de Sassnitz, un barco de vapor sueco esperaba a los viajeros. Al llegar el crepúsculo, bajaron por la oscilante rampa de desembarco, hacia el pueblo más al sur de Suecia, Trelleborg. Su viaje se había convertido en noticia, y los periodistas les seguían. El alcalde de Estocolmo dio la bienvenida a la comitiva antes de que continuara hacia la capital sueca, donde Lenin fue a comprar libros (desdeñando las peticiones de sus camaradas, que le instaban a renovar su ropa desgastada) y sacó tiempo para acudir a una reunión de izquierdistas rusos.

En el último día del primer mes completo de la Rusia revolucionaria, los camaradas se encaramaban a unos tradicionales trineos finlandeses, y se deslizaban por la crujiente nieve, saliendo de Estocolmo hacia Finlandia — territorio ruso.

4. ABRIL: EL HIJO PRÓDIGO

Escondidos en el fango, entre susurros, aguardaban su momento ideólogos y creyentes auténticos, como los asesinos miembros de las Centurias Negras: ultramonarquistas entusiastas de los pogromos, protofascistas y místicos del odio. En los primeros días de la revolución llamaba la atención lo sumergida y diseminada que estuvo la extrema derecha. La mayor parte de sus figuras más destacadas o habían abandonado el país o seguían encarceladas desde febrero. Solo quedaba el errático Purishkévich; más o menos impotente, más o menos inofensivo: tolerado. La atmósfera política de Petrogrado había virado bruscamente a la izquierda, recolocando a los radicales como moderados y a los moderados como derechistas. En aquellos días todo el mundo era, o afirmaba ser, socialista. Nadie quería ser burgués.

Hasta la víspera de la revolución, los kadetes eran un partido de ocasional e incluso vigorizante liberalismo, hostigado por la reacción, no sin figuras heroicas. Entraron en abril de 1917 frescos de su congreso, comprometidos con una república democrática. Pero ahora, la historia (la revolución) les hacía conservadores. En la derecha del partido, Miliukov era un temprano caso aparte, resultado del fuerte tacticismo del liberalismo en tiempos difíciles.

Por ahora, sin embargo, y al comenzar abril, ni siquiera la extrema izquierda se había declarado unánimemente enemiga del Gobierno Provisional. Eso estaba por venir, junto al tren que llegaba de Finlandia.

El 2 de abril, los bolcheviques recibieron noticias de Lenin: estaría de vuelta en Petrogrado al día siguiente. El líder estaba llegando. Se apresuraron con los preparativos. La tarde siguiente, en la pequeña estación fronteriza de Belo Ostrov, donde Finlandia y Rusia se encuentran, un pequeño y selecto grupo de

bolcheviques aguardaban la llegada del tren: Kollontai, Kámenev, Shliápnikov, María —la hermana de Lenin— y unos pocos más.

No eran los únicos que habían escuchado que Lenin volvía. Algunos centenares de impacientes obreros también esperaban en el andén, para dar la bienvenida al tren que ya se dejaba ver, resoplando en la lejanía. Mientras sus camaradas observaban y el motor dormitaba ya en su media hora de descanso, los allí reunidos hostigaron a Lenin, pidiendo que saliera de su compartimento para pasearle a hombros, jubilosos. «Con cuidado, camaradas», murmuró. Finalmente le dejaron ir, y volvió a su asiento aliviado, acompañado ahora de un agitado cortejo del partido.

Les esperaba una sorpresa.

Lenin se había mantenido informado, como mejor había podido, gracias a los textos de sus camaradas sobre la guerra y el Gobierno Provisional. «Habíamos entrado en el vagón y acabábamos de sentarnos», dijo Raskólnikov, un bolchevique que era oficial de la Marina en Kronstadt, «cuando Vladímir Ilich le espetó a Kámenev: “¿Qué es esto que escribes en *Pravda*? Tras hojear varios números, realmente hemos llegado a insultarte”». Este era su saludo a un viejo camarada.

Con el zarandeo del tren, los revolucionarios volvían a casa, atravesando un paisaje que iba oscureciéndose. ¿Se arriesgaba a ser arrestado?, preguntó Lenin, visiblemente azorado. Su partida de bienvenida sonrió al escucharle. Pronto comprendería por qué.

Cuando el tren llegó a Petrogrado a las 11 p. m., en la Estación Finlandia resonaron los ecos de una enorme ovación de bienvenida. Lenin comenzó finalmente a comprender su posición en la capital revolucionaria. Sus camaradas habían organizado una demostración de la fortaleza del partido, convocando a guarniciones amistosas, pero la alegría de la multitud que le aclamaba era bien auténtica. La estación estaba engalanada con banderas de un rojo brillante. Al dar el primer paso en el andén, abrumado, alguien le entregó un incongruente ramillete de flores. Miles de personas habían venido a saludarle: obreros, soldados, marineros de Kronstadt.

Un gentío de simpatizantes impulsó a Lenin hacia la espléndida sala, todavía denominada «Sala del Zar». Allí, los funcionarios del Soviet esperaban también a que llegara su oportunidad de saludar. El presidente del Soviet, el menchevique georgiano Chjeidze, un militante serio y sincero, había perdido su habitual fachada amigable. Cuando entró el líder

bolchevique, Chjeidze lanzó un discurso de bienvenida que no era ni de bienvenida ni un discurso. Sujánov, que desde luego estaba presente, lo llamó un «sermón», y de hecho uno más bien «desalentador».

«Camarada Lenin, en nombre del Soviet de Petrogrado y de toda la revolución, te damos la bienvenida a Rusia», dijo Chjeidze. «Pero pensamos», continuó nerviosamente, «que la principal tarea de la democracia revolucionaria es la defensa de la revolución contra los ataques de fuera, o desde dentro. Consideramos que esta meta no requiere desunir, sino aunar las filas demócratas. Esperamos que persigas estos objetivos con nosotros».

Las flores colgaban, medio olvidadas, de los dedos de Lenin. Ignoró a Chjeidze. Elevó su mirada al techo. Miró a todos lados excepto hacia el rostro, desamparado, del menchevique.

Cuando Lenin respondió finalmente, no fue al presidente del Soviet, ni a nadie de su delegación. En vez de ello, habló a todo el mundo presente, a la multitud —a sus «queridos camaradas, soldados, marineros y obreros»—. La guerra imperialista, tronó, era el comienzo de una guerra civil europea. La tanto tiempo anhelada revolución internacional era inminente. Elogió, nombrándolo a modo de provocación, a su camarada alemán Karl Liebknecht. Siempre internacionalista, concluyó con un emotivo llamamiento a construir a partir de este primer paso: «¡Viva la revolución socialista mundial!».

Sus anfitriones del Soviet estaban anonadados. Solo podían observar, aturcidos, cómo las multitudes exigían otro discurso más. Lenin se apresuró hacia la estación, se subió al capó de un coche y comenzó a hablar. Rechazó tomar «parte alguna en la vergonzante masacre imperialista», denunció las «mentiras y fraudes» y a los «piratas capitalistas».

Ya no quedaba nada de aquel *postol'ku-postol'ku*.

Febrero y marzo fueron arrebatos festivos de expropiación arquitectónica. Grupos revolucionarios capturaron y ocuparon edificios del gobierno, junto con otras suntuosas construcciones. Al Gobierno Provisional y al Soviet no les quedaba otra opción que tolerar tales incautaciones. El 27 de febrero, mientras la ciudad convulsionaba, la legendaria bailarina Matilda Kshésinskaya y su hijo habían abandonado su moderna mansión en el 1-2 de la avenida Kronverski, en la parte norte del Nevá, bajo los elevados minaretes de la principal mezquita de Petrogrado. Casi inmediatamente los

soldados revolucionarios la habían ocupado.

La casa mostraba una chocante y extraña asimetría de estructuras interconectadas, escalinatas y salones. A mediados de marzo los bolcheviques habían decidido que sería una excelente sede para el partido, y sin demorarse, se habían mudado allí. En la noche del 3 de abril, en su principal sala de reuniones, y entre su decoración *art nouveau*, Lenin aclaró sus puntos de vista a los camaradas que se habían reunido para darle la bienvenida.

Había sido el último día de la Conferencia Panrusa de Soviets. Allí, la asamblea bolchevique había aprobado unánimemente la política promovida por la dirección, consistente en el «control vigilante» del Gobierno Provisional, y había aceptado ampliamente la oposición de Stalin y Kámenev a las «actividades desmovilizadoras» en el frente. Según lo planeado, al día siguiente debían comenzar las discusiones sobre la unidad entre mencheviques y bolcheviques. Esta era la música que sonaba, y Lenin llegó para interrumpirla.

«Nunca olvidaré», dijo Sujánov, «aquel discurso atronador, que sorprendió y maravilló no solo a mí, un hereje... sino a todos los auténticos creyentes... Pareció como si despertaran los elementos, y los espíritus de la destrucción universal... revolotearan por el salón de invitados de Kshésinskaya, flotando sobre las cabezas de unos hechizados discípulos».

Lo que exigía Lenin era una revolución continua. Despreció el discurso de «vigilancia». Denunció el «defensismo revolucionario» del Soviet como un instrumento manejado por la burguesía. Se encolerizó ante la falta de «disciplina» bolchevique.

Sus camaradas escucharon, en un silencio afectado.

Al día siguiente, en el Palacio de Táuride, Lenin intervino de nuevo, dos veces. Primero en una sesión de delegados bolcheviques del Congreso del Soviet; después, con descarada audacia, en una reunión entre bolcheviques y mencheviques, programada para discutir la unidad. Consciente de su aislamiento, dejó claro que estaba exponiendo una opinión personal, y no la posición política del partido, y presentó el documento fundacional de la revolución: las «Tesis de abril».

Entre sus diez puntos estaba el rechazo completo al «apoyo limitado» al Gobierno Provisional y a la promesa de «no oposición» del Comité

Bolchevique de Petersburgo. Lenin repudió sin «la más mínima concesión... el “defensismo revolucionario”», y continuó defendiendo la confraternización en el frente. Exigió la confiscación de latifundios y la nacionalización de las tierras para uso de los soviets campesinos; un único banco nacional bajo control del Soviet; y la abolición de la policía, el ejército y la burocracia. Por ahora, dijo, lo principal era explicar el carácter imperativo de la lucha por recuperar el poder del gobierno y por reemplazar cualquier república parlamentaria por una «República de Soviets».

Su discurso desató una algarabía. El impacto de las Tesis fue electrizante, y el aislamiento de Lenin, casi total. Le desautorizó un escandalizado orador tras otro. Tsereteli, el prominente menchevique al que Lenin anatemizaba, le acusó de romper con Marx y Engels. Goldenberg, un menchevique que antaño había sido un líder bolchevique, dijo que Lenin era ahora anarquista, que estaba sentado «en el trono de Bakunin». Las palabras de Lenin, gritó el furioso menchevique Bogdánov, eran «los desvaríos de un loco».

Chernov, el líder eserista, que llegó a Petrogrado desde el exilio, cinco días después de Lenin y tras un peligroso viaje marítimo a través de aguas infestadas de submarinos, consideró los «excesos políticos» de Lenin tan absolutos, que se había marginado a sí mismo. En la tarde del chocante discurso del hijo pródigo, otro menchevique, Skóbelev, aseguró a Miliukov que las «ideas lunáticas» de Lenin lo alejaban de suponer un peligro, y le dijo al príncipe Lvov que el líder bolchevique era «cosa del pasado».

¿Y qué ocurría con los bolcheviques? ¿Hasta qué punto llegaba su conmoción?

Se afirma a menudo que el 18 de abril el Comité de Petersburgo del partido rechazó las Tesis por trece votos a dos, con una abstención. Este relato de los hechos, no obstante, se basa en minutas inexactas. Dos de los presentes, Bagdatev y Zalezhski, insistieron más tarde en que el comité aprobó las Tesis, pero por trece votos a dos rechazaron la más bien aduladora moción de Zalezhski, que proponía que fueran aceptadas sin reservas. En su lugar, el Comité se reservó el derecho de disentir sobre detalles y aspectos concretos de las tesis.

Y desde luego disintieron. Tras el discurso de Lenin en la mansión Kshesínskaya, sus camaradas no fueron tímidos a la hora de expresar sus preocupaciones.

Las disputas eran principalmente sobre cuestiones tácticas, como la

sugerencia de Lenin de que cambiaran el nombre del partido, o su nuevo énfasis político sobre los soviets en lugar del más tradicional hincapié en la propaganda dirigida a la convocatoria de la Asamblea Constituyente. Un punto específico de la cuestión era que Lenin se oponía obstinadamente, casi considerándolo *ofensivo*, a dirigir al Gobierno Provisional «“demandas” inadmisibles, que generen vanas ilusiones»; exigencias que este gobierno nunca podría ni querría aceptar. En vez de eso, defendía «explicar pacientemente» en los soviets que no podía confiarse en el gobierno. Por contra, Bagdatev, Kámenev y otros veían tales «demandas» como parte de un método infalible de *pinchar* esas inflamadas ilusiones, precisamente porque el gobierno no podría llevarlas a cabo. Kámenev lo llamaba «método de desenmascaramiento».

Ciertamente podía defenderse una continuidad, entonces, entre el «viejo bolchevismo» y las tesis de Lenin, como de hecho defendieron muchos militantes, entre otros Ludmila Stahl. Pero existe una membrana permeable entre táctica y análisis —y énfasis—. Había afinidades, desde luego, pero el énfasis en aquellas tesis intransigentes era más que «mera» retórica. No es ninguna sorpresa que algunos en el partido, tanto del lado de Lenin como entre sus rivales, las consideraran una ruptura con la tradición bolchevique. Estos debates podían ser una incompreensión de la hondura del terreno compartido, y a la vez síntomas de una divergencia real, más sustancial que aquella presente supuestamente en las «Cartas desde lejos».

La preocupación por el viraje de Lenin era generalizada entre los bolcheviques. Las organizaciones de Kiev y Sarátov rechazaron rotundamente las Tesis. Lenin había estado demasiado tiempo fuera de Rusia, decían sus miembros, como para comprender su situación. Zinóviev, su camarada en el exilio y estrecho colaborador, consideró las Tesis «desconcertantes»; otros en el partido no fueron tan amables.

En un primer momento, la redacción de *Pravda* titubeó a la hora de reproducir las Tesis, pero Lenin insistió, y fueron publicadas el 7 de abril —rápidamente seguidas del artículo «Nuestros desacuerdos», de Kámenev, en el que se distanciaba a los bolcheviques de las «opiniones personales» de Lenin—. «El plan general de Lenin nos parece inaceptable», escribió, «en la medida en que asume que la revolución democrático-burguesa está completa, y de ahí deduce la inmediata transformación de esta revolución en una revolución socialista».

El partido, más que muchos en la izquierda, siempre se había centrado en

la acción de la clase obrera en colaboración con el campesinado. La esperanza de los «viejos bolcheviques», después de 1905, en una revolución en Rusia, era firme aunque se apoyara difusamente en aquella «dictadura democrática del proletariado y el campesinado» destinada a barrer el estiércol del feudalismo y supervisar lo que solo podía ser el paso a un sistema burgués-democrático, también en el campo. En 1914, Lenin todavía escribía que una revolución rusa se limitaría a «una república democrática... la confiscación de los latifundios y una jornada laboral de ocho horas». Ahora, sin embargo, desechaba el enfoque de Kámenev: «obsoleto», «en absoluto bueno», «muerto». En las «Tesis de abril» Lenin escribía que Rusia, en ese momento, estaba «pasando de la primera etapa de la revolución... a su segunda etapa, que debe colocar el poder en manos del proletariado y las secciones más pobres de los campesinos».

Esto era todo un viraje. Respecto a la «segunda etapa», Lenin dejaba claro que no era «nuestra tarea inmediata “introducir” el socialismo» antes de una revolución socialista europea, sino colocar el poder en manos de los trabajadores, más que buscar la colaboración política entre clases como defendían los mencheviques. «Dejemos que la burguesía continúe comerciando y construyendo sus fábricas y talleres», comentaría después el militante bolchevique Sapranov a un joven Eduard Dune, «pero el poder debe descansar en las manos de los trabajadores, no de los dueños de las fábricas, los comerciantes y sus sirvientes». Aun así, no hay necesariamente una neta separación entre «comerciar y construir» por un lado, y por el otro el «poder»; y en la posición de Lenin había como mínimo una sugerencia, una tendencia que apuntaba más allá, una mirada al horizonte. Después de todo, hay una lógica política implícita en tomar el poder. Había algo revelador incluso en ese énfasis que Lenin introducía —no era una tarea *inmediata* introducir el socialismo—, pero...

No sorprende que Lenin fuera acusado por su propio partido de caer en la herejía de Trotsky, en la «revolución permanente»: convertir febrero en, o al menos aproximarse con determinación hacia, una plena insurrección socialista.

Pero estaban volviendo más exiliados bolcheviques. Y tendían a ser más radicales que aquellos que se habían quedado. Las dificultades económicas empeoraban, las insuficiencias del Gobierno Provisional se hacían patentes, la breve luna de miel entre clases se agriaba y los bolcheviques reclutaban simpatizantes principalmente entre los jóvenes, desilusionados, enfurecidos,

incluso impetuosos. Fue este el contexto en que Lenin comenzó una campaña para ganarse a sus camaradas.

Y su obstinación subrayaba una cierta inestabilidad de la posición «cuasimenchevique» del partido en ese momento, según la cual algunos del ala derecha parecían sugerir que la historia «no estaba lista» para el socialismo, mientras insistían en que el gobierno burgués no podía cumplir lo prometido.

Diez días después del retorno de Lenin, se celebró la Primera Conferencia Bolchevique de la Ciudad de Petrogrado. Ahí Lenin desarrolló su argumento, insistiendo en que el Gobierno Provisional no podía ser «“simplemente” derrocado», que era necesario obtener primero la mayoría en el Soviet. Aun así, delegado tras delegado, le acusaron de anarquismo, esquematismo, «blanquismo» (una reiteración moderna de las conspiraciones radicales del socialista francés del siglo XIX, Auguste Blanqui). No obstante, a una semana y media de su retorno, ya lograba ganarse simpatizantes. Aquellos que estaban a su lado incondicionalmente, como Aleksandra Kollontai y Ludmila Stahl, se hacían oír. Y también puede que contara con un considerable apoyo silencioso, ya que, si bien la mayoría de oradores intervinieron en su contra, su resolución pidiendo la oposición al Gobierno Provisional se aprobó por treinta y tres votos frente a seis, con dos abstenciones.

Este giro en los cuadros del partido pronto causará problemas al Gobierno Provisional.

En aquellos días de abril, seguía presente un remanente del carnaval social de marzo, pero ahora con un filo más duro y amargo. Los primeros signos de una crisis general no eran difíciles de encontrar.

A comienzos de abril, miles de esposas de soldados (las *soldatki*) marcharon por la capital. Estas mujeres habían comenzado la guerra desamparadas, intimidadas y precarias, desesperadas por lograr algo de caridad o un inadecuado apoyo estatal. Pero la ausencia de sus maridos también pudo significar una inesperada liberación. En febrero sus demandas de comida, apoyo, respeto, habían comenzado a adoptar un giro radical. Esa tendencia continuó. En la provincia de Jersón, un observador vio a las *soldatki* irrumpiendo en casas y «requisando» cualquier lujo que consideraran inmerecido.

No solo incumplían las leyes e intimidaban a las autoridades siempre que podían, también hubo directamente actos de violencia. El comerciante estatal de harina, que no quiso ofrecerles sus productos a un precio con descuento, fue golpeado por una banda de esposas de soldados, y el *pristav*, el jefe local de policía que quiso acudir en su ayuda, escapó por muy poco de sufrir el mismo tratamiento.

En el campo, la exuberante y abigarrada propagación de soviets y congresos y conferencias y asambleas campesinas, entre los órganos locales ya establecidos, como *volosts* y *zemstvos* municipales, comenzaba a adoptar formas ominosas. Ya en marzo, en el Volga, combativas comunas rurales empezaban una disputa con los terratenientes por el alquiler de tierras y el derecho de acceso a los bienes comunales. Bandas de campesinos accedían con cada vez más frecuencia a los bosques del terrateniente local, con hachas y sierras para cortar leña en la hacienda. Ahora, en abril, especialmente en los distritos del noroeste —Balashov, Petrovsk, Serdobsk— esta tendencia aumentaba. A veces los campesinos directamente comenzaban a segar las dehesas nobiliarias para su propio uso, pagando por la siembra solo los precios que consideraban justos.

Ese sentido de «justicia» era crucial. Desde luego hubo momentos de rabia y crueldad de clase. Pero las acciones de las comunas rurales contra los terratenientes se articularon a menudo escrupulosamente en términos de una economía moral de justicia. A veces esto pasaba antes por la presentación de sus exigencias en una forma cuasilegal, a través de manifiestos y declaraciones redactadas por intelectuales locales que simpatizaban con la reivindicación, o sin su ayuda, contando solo con la cuidadosa prolijidad de los autodidactos. Esta era versión improvisada del tradicional anhelo milenarista por un reparto equitativo de la tierra para todos los que la trabajaban —el «reparto negro», como era conocida esta redistribución— y por las libertades que debían seguirse de ello.

Las tierras «del gobierno, infantazgos, de monasterios o iglesias, y de los principales terratenientes, deben ser entregadas al pueblo sin compensación, pues no fueron ganadas mediante el trabajo sino mediante aventuras amorosas...», redactaba el escriba designado por 130 campesinos analfabetos de Rakalovsk Volost, en la provincia de Viatka, en una carta dirigida al Soviet de Petrogrado, en una carta colectiva del 26 de abril, «... y no digamos mediante las conductas astutas y taimadas en torno al zar».

Era una carta más, en un torrente de misivas provenientes de los recién politizados, comprometidos e impacientes, a lo largo y ancho del imperio. Desde febrero habían atravesado el país, dirigiéndose ellos mismos al Soviet,

al gobierno, a las comisiones de tierras, a los periódicos, a los eseristas, a los mencheviques, a Kérenski, a cualquier representante u organización que pareciera tener algún poder o importancia. En aquellos primeros meses algunos todavía adoptaban un tono tan cuidadoso que casi seguía siendo sumiso, aunque a menudo era esperanzado, incluso alegre, si bien inseguro. Exhortaciones, lamentos, ofertas, ruegos y peticiones de gente curiosa. Llegaban en esos grandes bloques de texto, sin apenas puntuación o división en párrafos, entre urgentes y atropelladas metáforas, y ese forzado idioma cuasileguleyo de aquellos no habituados a escribir. Había poemas y rezos e imprecaciones.

Los indignados trabajadores de la fábrica de armamento Tula defendían su producción en *Izvestia*. Los campesinos del pueblo de Lodeina, en Vólogda, escribían al Soviet pidiendo periódicos socialistas. En la prensa menchevique, el «Comité de obreros ancianos» de la Fábrica de Metales Atlas denunciaba el alcoholismo. Soldados de la asamblea de la Segunda Batería del Ejército del Cáucaso enviaban una carta directamente al «profundamente respetado diputado» Chjeidze, lamentando su insuficiente formación educativa y pidiéndole libros al líder menchevique. El Taller Número 2 de Reparación de Transportes de Kiev le escribió también, adjuntando cuarenta y dos rublos para los mártires de la revolución.

Con el pasar de los meses las cartas se harían más desesperadas, más llenas de rabia. Muchas ya lo eran ahora, y muchas más expresaban una creciente impaciencia.

«Estamos enfermos y cansados de vivir en deuda y esclavitud», escribía un portavoz a petición de los campesinos de Rakalovsk. «Queremos espacio y luz».

El 18 de abril, el Gobierno Provisional telegrafió a sus aliados extranjeros con sus objetivos de guerra oficiales; objetivos «defensistas revolucionarios», tal y como exigía el Soviet tras la provocadora entrevista de Miliukov el mes anterior. Pero Miliukov estaba aparentemente decidido a hacer descarrilar cualquier iniciativa de ese cariz y detener lo que consideraba una traición inexcusable. Al documento, la reiteración de la «Declaración del 27 de marzo», adjuntó una nota que «aclaraba» que el telegrama no quería decir que Rusia estuviera planeando abandonar la guerra: el país seguía determinado a combatir por los «altos ideales» de los aliados.

La «Nota de Miliukov», como fue rápidamente conocida, no era la maquinación de un kadete de derechas que actuaba por su cuenta. Su borrador y los planes para su comunicación a los aliados fueron aprobados por el gabinete, en un acuerdo entre el ala izquierda y el ala derecha del Gobierno Provisional —exactamente con el objeto de socavar la autoridad del Soviet.

El 19 de abril, cuando el Comité Ejecutivo del Soviet descubrió el contenido de la nota, Chjeidze denunció a Miliukov como «el genio malvado de la revolución». Y el Ispolkom no era el único grupo escandalizado. Cuando el 20 de abril el texto apareció en varios periódicos, desencadenó al instante espontáneas reacciones de furia.

En el Regimiento Finliandski servía el elegante sargento Fiódor Linde, un romántico, políticamente no alineado, cuyo papel en febrero fue importante, aunque poco conocido, liderando el motín del Regimiento Preobrazhenski, de 5.000 efectivos. Ahora la nota de Miliukov encendía su cólera, en lo que consideraba una traición a la promesa revolucionaria de acabar la guerra. Como defensor revolucionario, Linde temía que la nota pudiera desmoralizar y agitar al ejército de un modo profundamente perjudicial.

Cuando se hizo pública la intervención de Miliukov, Linde llevó a un batallón de su regimiento al espléndido palacio neoclásico Mariinski, donde se reunía el Gobierno Provisional. Realmente esperaba que el Ejecutivo del Soviet, del que era miembro, apoyara sus acciones, reafirmara su poder y arrestara al pérfido gobierno. Soldados de los regimientos Moskovski y Pavlovski se unieron a su manifestación, y pronto 25.000 hombres estaban protestando airadamente a las puertas del palacio.

Para consternación de Linde, el Soviet le amonestó. Y en vez de acceder a sus peticiones, insistió en que ayudara al Gobierno Provisional a restaurar su autoridad.

La nota de Miliukov y las cada vez mayores manifestaciones en su contra causaron incertidumbre y tensión entre los bolcheviques. La resolución de Lenin sobre la cuestión, aprobada esa mañana en una sesión de emergencia de la Primera Conferencia Bolchevique de la Ciudad de Petrogrado, era atípicamente equívoca. Condenaba la nota, y sugería que el fin de la guerra sería posible solo si se transfería el poder al Soviet; pero *no llamaba* a la movilización de obreros y soldados.

Sin embargo, miles de soldados y obreros estaban ya en las calles, exigiendo las dimisiones de Miliukov y Guchkov. Cuando el Soviet les ordenó que se dispersaran, la mayor parte, incluyendo al desconsolado Linde, obedecieron. Pero los manifestantes todavía llevaban sus pancartas, que rezaban «Abajo la política imperialista», y lo que es más revelador: «Abajo el Gobierno Provisional».

Y tales consignas gustaban a algunos delegados bolcheviques de distrito. En la izquierda del partido había una cierta predisposición a favor de tales espectáculos e intervenciones. Ese mismo día, Nevski, de la Organización Militar, había defendido en la conferencia la movilización de las tropas para que agitaran a favor de la toma del poder por parte del Soviet. Ludmila Stahl imploró a sus camaradas que no se colocaran «más a la izquierda que el propio Lenin», y los delegados finalmente acordaron pedir la «solidaridad con la resolución del Comité Central», refiriéndose a la moción, más bien tímida, de Lenin.

Pero al día siguiente miles de manifestantes tomaban de nuevo las calles, aunque con menos soldados entre ellos. Se repetía el mismo impulso. ¿Derrocar al gobierno? La idea ganaba consenso entre los bolcheviques.

Cientos de ejemplares de un panfleto se esparcían al viento, algunas pisoteadas bajo los pies, muchas recogidas y leídas: los pensamientos anónimos de un alborotador. «¡Abajo el Gobierno Provisional!» era el titular. Los camaradas susurraban que Bogdatiev, un trabajador bolchevique de extrema izquierda de la Putílov, y candidato para el Comité Central, era el culpable. Los temibles bolcheviques de Kronstadt estaban firmemente a favor del derrocamiento. Estaban listos, anunciaron, «para apoyar en cualquier momento, con fuerza armada», tales demandas.

En la tarde del día 21, las manifestaciones se propagaron también a Moscú. En la capital, Petrogrado, los trabajadores invadían una vez más la avenida Nevski, pidiendo a gritos el fin del Gobierno Provisional. Pero esta vez, según marchaban, comenzaron a divisar pancartas que no eran las suyas. Otra multitud esperaba, acordonada alrededor de la catedral de Kazán, entre sus filas curvas de columnas, como brazos extendidos. Una contramanifestación kadete.

Los kadetes les miraban, desafiantes, y cantaban sus propias consignas. «¡Hurra por Miliukov!», «¡Abajo Lenin!», «¡Viva el Gobierno Provisional!».

A la sombra de la cúpula iniciaron los enfrentamientos. La gente blandía

las pancartas como armas. Agitaban y golpeaban con ellas. Y entonces, el estallido repentino: ecos de rat-tat-tat. Más disparos. Una estampida de pánico. Tres personas murieron.

A las 3 p. m., cuando los obreros marchaban de nuevo hacia el Palacio de Invierno, el general Lavr Kornílov, a cargo del Distrito Militar de Petrogrado, ordenó a sus unidades que tomaran posiciones en la gran plaza frente al palacio, rodeando la elevada Columna Alejandrina.

Kornílov era un soldado de carrera, de origen tártaro y cosaco, celebrado por fugarse de una prisión austrohúngara en 1916. Agresivo, elegante, nada imaginativo, brutal, valiente; tenía la poco envidiable tarea de reestablecer la disciplina militar en Petrogrado. Como mostrándole la verdadera dificultad del reto, los soldados ahora desdeñaban la orden. En vez de ello, acataron la del Soviet, que les pedía que se retiraran.

Kornílov era impulsivo, pero no idiota. Se tragó su orgullo y rabia, y evitó la confrontación, anulando su propia orden.

En vez de intentar resolver la crisis violentamente, el Soviet promulgó un edicto contra la presencia militar no autorizada en las calles. Esta era efectivamente una directiva dirigida a desactivar los altercados, los «días de abril». Esa tarde, el Ejecutivo del Soviet, el Ispolkom, aprobó por treinta y cuatro votos contra diecinueve aceptar la «explicación» del Gobierno Provisional de la nota de Miliukov: una explicación que equivalía a una retirada.

La sangre de los militantes aún hervía. Esa tarde, en una reunión de la Comisión Ejecutiva del bolchevique Comité de Petersburgo, ganaba apoyos una moción por el derrocamiento del gobierno. Tras escandalizar a los bolcheviques moderados, ahora Lenin pasaba a enfriar el preocupante ardor de sus «ultraizquierdistas».

«La consigna “Abajo el Gobierno Provisional”», afirmaba su resolución del 22 de abril, «es incorrecta en el momento actual» porque no había todavía una mayoría posicionada junto a la clase trabajadora revolucionaria. Sin esta fuerza, «tal consigna, o es una frase vacía, u objetivamente equivale a intentos de carácter aventurero». Reiteró que él defendería esa transferencia de poder «solo cuando los soviets... adopten nuestra política y estén dispuestos a tomar el poder en sus propias manos».

La crisis de abril había supuesto una importante lección, si bien involuntaria. Quedaba absolutamente claro que el Soviet poseía más autoridad

sobre la guarnición de Petrogrado que el Gobierno Provisional o los oficiales, tanto si el Soviet lo deseaba como si no.

Esta intensificación política durante la crisis de abril podría haber sido abrupta en la capital, pero por todo el país la ola de progreso y cambio todavía era muy fuerte. A lo largo y ancho de la inmensidad del territorio ruso, continuaban la osadía y experimentación inspiradas por el Febrero revolucionario, desarrollándose en formas específicas, y canalizándose en formas emancipadoras más serias y formales. En las naciones y minorías aumentaba el descontento y el impulso hacia una mayor autonomía.

La región predominantemente budista de Buryat, en Siberia, había recibido olas sucesivas de inmigración rusa desde que el ferrocarril transiberiano llegara a la ciudad de Irkutsk en 1898. En los años siguientes se habían producido varias revueltas contra las leyes discriminatorias, y Buryat se había enfrentado a una permanente amenaza chovinista rusa, cultural y política. En 1905 un congreso de Buryat había pedido derecho al autogobierno y a la libertad lingüística y cultural: fue suprimido. Ahora, con la nueva ola de libertades, se celebraba un nuevo congreso en Irkutsk —y votó a favor de la independencia.

En Osetia, en las montañas del Cáucaso, los habitantes de la región convocaban un congreso para establecer órganos de autogobierno en el nuevo Estado democrático. En Kubán, una región de la Rusia meridional en el mar Negro, los delegados cosacos en la Rada, cuyo líder hasta entonces había sido elegido por el zar, la declararon el poder supremo de la administración local. Alentados por la revolución de febrero, y sintiendo reivindicado su propio programa, miembros del progresista y modernizador movimiento musulmán jadidista organizaron un Consejo Islámico en Tashkent (Turkestán) y en toda la región, ayudando a dismantelar las viejas estructuras del gobierno —ya debilitadas por la propagación de soviets locales— y potenciando el papel de la población musulmana indígena. Al final del mes, el consejo convocó el primer Congreso Musulmán Panturkestaní en la ciudad. Sus 150 delegados reconocieron al Gobierno Provisional, y unánimemente reclamaron una sustancial autonomía regional.

Estos tanteos hacia un mayor progreso no se limitaron al campo de las nacionalidades. La reunión panrusa de musulmanes, convocada por diputados musulmanes de la Duma inmediatamente después de la revolución de febrero,

se acercaba rápidamente; pero antes, el 23 de abril, las delegadas se congregaban en Kazán, en Tartaristán, para el Congreso Panruso de Mujeres Musulmanas. Cincuenta y nueve delegadas se reunían ante una audiencia de 300 invitados, abrumadoramente femenina, para debatir cuestiones que incluían la situación de la Sharia, la poligamia, los derechos de las mujeres y el hiyab. Hubo contribuciones desde un amplio espectro de posiciones políticas y religiosas, desde socialistas como Zuleija Rahmankulova y la poeta de veintidós años Zahida Burnasheva, hasta eruditas en cuestiones religiosas, como Fatima Latifiya y Labiba Huseynova, una experta en ley islámica.

Las delegadas debatieron si los mandamientos coránicos eran históricamente específicos, e incluso muchas defensoras de la ortodoxia transhistórica interpretaban los textos con la intención de insistir, contra las opiniones conservadoras, en que las mujeres tenían el derecho de asistir a la mezquita, o que la poliginia solo estaba permitida —un *caveat* crucial— si era «justa»; esto es, si contaba con el permiso de la primera esposa. Insatisfechas al comprobar que la reunión aprobaba esa postura progresista-tradicionalista sobre la poligamia, las feministas y socialistas eligieron a tres representantes, incluyendo a Burnasheva, para asistir a la Conferencia Musulmana Panrusa en Moscú, el mes siguiente, donde defenderían su posición alternativa contra la poliginia.

La conferencia aprobó entonces diez principios, incluyendo el derecho de las mujeres a votar, la igualdad de los sexos y la naturaleza no obligatoria del hiyab. El centro de gravedad de las discusiones era claramente jadidista, o más a la izquierda. Un síntoma de tiempos de cambio.

Petrogrado se recuperaba de la aventura de Linde. Del 24 al 29 de abril, inmediatamente después de la crisis de abril, tuvo lugar la Séptima Conferencia Panrusa del Partido Obrero Socialdemócrata Ruso, el POSDR —nombre oficial del partido bolchevique desde 1912—. En la conferencia, Lenin añadió su nueva crítica de «derechas» a la izquierda... a su crítica de izquierdas a la derecha bolchevique. La crisis de abril, decía, no debería haber sido una batalla. Más bien fue una oportunidad para «el reconocimiento pacífico de las fuerzas de nuestro enemigo» —donde ese enemigo era el Gobierno Provisional—. El Comité de Petersburgo, en su entusiasmo, había cometido el «grave crimen» de moverse, dijo, «un poquito a la izquierda».

Stalin era uno de los que cambiaban ahora su posición inicial, más

moderada, para votar con Lenin. Había una oposición explícita a las Tesis de Abril desde las posiciones más consistentes de Kámenev, entre otros, y una minoría que estaba más a la derecha, que se aferraba a la posición de «vigilancia» sobre el Gobierno Provisional. Sin embargo, el llamamiento de Lenin de «todo el poder para los soviets», tal y como se expuso en lo que suponía un correctivo para Bogdatiev y sus aventureros, fue abrumadoramente aceptado. También fue aceptada la propuesta de Lenin: había que oponerse a la guerra imperialista y al «defensismo revolucionario».

Teniendo en cuenta el horror que habían suscitado sus propuestas apenas tres semanas antes, el giro era notable. La influencia de Lenin aumentaba en su partido, y rápido.

Sin embargo, los bolcheviques apenas podrían considerarse monolíticos. Lenin se vio obligado a diluir su documento, titulado «En el momento actual», con concesiones al kamenevismo, y aun así se aprobó por setenta y uno frente a treinta y nueve votos, con ocho abstenciones. La derecha bolchevique obtuvo cuatro puestos en el Comité Central de nueve asientos, uno para Kámenev: suficiente para mantener la presión sobre Lenin. Y respecto a la cuestión de la Segunda Internacional, que se había hundido a sí misma con sus tendencias probélicas, Lenin se encontró completamente solo en la votación para romper con ella.

Aun así, cuando se clausuró el congreso, el 29 de abril, Lenin podía estar cautamente satisfecho con su avance.

El día 26, el Gobierno Provisional aprobó un llamamiento franco, emotivo. Admitía, como había mostrado la crisis de abril, que no tenía el control de Rusia. Invitaba a «representantes de aquellas fuerzas creativas del país, que hasta entonces no han tomado una parte directa e inmediata», a que se unieran a la administración.

Esta era una petición directamente dirigida al Soviet, para una colaboración formal. Este se agitó, atravesado por turbulentos debates sobre cómo responder.

Las posiciones de Guchkov, el ministro de la Guerra, y del odiado Miliukov, se habían hecho insostenibles. Dimitieron el día 29.

Durante todo el drama del mes, el Soviet había estado atento a los ruegos de varios revolucionarios perdidos en el exterior, a los que se impedía volver a Rusia, posiblemente retenidos en condiciones de cuestionable legalidad. El Soviet pidió la intercesión del gobierno. Una de las últimas tareas de

Miliukov como ministro de Exteriores fue intervenir y dialogar con británicos y canadienses para resolver la cuestión de un ciudadano ruso, considerado una amenaza para los aliados y retenido por los británicos en un campo de detención, en Nueva Escocia. El nombre del prisionero era León Trotsky.

Guchkov creía que el Poder Dual era insostenible, y en vez de ello buscó una coalición de derechas que conectara a la burguesía del Gobierno Provisional con aquellas partes «sanas» de las fuerzas armadas como el general Kornílov, junto con varios líderes empresariales. Esto no lo permitiría el Soviet, desde luego; pero no significa que supiera qué hacer con su posición de ventaja. Todavía estaba absurdamente comprometido con la política de «vigilancia» de un gobierno que había proclamado abiertamente que no podía gobernar.

El mismo día en que Miliukov y Guchkov dimitieron, el Comité Ejecutivo del Soviet rechazaba la coalición con el Gobierno Provisional, por muy poco: veintitrés a veintidós. Los soviets regionales —Tiflis, Odesa, Nizhni Nóvgorod, Tver, Ekaterinburgo y Moscú, entre otros— quedaron firmemente posicionados contra la participación de los socialistas en el gobierno burgués. Mientras, muchos a su izquierda, como los bolcheviques, cada vez se oponían más a la continuidad del propio Gobierno Provisional.

Al mismo tiempo, sin embargo, se incrementaban las presiones hacia la colaboración. Representantes de los patrióticos partidos socialistas de los países aliados, que representaban el ala izquierda internacional pro compromiso, hicieron con insistencia campaña por la entrada en el gobierno ruso. Estos, en el vocabulario consagrado en Zimmerwald, eran los socialpatriotas. Vinieron a Rusia en gran número, con la intención de convencer al pueblo ruso para que apoyara la guerra. Albert Thomas desde Francia, Arthur Henderson y James O'Grady desde Gran Bretaña, Émile Vandervelde y Louis De Brouckère de Bélgica y, de Francia, Marcel Cachin. Hicieron una gira por el país y el frente, uniendo fuerzas con los generales rusos para animar a las tropas. Para un socialista francés, Pierre Renaudel, ahora era posible describir estos combates, «sin sonrojarse», como una «guerra por la justicia».

La mayor parte de aquellos a los que intentaron convencer, agotados por la guerra, oscilaban entre la indiferencia y la hostilidad. Sus visitantes parecían ciegos a estos sentimientos. En un momento teatral especialmente poco edificante, Albert Thomas, dirigiéndose a la multitud desde un balcón, acompañó las exhortaciones en francés, difíciles de entender, con unos gestos

ridículos, como un mimo en una fiesta infantil. Se mesaba unos imaginarios mostachos de káiser, estrangulaba una Rusia imaginaria y, confundiendo el palpable desagrado del público ante su bufonada por un murmullo de aprobación, finalizó la comedia quitándose, reverente, el sombrero.

Para los obreros, campesinos y soldados que apoyaban a los soviets y que no fueran implacables críticos del gobierno, el sentido común podría sugerir que tener a socialistas dentro de ese gobierno solo podía ser algo bueno. Gradualmente, ciertas autoridades provinciales comenzaron a defender este argumento. Kérenski ya era miembro del gabinete, ¿verdad? Y Kérenski era popular, ¿o no? ¿Cómo podían ser malos más Kérenskis?

En el partido eserista, la ola comenzó a empujar en esta dirección, produciendo una ampliación de la brecha entre los flancos izquierdo y derecho del SR. Los soldados rasos exigían que el gobierno dirigiera la guerra «de manera revolucionaria». Las unidades militares en Petrogrado — incluyendo a la probolchevique división acorazada— ahora proclamaban su apoyo a la coalición sobre tales bases.

Y a esta especie de entrismo de «izquierdas» se añadía, en una extraña aritmética, un cierto socialismo de «derechas». Allí donde los radicales defendían la coalición con el gobierno desde la fe en los soviets, aquellos a su derecha, incluyendo a muchos de los socialistas «oficiales» en los partidos moderados y en los propios soviets, comenzaban a preguntarse si aquellos soviets estaban acabados; si el poder debía volver a formas más tradicionales.

Dentro del Soviet de Petrogrado, pese a su número inferior, los eseristas moderados tendían a arrastrar políticamente a los líderes mencheviques. Había una distancia decreciente entre las facciones dominantes en las dos organizaciones, y Dan, Chjeidze y Tsereteli, de los mencheviques, estaban en una categoría diferente respecto a gran parte de los líderes eseristas. Desde su retorno, incluso el estimado Chernov, tradicionalmente de la izquierda eserista, viró rápidamente hacia antiguos oponentes del partido como Gots, y hacia el «defensismo revolucionario». Adoptó la moderación de aquella intelligentsia eserista que antes se situaba a su derecha, defendiendo una consolidación de las «ganancias revolucionarias» de Febrero, y la oposición a los movimientos radicales que pudieran correr el riesgo de provocar a la reacción. Lamentando la desorganización en la izquierda, y considerando todavía a los «elementos propietarios» como aquellos mejor posicionados

para gobernar, Chernov vinculó el modelo de colaboración socialista-liberal y el apoyo al Gobierno Provisional.

Excluyendo a los grupos que se negaban, tanto anarquistas, bolcheviques, o eseristas de izquierdas como mencheviques de izquierda y maximalistas de varias tradiciones, el resultado era que tanto en la izquierda-izquierda como en la derecha-izquierda comenzaba a gestarse la coalición.

Abril acabó con el gobierno desubicado, careciendo de un ministro de Guerra, y con los socialistas del Soviet comprometidos con el éxito de una revolución burguesa en unas instituciones en las que ellos no estaban, y que la propia burguesía abandonaba. No es ninguna sorpresa que Kérenski profetizara la entropía, la confusión, el acabose. La desorganización se propagaría, advertía a sus camaradas del Soviet, y el ejército pronto sería incapaz de combatir.

La guerra, por tanto, fue la clave del argumento con el que las preocupaciones de los defensores revolucionarios conectaban con aquellas de los imperialistas rusos. En última instancia, esta convergencia culminaba con las predicciones de Kérenski de un inminente colapso de Rusia.

5. MAYO: COLABORACIÓN

El 1 de mayo, solo dos días después de su anterior votación sobre la cuestión, el Comité Ejecutivo del Soviet retomaba el debate sobre la coalición con el Gobierno Provisional. Esta vez se aprobaba por cuarenta y cuatro votos a favor frente a diecinueve en contra, con dos abstenciones. Un furioso Mártov, comprometido con la independencia de clase y con abstenerse del poder para ejercer de oposición de extrema izquierda en una revolución burguesa, telegrafió a sus camaradas mencheviques para decirles que la participación en el gobierno de coalición era «inadmisible». Pero fue en vano.

Las negociaciones comenzaron de inmediato. El Soviet fijó las condiciones de su apoyo. Insistió en que se realizara un serio esfuerzo para poner fin a la guerra, en el principio de autodeterminación sin anexiones; en la democratización del ejército, un cierto grado de control sobre la industria y la distribución, protección laboral, impuestos sobre los ricos, una administración local democrática, una política agraria cuyo objetivo fuera dejar «la tierra en manos de quienes la trabajan», y en avanzar hacia la convocatoria de la tan elogiada Asamblea Constituyente.

Algunas de estas aspiraciones podían resultar inaceptablemente radicales a los guardianes del orden burgués, que imploraban al Soviet que se uniera a ellos en el gobierno, pero de hecho estas condiciones eran obligatoriamente elásticas, sus plazos largos, y a menudo indeterminados. Las corrientes principales y derechistas de mencheviques y eseristas, en particular los líderes e intelectuales —incluyendo a muchos que en su momento fueron terroristas radicales— estaban empezando a sentir que la única alternativa a la coalición con el gobierno era la peligrosa corriente a su izquierda. La derecha eserista, culturalmente importante, atacó a los eseristas de izquierda de Petrogrado y de la Conferencia Regional del Norte, acusándolos de ser los «bolcheviques del partido». Su nuevo periódico, *Volia naroda*, financiado por Breshko-

Breshkóvskaya, afirmaba que la decisión ahora estaba «abierta y definitivamente entre unirse al Gobierno Provisional —esto es, dar un apoyo enérgico al gobierno revolucionario estatal— o directamente abandonarlo a su suerte —es decir, dar un apoyo indirecto al leninismo».

Por su parte, como ocurrió en los debates de febrero, los liberales y la derecha arrancaban concesiones de los socialistas. Los kadetes exigían al menos cuatro ministros en cualquier gabinete. Sobre el tema central de la guerra, el Gobierno Provisional insistió en que el Ispolkom reconociera en él a la autoridad última, el mando único de las fuerzas armadas.

El enfoque del Soviet hacia la política exterior y la guerra era demasiado pacífico para el gusto de los kadetes, pero el programa acordado daba acomodo a los kadetes en un aspecto crucial: permitía al ejército preparar operaciones ofensivas, así como defensivas. De hecho, con el prestigio internacional de la Rusia revolucionaria severamente lastrado por su equívoca e ineficaz política militar, incluso en el seno del Soviet algunos se oponían cada vez menos a una ofensiva.

El 4 de mayo, último día de negociaciones sobre la composición del gabinete, el Primer Congreso Panruso de los Soviets Campesinos se reunió en Petrogrado. Ese mismo día se producía un esperado regreso a la ciudad. Desde Estados Unidos, con su familia, y después de un prolongado viaje, lleno de conspiraciones, interrumpido por la policía y los encarcelamientos, volvía Lev Davídovich Bronstein: León Trotsky.

A Trotsky se le recordaba como un líder del Soviet en 1905, e inspiraba, si no confianza, sí un respeto general dentro de la izquierda. Se hablaba mucho de él, pero con un tono incierto. Sus teorías heterodoxas, sus polémicas amargas y brutales, su personalidad áspera y su carácter siempre refractario, implicaban que «tanto mencheviques como bolcheviques lo miraban con rencor y desconfianza», recordaba Angelica Balabanoff, la cosmopolita bolchevique italorrusa. En parte, pensaba, esto se debía a un «miedo a la competencia»: Trotsky era universalmente considerado brillante, una dolorosa espina clavada en muchos oponentes, y su única lealtad actual era a un pequeño pero escandaloso grupo de izquierda, los mezhraiontsy. En cuanto a lo que haría ahora, nadie estaba seguro.

El 5 de mayo nacía el nuevo gobierno: el segundo gobierno provisional, o el primero de la coalición. Aparte del príncipe Lvov, que continuó como presidente y ministro de Interior, todo había cambiado en el nuevo gobierno.

Entre los nuevos ministros había seis socialistas y otros diez, incluyendo al kadete Mijaíl Tereshchenko, un joven millonario fabricante de azúcar, de Ucrania, que reemplazaba a Miliukov. Tereshchenko era un conocido masón, y en aquella febril atmósfera parapolítica, llena de susurros, era fácil figurarse conspiraciones detrás de su nombramiento. La obsesión con los masones abunda todavía hoy en las discusiones sobre la revolución. De hecho, tanto si hubiera medrado mediante el nepotismo como si no, Tereshchenko demostraría ser razonablemente apto para la imposible tarea de gestionar las relaciones tanto con los aliados como con el Soviet.

Los socialistas del gabinete incluían a uno del Partido Socialista Popular, A. V. Pershejonov, a cargo del suministro de alimentos; dos mencheviques, Tsereteli y Skóbelev, para Correos y Telégrafos, y Trabajo; tres eseristas, el propio Chernov en Agricultura, Pereverzev como ministro de Justicia; y el más importante, el nuevo ministro de la Guerra (y otro destacado masón): Aleksandr Kérenski.

En una sesión plenaria del Soviet de Petrogrado, los seis ministros socialistas pidieron al Soviet su apoyo a la participación en la coalición. El Soviet lo garantizó. La única oposición organizada desde la izquierda, los bolcheviques, reunieron cien votos en contra.

En ese momento, Trotsky entró en el auditorio del Palacio de Táuride, y en la historia de 1917, entre entusiastas aplausos.

Al verle, el nuevo ministro Skóbelev exclamó: «¡Estimado y querido profesor!».

Trotsky subió a la tribuna. Habló pausadamente al comienzo. El gran orador no parecía él mismo. Temblaba de nervios. El público hizo silencio, mientras el orador ganaba seguridad a medida que ofrecía su lectura de la situación.

Trotsky hizo una apasionada defensa de la revolución. Describió al detalle el impacto que había tenido y que todavía podía tener, en el mundo. En el nivel internacional, después de todo, es donde la revolución tendría que completarse.

Tras el almíbar, Trotsky añadió una dosis más amarga. «No puedo esconder», dijo, «que estoy en desacuerdo con gran parte de lo que está ocurriendo aquí».

Secamente, ganando confianza, condenó la entrada de los socialistas en el

gobierno; las falacias del Poder Dual. Recitó ante la audiencia allí congregada «tres artículos revolucionarios de fe: no confíes en la burguesía; controla a los líderes; apóyate solamente en tu propia fuerza». Lo que se necesitaba, lo que exigió ante el silencio del auditorio, no era un poder dual, sino *único*. El de los diputados obreros y soldados.

«Nuestro siguiente movimiento», dijo, «será transferir todo el poder a manos de los soviets». La expresión podría haberla pronunciado Lenin.

Cuando abandonó la sala, Trotsky fue aplaudido mucho más tíbiamente que cuando había entrado. Sus palabras, no obstante, resonaron en los oídos bolcheviques.

No es ninguna sorpresa que cinco días después de su provocadora aparición, Lenin ofreciera a los mezhraiontsy de Trotsky un lugar en la redacción del periódico *Pravda* si se unían a los bolcheviques. Incluso sugirió hacer la misma oferta a los izquierdistas mencheviques-internacionalistas. Su líder, Márto, con mucho retraso y sin demasiada ayuda de sus camaradas de Petrogrado, había vuelto a la ciudad mediante un método similar al de Lenin (en un tren considerablemente mayor).

Por su parte, aunque en principio Trotsky ya no ponía objeción a tal unión de sus fuerzas, no podía aceptar *disolverse en* los bolcheviques. Propuso en su lugar la formación de una nueva amalgama entre las dos formaciones, por pequeñas que fueran las filas de los mezhraiontsy comparadas con las de los bolcheviques. Lenin declinó esta arrogante sugerencia. Podía esperar.

Desde el día 7 hasta el 12, los mencheviques celebraron su primera Conferencia Panrusa en Petrogrado; y a mitad de conferencia llegaron los líderes de la izquierda, Márto, Axelrod y Martynov.

Márto estaba desmoralizado por lo que describió a un amigo como la «definitiva estupidez» de unirse al gobierno sin siquiera arrancar el compromiso de acabar con la guerra. La conferencia ya había aprobado la participación en el gobierno el día antes de que llegara, y ahora el grupo de emigrados internacionalistas también estaban siendo derrotados en la cuestión del defensismo, que Tsereteli había sostenido con rotundidad. El pequeño grupo menchevique-internacionalista se negó a verse vinculado por estas decisiones.

Cuando Márto intentó hablar desde la tribuna, el público le abucheó. La izquierda, horrorizada, comprendió el grado de su marginación. Especialmente en Petrogrado, algunos miembros de la izquierda

menchevique, como Larin (también era mezhraionets), propusieron la escisión. En vez de ello, Mártov decidió permanecer dentro del partido como un bloque de oposición, esperando ganarse a la mayoría a tiempo para el congreso del partido, programado para julio.

Había mucho en juego; la montaña a escalar era aún más alta. «¡Abajo con él!», habían gritado los delegados. «¡Que se vaya fuera!». «¡No queremos escucharle!».

Pese a estos feroces desacuerdos sobre la colaboración con el gobierno liberal, ambas alas del partido todavía estaban de acuerdo en que los obreros no estaban en posición de tomar el poder. Sobre el terreno, esta doctrina podía ofrecer a los organizadores mencheviques, especialmente a los moderados, una cierta línea política común, si bien algo abstracta, incluso quietista.

El joven bolchevique Dune recordaba a los mencheviques con los que trabajaba en Moscú con respeto, «camaradas mayores, reflexivos y muy leídos», «los obreros más capacitados», una «aristocracia obrera» con impresionante conocimiento y experiencia; pero cuyo «ardor revolucionario se había enfriado». Durante los debates en las fábricas, posteriores a las Tesis de Abril, aquellos mencheviques por supuesto intervinieron contra el poder soviético, en profundidad y con citas, basándose en que el país no estaba todavía maduro, y en que «antes de que los obreros pudieran llegar al poder, tenían mucho que aprender». Como recordaba Dune,

La asamblea escuchó cuidadosamente a todos los oradores, pero con menos atención los argumentos [mencheviques] sobre las revoluciones socialistas y burguesas-democráticas, apoyados por citas de las obras de Bebel y Marx...

Los bolcheviques hablaban de un modo más comprensible. Debemos preservar y fortalecer el poder que ganamos durante la revolución, no entregárselo a la burguesía. No debemos liquidar los soviets como órganos de poder, sino darles el poder.



Continuaron aumentando las tensiones en el país, a medida que se alargaba el mes. Una incomodidad, una irritación peligrosa aumentaba entre los soldados y obreros, y más dramáticamente, entre los campesinos; en su mayor parte, no adoptaba todavía formas explícitamente politizadas, pero era proteica, destructiva y muy a menudo violenta.

En las regiones se produjeron episodios de insurgencia rural, con funesta y creciente frecuencia. «Rusia», decía *Rech*, el periódico oficial de los

kadetes, «se ha convertido en una especie de manicomio». Grupos de campesinos furiosos, a menudo contando con soldados entre sus filas, saqueaban mansiones rurales, cada vez en mayor número. Los soldados, pese a las teatrales recriminaciones y lisonjas del ministro de la Guerra, Kérenski, continuaron desertando de forma masiva. Sus columnas de desertores acechaban por los campos. Abarrotaban las ciudades. Traumatizados por la guerra, utilizados como ejemplo de inmoralidad, situados del lado erróneo de la ley, muchos ahora la quebraban para sobrevivir, y para fines más oscuros.

No eran los únicos. Las tasas de criminalidad se disparaban: innumerables asesinatos en Petrogrado, muchos más que el año anterior, y gran parte de ellos espectaculares y especialmente terribles, propagando la angustia y el terror. Los desertores asaltaron una casa en Lesnoi, asfixiaron a un sirviente hasta matarle y golpearon salvajemente a un joven, antes de marcharse con dinero y otros objetos valiosos. Una joven, parte de los 10.000 habitantes de la población china en Rusia, apareció muerta, apuñalada: le habían sacado los ojos. Las clases medias eran presa del pánico: se sentían más vulnerables que los ricos, que podían permitirse la protección privada, o que los habitantes de las apretadas áreas de clase trabajadora, donde las milicias de trabajadores eran más efectivas que las de la ciudad. No sorprende que en este mes, el fenómeno de los *samosudy*, los linchamientos y la justicia impartida por turbas callejeras, «tomara», en palabras del *Petrogradski listok*, «un giro virulento». La *Gazeta-kopeika* comenzó a publicar una columna habitual titulada «Los juicios callejeros de hoy».

El sentimiento generalizado entre los obreros no era menos furibundo que entre los soldados, aunque en general sí estaba más politizado. Las huelgas se multiplicaban, y para los supervisores tiránicos también lo hacían los viajes en carreta hacia el río. No solo en Petrogrado, y no solo, como podría esperarse, entre los obreros industriales: en el pueblo de Róslavl, en la provincia de Smolensk, por ejemplo, fueron las sombrereras quienes dieron un paso al frente. Estas mujeres, principalmente jóvenes judías, con una tradición militante que se remontaba a 1905, salieron a manifestarse por la jornada de ocho horas, un incremento salarial del 50 por 100, un fin de semana de dos días más vacaciones pagadas, y otras demandas. Y lo hicieron sin sutilezas.

El 13 de mayo, el Soviet de Kronstadt se declaró el único poder de la isla naval. Anunció que no reconocería al Gobierno de Coalición, y que solo trataría con el Soviet de Petrogrado. Esta repudiación radical del Poder Dual,

aunque fuertemente influida por bolcheviques locales, fue tachada de aventurerismo por el bolchevique Comité Central de Petrogrado. No era el momento, insistió el CC, para insurrecciones infantiles. Los bolcheviques, escribía Lenin en un panfleto, deben «liberarse de la predominante *orgía de palabrería revolucionaria*, y estimular realmente la conciencia tanto del proletariado como de las masas en general». La tarea del partido era explicar su lectura de la situación «con habilidad, de un modo que la gente pueda entender». De madera acorde, el CC convocó a Petrogrado a los líderes bolcheviques de Kronstadt, Raskólnikov y Roshal.

Lenin protestó junto a ellos. En vano. Pero tampoco resolvió la cuestión el llamamiento del propio Soviet de Petrogrado a las fuerzas de Kronstadt, el 26 de mayo. De hecho, sería necesaria la intercesión de Trotsky, el día 27, para llegar a un compromiso que permitiera al Soviet de Kronstadt dar marcha atrás con dignidad. Pese a todo, seguiría siendo el único gobierno real de la isla.

En aquellos días tumultuosos, mientras el Gobierno de Coalición luchaba por no perder el control del país, sus críticos en la izquierda tenían problemas para controlar a sus propios simpatizantes.

Las naciones subalternas del imperio se crecían, tanteando nuevas posibilidades.

Entre el 1 y el 11 de mayo, Moscú albergó la convención exigida en febrero por los diputados musulmanes de la Duma. Novecientos delegados de las poblaciones y naciones musulmanas llegaron a la ciudad: baskires, osetios, turcos, tártaros, kirguizes, entre otros.

Casi un cuarto de los presentes eran mujeres, muchas recién llegadas del congreso de mujeres musulmanas celebrado en Kazán; en la presidencia del comité de doce personas había una mujer tártara, Selima Jakubova. Cuando alguno preguntó por qué los hombres debían garantizar a las mujeres derechos políticos, una mujer saltó y respondió. «Escucháis a los religiosos y no planteáis objeciones, pero después actuáis como si pudierais garantizarnos derechos», y continuó, «¡en vez de eso, los conquistaremos nosotras!».

La conferencia estaba atravesada por varios ejes de división política. Pero se logró adoptar un potente programa de derechos de las mujeres, y tal y como había defendido la izquierda en el congreso de mujeres, la poliginia se

prohibió, aunque solo simbólicamente. Contra los planes de la poderosa burguesía tártara, que buscaba una autonomía cultural-nacional extraterritorial; y contra las aspiraciones panislámicas, la conferencia defendió una posición federalista de autonomía cultural. Esto podía evolucionar, y desde luego así lo hizo, hacia llamamientos por la liberación nacional.

Se estaba produciendo un auge de este tipo de demandas. El 13 de mayo, un congreso kirguizo-kazajo enviaba saludos y solidaridad al Soviet de Petrogrado desde Semipalatinsk, una provincia en la frontera con China, con una población principalmente nómada. Este congreso afirmó igualmente su derecho a la «autodeterminación cultural-nacional», «y la autonomía política». En Finlandia, Febrero había dado un nuevo impulso a la autonomía, y quizá más. El gobierno en Petrogrado imploró a los finlandeses que esperaran a una Asamblea Constituyente: estaban dando un mal ejemplo a las otras nacionalidades. En Besarabia estaban en disputa las almas de los campesinos moldavos; la izquierda se enfrentaba al nuevo y problemático Partido Nacional Moldavo, cuyos líderes exigían una «autonomía más amplia». Entre el 18 y el 25 de mayo, Kiev fue la sede del Primer Congreso Militar Ucraniano. Acudieron más de 700 delegados, que representaban aproximadamente a un millón de personas, de los frentes, de la retaguardia y de las flotas. Una voz por la autodeterminación nacional.

Según el periódico menchevique *Rabochaya gazeta*, ahora, tras la revolución, «el Gobierno Provisional [se ha] liberado completamente de las influencias imperialistas» y aceleraba hacia la «paz universal». El 6 de mayo, el periódico del Soviet, *Izvestia*, aunque apesadumbrado por el hecho de que los soldados rusos tuvieran que continuar combatiendo, afirmaba que al menos podían hacerlo «con toda su energía y coraje... en la firme creencia de que sus esfuerzos heroicos no serán usados para el mal... [sino] sirviendo a un mismo objetivo: la defensa de la revolución frente a la destrucción, y la conclusión más pronta posible de la paz universal».

Aparte de esta nueva legitimidad que se le daba a la guerra, el Gobierno de Coalición sabía que su posición internacional, ciertamente entre los aliados, dependía de si se le veía como parte activa en la victoria bélica, y haciéndolo en los términos decididamente antisocialistas de esos mismos aliados. Algunos veían claro que esto era una contradicción, y aun así

defendían cínicamente la necesidad antiimperialista de continuar con el esfuerzo bélico. Entre los muchos socialistas que sí eran sinceros, las contorsiones mentales eran insoportables y trágicas. Y se hacían más dolorosas a medida que el gobierno preparaba al ejército para una ofensiva.

El 11 de mayo, Kérenski publicó el documento «Sobre los derechos de los soldados». El edicto conservaba gran parte del contenido de la Orden Número 1 (una concesión necesaria al sentimiento popular) pero reinstauraba la autoridad de los oficiales en el frente. Esto incluía el derecho a nombrar o retirar a oficiales de bajo rango sin recurrir a los comités de soldados, y el derecho a utilizar el castigo corporal. Los bolcheviques inmediatamente ridiculizaron este degradante retorno de las jerarquías tradicionales como la «Declaración de carencia de derechos de los soldados».

Kérenski había nacido para la actuación. Se preparaba para arengar a las tropas en pos de un masivo impulso bélico, la ofensiva que todo el mundo aguardaba. Era una campaña quijotesca y absurda.

En el frente, sobre la tierra azotada por las bombas, el «persuasor en jefe», como era conocido Kérenski, desplegó toda su capacidad para el espectáculo. Se arrastraba sonriente entre la mierda, el barro y la sangre de las líneas del frente, engalanado con uniformes inmaculados y cuasimilitares. Reunía a los soldados, les halagaba cálidamente, les miraba cara a cara. Apretó muchas manos. De pie sobre cajas, tocones, o capós, y ante las tropas, puso en práctica sus estridentes dotes oratorias, exigiendo sacrificios, dejándose llevar por la pasión, a veces hasta desmayarse.

Y estas intervenciones funcionaban, de un modo limitado, por un tiempo limitado. Cuando Kérenski llegaba, los soldados arrojaban flores. Llevaban al líder, radiante, a hombros. Cuando les pedía que lo hicieran, le vitoreaban. Un último empujón —exhortaba a los soldados— significaría la paz. Ante estas palabras, rezaban y lloraban.

O al menos una parte de ellos. La agitación con la que recibían sus discursos era genuina, pero no era ni profunda ni permanente. Kérenski se convenció realmente de que el ejército estaba listo y ansioso por la ofensiva. No lo estaba. Y lo sabían ya los oficiales más perspicaces, como el reflexivo general Brusílov, al que Kérenski había nombrado comandante en jefe el 22 de abril, reemplazando a Alekséyev.

Además, Kérenski solo sermoneaba frente a ciertas tropas. Se le mantenía lejos de aquellas ante las cuales intentarlo era una invitación a la agresión, o

algo peor. Interveníá, abandonaba el lugar, y cuando el breve efecto narcótico de sus sermones se desvanecía, los soldados todavía se veían atrapados, a unos metros de las líneas enemigas, entre la mugre gélida, en el punto de mira de las ametralladoras. Al margen de sus mejores discursos, en varias paradas Kérenski fue imprecado desde el público. Las tasas de desertión seguían siendo pasmosas, y se afianzaba la tendencia al amotinamiento. La agitación contra la guerra, por parte de bolcheviques y otros militantes, no disminuía.

La vieja guardia de la cúpula militar estaba profundamente resentida ante la dirección que tomaba la guerra y la erosión de las viejas costumbres. En su primer día en el cargo, Brusílov fue a saludar a los oficiales del alto mando de la Stavka. Su «gélida acogida», dijo, fue palpable. Para estos rígidos y anticuados oficiales, que Brusílov aceptara trabajar con los comités de soldados lo convertía en un traidor. Y su torpe presunción de credenciales democráticas solo los escandalizó más: a su llegada, quiso dar la mano a los soldados rasos. Los hombres, sorprendidos, se enredaban con sus armas al devolver el saludo.

Aun así, independientemente de la moral en caída libre, de la desconfianza en la cúpula militar y las desertiones en las bases, el impulso hacia la ofensiva no se detendría. Nadie presionaría para acelerar la rebelión.

El Primer Congreso Panruso de Soviets de Campesinos tuvo lugar en Petrogrado, durante la mayor parte del mes de mayo. Reflejando la superposición entre campesinado y soldadesca, cerca de la mitad de los 1.200 delegados acreditados venían del frente.

Una considerable minoría de delegados (329) no tenía afiliación. La mayoría de los 103 socialdemócratas eran mencheviques. Los eseristas dominaban el congreso, como era previsible en este país campesino, con 537 representantes. Incluso sin una mayoría absoluta, fueron capaces de impulsar su política de apoyo a la coalición con el Gobierno Provisional, sus posiciones sobre la guerra y la paz, y sobre las nacionalidades. Pero el hecho de que fueran triunfos difíciles es un reflejo del ambiente fragmentado que se asentaba en el país.

Pese a la pequeña presencia de los bolcheviques (un grupo minúsculo de nueve delegados, acompañado por otros catorce delegados «sin partido» que tendían a votar con ellos), su influencia crecía. La razón del crecimiento, en especial, era la rotundidad, coherencia y claridad de sus posiciones sobre las dos cuestiones cruciales de la guerra y la tierra, tal y como quedaban

plasmadas en una carta abierta de Lenin al Congreso, del 7 de mayo.

El día 22 se dirigió a los delegados en persona, recalcando su apoyo a los campesinos más pobres y exigiendo la redistribución de la tierra. En aparente reacción ante este comienzo arrollador, que robaba protagonismo al partido campesino de la izquierda, los eseristas apresuradamente añadieron a su programa la cláusula de que «todas las tierras deben ser colocadas sin excepción bajo la jurisdicción de los comités de tierras». Más adelante, Lenin no dudará en robarle ideas al ala izquierda de los eseristas: por ahora, era él quien les proporcionaba material.

Como muestra de la fragmentación entre los eseristas, en su propio Tercer Congreso, celebrado más adelante ese mismo mes, Chernov sufrió duros ataques por parte de reconocidos eseristas de izquierda, como Borís Kamkov, Mark Natansón y la mismísima María Spiridónova. Spiridónova, tras once brutales años de prisión, había vuelto recientemente a Petrogrado tras su liberación en febrero, en una reaparición dramática y triunfal. Su retorno se produjo tras ser elegida alcaldesa de Chita, en Siberia, cerca de donde estuvo prisionera; de hecho, al salir ordenó inmediatamente el derribo de las prisiones. Ahora, ella y otros eseristas de izquierda acusaban a Chernov de haber «mutilado» el programa del partido. Lanzaban sus propias propuestas para la confiscación de tierras, la paz inmediata y un gobierno socialista.

El gran incremento del apoyo a la izquierda (20 por 100 de los delegados, y hasta el 40 por 100 en algunas votaciones) no alcanzaba para asegurarles más que un puesto (Natansón) en el Comité Central, y las políticas moderadas serían las que representaran oficialmente al partido en el Congreso de Soviets de Campesinos. Los radicales eseristas inauguraron discretamente un «buró informativo» para coordinar sus actividades. Cuando llegaron los rumores a un alarmado Chernov, los eseristas de izquierda le aseguraron formalmente, y falsamente, que no habían organizado tal cosa.

El diligente trabajo de Lenin y los radicales bolcheviques (sin contar con el ala más aventurera del partido) por avanzar posiciones políticas más inflexibles estaba comenzando a dar sus frutos, también entre sectores aparentemente improbables. Ese mes, Nina Gerd, la organizadora del Comité de Apoyo a las Esposas de Soldados en el distrito de Víborg, de convicciones liberales pero vieja amiga de Krúpskaya, le entregó en bandeja la organización. Tres años antes, según rememoraba un filántropo, las *soldatki*

eran «criaturas desamparadas», «topos ciegos» que imploraban la ayuda de las autoridades. Ahora, al entregarle el comité, Gerd le decía a Krúpskaya que las mujeres «no confían en nosotras; están disgustadas con cualquier cosa que hacemos; solo tienen fe en los bolcheviques». En muy poco tiempo las *soldatki* estaban autoorganizándose en sus propios soviets. Y este espíritu intrépido era contagioso.

Sin embargo, para la mayor parte del territorio, es justo decir que las condiciones locales, complicadas por las cuestiones nacionales y controladas a menudo por activistas moderados, ocupaban posiciones menos radicales de lo que querrían los bolcheviques más intransigentes. A principios de mayo, por ejemplo, los bolcheviques georgianos Mijaíl Tsjakaya y Filipp Majaradze llegaron de Petrogrado a Tiflis, Georgia, para instar a sus camaradas a que rompieran inmediatamente con los mencheviques «colaboracionistas», y se unieran solo a los mencheviques-internacionalistas de izquierdas. Sus órdenes fueron recibidas con escepticismo.

También en Bakú los bolcheviques locales trabajaban con los mencheviques, y las Tesis de Abril de Lenin también causaron consternación: su discusión en la prensa socialdemócrata local aparecía enmarcada con acotaciones y avisos. Una conferencia de socialdemócratas de toda la ciudad, a mediados de mayo, con una mayoría probolchevique, se opuso al gobierno de coalición, pero no aprobaba la línea de «todo el poder para los soviets». Y en el propio Soviet de Bakú la resistencia a las posiciones izquierdistas todavía era contundente. El 16 de mayo, la resolución de no confianza en el nuevo gobierno, promovida por el bolchevique Shaumián, fue rotundamente derrotada: por 166 votos a favor contra nueve, con ocho abstenciones, el soviet aprobó una resolución menchevique-eserista-*Dashnak* (un partido armenio de izquierda) en apoyo de la inclusión miembros del Soviet de Petrogrado en el Gobierno Provisional.

Entre las excepciones más importantes a la tendencia moderada de las regiones estaba Letonia. En los primeros tiempos, sus bolcheviques, influidos en parte por una fuerte tradición de unidad local con los mencheviques, adoptaron una posición tibia, como con la «sumisa» declaración de marzo del Comité de Riga. Desde entonces, alentado por un Comité Central más duro (con sede en Rusia) y con un aumento en sus filas gracias al retorno de más militantes emigrados, las actitudes habían cambiado. El dominio absoluto de los partidos bolcheviques locales en los soviets, las victorias sobre los liberales en los consejos provisionales, les dieron una superioridad tal que,

según el historiador Andrew Ezergailis, «la peculiaridad del marco institucional que surgió en Letonia después de marzo fue que... el concepto de poder dual simplemente no era aplicable».

La clave de este cambio fueron los fusileros letones. El soviets de estos soldados se había inclinado muy rápidamente hacia la izquierda en solo unas pocas semanas, y en un congreso celebrado el 15 de mayo, aprobaba una resolución sobre «La situación actual» que marcaba una posición leninista sobre la guerra, el Gobierno Provisional y los soviets. Julijs Danisevskis, quien impulsó el documento, lo preparó con sus camaradas bolcheviques en Moscú, de donde acababa de llegar. Dos días después de su aprobación, los soldados eligieron un nuevo Comité Ejecutivo, del cual solamente un miembro no era bolchevique.

Pese a los sinceros esfuerzos de Brusílov por adoptar ciertas normas democráticas, la reinstauración de la disciplina militar tradicional por parte de Kérenski, junto a la continua amenaza de ser enviados al frente, provocó una inmensa ira entre los soldados. Esto fue particularmente cierto respecto a aquellos destinados en la Petrogrado revolucionaria —entre los cuales la influencia bolchevique crecía poco a poco.

El Primer Congreso Panruso de los Soviets Diputados de Obreros y Soldados estaba programado para los días 3-24 de junio, en la capital. La perspectiva de una oportunidad para demostrar su fuerza militar seducía a la ultraizquierdista y bolchevique Organización Militar (OM). Y se preparó para enseñar músculo. El 23 de mayo, la OM acordó que varios regimientos (Pavlovski, Izmailovski, Granaderos, y la Primera Reserva de Infantería) estaban «listos para actuar por su cuenta», es decir: salir a la calle, en un gran manifestación armada contra las medidas militares de Kérenski.

En la discusión posterior entre los activistas de la OM, nunca se discutió si la manifestación debía o no realizarse —sobre ello no había desacuerdo—, sino cómo: bajo qué parámetros, si necesitaba atraer a la mayoría de soldados. Los organizadores decidieron celebrar una reunión con representantes de Kronstadt, a principios del mes siguiente. Con base en lo acordado, decidirían cómo y cuándo debía tener lugar esta demostración de fuerza.

Las repercusiones de esta decisión serían profundas.

El 30 de mayo, dio comienzo otra conferencia más: la Primera Conferencia de Comités de Fábrica de Petrogrado, la Fabzavkomy. Estos comités habían surgido a comienzos de la revolución de febrero, sobre todo en las fábricas de armamento, de propiedad pública, desde donde se habían extendido a la industria privada. En los primeros y embriagadores días posteriores a Febrero, los directivos habían acordado con el Ispolkom implantarlos en todas las plantas de Petrogrado, y en abril se les había conferido la representatividad de los trabajadores.

Inicialmente presentaron exigencias económicas relativamente moderadas, siguiendo el tipo de línea radicalmente sindical que la izquierda socialista describía como «sindicalista». Después, a medida que continuaba la escasez y la tensión social aumentaba, la Fabzavkomy viró bruscamente a la izquierda. Mientras que los mencheviques controlaban la mayoría de sindicatos nacionales, ya en mayo los bolcheviques eran los que controlaban a más de dos tercios de los delegados a la Conferencia de Comités de Fábrica. Ahora, de modo desafiante, esos comités exigían que los trabajadores tuvieran un voto decisivo en la gestión de las fábricas, así como el acceso a los libros de contabilidad de las empresas.

La clase obrera industrial estaba creciendo en su conjunto más rápidamente que el campesinado y la soldadesca. El día 31, en la Sección Obrera del Soviet de Petrogrado, se ganó una sintomática moción, por 173 frente a 144 votos, que insistía en que todo el poder debía estar en manos de los soviets.

En el plenario del Soviet habría sido impensable un resultado así. No obstante, esta jugada bolchevique suponía una bofetada a los defensores del Poder Dual y los moderados del propio Soviet, por no hablar del Gobierno de Coalición.

6. JUNIO: UN CONTEXTO DE COLAPSO

En el primer día de junio, la Organización Militar se reunió con representantes bolcheviques de Kronstadt y aprobó los planes para una manifestación de la guarnición. La OM envió una lista al Comité Central con los regimientos susceptibles de participar en la manifestación. Juntos sumaban 60.000 hombres.

En ese momento el CC estaba centrado en asuntos de Estado: del 3 al 24 de junio se reunía en Petrogrado el Primer Congreso Panruso de Soviets de Diputados Obreros y Soldados (la reunión se había programado en el Congreso Panruso de los Soviets de comienzos de abril). Sus 777 delegados incluían a 73 socialistas no afiliados, 235 eseristas, 248 mencheviques, 32 mencheviques-internacionalistas y 105 bolcheviques. El Congreso eligió rápidamente un nuevo Comité Ejecutivo, dominado por eseristas y mencheviques.

Nada más comenzar las primeras sesiones, un Mártov visiblemente furioso se lanzó al ataque —contra sus compañeros mencheviques—. Deploró la colaboración de Tsereteli con el Gobierno Provisional, especialmente respecto a la reciente deportación de su camarada suizo, Robert Grimm. Apeló a los mencheviques en el vestíbulo: «Vosotros, mis antiguos camaradas en la revolución, ¿estáis con aquellos que dan *carte blanche* a su ministro para deportar a cualquier categoría de ciudadano?».

La respuesta que obtuvo de los mencheviques fue extraordinaria: «¡Tsereteli no es un ministro, sino la conciencia de la revolución!».

Entonces —escribió Sujánov con admiración— Mártov, «suave, tímido, con algo de torpeza» se enfrentó valientemente al «voraz y chirriante monstruo» del embravecido público del congreso. El ataque de su propio partido fue tan desagradable que el propio Trotsky, a quien difícilmente podía

considerar un compañero cercano, se apresuró a mostrar su solidaridad con el internacionalista, enzarzado en la disputa. «¡Viva el honesto socialista Mártov!», gritó.

El discurso de Tsereteli, en cambio, provocó «un aplauso extático e interminable» de su fracción. Aquí estaba la prueba de la ostensible transformación de los líderes moderados del partido en *gosudarstvenniki*; algo así como «estadistas». La crisis de abril fortalecía las creencias de aquellos mencheviques que consideraban la participación socialista en el poder algo necesario para que el gobierno tuviera autoridad, y para impulsar sus políticas. Con lo cual, *pari passu*, se afianzaba su percepción de sí mismos como custodios del propio Estado —un Estado que realmente pudiera resolver los asuntos pendientes.

Pero ese Estado no iba de éxito en éxito, precisamente. Después de un mes de coalición gubernamental, el estado de ánimo en el país se deterioraba. El malestar en el campo, las ciudades y en el frente aumentaba hasta el punto de provocar una grave alarma social. La criminalidad urbana y la violencia seguían aumentando. La escasez empeoraba. En aquellos días de verano, caballos esqueléticos se arrastraban por el tráfico de las calles de Petrogrado. La gente estaba hambrienta.

A pesar de todo esto, y para impaciencia de algunos en la izquierda de su partido, Lenin se aferró a su paciente programa de «explicar» tanto la oposición bolchevique a la coalición, como aquello que consideraba el origen real de los problemas sociales. «El robo de la burguesía», le dijo al congreso, «es la fuente de la anarquía».

Contra esta intransigencia, Tsereteli, ministro de Correos y Telégrafos, justificó el 4 de junio ante los delegados la colaboración del Soviet con la burguesía. «No hay», dijo, «ningún partido político en Rusia que ahora mismo diga “Dadnos el poder”».

A lo cual, desde las profundidades de la sala, replicó de inmediato un espontáneo.

«¡Sí hay tal partido!», gritó Lenin.

El 4 de junio la izquierda bolchevique mostró su fortaleza. En el Campo de Marte de Petrogrado, el partido celebró un mitin en honor a los caídos en febrero. Junto a los marineros de Kronstadt, la OM había reunido a centenares

de tropas de los regimientos Moskovski, Pavlovski, Finlyandski, Sexto de Ingenieros, 180.º de Infantería, Granaderos, y el Primer Regimiento de Ametralladoras. En su discurso en representación de la OM, Semashko alabó enfáticamente el radicalismo de Kronstadt —ante un público que incluía a Krylenko, del CC bolchevique, que había reprendido a los soldados, y cuya precaución estaba provocando tanta exasperación entre los radicales.

Dos días después, en una reunión conjunta con el Comité Central y Ejecutivo de Petersburgo, la OM propuso de nuevo una manifestación armada. Sobre este punto Lenin estaba a favor; Kámenev, siempre cauto, estaba en contra, como lo estaban otros en el Comité de Petersburgo, incluyendo a Zinóviev. Incluso Krúpskaya, algo poco habitual, adoptó una línea diferente a la de Lenin: desde su punto de vista era improbable que la manifestación fuera pacífica, así que, dado el riesgo de que el partido no pudiera controlarla, no debía llevarse a cabo.

Al final los líderes no tomaron ninguna decisión. Pronto otros la tomarían por ellos.

Los bolcheviques eran el grupo mayor y más organizado de la extrema izquierda, pero no eran el único. A su propia izquierda había grupos anarquistas de diversos tamaños, inclinaciones y grados de influencia. Decididamente una corriente menor, el anarquismo gozaba sin embargo de un apoyo localizado a lo largo del imperio, con varias plazas fuertes, como Odesa... y Petrogrado.

Ahí, en la capital, los más radicales e influyentes eran los anarquistas-comunistas. Algunos de sus líderes eran tenidos en alta estima, como Iósif Bleijman, una figura feroz, descuidada y carismática que hablaba ruso natal con lo que Trotsky describió como un «acento judío-americano» del que su público disfrutaba. También Shlema Asnin, un respetado militante del Primer Regimiento de Ametralladoras, un antiguo ladrón de barba oscura que vestía como un oscuro vaquero, con sombrero de ala ancha, revólver al cinto, y demás.

En la misma caótica ola de expropiaciones posterior a Febrero, durante la cual los bolcheviques se mudaron a la mansión Kshesínskaya, los revolucionarios habían ocupado y reformado una casa veraniega propiedad del oficial P. P. Durnovó, en Víborg. Sus jardines eran ahora un parque, con instalaciones para los niños del vecindario, y el edificio estaba decorado con

banderas negras que rezaban «Muerte a todos los capitalistas». La casa era el cuartel general de varios grupos, incluyendo al sindicato de panaderos del distrito, algunos eseristas maximalistas de extrema izquierda y un grupo anarquista-bolchevique que se autodenominaba el Soviet de la Milicia del Pueblo de Petrogrado. Este último, buscando mejores instalaciones para imprimir sus panfletos, decidió el 5 de junio, con sorprendente osadía, enviar a ochenta miembros armados a ocupar la imprenta de la derechista *Russkaya volia*. Tras apenas un día, dos regimientos les expulsaron con facilidad. Pero las autoridades estaban hartas. Estos anarquistas habían agotado su paciencia.

El día 7, el ministro de Justicia P. N. Perevértsev les dio un plazo de veinticuatro horas para que desalojaran la mansión. Los anarquistas apelaron a los trabajadores de Víborg para que les ofreciesen protección. Como síntoma del momento que se vivía, y del respeto que estos anarquistas inspiraban, al día siguiente se celebraron en su apoyo varias manifestaciones armadas. Varios miles de obreros acudieron en solidaridad, cerrando veintiocho fábricas.

Las contradicciones del Soviet inmediatamente salieron a la superficie. El Ispolkom, el Comité Ejecutivo, presionado por delegaciones de obreros, pidió a Perevértsev que retirara su ultimátum, mientras se examinaba la cuestión: simultáneamente, redactaron un llamamiento a los manifestantes para que volvieran al trabajo. Mientras, los delegados del Congreso Panruso de Soviets votaron abrumadoramente a favor de un pleno apoyo y cooperación con el gobierno de Lvov, y prohibieron las manifestaciones armadas que se celebraran sin autorización del Soviet.

Tal compromiso con el mantenimiento del orden era, para los bolcheviques, una oportunidad irresistible para la agitación: el partido llevó apresuradamente a discusión, en la tarde de ese día 8, la propuesta de la OM. Participarían el CC, el Comité de Petersburgo, la OM y representantes de los regimientos, sindicatos y fábricas. Ahora, por 131 votos a 6, con 22 abstenciones, la reunión acordó que el momento era propicio para organizar una manifestación.

El tamaño de esta mayoría, sin embargo, resultaba engañoso. Al votar sobre si había una inclinación general entre el pueblo para movilizarse, y también sobre si las masas lo harían contra la indicación del Soviet, los resultados fueron mucho menos rotundos. A la primera pregunta, los síes ganaron, pero solo por cincuenta y ocho frente a treinta y siete, con casi tantas abstenciones —cincuenta y dos— como votos afirmativos. A la segunda

pregunta, el margen fue pequeño: cuarenta y siete frente a cuarenta y dos. Y esta vez, entre un grupo de militantes nada dados a sentarse de brazos cruzados, había casi tantas abstenciones como votos por el sí y el no *combinados*: ochenta. Esto decía mucho de la inmensa incertidumbre sobre las posibilidades de éxito que tenía la manifestación frente a la desaprobación del Soviet.

Aun así, se tomó la decisión. La manifestación se realizaría a las 2 p. m. del sábado 10 de junio, lo que dejaba solo un día para organizarla. Se iba a pedir al pueblo que saliera a la calle a la mañana siguiente. Una edición especial del periódico diario de la OM, *Soldatskaya pravda* (una publicación de línea más dura y afilada que *Pravda*, con un público lector menos educado) se preparó rápidamente, con rutas, instrucciones y consignas. La demanda principal sería el fin del *dvoevlastie* (Poder Dual) y la transferencia de todo el poder al Soviet.

Aquella noche, en una redada contra militantes, y sin relación alguna con la manifestación, las autoridades arrestaron a Jaustov, editor del periódico del frente *Okopnaya pravda* (editado por la OM bolchevique), acusado de traición por escribir contra una ofensiva militar. Su encarcelación no carecerá de consecuencias, como veremos.

Los anarquistas-comunistas, desde luego, estaban apoyando plenamente la incipiente manifestación. Por la tarde, los *mezhraiontsy* estaban informados de los planes. Con Trotsky apoyándoles, y pese a las objeciones de Lunacharski, votaron unirse a los preparativos. En toda la capital, dentro de las unidades y fábricas militares, los agitadores bolcheviques plantearon resoluciones a favor de unirse. Y en su mayor parte, las ganaron; en no menor medida porque, dado que eran una minoría dentro del Soviet, pedir que todo el poder se transfiriera al Soviet no parecía una consigna de parte.

Sin embargo, un grupo importante se quedaba al margen. Casi increíblemente, en lo que pudo ser un lamentable descuido, o alguna conspiración malintencionada, los organizadores del partido no pudieron alertar a sus propios delegados en el Congreso Panruso de Soviets.

Sobre las 3 p. m. del 9 de junio, llegaban a las calles los panfletos bolcheviques sobre la manifestación. A la vez, el Gobierno de Coalición apeló a la ley y el orden, y advirtió de que todo empleo de la fuerza sería contrarrestado con una fuerza aún mayor. Los rumores llegaban, y solamente

ahora los delegados del Congreso Bolchevique se enteraban de los planes. Situados algo a la derecha de sus camaradas de Petrogrado, a muchos les preocupaba la motivación política detrás de la decisión; pero al margen de esto, como era de esperar, les enfurecía el trato recibido.

En una reunión de emergencia con representantes del CC, incluyendo a Víktor Noguín, dejaron claro su enfado. «Como representante, solo ahora me entero de que se estaba organizando una manifestación», dijo alguno. Insistieron en que Noguín —él mismo se oponía a la marcha— disuadiera al CC de continuar con lo planeado.

El Comité Ejecutivo del Soviet, también, estaba haciendo todo lo que podía por evitar la manifestación. Muchos en el Soviet estaban aterrorizados ante la posibilidad de que una provocación armada desencadenara choques sangrientos con la derecha, fortaleciendo a la reacción; también temían que esto presagiara un intento bolchevique por tomar el control. Y de hecho había una minoría en la izquierda del partido, incluyendo a los viejos bolcheviques Latsis, Smilga y Semashko, que se preguntaba si la iniciativa podía ser un modo de hacerse con las comunicaciones de la ciudad —quizá incluso con el poder.

La tarde cayó entre un torrente de debates frenéticos, errores de comunicación, preparativos. Se propagaban falsos rumores, que advertían de que Kérenski había movilizado fuerzas militares para aplastar cualquier manifestación. Chjeidze, Gots, Tsereteli y Fiódor Dan, del Presidium del Congreso del Soviet, llamaron desesperadamente al orden. Lunacharski y otros mezhraiontsy intentaron detener el congreso antes de que emprendiera acciones contra la manifestación, ganando tiempo, parece, en la esperanza de que prevaleciera la precaución entre los bolcheviques.

A las 8:30 p. m., Zinóviev, Noguín y Kámenev llegaron a la mansión Kshesínskaya e informaron de la furia de los delegados del partido. Los líderes bolcheviques acordaron rápidamente una reunión. En vista de la tensa situación, los detractores clamaban, exigiendo la cancelación. Sin embargo, a pesar de la creciente oposición, la reunión aprobó, por catorce votos a dos, continuar con la iniciativa.

Unas pocas horas después, el Congreso del Soviet, reunido tarde y excluyendo a bolcheviques y mezhraiontsy, estaba condenando unánimemente a los bolcheviques por sus planes. Decretó que «ni una sola manifestación se realizará hoy», y prohibió cualquier acción similar durante

tres días. Para asegurar el cumplimiento del decreto, el Congreso rápidamente inauguró el (magníficamente bautizado) Buró para Contrarrestar la Manifestación. Crecía la indignación entre las fuerzas que se oponían a los planes, y también su fortaleza.

Finalmente, a las 2 a. m. del mismo día 10, el cada vez más agitado Lenin, junto a Zinóviev y Sverdlov, se reunía una vez más con Noguín, Kámenev y la delegación bolchevique del Congreso, que pedía al incompleto CC —solo cinco miembros estaban presentes— que cancelara los planes.

El CC votó. Kámenev y Noguín se mantuvieron firmes en su oposición. Tras cambiar de opinión, Zinóviev había apoyado antes la propuesta: ahora, en estos últimos instantes turbulentos, cambiaba otra vez de bando. Y Sverdlov y Lenin se abstuvieron.

Con lo que solo podía ser alivio, el Comité Central canceló la manifestación, por tres votos a favor y ninguno en contra, con esas dos abstenciones cruciales.

La votación era ridículamente pequeña. Ningún miembro del Comité de Petersburgo o la OM estuvo presente. De haberse ofrecido resistencia a esta segunda decisión, fácilmente podría haberse denunciado el proceso como improcedente y antidemocrático. Pero Lenin no hizo ninguna objeción. La manifestación quedaba desconvocada.

Con prisa desordenada e indigna, los bolcheviques, resignados, procedieron a informar a los cuadros y organizaciones del partido, y a los propios anarquistas-comunistas, de que la acción estaba cancelada. A las 3 a. m., las imprentas del partido recibieron la información. Urgentemente cambiaron las portadas de *Pravda* y *Soldatskaya pravda*, remaquetando y cambiando los artículos, eliminando las instrucciones para la manifestación. Al amanecer, los militantes del partido corrieron a las fábricas y barracones para arengar en contra de lo que tan intensamente habían defendido escasas horas antes.

Los delegados del Congreso del Soviet, también, se repartieron por todo Petrogrado, pidiendo a obreros y soldados que no salieran a la manifestación. Algunos comités locales aprobaron resoluciones que insistían en que aunque se retiraban de la convocatoria, lo hacían en respuesta a la petición de los bolcheviques, no del Congreso del Soviet o el Gobierno de Coalición.

Pero los bolcheviques tampoco pudieron evitar las críticas. En las

fábricas, barracones y patios de Víborg, los militantes estaban furiosos por el cambio de planes. Cargaron contra el partido. Militantes incrédulos, informaba el propio periódico bolchevique *Izvestia*, insultaban a sus líderes. *Soldatskaya pravda* se lavaba las manos: la orden, subrayaba, venía de arriba. Stalin y Smilga presentaron sus dimisiones al CC, en protesta ante la votación altamente cuestionable, de la que habían estado ausentes (sus dimisiones se rechazaron). Un decepcionado Latsis informaba de que había militantes que habían roto sus carnets del partido. En Kronstadt, un destacado bolchevique, Flerovski, describía la cólera de sus compañeros marineros aquella mañana como «una de las horas más desagradables» de su vida. Solamente pudo disuadirles de organizar una manifestación unilateral al sugerir que una delegación navegara hasta Petrogrado para que el propio CC les informara de lo que estaba ocurriendo.

La dirección bolchevique tenía mucho que explicar.

En una comisión especial de mencheviques y eseristas, el 11 de mayo, Tsereteli daba voz a la rabia de los moderados. Los acontecimientos recientes, dijo, eran prueba de un giro en la estrategia bolchevique, pasando de la propaganda a un intento abierto de tomar el poder mediante las armas. Por tanto, pedía la supresión del partido.

El debate continuó en una reunión del Congreso.

Fiódor Dan estaba cerca de los cincuenta, era un dedicado menchevique de perfil alto; un doctor que había servido en el frente como cirujano, aunque había sido un «zimmerwaldista» anti-guerra, cercano a la izquierda menchevique, tanto intelectual como personalmente —su esposa, Lydia, era la hermana de Mártov—. Después de febrero, sin embargo, adoptó una posición defensora revolucionaria, aduciendo que la nueva Rusia revolucionaria tenía el derecho y el deber de continuar la guerra. Pese a ciertas inclinaciones izquierdistas, Dan también se consideraba necesariamente un defensor de la «democracia» —las masas democráticas— que trabajaba con el Gobierno Provisional, y en mayo apoyó el ascenso de Tsereteli a ministro de Correos y Telégrafos. Pero pese a esa solidaridad con su camarada de partido, y los ácidos ataques que se había granjeado de los bolcheviques, ahora, junto a Bogdánov, Jinchuk y varios otros de su partido, se oponía a Tsereteli desde la izquierda.

Por principios de democracia revolucionaria, más que por prestar apoyo alguno a los bolcheviques, intervino en contra de la propuesta punitiva de

Tsereteli. El grupo de Dan propuso un acuerdo de mínimos. Las manifestaciones armadas debían prohibirse y los bolcheviques ser denunciados, en vez de oficialmente suprimidos.

En ausencia de Lenin, fue Kámenev quien respondió por los bolcheviques —una elección interesante, dada su consistente oposición a una manifestación que nunca ocurrió—. Ahora insistía, no muy persuasivamente, en que la marcha iba a ser pacífica y no iba a hacer llamamiento alguno a tomar el poder. Además, había sido cancelada a petición del Congreso: así que, preguntó con fingida inocencia, ¿de qué iba todo esto?

Entre la escasamente severa propuesta de Dan, y la cándida ingenuidad de Kámenev, parecía desactivarse el peligro. Pero entonces, fuera del orden del día, Tsereteli intervino de nuevo.

«Está tan blanco como el papel», informaba *Pravda*, «y muy alterado. Reina un tenso silencio».

Tsereteli lanzó un brutal ataque. Los bolcheviques eran conspiradores, dijo. Para defenderse de sus planes, pidió una vez más que fueran desarmados y legalmente reprimidos.

La atmósfera estaba electrizada. Todos los ojos se giraron hacia Kámenev, según se alzaba para responder. Si Tsereteli se reafirmaba en sus acusaciones, exclamó con cierta ostentación, que se arrestara y juzgara inmediatamente al propio Kámenev. Con esa réplica, los bolcheviques abandonaron la sala.

En su ausencia, el debate fue tenso. Del lado de Tsereteli estaban Avkséntiev, Znamenski, Liber, y muchos otros socialistas de derecha —incluyendo a Kérenski—. Alineados contra ellos estaban eseristas centristas e izquierdistas, trudoviques y mencheviques, además de los mezhraiontsy, de extrema izquierda. Algunos defendieron su posición, como Dan, desde principios democráticos; algunos afirmaron que las acusaciones de Tsereteli sobre una conspiración bolchevique, no estaban demostradas; otros —el más elocuente, Mártoy— recalcaron que la masa de obreros apoyaba a los bolcheviques en muchas cuestiones, y que la tarea de los socialistas a su derecha tenía que ser, por lo tanto, ganarse a aquellos obreros, no hacer de los bolcheviques los mártires de la izquierda.

Cuando llegó el momento de la decisión, eseristas y mencheviques acordaron la solución de compromiso de Dan. La resolución represiva de Tsereteli fue retirada.

En una reunión de emergencia del Comité Bolchevique de Petersburgo, Lenin intentó defender la cancelación. De nuevo subrayó la necesidad de «máxima tranquilidad, precaución, autocontrol y organización», pero ahora sugería también —al igual que, desde una posición política muy diferente, había hecho Tsereteli— que la revolución estaba entrando en una nueva fase.

Exceptuando que lo hiciera del modo más abstracto posible, Lenin no pidió perdón ni admitió equivocarse. Hacerlo nunca fue su estilo. Adujo, más bien, que el CC no había tenido «otra alternativa» que parar la acción, por dos razones: porque el propio Soviet la había «prohibido formalmente», y porque, según fuentes fiables, un grupo considerable de Centurias Negras pretendían dar una respuesta violenta, y con ello desencadenar la contrarrevolución.

El primer argumento era curioso, viniendo de un hombre que nunca había dudado romper una orden o ley si consideraba ventajoso hacerlo. Respecto a lo último, Latsis señaló que todo el mundo había sido consciente de la posibilidad de una contramanifestación. «Si no estábamos listos para ella», dijo, «deberíamos haber enfocado negativamente la cuestión de la manifestación desde el comienzo».

El hecho es que Lenin había titubeado. Y su abstención en la votación por la cancelación, no solo era una rareza en él, sino que era una inusual evasión de responsabilidades: si, como afirmaba ahora, no había elección, ¿por qué no había votado contra la manifestación? Si el intento detrás de la abstención era protegerse de las críticas por apoyarla, no había funcionado.

Volodarski, Slutski, el incontenible Latsis, y varios otros ridiculizaron al CC considerándolo, en palabras de Tolski, «culpable de una intolerable vacilación». Naumov, de la delegación bolchevique del Soviet, dio voz a la ultraizquierda, insistiendo enérgicamente en que estaba contento de que los líderes se vieran cuestionados, porque «es necesario confiar solo en uno mismo y en las masas». «Si la cancelación fue correcta», añadió, «¿cuándo cometimos el error?».

La pregunta era pertinente. Si bien no estaba sola en esto, la izquierda socialista siempre había tendido a exagerar sus éxitos (la ácida humorista Nadezhda Teffi dijo que «si Lenin tuviera que resumir una reunión en la que estuvieran presentes él, Zinóviev, Kámenev y cinco caballos, diría: “Nos reunimos los ocho...”») y no es conocida por admitir sus fracasos. El miedo, quizá, era a que la falibilidad perjudicara su autoridad. El método típico de la izquierda ha sido el de ignorar los errores y esperar hasta que el polvo se haya

posado, para comentar después *en passant* que «por supuesto», todo el mundo sabe «que se cometieron errores», en aquellos tiempos remotos.

El 12 de junio, Kérenski persuadió al Congreso Panruso del Soviet, contra la oposición de los bolcheviques y pocos más, para que este proclamara que «la democracia revolucionaria rusa se ve obligada a mantener su ejército en condiciones de poder afrontar tácticas de defensa o de ofensiva... [y que esto se] decida desde un punto de vista puramente miliar y estratégico». Esto era un permiso para retomar las operaciones militares —avances incluidos—. En otras palabras, el «defensismo», incluso en su variedad «revolucionaria», incluso practicado de buena fe para proteger los logros de la revolución, podía deslizarse hacia una guerra «tradicional». Chernov era claro sobre esto: «sin una ofensiva», dijo, «no hay defensa».

Hecho esto, el Congreso pasó a votar la reprobación de los bolcheviques propuesta por Dan. Entonces, él mismo, Bogdánov y Jinchuk propusieron otro modo de cortar el avance de la izquierda. Los moderados en el Soviet estaban decididos a canalizar la energía radical de la ciudad en su propio interés, desviándola de los radicales, a través de una válvula de escape para el sentimiento popular. En consecuencia, el Congreso programó para el sábado 18 de junio su propia manifestación de masas. Esto, pensaron los moderados, demostraría a los bolcheviques quién controlaba a las masas de Petrogrado.

La guerra seguía enfangando el frente. Una extraña infraestructura de muerte.

Más allá de los campos de centeno y patatas; lejos del mugido de las vacas, en la profundidad de los bosques, se vislumbraban tiendas de la Cruz Roja, en los claros de los bosques. Más adelante, búnkeres y garitas desvencijadas, capillas improvisadas, el martilleo de los morteros. Los soldados, teñidos de tierra y lodo, apenas podían tomar un respiro para beber algo de té en sus tazas de latón. Se alternaban el aburrimiento y el terror. Ráfagas repentinas iluminaban a los aviones alemanes que tronaban desde el cielo, dejando caer propaganda, o fuego. La desesperada jocosidad de la confraternización; gritos alemanes y rusos, exigiendo detenerse o avanzar a quien entraba en aquellos pocos metros de tierra de nadie. La rabia de las ametralladoras, las visitas de malos espíritus, los casquillos de doce pulgadas, apodados con el nombre de la bruja Baba Yaga, silbando y desgarrando el

mundo.

Los soldados trastabillaban, cazados por el depredador metal de la guerra: alambradas que agarraban sus cuerpos, como si ellas mismas quisieran participar de la carnicería. Detrás de las primeras líneas se apiñaban hombres aterrorizados —y un pequeño número de mujeres combatientes, también— de todas partes del imperio: un envilecido cosmopolitismo de reclutas, aferrados a sus bayonetas en aquellas tumbas premonitorias.

Mientras, en la retaguardia, con la inflación y la insuficiencia de suministros se derrumbaban las condiciones de vida. La impaciencia de los campesinos se hacía más violenta. Llegaban más noticias de expropiaciones; pero si antes se respetaba un tosco pero cuidadoso sentido de justicia popular, ahora se producían entre destrucción, crímenes y, a veces, asesinatos.

El colapso era generalizado. El 1 de junio, en Bakú, mil azerbaiyanos abarrotaban el salón de plenos del ayuntamiento, exigiendo más trigo, mientras en la zona aumentaban las tensiones entre ellos y los armenios. En Letonia, los campesinos sin tierra mantuvieron la presión sobre el Consejo de Tierras, exigiendo la expropiación de las tierras de baronía. En Ucrania, el 13 de junio, tras varios intentos de negociar con Petrogrado, la Rada ucraniana (el parlamento) aprobó su «Primer Universal^[5]», anunciando una «república ucraniana autónoma» —no equivalía todavía a la separación formal, pero para la derecha rusa se parecía demasiado—. El Gobierno de Coalición, sin embargo, no tenía más alternativa que permitirlo.

Algunos en la izquierda tenían poca sensibilidad para las embrolladas tensiones locales. En Bakú, la edición de *Izvestia* del Soviet local polemizó contra el nacionalismo musulmán, sin mencionar sus versiones armenias, judías o rusas. Los bolcheviques locales, aunque se oponían a las demandas federalistas y nacionalistas «burguesas» del Comité Nacional Musulmán, criticaron este ejercicio de miopía por parte del Soviet local, y tuvieron que esforzarse por mantener la comunicación abierta con el movimiento «democrático» musulmán.

Las dos grandes alas de la socialdemocracia se alejaban cada vez más. A principios de junio, aquellos bolcheviques de Bakú, siguiendo a sus camaradas georgianos de Tiflis, cortaron todo vínculo con los mencheviques. Las organizaciones regionales decidían finalmente seguir el llamamiento de Lenin a la escisión.

En un esfuerzo por diluir el impulso nacionalista y radical mediante una

mayor dosis de patriotismo ruso, y también para tranquilizar a los aliados, el gobierno aceleró sus planes de una ofensiva militar, ahora autorizada por el Soviet y el Congreso. El 16 de junio, en el frente sur, cerca de Lvov, la artillería pesada rusa dio inicio a una arremetida que duraría dos días. Kérenski, una vez más en el papel de persuasor en jefe, anunció a las tropas rusas en Galitzia que estaban a punto de comenzar una nueva ofensiva: el 18, el mismo día de la marcha programada por el Soviet.

Los mencheviques y los eseristas inauguraron otro comité organizador, y sus periódicos dieron un fuerte impulso a su manifestación. Brevemente, con impresionante malicia, los anarquistas intentaron a su vez organizar una marcha propia, el 14. Un irritado *Pravda* declaró tales planes «ruinosos», y estos se desvanecieron.

Bolcheviques y mezhraiontsy, también, publicitaron la manifestación, siguiendo la aspiración del CC bolchevique a «transformar la manifestación, contra la voluntad del Soviet, en una expresión de apoyo a la transferencia de todo el poder al Soviet». Esperaban lo que Zinóviev llamó «una manifestación dentro de la manifestación». Con la suerte de que, del 16 al 23 de junio, estaba prevista la Conferencia Panrusa de Organizaciones Militares Bolcheviques en Petrogrado, poniendo a disposición del partido las dotes agitadoras de alrededor de 100 experimentados militantes.

Las consignas del Soviet para la marcha, más bien vagas, clamaban por una «República democrática», la «Paz general» y la «Convocatoria inmediata de una asamblea constituyente». Los bolcheviques volvían a los combativos eslóganes pensados para la abortada marcha del 10 de junio: «¡Abajo la Duma zarista!»; «¡Abajo los diez ministros capitalistas!» (los no socialistas del gabinete); «¡Abajo la política de la ofensiva!»; «¡Pan! ¡Paz! ¡Tierra!». El día 14, *Pravda* anunció que los simpatizantes bolcheviques debían salir bajo estas consignas, incluso si el resto de la fábrica no lo hacía. La cúpula del Soviet, para mayor burla de la izquierda, hizo un desganado intento de insistir en que solo serían permisibles los eslóganes oficiales. El bolchevique Fedorov les avergonzó proclamando con descaro que el principal eslogan de su partido sería: «¡Todo el poder para los soviets!».

Y aun así, esos moderados se mostraban combativos. El 17, Tsereteli se burló de Kámenev: «Mañana», dijo, «no serán grupos separados los que se manifiesten, sino toda la clase obrera de la capital; no contra la voluntad del Soviet, sino por invitación suya. Ahora veremos todos a quién sigue la mayoría, ¡a vosotros o a nosotros!».

Exacto.

Domingo 18 de junio: una mañana de viento y luz. Obreros y soldados se reunieron pronto en asamblea. Aquel día habría manifestaciones en Moscú, Kiev, Minsk, Riga, Helsingfors (Helsinki), Járkov, y en todo el imperio.

A las 9 a. m., una banda tocaba *La Marsellesa*, el himno nacional francés que se había convertido en himno internacional de la libertad. El desfile comenzó su procesión, descendiendo por la avenida Nevski.

Su tamaño colosal se desveló poco a poco. La marcha llenaba las vistas completas de la avenida. Unas 400.000 personas habían salido a las calles.

La gran columna pasó por la tumba de los mártires de febrero, para honrarles. En su cabecera estaban los organizadores del Ispolkom, y mencheviques y eseristas del presidium del Congreso Panruso, incluyendo a Chjeidze, Dan, Gegechkori, Bogdánov y Gots. A medida que se aproximaban al Campo de Marte, tuvieron que retroceder. Se había colocado una plataforma cerca de la sepultura. Recorrieron un trecho de vuelta, para mirar por encima de la multitud.

Un escalofrío les recorrió el cuerpo.

Sujánov observó la masa de banderas ondeando. «Los bolcheviques otra vez», recordó haber pensado. «Y detrás de ellos, otra columna bolchevique... y parece que la siguiente también lo es». Sus ojos se abrieron. Giró la cabeza para digerir lo que estaba viendo. Aquí y allá vislumbraba algún que otro eslogan oficial del Soviet, o eserista. Pero estaban «devorados por la masa». La abrumadora mayoría de pancartas que avanzaban hacia los desconsolados organizadores —como el bosque de Birnam hacia Macbeth, dijo— era bolchevique.

Un mar de «¡Abajo con los diez ministros capitalistas!». Ola tras ola de «¡Paz! ¡Pan! ¡Tierra!», y curiosamente, como en respuesta a los conciliadores del Soviet, interminables reiteraciones de «¡Todo el poder para el Soviet!».

Durante días Tsereteli había deseado que llegara la manifestación del Soviet, como «un duelo a campo abierto». Era una amarga respuesta a su desafío. Los resultados eran devastadores, nada ambiguos, aplastantes. «La manifestación del domingo», escribía el periódico de Gorki *Novaya Zhizn*, «reveló el completo triunfo del bolchevismo entre el proletariado de

Petrogrado».

A medida que pasaban, bolchevique tras bolchevique se separaba de sus compañeros para correr hacia Chjeidze y trasladarle una exigencia: Kaustov (el editor del periódico del frente del partido, recién encarcelado) debía ser liberado. Chjeidze les respondía con gruñidos tranquilizadores. Pronto la cuestión se le escaparía de las manos.

Primeras horas de la tarde. Aparecía en la marcha una extraordinaria columna de obreros, marchando como soldados precisos y altamente entrenados. De la multitud se oían gritos. «¿De qué distrito sois?».

«¿Por qué, no puedes verlo?» respondía orgullosamente el líder de un grupo. «¡Un orden ejemplar! ¡Eso significa que es Víborg!». El militante distrito llegaba a la manifestación liderado por su soviét, en su mayoría bolchevique. Las banderas rojas de Víborg se intercalaban con las banderas negras de incontenibles anarquistas, que gritaban «¡Abajo el Gobierno y el Capital!». Ignorando las súplicas oficiales, muchos obreros de Víborg portaban armas.

A las 3 p. m., 2.000 anarquistas-comunistas y soldados simpatizantes se alejaron de la marcha y se dirigieron rápidamente hacia los siniestros muros de ladrillo de la conocida prisión de Víborg, Kresty, a orillas del río Nevá. Frente a las puertas, apuntaron con sus armas a los guardias, y pidieron que se dejara salir a Kaustov. Los aterrorizados carceleros se sumergieron en la laberíntica fortaleza para sacarlo. Liberado de su celda, Kaustov, con semblante señorial y sin perder un solo instante, exigió que los demás presos políticos fueran también puestos en libertad. Los osados anarquistas se dispersaron solo cuando salieron todos sus camaradas.

Esa tarde, cuando la exultante izquierda celebraba el triunfo, el ministro de Justicia, Perevértzev —uno de los diez ministros capitalistas contra los que clamaban tantas pancartas—, convocó una reunión de emergencia del gobierno. Quería plenos poderes para recuperar a todos los prisioneros escapados. Exigió el derecho de emplear cualquier medio necesario. Lo consiguió.

A las tres de la mañana siguiente, el 19 de junio, soldados, cosacos y coches blindados rodearon la villa de Durnovó. Apuntaron la luz de sus faros hacia las paredes, en medio de esa inquietante «noche blanca», uno de esos cielos nocturnos de mediados de verano, típicos de la ciudad, oscuros pero débilmente brillantes, una bruma que resplandecía como una sucia puesta de

sol. Los soldados aullaron a través de un megáfono, gritando a los sesenta anarquistas en el interior que entregaran a aquellos que habían salido de la cárcel el día anterior. La mayoría, incluyendo a Kaustov, hacía tiempo que habían desaparecido: pese a ello, los anarquistas se negaron a cooperar. Se agacharon bajo las ventanas del asediado edificio y lanzaron bombas que no estallaban. Las tropas asaltaron el portón.

Una ruidosa y confusa algarada. Asnin —así constó en el informe oficial — intentó agarrar el rifle de un soldado. Hubo un disparo. Asnin resultó muerto.

La noticia de su martirio se extendió rápidamente por el distrito. Esa mañana, las fábricas más cercanas a la mansión —Rozenkrants, Fenisk, Metalist, Promet y Parviainen, entre otras— salieron a la calle en protesta. Se congregaron multitudes. Los afligidos compañeros de Asnin colocaron su cuerpo exánime en la mansión, y los simpatizantes hicieron cola para mostrar sus condolencias.

Los furiosos obreros presionaron al Ispolkom, que imploró calma a los huelguistas, y que volvieran al trabajo. Organizó una investigación. Exigió que el gobierno liberara a todos los detenidos esa noche que no estuvieran acusados de delitos específicos. Pero tales medidas apenas lograron apaciguar a los militantes. Los anarquistas de la fábrica Rozenkrants enviaron representantes al radical Primer Regimiento de Ametralladoras, y al Regimiento Moskovski, para proponerles una manifestación conjunta contra el gobierno. Los soldados eludieron la propuesta, pero la idea arraigó, y la rabia crecía. A partir de aquí comenzó a acelerarse un ola de protestas en Petrogrado.

Ese día, el 19, también mostró cuán dividido y políticamente febril estaba Petrogrado. La misma avenida Nevski que el día anterior había vibrado bajo las consignas bolcheviques, y temblado bajo cientos de miles de botas, ahora albergaba un desfile organizado por oficiales kadetes. Era una manifestación en gran parte de clase media, solo una fracción del tamaño de la marcha del 18, pero expresaba un cierto auge genuino de entusiasmo patriótico. Los manifestantes coreaban, lanzaban hurras a las tropas. Entonaban canciones nacionalistas y blandían retratos de Kérenski. Para la derecha, el honor ruso parecía acercarse a una restauración: estaban en las calles para celebrar un evento cuyos ecos acababan de llegar a la ciudad: el avance del ejército. Una inflexión en la guerra, una apuesta largamente discutida y preparada por aquellos que estaban al mando. Era la Ofensiva de Junio, o mejor dicho, la

Ofensiva de Kérenski.

En Galitzia, el Octavo Ejército rompía las líneas de unas desmoralizadas tropas austríacas, a través de un frente de treinta kilómetros. La ofensiva, emprendida para tranquilizar a los aliados e invertir el rumbo catastrófico de la guerra, así como para disciplinar a la pasiva y problemática retaguardia, parecía un éxito aplastante. En los frentes central y norte, los Ejércitos Séptimo y Decimoprimeros rápidamente se hicieron con más de 18.000 prisioneros. A medida que continuaba el avance, el patriotismo se propagaba por el país, incluso entre muchos socialistas del Soviet. Una proclamación oficial del Congreso Panruso parloteaba con entusiasmo, exigiéndoles más pan a los campesinos y más apoyo a los ciudadanos —para los heroicos soldados de Rusia.

Pero las palmas y aclamaciones no duraron mucho. Los rumores ya llegaban desde el frente: las cosas no iban según lo planeado.

En las áreas de clase obrera, en particular, reaparecía la inquietud. En la prensa bolchevique, varios regimientos y comités de fábrica llegaron incluso a condenar explícitamente la ofensiva.

El 20 de junio, el Primer Regimiento de Ametralladoras de Petrogrado recibió órdenes de suministrar 500 ametralladoras al frente. El Comité aceptó la petición, pero en la reunión masiva que organizó el regimiento, el sentimiento era diferente. No estaban dispuestos a entregar las armas de la capital revolucionaria, aunque fuera para ayudar a sus compañeros del frente. Con la entusiasta aprobación de la extrema izquierda, los soldados votaron a favor de otra manifestación contra el gobierno, que se celebraría lo antes posible. Se pusieron en contacto con otras guarniciones, y a las 5 p. m. obtuvieron el apoyo de los Guardias Granaderos.

El Soviet denunció sus acciones de inmediato, definiéndolas como «una puñalada en la espalda» a sus compañeros en el frente. Rogaron al Primer Regimiento que reconsideraran su postura. Cuando a la mañana siguiente el regimiento recibió la orden de trasladar a dos terceras partes de sus miembros al frente, solo aceptó enviar a diez de los treinta destacamentos, y solo cuando «la guerra haya adquirido un carácter revolucionario». Teniendo en cuenta la Orden Número 1, insistían, esa transferencia forzada de unidades de Petrogrado al frente era ilegal, y la orden era un calculado intento de fragmentar la guarnición radical de Petrogrado. Y añadieron, con amenazante

decisión: «Si el Soviet... amenaza a este y otros regimientos revolucionarios con la disolución forzada, en respuesta... no detendremos el empleo de las armas para derrocar al Gobierno Provisional y otras organizaciones que lo apoyan».

No les intimidaba la autoridad del Soviet. Aún así, más tarde ese mismo día, el regimiento de ametralladoras aprobó reducir sus acciones de agitación y propaganda —posiblemente, aunque contraintuitivamente, a petición de los bolcheviques—. Porque en todo este tumulto, en la Conferencia de Organizaciones Militares Bolcheviques Lenin y una cautelosa dirección del partido se esforzaban por sujetar a sus militantes ante una posible y excesiva acción «insurgente». Tras inclinar el partido hacia la izquierda en abril, ahora Lenin estaba tratando de contrapesarlo por la derecha.

El 20 del mismo mes, un Lenin agitado y preocupado se dirigió hacia la conferencia. Sorprendiendo a los que pensaron que aprobaría su «espíritu revolucionario», subrayó que hablar de una inmediata toma del poder era prematuro. Sus enemigos intentaban atraparlos, en un momento en que no tenían el apoyo de masas que necesitarían para tal empresa. La prioridad actual, dijo, era aumentar progresivamente ese apoyo —y aumentar la influencia en el Soviet.

«Esto ya no es una capital», escribió Gorki, en medio de un clima de incipiente apocalipsis, «es una fosa séptica... Las calles están sucias, hay montones de basura hedionda en los patios... Entre la gente crece la ociosidad y cobardía, y todos esos instintos básicos y criminales... ahora están destruyendo a Rusia».

Continuaba la ola de huelgas. El 22 de junio, los delegados bolcheviques en el VTsIK (el Ispolkom o Comité Ejecutivo del Soviet Panruso) advirtieron de que los trabajadores de la fábrica metalúrgica Putílov saldrían posiblemente a la calle, y que no los detendrían. El día 23, representantes de varias organizaciones sindicales decidieron que, ya que salarios más altos no compensaban el aumento de los precios, querían el control de la producción. En múltiples reuniones masivas, los marineros de Kronstadt decidieron liberar a los soldados arrestados junto a los anarquistas. Estas no eran conspiraciones secretas: el día 25 los marineros informaron abiertamente al ministro de sus planes.

Mientras tanto, la ofensiva exigía cada vez más hombres. Soldados de más

de cuarenta años, que ya habían sido relevados del frente, eran llamados de nuevo a filas. Haber arriesgado su vida una vez no era suficiente. En ciudades provinciales como Astracán y Yelets, esta llamada a filas provocó disturbios.

Los bolcheviques estaban ocupados preparando su Sexto Congreso, así como la Segunda Conferencia Ciudadana del Comité de Petersburgo, prevista para principios de julio. Los debates en el partido continuaron. Dentro del Comité de Petersburgo, Kalinin y otros moderados ganaron, por diecinueve votos a dos, un llamamiento a evitar acciones revolucionarias aisladas, decidiendo fomentar la influencia política en el movimiento y en el Soviet. Pero Latsis logró enmendar la resolución: «si se demuestra imposible» contener a las masas, los bolcheviques deberán liderar el movimiento.

En las páginas de *Pravda*, Lenin y Kámenev recomendaban cautela, cuidado, una lenta acumulación de fuerzas; simultáneamente, *Soldatskaya pravda* echaba más leña al descontento popular, ya de por sí impaciente, y se negaba a avalar lo que sus líderes describían como una necesidad de superar «ilusiones pequeñoburguesas». El 22 de junio, en una reunión informal de miembros del CC, la OM y el Comité de Petersburgo, junto a los regimientos que apoyaban al partido bolchevique, Semashko —al mando de 15.000 radicales soldados de Ametralladoras— reprendió al CC por subestimar la fuerza del partido.

Durante esos turbulentos días de junio, de las bulliciosas energías de los grupos más militantes de Petrogrado, especialmente del cada vez más legendario Primer Regimiento de Ametralladoras, comenzó a surgir un posible plan colectivo. La idea fue concretándose a medida que pasaban los días.

Decidido a combatir la oleada de disturbios y en respuesta a la indisciplina del Primer Regimiento de Ametralladoras, el 23 de junio el Congreso Panruso del Soviet convocó a todas las unidades de la guarnición para obedecer inmediatamente sus órdenes. Pero el Soviet maniobraba a ciegas. Ese mismo día salieron a la luz sus vacilaciones respecto al deteriorado Imperio ruso, cuando el parlamento finés emitió su *Valtalaki*, una «ley de poderes» que proclamaba su intención de legislar sobre cuestiones nacionales. Los finlandeses, que celebraban la medida, se asombraron cuando los líderes del Soviet reaccionaron con indignación, dado que antes habían aprobado la negociación de un tratado de independencia —respecto al cual la

Valtalaki se quedaba corta—. Las declaraciones unilaterales de autonomía, incluso limitada, claramente no eran lo que el Soviet tenía en mente.

Y mientras tanto, en este último día de la Conferencia de la OM bolchevique, su *Biulleten* informó de una seria disputa entre radicales y moderados —¡que en este caso eran los leninistas!— sobre si llevar a cabo una agitación activa en el frente mientras tenía éxito la ofensiva militar. La propia premisa del debate, sin embargo, era errónea. La ofensiva no estaba teniendo éxito.

Tras los dos o tres primeros y emocionantes días de la ofensiva, su degeneración fue rápida. Las aves carroñeras sobrevolaban la incipiente catástrofe.

Ya el 20 de junio, las tropas rusas, agotadas y mal equipadas, dejaron de avanzar. Se negaron a obedecer las órdenes de atacar. Al día siguiente comenzó un contraataque alemán. El pánico se propagó entre las fuerzas rusas. El día 24, un desolado Kérenski telegrafiaba al Gobierno Provisional que «en muchos casos, el avance se ha demostrado inestable, y después de los primeros días, a veces incluso tras las primeras horas de batalla, ha habido un cambio anímico, y el espíritu ha decaído. En lugar de ahondar los éxitos iniciales, las unidades... comenzaron a redactar resoluciones, pidiendo licencia inmediata a la retaguardia».

En sus diarios de aquellos años, *Notas de un desertor*, el joven ucraniano Aleksandr Dneprovski despreciaba la prensa patriótica en los últimos meses previos a la ofensiva, como «tinajas de bazofia impresa... derramadas sobre las cabezas de una humanidad largo tiempo sufriente». A pesar de que los periódicos reciclaban con diligencia las recetas patrióticas, la triste verdad de los acontecimientos se filtró rápidamente por todo el país. A menudo de primera mano.

La situación había dejado de ser una cuestión de individuos —o incluso de batallones enteros— que desobedecían órdenes. Ahora se trataba de un desplazamiento masivo de las tropas rusas, en ambas direcciones: de las trincheras en adelante, no con ánimo beligerante sino de confraternización, recorriendo el trecho que les separaba, cruzando el paisaje devastado, para compartir licores e improvisar charlas con los alemanes a los que supuestamente debían matar; y de las trincheras hacia atrás, en gran número, retirándose del frente. Deserciones en masa. Miles de soldados abandonaban

la guerra, sin más.

Ese verano, el gran poeta y crítico Víktor Shklovski se dirigió a la zona de guerra de Galitzia, como comisario del ejército designado por el Soviet. Hizo los últimos kilómetros a pie, a través de los pantanosos bosques de abetos que rodeaban las líneas austríacas.

Mientras cruzaba el bosque, me topaba con soldados que vagaban con sus fusiles en ristre, en su mayoría jóvenes. Preguntaba «¿Adónde vas?».

«Estoy enfermo».

En otras palabras, desertaba del frente. ¿Qué podías hacer con ellos? Aunque sabes que es inútil, dices: «Vuelve. Esto es vergonzoso».

Continuaban alejándose.

La escala era escalofriante. Un aumento ulterior de cifras que ya eran enormes. En una sola noche cerca de Volochinsk, batallones de choque del Decimoprimer Ejército arrestaron a 12.000 desertores escondidos o vagando en la oscuridad. Una migración masiva. Oficialmente, 170.000 soldados huyeron durante la ofensiva: el número real es mucho mayor.

Los soldados asaltaban los trenes que venían del frente. Los bastidores crujían, doblándose bajo su peso y chirriando sobre los rieles, mientras los hombres se aferraban a techos y acoples. Hundidos y agotados, se balanceaban con el lento traqueteo de los vagones. Cerca del frente norte, miles de fugitivos fundaron en un campamento lo que llamarían una «república de soldados», una nueva y extraña forma de gobierno, cerca de un hipódromo de Petrogrado. Inundaron después la capital, en busca de dinero.

Con los calurosos días de julio, más de 50.000 desertores estaban en la ciudad. Se las arreglaban con trabajos ocasionales. Mercadeaban con lo que podían encontrar. Se convirtieron en bandidos violentos, rasgando y remedando sus viejos uniformes con elegancia harapienta. Sus deserciones fueron resultado del miedo, por supuesto, pero este no era el único motivo.

«Las deserciones en masa», escribió Trotsky, «en las condiciones actuales están dejando de ser el resultado de depravadas voluntades individuales» (ese habría sido un análisis severo y poco comprensivo) «y se convierten en expresión de la total incapacidad del gobierno para sembrar en el ejército revolucionario una unidad de propósito». Entre estos cientos de miles de soldados, cada vez había más ejemplos similares al elocuente Dneprovski. Su deserción le inspiró a escribir, entre la rabia política y la desesperación; y combinaba un agónico deseo de no morir en aquellas apestosas madrigueras

de sangre, con la lucidez crítica, al analizar una guerra que detestaba.

En una carta dirigida a Kérenski, un tal «Obrero Zemskov» se describía —directamente y sin ningún tipo de disculpa— como «un desertor... escondido en las estepas de Kubán durante más de dos años». «¡Pero al diablo con todo!», añadía,

¿qué clase de libertad es esta, cuando millones de esclavos sin voz siguen siendo conducidos como ovejas ante los cañones y las ametralladoras, y el oficial sigue tratando al esclavo como si fuera una mera cosa, cuando solo la coacción bruta fuerza a este ejército compuesto por varios millones de esclavos grises, cuando el nuevo gobierno (exactamente como el viejo) tiene autoridad para enviar a toda la población masculina a este sangriento abismo (guerra)?

Algunos desertores se decidían ahora a desfilar por Petrogrado con pancartas, exigiendo aquello que llamaban su «liberación». Esta era la deserción como movimiento social.

Incluso antes de la ofensiva, la aversión que engendraba la guerra, y el sentimiento de que debía terminarse de inmediato, compartido por los soldados, sus familias, sus partidarios y la gran masa de obreros y campesinos, daba a los bolcheviques su impulso político. Desde finales de junio, especialmente, aumentaron su actividad propagandística, en un ejército que se desmoronaba: sus redes de oradores y agitadores llegaban a 500 regimientos en todo el frente.

La intención de Lenin siempre había sido forjar una percepción de los bolcheviques como la oposición más sincera y absoluta a la guerra, pero tal vez, como le habían advertido sus críticos de izquierdas, los detalles concretos de su derrotismo revolucionario eran sin duda ambiguos. Quizás habían sido evasivos, habían ignorado los matices entre ciertas posturas, y tal vez eso había confundido a parte de sus destinatarios. En cualquier caso, desde el regreso de Lenin, la fraseología específicamente (y ambiguamente) «derrotista» había destacado mucho menos. En todo caso, la reputación antibélica del partido seguía creciendo.

En ocasiones, esto podría asociarse estrechamente al propio Lenin: incluso antes de la ofensiva, los soldados del Quinto Ejército del Frente Norte lo declararon como la única autoridad que reconocían. A medida que crecía el odio a la guerra, la gente recordaba la inquebrantable oposición a ella del partido bolchevique.

En particular, esto fue gracias a la impagable labor de los cuadros

bolcheviques, especialmente el poco reconocido trabajo de los cuadros intermedios. Ellos eran la columna vertebral de las organizaciones del partido en todo el imperio. Trabajaban duro, y se hacían cada vez más expertos. Eduard Dune, en Moscú, viajaba con sus compañeros hasta lo más profundo de las regiones circundantes para dar charlas. Pocos, entre los cientos de miembros locales del partido, eran oradores naturales. Pero después de Febrero, habían mejorado sus habilidades, conocían a su público —y sus propias fortalezas.

«Comenzamos a especializarnos», escribía Dune. «En grandes reuniones de miles de personas, el compañero Saprónov estaba en su elemento; un alma apacible, llamado Kalmykov, harapiento como un mendigo, recorría los pequeños talleres para pronunciar eficientes y cálidas homilías; otro, Artamanov, por su impresionante voz de tenor, o porque hablaba el dialecto de los suburbios de Moscú, o posiblemente por alguna otra razón... tuvo mucho éxito entre el público campesino».

Y los aldeanos, en especial, «escuchaban con interés los discursos contra la guerra y por la paz».

Incluso los más perspicaces enemigos del partido podían ver el atractivo y la lógica de su inquebrantable oposición a la guerra, en comparación con las constantes negociaciones de los moderados. El general Brusílov, que no era un intelectual, pero sí un hombre reflexivo, recordaría más tarde: «La posición de los bolcheviques sí la entendía; porque predicaban “Abajo la guerra, y paz inmediata a cualquier precio”, pero no podía entender en absoluto las tácticas de los eseristas y de los mencheviques, que primero rompieron el ejército para evitar la contrarrevolución, y al mismo tiempo deseaban la continuación de la guerra hasta la victoria».

El 26 de junio, los delegados del Regimiento de Granaderos, que se había negado a avanzar contra los alemanes, volvieron a la capital. Le dijeron al batallón de reservistas la verdad sobre el frente —incluyendo el hecho de que sus propios comandantes los llevaban a combatir a punta de pistola—. Solicitaron ayuda y exigieron todo el poder para los soviets. *Soldatskaya pravda* les prometió todo su apoyo.

En toda la ciudad y el imperio, a medida que se propagaban las noticias de la calamitosa arremetida militar que llevaba su nombre, los restos del culto a Kérenski quedaban reducidos a polvo.

Después de todas sus urgentes y frenéticas intervenciones, Lenin estaba agotado rayando la enfermedad. Su familia estaba preocupada. Sus camaradas le convencieron de que necesitaba descansar. El día 27, acompañado de su hermana María, salió de Petrogrado. Viajaron juntos, atravesando la frontera, hasta el pueblo finlandés de Neivola, donde su camarada Bonch-Bruevich tenía una casa de campo. Allí pasaron los días, relajándose, nadando en un lago, paseando al sol.

Mientras tanto, los soldados de Ametralladoras recibían nuevas órdenes: un importante traslado de hombres y armas al frente. El último día del mes, la sección militar del Soviet de Petrogrado envió a un tal G. Skalov para discutir estas cuestiones con ellos.

Ante la furia de sus hombres, el Comité del Regimiento, controlado por eseristas y mencheviques, se vio forzado a celebrar la reunión en el Palacio de Táuride. Allí, los propios soldados, muchos de ellos anarquistas o bolcheviques (incluyendo a Golovin, un líder de aquella rebelión abortada de los días 20 y 21) protestaron, respondiendo que estas nuevas órdenes eran un preludio a la traición o la liquidación.

Estos soldados no permitirían que su regimiento fuera desarmado o disuelto. Eran una sola y única voz. La sala resonó con sus declaraciones. Abiertamente, empezaron a discutir cómo impedir esta provocación. En el tranquilo entorno del palacio, los soldados discutieron la necesidad de emplear la fuerza de las armas, en las calles de la ciudad.

7. JULIO: DÍAS CALUROSOS

En lo profundo del distrito de Víborg, una vociferante multitud arrastraba el cuerpo de un hombre, mientras aullaba y teñía de rojo el suelo. No era solo su sangre. Era un vendedor ambulante, un intermediario, un especulador de alimentos en una ciudad hambrienta. La carne que vendía estaba pasada y pútrida. Los vecinos le habían descubierto, y le golpeaban y manchaban con su propia mercancía putrefacta, dejando un río de sangre y vísceras fétidas. «El estallido se acerca a la superficie», escribió Latsis en su diario, a comienzos del mes. «Está empezando. Hay inquietud en el distrito».

«Los rusos que regresan, *rusos*, figúrense, simplemente bajan las manos y lo describen como un desastre». *Swallows and Amazons* todavía no había salido de la pluma de Arthur Ransome: en aquellos días era el corresponsal del *British Daily News*, ansioso por relatar el delirio de Petrogrado. La inquietud en los distritos. «Uno vive todo el tiempo en una atmósfera de conflicto mental, del tipo más violento».

El 1 de julio, el Soviet emitía un quejumbroso llamamiento al Primer Regimiento de Ametralladoras para que regresaran a sus cuarteles y esperaran más instrucciones. Pero ellos continuaron planeando una manifestación-rebelión. Ese día, mientras la tensión crecía en forma de crímenes, disturbios en las fábricas, y conflictos violentos por la escasez de alimentos y combustible, se inauguraba la Segunda Conferencia Bolchevique de la Ciudad de Petrogrado, en la mansión Kshesínskaya.

Las tensiones entre las dos alas del partido se recrudecían. Los entusiastas y los ultraizquierdistas se enfrentaban a los cautelosos. La OM había sabido de los planes del Regimiento de Ametralladoras, y ante el CC insistió fervientemente en que el regimiento podría derrocar al gobierno. Y que, en cualquier caso, era inevitable una movilización por parte de los soldados: la cuestión, por lo tanto, no era si debía «permitirse», sino cómo debía

relacionarse con ella el partido.

La dirección, convencida de que la situación no estaba madura para una insurrección, continuó instando a la moderación. Ordenaron a la OM que intentara impedir cualquier iniciativa.

Años más tarde, Nevski, de la OM, describiría cómo evitó el cumplimiento de esta orden. «Tras recibir noticias de la manifestación del Regimiento de Ametralladoras, y en la medida que yo era uno de sus oradores más populares, la Organización Militar me envió para convencer a las masas de que no participaran. Hablé con ellos, pero de tal modo que solo un tonto podría llegar a la conclusión de que no debía manifestarse». Tampoco fue el único camarada de la OM que realizara este *ca'canny* izquierdista, utilizando la letra de la ley contra su espíritu. Los anarquistas-comunistas, por supuesto, no recurrieron a ningún subterfugio. Fueron muy directos en su apoyo a un levantamiento armado.

En la tarde del día 2, se celebró un concierto en el auditorio del ayuntamiento, conocido como la Casa del Pueblo. No era costumbre despedirse así de las tropas destinadas al frente: este evento fue patrocinado por los bolcheviques, con objeto de recaudar dinero para panfletos contra la guerra; para que los soldados *se los llevaran al frente con ellos*. Una asombrosa provocación.

Ante una audiencia de 5.000 personas, actuaron músicos y poetas, intercalados con discursos de los principales activistas bolcheviques y mezhraiontsy. Estos últimos estaban tan próximos a los bolcheviques que resultaban ya indistinguibles. El evento se convirtió en un abierto mítin contra el gobierno y anti-guerra, en el que resonaron especialmente los ataques a Kérenski. Para deleite de la multitud, Trotsky y Lunacharski exigieron todo el poder para los soviets. Actos como este solo podían instigar más determinación en los soldados del Regimiento de Ametralladoras.

Esa tarde, el gabinete del gobierno se reunió para discutir la declaración de independencia de Ucrania. La Rada había jurado lealtad a la Rusia revolucionaria, y había acordado renunciar a un ejército permanente, pero al haber adquirido tan amplia legitimidad, ahora era implícitamente reconocida como portavoz único de los ucranianos —y esta era una pérdida de autoridad excesiva para los ministros kadetes.

Después de un largo y enconado debate hasta altas horas de la noche, un kadete, Nekrásov, votó a favor de aceptar la propuesta de Ucrania, para lo

cual tuvo que abandonar formalmente su partido. Los otros cuatro votaron en contra, y dimitieron del gabinete.

Quedaban seis socialistas moderados y cinco «capitalistas». La coalición se derrumbaba.

Desde los primeros momentos del 3 de julio, la atmósfera era tensa y tirante, como la piel de un tambor de guerra. En las primeras horas, los carteros de Petrogrado daban un primer golpe, manifestándose por una mejora de salarios. Y a media mañana, en ese cálido día, marchaba por la avenida Nevski otra manifestación de protesta, de miles de personas, en reivindicación de los soldados «de más de cuarenta años»; soldados veteranos que habían sido enviados a la guerra una vez más.

La principal manifestación del día comenzó alrededor de las 11 de la mañana. Mientras el Comité del Primer Regimiento de Ametralladoras discutía las transferencias de tropas y armas, preparándose para las negociaciones con el Soviet, una masiva reunión de varios miles de soldados de Ametralladoras, dirigidos por Golovin y apoyados por la OM bolchevique, debatían su posición al respecto.

Bleijman, el siempre enérgico anarquista-comunista, los arengó, insistiendo en que había llegado el momento de derrocar al Gobierno Provisional y tomar el poder —directamente, sin entregarlo siquiera al Soviet—. ¿Y en cuanto a la organización? «La calle», dijo, «nos organizará». Propuso una manifestación a las 5 p. m. En un ambiente de entusiasmo combativo, la sugerencia se aprobó por unanimidad.

Los soldados eligieron rápidamente un Comité Revolucionario Provisional, bajo el liderazgo del popular agitador bolchevique A. I. Semashko, que con esto desobedecía directamente las órdenes de su partido. Los delegados de los soldados salieron en varias embarcaciones hacia Kronstadt, y atravesaron la ciudad en sus carros blindados, agitando banderas desde las ventanas, difundiendo la noticia y recolectando apoyos de los regimientos Moskovski, Granaderos, Primero de Infantería y Blindados —así como de los obreros de las fábricas de Víborg—. No todos sus llamamientos obtuvieron una respuesta explícita de apoyo: a veces se encontraron ante una «benévola neutralidad». Sin embargo, no se veían signos de reacción negativa, o de oposición activa.

Media tarde. Una multitud se reunía en las afueras de la ciudad, hirviendo de indignación; poco a poco se dirigió hacia el centro.

No se veía a gente de clase más acomodada. Muy pocos de los presentes eran aquellos manifestantes bien vestidos que participaban en las marchas de febrero. Esta era la rabia, armada, de obreros y soldados: aquellos a los que apeló Bonch-Bruevich para formar la Guardia Roja.

A medida que las manifestaciones comenzaban a converger en el Palacio de Táuride, alrededor de las 3 p. m., la delegación bolchevique en el Soviet convocó a la Sección Obrera, sin previo aviso. Los miembros del partido aparecieron en bloque, superando en número a los mencheviques y eseristas que habían logrado asistir. Los bolcheviques pudieron aprobar rápidamente una moción que pedía todo el poder para el Soviet. Sus oponentes, sobrepasados, abandonaron la reunión en señal de protesta.

En Kshesínskaya, la Segunda Conferencia Bolchevique de la Ciudad estaba en su tercer día de acalorados debates. Mientras el Comité de Petersburgo debatía si debía ignorar la oposición de Lenin y fundar otro periódico —en tanto que *Pravda* no satisfacía sus necesidades—, dos soldados del Regimiento de Ametralladoras, y miembros de la OM, irrumpieron en la sala y anunciaron que marcharían contra el Gobierno Provisional.

Se produjo el caos. Volodarski imprecó a los soldados por ir contra los deseos del partido; ellos respondieron airados que era mejor salir del partido que volverse contra su propio regimiento. Dicho eso, los dos soldados se fueron, y la sesión se dio abruptamente por terminada.

El Comité Ejecutivo Central Panruso del Soviet de Diputados Obreros y Soldados, y su homólogo de diputados campesinos, estaban ya reunidos en el Palacio de Táuride: habían intentado determinar la mejor forma de ofrecer su apoyo al Gobierno Provisional, lastrado ahora por la ausencia de los kadetes. Fue alrededor de las 4 p. m. cuando llegaron informes de la manifestación, que cada vez era mayor. Los dirigentes del Soviet comprendieron inmediatamente que era una amenaza existencial a su autoridad —posiblemente incluso a su integridad física.

Rápidamente ordenaron al intelectual menchevique Vladímir Woytinsky que organizara la defensa del palacio. Enviaron telegramas a todas las tropas de la guarnición, y a la base de Kronstadt, reiterando la prohibición de manifestarse. Redactaron una proclamación que condenaba la marcha,

considerándola traición, y advirtiéndole de que la repelerían con «todos los medios disponibles». Los miembros del Soviet se dispersaron por Petrogrado para tratar de apaciguar las calles.

La noticia de la manifestación había llegado al CC bolchevique, también reunido en el Palacio de Táuride, unas puertas más abajo. Fue un rápido y turbulento Debate. El CC, que ahora incluía a Trotsky, mantuvo su cautelosa línea «leninista» (esto es, que no era el momento para tales aventuras) y votaron en contra de unirse a la marcha. Urgentemente, la dirección envió a militantes para intentar frenar al Regimiento de Ametralladoras. Zinóviev y Kámenev prepararon un llamamiento para la primera página de *Pravda* del día siguiente, implorando a las masas que mostrasen moderación. El CC transmitió su decisión a la Segunda Conferencia de la Ciudad.

En esa conferencia, sin embargo, salieron a la luz todas las discrepancias.

Aunque las expresiones de apoyo a los rebeldes fueron derrotadas y se aprobó la posición del CC, fue criticado por muchos delegados de renombre. La izquierda de la conferencia pidió una reunión con representantes de las fábricas, militares, mezhraiontsy y mencheviques-internacionalistas, para «tomar la temperatura» a la ciudad. Esta petición era, y así se entendía, una presión sobre el CC para que girara a la izquierda.

Se alcanzó un apresurado compromiso, pero aunque se adornaba con el habitual lenguaje contundente del partido, en realidad no hacía más que formalizar la vacilación. Serían necesarios días, semanas, para que los radicales entendieran lo que estaba a punto de suceder —acontecimientos que les llevarían a cambiar de posición, a descartar las consignas por el poder del Soviet y concebir algo nuevo, más combativo.

«Veremos», anunció Tolski, expresando la dubitativa posición del partido, «cómo evoluciona el movimiento». Ni pirómanos ni bomberos, los bolcheviques solo podían comprometerse a seguir observando. «Veremos».

Desde el principio, la marcha fue violenta. Los ruidosos manifestantes se juntaban para volcar los tranvías, sacándolos de sus rieles y dejándolos de lado, sobre los cristales rotos de sus ventanas. En los puentes, los soldados revolucionarios instalaron puestos de ametralladoras. La atmósfera era insurreccional.

Y no solo entre la izquierda. «Centurias negras, vándalos, provocadores,

anarquistas y personas desesperadas añaden gran cantidad de caos y sinsentido a la manifestación», dijo Lunacharski. La izquierda y la extrema derecha chocaron, entre ráfagas de disparos, puñetazos frenéticos y vidrios rotos. En la ciudad resonaban las armas y los cascos de los caballos. Junto al Ayuntamiento, en la avenida Nevski, comenzó un combate sangriento.

Las balas de las ametralladoras derribaban a unos y otros. Los manifestantes heridos huían, tambaleándose por los arcos y callejuelas. Los leones que decoraban las fachadas observaban: el cincel les había cerrado las fauces, pero ahora también asomaba una lengua, dibujada por el humo de las calles. En los canales, deslizándose bajo los puentes, las barcazas cargadas de leña de los interminables bosques realizaban sus entregas, como si las calles no estuvieran llenas de sollozos y gritos, como si los coches blindados no atronaran por encima y los tripulantes no tuvieran que agacharse ante los silbidos de proyectiles. Con sus barbas negras, solo fruncían el ceño, mientras sus botes oscilaban sobre las aguas.

A las 7:45 p. m., un camión frenaba al llegar a la Estación del Báltico. De su coraza asomaban las armas, como espinas de un erizo. Los hombres que transportaba llegaban para arrestar a Kérenski, que, según les habían dicho, debía estar ahí. Pero llegaban tarde, por poco: había abandonado la ciudad. Tres batallones del Regimiento de Ametralladoras atravesaron Víborg. Sus pancartas rezaban «¡Abajo los diez ministros capitalistas!». No les habían llegado las noticias de la renuncia de los kadetes —ahora solo quedaban seis. Multitudes de militantes se hicieron con las municiones de la Academia de Artillería Mijailovskoe, y atravesaron el puente Liteini: una parte de la multitud se unió al Sexto Batallón de Ingenieros y se dirigió a Táuride, y otra corrió hacia la mansión Kshesínskaya.

Allí, los líderes bolcheviques todavía debatían qué hacer, cuando llegó la noticia de que se aproximaban las masas, armadas. Alguien en la sala resolló: «¿Sin la aprobación del Comité Central?».

Ser radical significaba llevar a otros, desde luego, a cambiar sus ideas, y convencerles de que te sigan; no ir ni demasiado lejos ni demasiado rápido, ni quedarse atrás. «Explicar pacientemente». Qué fácil es olvidar que la gente no necesita, ni espera, permiso para moverse.

Una gran multitud militante llegó al cruce de la carretera y el río, abarrotando el espacio entre la mezquita y la mansión. Del partido, Podvoiski, Lashkévich y Nevski salieron al pequeño balcón de la mansión. Elevados

solamente un par de metros por encima de la multitud, saludaron a los asistentes; y entonces, inconcebiblemente, instaron a los enfurecidos manifestantes a que volvieran a Víborg.

Pero este movimiento no podía revertirse. La cuestión, para los bolcheviques, era si lo rehuirían, se unirían a él, o si intentarían dirigirlo.

Un punto de inflexión: la militante OM finalmente consiguió su objetivo. En un intento de ponerse al día, el partido dio su apresurada bendición a una marcha hacia el Palacio de Táuride, en un esfuerzo por extender su influencia sobre lo que ya era un hecho consumado. Los manifestantes retrocedieron hacia el sur por los puentes de la ciudad, y al este, a lo largo del río. No tardarían mucho en llegar al palacio, ni en rodearlo.

Dentro, el Soviet hervía, en una sesión de emergencia. No podía detenerse esta marea de manifestantes armados, y una delegación del Primer Regimiento de Ametralladoras irrumpió en el palacio, recorriendo los pasillos con sus pesadas botas. Allí encontraron a Chjeidze. Mientras miraba aturdido a sus indeseados huéspedes, los hombres le informaron fríamente de que estaban molestos, tras saber que el Soviet se planteaba entrar en un nuevo gobierno de coalición. Eso, dijeron, era algo que no podían permitir.

Entre el gentío, había quien estaba dispuesto a ser menos cortés. Desde la ciudad, desde el otro lado de la valla del palacio, se oían voces que pedían a gritos el arresto de los dirigentes del Gobierno de Coalición. ¡La detención del propio Soviet!

Pero no había plan ni dirección. Las calles, a pesar de la confianza de Bleijman, no organizaban a nadie.

La noche llegó, por fin, y aunque la tensión no había disminuido, la multitudes se dispersaron. Por el momento.

Esa tarde, los restantes «ministros capitalistas» de la coalición se reunieron con el general Pólovtsev en la sede de la Stavka, cerca de la Plaza del Palacio. El Palacio de Invierno y la Stavka estaban custodiados por las únicas tropas que tenían a su disposición: los heridos de guerra lealistas. Los refuerzos llegarían la noche siguiente. Era demasiado tiempo de espera.

La noche se alargaba. Unos pocos destacamentos cosacos recorrieron la ciudad, enfrentándose a los insurrectos. Woytinsky, responsable de la

protección del Ispolkom, estaba al límite: la guardia era inadecuada para repeler cualquier ataque serio al Palacio de Táuride, y él lo sabía. Y los mencheviques y eseristas también sabían, pese a los titubeos de algunos regimientos menos radicales, que la mañana traería más protestas, mayor incertidumbre. Denunciaron a los bolcheviques, condenaron las manifestaciones «contrarrevolucionarias», protestaron ante «estas siniestras señales de desintegración».

A medida que se acercaba el amanecer, los delegados del Soviet salían a las calles, con la poco envidiable tarea de acercarse a los regimientos y fábricas, e intentar disuadirlos.

De madrugada, el CC bolchevique envió urgentemente a M. A. Savéliev a la dacha de Bonch-Bruevich, para que trajera de vuelta a Lenin. Hacia las 4 de la mañana distribuían un folleto apresuradamente pergeñado por Stalin, que parecía más bien diseñado para subrayar la propia relevancia del CC. Con tono de equívoca vaguedad («Llamamos a que este movimiento... se convierta en una expresión pacífica y organizada de la voluntad de los obreros, soldados y campesinos de Petrogrado»), fingía una unidad de análisis y propósito, una influencia... que el partido no poseía.

Para no perder la oportunidad los bolcheviques, que veían que no tenían ya otra opción, dieron vía libre a la OM para que formara parte de lo que estaba ocurriendo, fuera lo que fuese. Por supuesto, ahora que la línea del partido había cambiado, la orden de Kámenev y Zinóviev en *Pravda*, pidiendo que no se participara, era menos que inútil: era bochornoso. Pero no había tiempo ni capacidad para cambiar el texto. ¿Y quién podía saber qué había que poner, exactamente, en su lugar? ¿Cuáles eran las directrices del partido? Sin respuesta a estas preguntas, las frases merecedoras de reprobación fueron directamente eliminadas.

El día 4, la segunda y más violenta de las Jornadas de Julio, *Pravda* llegaba a las calles con la parte central de la primera plana vacía. Un agujero blanco, sin texto.

4 de julio. Un cálido y húmedo amanecer. Por toda la ciudad, las tiendas permanecieron cerradas. Los camiones de los insurgentes atravesaban a toda velocidad las calles. Los soldados reaccionaban ante enemigos reales o

imaginarios, y los disparos interrumpían la calma de la mañana. Las calles comenzaban a llenarse. A media mañana, Petrogrado hervía de nuevo, llena de manifestantes. Medio millón de personas marcharán por sus avenidas.

A las 9 a. m., el destartado tren que llevaba a Lenin, a su hermana María y sus camaradas Bonch-Bruevich y Savéliev, cruzó el río Sestra, que separaba a Finlandia de Rusia, y llegaba al pueblo fronterizo de Belo-Ostrov. Aunque formara parte del Imperio ruso, la frontera finlandesa estaba llena de controles. Bonch-Bruevich contuvo su aliento cuando un inspector examinó sus documentos. Con todo lo que estaba ocurriendo en Petrogrado, temía que fueran interceptados. Pero el hombre les dejó marchar y el grupo continuó su viaje de vuelta a la ciudad.

A medida que se aproximaban ellos, también se acercaba a la desembocadura del Nevá una extraña mescolanza naval. Una loca flotilla de retales. Ocho remolcadores, un buque torpedero, transbordadores de pasajeros, tres traineras, tres cañoneros, un par de barcazas, y un séquito disperso de embarcaciones civiles. En sus puentes, saludando desde las barandas, con las armas en alto, los marineros de Kronstadt remontaban la corriente. Llegaban miles de ellos, dirigidos por el enérgico bolchevique Raskólnikov, editor del *Pravda* de Kronstadt. Navegaban hacia la costa para unirse a lo que creían que sería la culminación de su revolución. La furia de Kronstadt, el bastión de la revolución, viajaba en todo lo que había sido capaz de requisar.

Mientras aceleraban, aproximándose a su destino, el Comité Ejecutivo del Soviet envió su propio barco, para dar la bienvenida a la extraña flotilla. En su puente se alzó un mensajero, pidiéndoles que se marcharan, gritándoles que el Soviet no les quería. La variopinta armada pasó de largo de la comitiva, que quedó atrás, meciéndose entre las ondas que dejaban las estelas.

El Febrero de Kronstadt había sido sangriento y desesperado, un acto de revolucionaria esperanza en un islote aislado, a la espera de una posible contrarrevolución. En su base no mandaba ya ningún oficial. El soviet de los marineros no tuvo tantos reparos en llevar hasta el final su propia revolución local. Su llegada no traía meros refuerzos para Petrogrado: más bien eran los emisarios de una fortaleza roja. Un colectivo viviente, una premonición política.

Los hombres de Kronstadt atracaron sus naves cerca del Puente Nikoláyevski. Amarraron, y alzaron sus armas en saludo a la ciudad. Los

manifestantes, asomados al agua, observaban y aplaudían, exhortando a los recién llegados a que derrocaran al gobierno. Pero Raskólnikov todavía no estaba preparado para dirigirse al Palacio de Táuride. Primero, anunció, llevaría a sus marineros por la ribera, cruzando el puente hacia el norte, más allá de los largos muros blancos de la Fortaleza de San Pedro y San Pablo. Continuarían un trecho más, pero del lado equivocado del río, si es que se dirigían al palacio. En realidad marcharían hacia la mansión Kshesínskaya. Y allí, en Kshesínskaya, presentarían filas ante los bolcheviques, o viceversa.

Frente al lugar del desembarco, con la intención de saludar y dirigir unas palabras a los celebrados marineros, les esperaba María Spiridónova.

Spiridónova: la cuasi-legendaria eserista, que había matado por el pueblo, y por ello había pagado un precio, cuya tortura y encarcelamiento en 1906 había escandalizado incluso a las conciencias liberales. Su valentía, honestidad y sacrificio —y sin duda su notable belleza— habían hecho de ella algo así como una santa popular. Situada todavía en la intransigente y obstinada ala izquierda de su partido, era una feroz oponente de Kérenski y su gobierno.

En un innecesario momento de mezquino sectarismo, Raskólnikov no le dio a Spiridónova —¡a la gran Spiridónova!— la oportunidad de hablar ante los marineros de Kronstadt. En vez de eso la dejó de pie, humillada, y continuó desfilando con sus hombres, al son de su banda.

Los marineros marcharon por la Isla Vasílievski y el Puente de la Bolsa, llevando pancartas que rezaban «Todo el poder para los soviets». Su columna llegó finalmente al exterior de la mansión, donde Sverdlov, Lunacharski y Nevski se dirigieron a ellos desde el balcón. Los anarquistas y eseristas de izquierdas que acompañaban a la marcha, furiosos ante la muestra de escasa camaradería con Spiridónova, abandonaron la reunión partidista, en señal de protesta.

Raskólnikov y Flerovski entraron para reunirse con el recién llegado Lenin, que se escondía en el interior.

Los dos bolcheviques de Kronstadt le imploraron que hablara, que recibiera a los militantes que llegaban de visita. Lenin, sin embargo, estaba preocupado.

No se sentía especialmente dichoso por los acontecimientos del día, e intentó declinar la invitación, señalando su desaprobación de esta enorme y precipitada provocación. Pero los manifestantes no se irían ni dispersarían, ni

tampoco pararían de reclamarle a gritos. Las aclamaciones se podían escuchar a través de los muros de la mansión.

Finalmente, antes de que la tensión alcanzara un punto peligroso, Lenin se rindió a la insistente multitud. Salió al balcón ante una atronadora ovación.

Sus dudas, sin embargo, eran evidentes. Su discurso fue inusualmente apagado. Saludó a los marineros con sorprendente amabilidad, y más que exigir, deseó que «Todo el poder para los soviets» se convirtiera en una realidad. Apeló a la contención y la vigilancia.

Incluso muchos fieles del partido quedaron perplejos. En especial, según dijo un bolchevique de Kronstadt, quedaron desconcertados por su énfasis en la necesidad de una manifestación pacífica, ante «una columna de hombres armados, deseando entrar en combate».

«Mirándoles», dijo la hija del embajador británico respecto de los soldados insurgentes de Kronstadt, «una se preguntaba cuál sería el destino de Petrogrado si estos criminales, con sus rostros sin afeitar, sus andares encorvados, su completa brutalidad, llegaran a tener la ciudad entera a su merced». ¿Qué ocurriría entonces? ¿No tenían, de hecho, la ciudad a su merced? Pero esto era algo más que una manifestación y algo menos que una insurrección.

La OM hizo su labor de agitación entre la guarnición de la ciudad, en la Fortaleza de San Pedro y San Pablo, donde, en medio de gritos y discusiones, se ganaron la adhesión de 8.000 hombres. Los radicales, portando sus armas, se dispersaron entonces por la ciudad, tomando el control de los periódicos antibolcheviques y organizando guardias en las estaciones. El ruido de las balas continuaba, a medida que derecha e izquierda se enfrentaban en sangrientas escaramuzas.

Media tarde. Unas 60.000 personas marchaban por delante de una iglesia, en la confluencia de las calles Sadóvaya y Apráksina, cuando empezó a caer una lluvia de disparos; los manifestantes se dispersaron, presa del pánico. Quedaron cinco, muertos, en el suelo.

A las 3 p. m., la enorme manifestación de los marineros bloqueó el canal entre las elegantes fachadas de las avenidas Nevski y Liteini, en las que los escaparates mostraban con orgullo su apoyo al gobierno y a la ofensiva del ejército. Los vecinos más adinerados, curiosos, observaban a los

manifestantes desde arriba. Desde algún lugar se realizó otro disparo. Un anarquista que portaba una bandera negra cayó, herido de muerte. La multitud volvió a entrar en estampida, agachándose y zigzagueando, buscando refugio, en medio de los disparos de respuesta y el caos. Los marineros irrumpían violentamente en las casas cercanas en busca de armas, a veces encontrándolas. Se había derramado sangre, la sangre hervía, y los hombres derramaban más sangre en venganza, desdeñando a unos, linchando a otros.

Inflamados, abriendo fuego, recibiendo fuego, los manifestantes convergieron en el Palacio de Táuride. Una y otra vez gritaban su exigencia: *todo el poder para los soviets*. Los cielos arrojaron una lluvia torrencial, enturbiando más la atmósfera, escenificando el fin de los días para los que seguían en las calles. Cuando la oscuridad comenzó a descender, alguien disparó un arma en el palacio, haciendo cundir el pánico. Los de Kronstadt exigieron ver a Perevértzev, ministro de justicia, para que les explicara por qué el anarquista Zhelezniakov, detenido en Durnovó, no había sido puesto en libertad.

En el mismo momento en que la multitud empezaba a derribar puertas en su búsqueda, Perevértzev estaba en su oficina, recibiendo a periodistas y representantes de las unidades militares de Petrogrado. Dijo que tenía algo que mostrarles. Pruebas que el gobierno había estado acumulando durante cierto tiempo. Pruebas que pretendían demostrar que Lenin era un espía alemán.

Asediados en el Palacio de Táuride, el pánico cundía entre los líderes del Soviet. Después de un rápido parlamento decidieron enviar al líder eserista Chernov como emisario, para aplacar a quienes clamaban y cantaban exigiendo que Perevértzev se dejara ver. Chernov era un hombre amable y erudito, antes objeto de un respeto generalizado: pensaron que podría calmar a los manifestantes con el típico discurso salpimentado de citas.

Pero cuando salió, alguien gritó: «¡Aquí está uno de esos que dispara contra la gente!». Los marineros se lanzaron por él. Sorprendido y alarmado, Chernov trepó encima de un barril y, sin pensarlo, empezó a perorar.

Debió pensar que mencionar a los cuatro kadetes que habían dimitido del gobierno sería un buen toque para ganarse a su audiencia, añadiendo: «¡de buena nos hemos librado!».

«Entonces, ¿por qué no lo dijiste antes?», fue el grito de respuesta de la multitud.

El estado de ánimo empeoraba. Chernov retrocedió precariamente mientras los hombres y mujeres que lo rodeaban se apretaban, acercándose a donde se mantenía de pie. Un voluminoso obrero se abrió paso, logró acercarse lo suficiente, y dio con su puño en la cara de Chernov.

«¡Toma el poder, hijo de puta, cuando te lo dan!», bramó, en una de las frases más famosas de 1917.

Dentro del palacio, los camaradas de Chernov comenzaban a ser conscientes del peligro en que se encontraba. Desesperados, enviaron a varios respetados izquierdistas —Mártov, Kámenev, Steklov, Woytinsky— para rescatarlo. Pero, abriéndose paso a través de la aglomeración junto a Raskólnikov, fue Trotsky quien lo alcanzó primero.

Sonó una bocina y la multitud calló. Trotsky logró llegar hasta un coche frente al cual estaba Chernov, al que habían empujado hasta arrinconarlo contra sus puertas. Trotsky arengaba a la febril muchedumbre mientras se aproximaba, exigiendo que le escucharan. Subió al capó.

«¡Camaradas de Kronstadt!», gritó. «¡Orgullo y gloria de la revolución! Habéis venido a declarar vuestra voluntad y mostrar al Soviet que la clase obrera ya no quiere ver a la burguesía en el poder. ¿Pero por qué perjudicar vuestra propia causa por pequeños actos de violencia contra individuos aleatorios? Los individuos no son dignos de vuestra atención».

Hizo frente a quienes le increpaban. Extendió su mano hacia un marinero especialmente locuaz. «Dame la mano, camarada», gritó. «¡Tu mano, hermano!».

El hombre no obedecía, pero su confusión era palpable.

«Aquellos que estén a favor de la violencia», gritó Trotsky al fin, «alza vuestras manos». Ninguna mano se alzó.

«Ciudadano Chernov», dijo Trotsky abriendo la puerta del coche, «eres libre de marchar». Herido, aterrorizado, humillado, Chernov se escabulló hacia el interior del palacio. El hecho de que probablemente debiera su vida a Trotsky no impidió que se sentara toda la noche a escribir un torrente de feroces ataques contra los bolcheviques.

Alrededor de las 6 p. m., se celebró una reunión conjunta de los Comités Ejecutivos del Soviet. Los moderados se dirigieron al ejército para pedir ayuda. Enviaron una súplica al reaccionario general Pólovtsev, pidiendo la ayuda de algunas de las tropas leales estacionadas en las afueras (los debates políticos no habían influido en todos los soldados de la zona). «Ahora», recordaría Pólovtsev, subrayando la ironía de la situación, «tenía por fin la libertad de asumir el papel de salvador del Soviet».

En el exterior, decenas de miles de personas todavía voceaban, clamando ahora por el propio Tsereteli. Zinóviev, un bolchevique bastante popular, salió a calmarles con una charla cordial, y les rogó que se dispersaran. Pero no pudo disuadirles a todos, y un grupo resuelto de manifestantes irrumpieron repentinamente en la Sala Catalina, donde se reunían unos aterrorizados comisarios del Soviet.

En respuesta a esta invasión, algunos de los miembros del Soviet, según la exquisita expresión de Sujánov, «no mostraron suficiente coraje y autocontrol». Se achicaron ante aquellos que insistían furiosamente en que tomaran el poder.

Con sorprendente aplomo, desconcertando al hombre hasta acallarlo, Chjeidze le entregó a uno de los invasores una amonestación oficial que le instaba a marcharse.

«Por favor, léalo atentamente», dijo, «y no interrumpa nuestros asuntos».

El Soviet apeló al ejército, y también a la flota naval. Poco después de las 7 p. m., Dudorov, asistente del ministro de la Marina, pidió cuatro destructores para intimidar a los marineros de Kronstadt. En una sorprendente escalada, ordenó que «cualquier nave que intente partir de Kronstadt sin órdenes específicas sea hundida por la flota submarina».

Pero la llamada fue interceptada por el izquierdista Comité Central de la Flota del Báltico, el Tsentrobalt. Y forzó al comandante, Verevski, a responder: «No se pueden llevar a cabo sus órdenes».

En el Campo de Marte, los cosacos cargaron contra los marineros de Kronstadt.

El Soviet seguía debatiendo. Al igual que los manifestantes, los bolcheviques, los eseristas de izquierda de Spiridónova y los mencheviques-

internacionalistas de Mártov se mantenían firmes en que no era permisible que continuara el actual acuerdo. Las corrientes mayoritaria y moderada de eseristas y mencheviques, por su parte, se mantenían igualmente firmes: en este país, con su capitalismo todavía subdesarrollado, su fase burguesa inacabada y su proporcionalmente pequeño movimiento obrero, un gobierno sin los no socialistas sería un desastre. La coalición era indispensable en esa etapa.

En el auditorio del Palacio de Táuride, los representantes de los obreros y soldados pidieron que la tierra fuera para los campesinos; pidieron la paz, así como el control obrero de la producción.

«Confiamos en el Soviet, pero no en aquellos en los que confía el Soviet», dijo un delegado. «Ahora que los kadetes han proclamado su negativa a trabajar con nosotros», dijo otro, «os preguntamos: ¿con quién mercadearéis entonces?».

Fuera, continuaban los disparos. Emboscadas, descargas repentinas y el acre olor a pólvora. Las ametralladoras derribaban a los cosacos de sus monturas. Una estampida de caballos sin jinete, chorreando sangre humana, galopaba por la ribera. Ecos de cascos sobre el pavimento, miradas de terror.

Al principio de la tarde los cielos todavía estaban demasiado claros. Por sorpresa, el 176.º Regimiento llegaba al palacio.

Estos seguidores de los mezhraiontsy habían recibido un llamamiento para «defender la revolución», que provenía de Krásnoe Seló. Por casualidad, la primera figura de autoridad con la que se encontraron fue el menchevique Dan. Como era habitual, vestía su uniforme militar, y al ver a los recién llegados tuvo los reflejos de ordenarles inmediatamente que montaran guardia. El 176.º obedeció.

Más tarde, Sujánov se burlaría de ellos por obedecer a un enemigo, a uno de aquellos moderados a los que se oponían. Trotsky, sin embargo, insistiría en que su jugada fue táctica, permitiéndoles imponer un cierto orden mientras averiguaban quiénes eran sus oponentes. En todo caso, es una anécdota curiosa: los ultraizquierdistas defensores del «todo el poder para los soviets» acataban la orden, emitida por un oponente del soviet, de defender al Soviet, que en ese momento se oponía furibundamente a tomar el poder que ellos querían que tomara.

Estos debates sobre el poder empezaban a materializarse. A las 8 p. m., en el Puente Liteini, los cosacos cargaban contra los obreros: esto no era Febrero. Un martilleo de disparos, los gritos de los heridos o moribundos, y la sangre que goteaba por la brecha donde el puente se interrumpía y sus dos mitades se alzaban. Al otro lado de las aguas, frente a Kshesínskaya, 2.000 marineros de Kronstadt traspasaron la entrada de la Fortaleza de San Pedro y San Pablo, y se hicieron con el control del complejo militar. Un acto espectacular, pero gratuito: no sabían qué hacer con él ahora que lo tenían. Y el Soviet continuaba debatiendo. Las tropas leales por fin se aproximaban a Petrogrado. Los caballos muertos yacían entre cartuchos y cristales rotos.

Hacia la medianoche, tres posturas se plantearon ante el Soviet. En la derecha, Avram Gots sugería mantener el apoyo al deshecho Gobierno Provisional, hasta que se reuniera el plenario del Comité Ejecutivo del Soviet. Para Márto, a su izquierda, «la burguesía rusa en su totalidad ha cruzado la línea, atacando a la democracia de los campesinos y obreros»; «la historia reclama que tomemos el poder en nuestras propias manos» —y exigía ahora un nuevo Gobierno Provisional radical, esta vez con una mayoría de representantes del Soviet—. Lunacharski, por la extrema izquierda, demandaba plenos poderes para el Soviet.

Uno a uno, los delegados se alzaron para votar. En favor de Gots se pronunciaron Dan, de los mencheviques; Kondratenko, de los trudoviques; Chaikovski, del Partido Socialista Popular; el eserista Saakian; y más, una persona tras otra, un grupo tras otro. La izquierda pugnó por continuar defendiendo su postura, sabiendo ya que perderían.

Cerca de la 1 de la mañana, cuando Tsereteli declamaba desde la tribuna, llegó un fuerte ruido de pasos. Los diputados se alzaron, pálidos de nuevo por el miedo.

Entonces Dan gritó de alivio. «Han llegado regimientos leales a la revolución», proclamó, «¡para defender al Comité Ejecutivo Central!».

Y entraron los Guardias de Izmailovski, los regimientos Preobrazhenski y Semiónovski. Sus bandas tocaron *La Marsellesa*, y los mencheviques y eseristas cantaron al unísono. El Soviet se había salvado; por fin podría *notomar* el poder.

Los soldados que habían convocado a los regimientos estaban serios, todavía consternados por lo que se les había dicho poco antes, una información que todavía no era pública, una noticia impactante: Lenin era un

espía.

Las Jornadas de Julio tuvieron eco en las mayores ciudades provinciales, reflejando la volatilidad local, especialmente donde las guarniciones estaban amenazadas por un posible llamado al frente: en Sarátov, Krasnoyarsk, Taganrog, Nizhni Nóvgorod, Kiev, Astracán. En Nizhni Nóvgorod, una orden de llamado a filas para el 62.º Regimiento de Reserva de Infantería desencadenó en la tarde del día 4 una confrontación entre soldados lealistas y descontentos, resultando en varias muertes. El 5, los amotinados eligieron un Comité Provisional y por un breve periodo de tiempo asumieron el poder local. En Ivánovo-Voznesensk, una combativa ciudad textil de clase obrera, el soviét ejerció plena autoridad durante un breve periodo.

En su mayor parte, sin embargo, tales acontecimientos no fueron mucho más que reuniones apresuradamente organizadas. En la segunda ciudad del país, por ejemplo, al llegar noticias de las acciones en Petrogrado, los bolcheviques de Moscú emitieron un tibio llamamiento a una marcha para pedir el poder para el soviét, el 4 de julio. Esto fue rápidamente prohibido por el Soviet de Moscú, y la mayoría de obreros obedecieron. Muchos bolcheviques habrían quedado satisfechos, también, con dejarlo estar. Pero, al darse cuenta de que sus miembros más jóvenes, recientemente radicalizados y entusiastas, probablemente promoverían alguna acción independientemente de la opinión de los veteranos, a regañadientes se unieron a ellos en una desgana y algo patética manifestación.

Entre las 2 y 3 a. m., en Petrogrado, el CC bolchevique promulgó lo que describieron como un «llamado» a los obreros y soldados para que dieran fin a las manifestaciones callejeras: era, dicho con más precisión, un reconocimiento post factum de lo inevitable, a medida que el impulso decaía.

En la mañana del día 5, en su página de contraportada, *Pravda* explicaba poco convincentemente la «decisión» del partido de acabar con las manifestaciones —como si fuera una decisión, o en todo caso una que correspondiera al partido—. Y lo afirmaba porque «el objeto de la manifestación había sido alcanzado», esto es, «las consignas de la vanguardia del proletariado y del ejército fueron proclamadas con contundencia y dignidad». Contundentes, quizá: pero los bolcheviques habían titubeado largo

tiempo sobre si era apropiado «proclamarlas» de ese modo.

En cualquier caso, los objetivos que expresaban las consignas, por decirlo suavemente, no se habían alcanzado.

Amanecía el 5 de julio. Las autoridades abrieron los puentes. Sus extremos apuntaron hacia el cielo, aislando a los rebeldes.

Lenin acababa de salir de la imprenta de *Pravda* cuando llegó allí un grupo de soldados lealistas para arrestarle. En su lugar, detuvieron a los trabajadores, requisaron los archivos y destruyeron la maquinaria. Bramaban improprios, hablaban de espías, agentes alemanes, de traición.

El día anterior, mientras Perevértzev propagaba historias acerca de la supuesta traición de Lenin, un simpatizante bolchevique en su ministerio informó de ello al CC, que inmediatamente exigió que el Ispolkom detuviera las injurias. En virtud de una cierta solidaridad residual, desde una cierta preocupación por un proceso justo, o por evitar inflamar la situación en la ciudad, Tsereteli y Chjeidze telefonearon a los periódicos de Petrogrado. Les instaron a no publicar afirmaciones sin verificar.

La mayor parte obedecieron. Pero la mañana del día 5, la mañana en que los soldados salieron en busca de Lenin, la portada de un panfleto sensacionalista de extrema derecha, *Zhivoe slovo* (Palabra viviente), voceaba a los cuatro vientos: «Lenin, [sus camaradas] Ganetsky, Kozlovski: ¡espías alemanes!».

Ahora nada podría detener los rumores.

Kérenski se distanció rápidamente de la publicación, pero no era más que hipocresía: el día 4 había escrito desde el frente a Lvov (que no estuvo de acuerdo) afirmando que era «necesario acelerar la publicación de la información que tenemos». Los detalles bizantinos de la calumnia se basaban en la confirmación de un tal teniente Yermolenko y de un comerciante, Z. Burstein. Este último aducía que una red de espías alemanes en Estocolmo (encabezada por el teórico marxista convertido ahora en patriota alemán, Parvus) tenía conexiones bolcheviques. Yermolenko, por su parte, afirmaba haber sido informado del papel de Lenin por el Alto Mando del Ejército alemán. Yermolenko se habría enterado mientras era prisionero de guerra;

esos alemanes (posiblemente tras una alambicada cadena de equivocaciones) habían intentado reclutarlo, y él —dijo— les había convencido de que lo habían logrado, ganándose su confianza, y la información.

Estas afirmaciones eran un embrollo de mentiras, invenciones y deducciones tendenciosas. Yermolenko era un personaje extraño, en el mejor de los casos un fantasioso, mientras que a Burstein incluso sus manipuladores en el gobierno lo describían como totalmente indigno de confianza. El expediente había sido confeccionado por un resentido exbolchevique, Aleksinski, con tan mala reputación por sus tejemanejes, que se le había negado la entrada al Soviet. Poca gente seria, incluso en la derecha, creyó por un momento en las acusaciones, lo que explica por qué algunos de los más honrados o cautelosos en la derecha estaban furiosos con *Zhivoe slovo* por publicarlo.

Sin embargo, en el corto plazo, los efectos fueron devastadores.

El 5 de julio fue un día de sombría reacción. El péndulo ahora oscilaba hacia el otro lado.

Ese día Petrogrado no era seguro para la izquierda. Un repartidor de *Pravda* fue asesinado en la calle. Los cosacos y otros lealistas ejercían el control mediante la intimidación y la violencia. La extrema derecha estaba exultante.

El peligro no provenía solo de la derecha. Tampoco eran seguros los bastiones de la izquierda. Una militante del partido, E. Tarasova, entró en una fábrica de Víborg que conocía bien, y las trabajadoras, a las que había hablado solo unos días antes, pidieron auxilio a gritos, llamándola espía alemana y lanzándole tuercas y tornillos, provocándole cortes en las manos y la cara. Cuando el pánico amainó le explicaron, cariacontecidas, que un menchevique había estado agitando contra los bolcheviques.

Los bolcheviques tampoco eran los únicos con motivos para preocuparse; el menchevique de izquierda Woytinsky calificó la atmósfera como «orgía contrarrevolucionaria», marcada por el «desenfreno de las Centurias Negras». Aquellos sádicos matones recorrían las calles, irrumpiendo violentamente en las casas, a la caza de «traidores» y «perturbadores». Y no carecían de apoyo popular. «La opinión pública», observó lacónicamente Woytinsky, «exigía medidas drásticas».

La izquierda bolchevique, como Raskólnikov, se dispuso a defender la mansión Kshesínskaya. Algunos albergaban ilusiones de volver a la ofensiva, pero la mayoría de la dirección comprendía la gravedad de su situación. Esa tarde, Zinóviev exigió enérgicamente que los últimos manifestantes, parapetados en la Fortaleza de San Pedro y San Pablo, la entregaran. Cualquier otra vía sería una provocación absurda, condenada de antemano.

Los bolcheviques comenzaron a dispersarse, anticipándose a las acciones represivas. Muchos de los principales dirigentes se escondieron, mientras intentaban idear nuevos planes.

Tres jóvenes activistas, Liza Pylaeva, Nina Bogoslóvskaya y Yelizaveta Koksharova se escabulleron de la Fortaleza disfrazadas de enfermeras, llevando documentos y fondos del partido bajo unos vendajes. Fueron rápidamente interceptadas por fuerzas gubernamentales, que exigieron saber qué llevaban en sus cestas. Pylaeva sonrió y dijo: «¡Dinamita y revólveres!». Los oficiales las reprendieron por el mal gusto de la broma, y las dejaron pasar.

Ahora el CC bolchevique votaba a favor de «no revertir la decisión de terminar con las manifestaciones» —una vez más, como si la decisión fuera suya, o como si una decisión de revocar la «decisión» pudiera tener algún efecto.

Las Jornadas de Julio habían terminado.

Los dirigentes bolcheviques, nerviosos, enviaron un representante al Soviet, para averiguar su postura respecto al partido; el Soviet, por su parte, envió representantes ejecutivos a la mansión Kshesínskaya. Prometieron que no se adoptarían medidas represivas contra el partido, y que los manifestantes que no estuvieran acusados de crímenes específicos serían puestos en libertad. Los bolcheviques acordaron que retirarían los coches blindados de sus partidarios, la rendición de la Fortaleza de San Pedro y San Pablo (tal y como Zinóviev había insistido, aunque los ocupantes no se decidían) y enviar a los marineros de vuelta a Kronstadt.

Si el Soviet se comprometió teóricamente a que no hubiera más medidas de castigo, no ocurrió lo mismo con el Gobierno Provisional.

Al amanecer del día siguiente, el general Pólovtsev dirigió un enorme contingente militar contra Kshesínskaya y la Fortaleza. Ocho carros blindados, el Regimiento Petrogradski, marineros, cadetes y la Academia de Aviación estaban respaldados por terrorífica artillería pesada. Con ellos,

también, acudió una brigada de bicicletas del frente (en aquel entonces la idea de un batallón de este tipo no era tan cómica como ahora, y su evocación de velocidad y modernidad llevó a todas las grandes potencias a experimentar con la bicicleta, hasta el punto de que un general de brigada británico la llamó «esta excrecencia, la más joven» del ejército). Antes del despliegue, hubo arengas para las tropas: algunos de los que acudieron a animarlas, significativamente, fueron dignatarios del Soviet.

A las 7 de la mañana, el comandante dio una hora para rendirse a los que estaban dentro de la mansión. La OM todavía negaba la realidad. Algunos miembros lograron huir rápidamente, a través del puente Samsonievski, a la Fortaleza de San Pedro y San Pablo. Allí, pensaron ingenuamente, podrían defenderse del asedio. Los 500 miembros que quedaban en Kshesínskaya no resistieron. La potencia de fuego contra ellos era tremendamente desproporcionada. Cuando los soldados del gobierno entraron a arrestarlos, encontraron a siete miembros quemando apresuradamente los archivos del partido. Poco después, incluso los marineros que habían logrado llegar a la Fortaleza se rindieron.

Como advertencia para el resto del ejército, las autoridades no solo castigaron sino que humillaron al Regimiento de Ametralladoras, desarmándoles y haciéndoles desfilar públicamente. Krúpskaya fue testigo de la escena. «Mientras avanzaban, caminando asidos a la brida de sus caballos, había tanto odio ardiendo en su mirada, tanto odio en su lenta marcha, que estaba claro que no se podía haber ideado un método más estúpido» —es decir, en caso de que el objetivo del gobierno fuera la paz social.

Incluso ahora, algunos ultras del Comité de Petersburgo, reunidos en las profundidades del distrito de Víborg, querían continuar esta lucha. Esa tarde, Latsis y unos pocos de sus camaradas se desplazaron discretamente por la ciudad hostil, hacia la fábrica Reno. Allí, escondido en la garita del vigilante, esperaba Lenin.

Latsis defendió con entusiasmo ante él la convocatoria de una huelga general.

Incrédulo, furioso, Lenin les espetó algunas verdades. Insistió en que hicieran un balance de la magnitud real de los retrocesos, que debían comprender la naturaleza de la coyuntura. Regañó a Latsis como a un niño travieso. Por último, no confiando en que lo hiciera el propio Comité de

Petersburgo, Lenin redactó en su nombre un llamamiento a volver al trabajo.

Esa noche, en un pequeño apartamento de Víborg, Zinóviev, Kámenev, Stalin, Lenin y Podvoiski sopesaron su situación. Los eseristas y mencheviques, afirmó Lenin, habían dejado claro que no aceptarían el poder, ni siquiera en bandeja: elegirían cederlo a la burguesía. El lema «Todo el poder para los soviets», por lo tanto, estaba obsoleto. Era el momento de exigir, de manera perentoria aunque algo toscamente, «Todo el poder para el proletariado, liderado por su partido revolucionario: los bolcheviques».

Por el momento, sin embargo, los bolcheviques no estaban en condiciones de exigir nada. La cuestión más apremiante era la seguridad: aquella noche, el gabinete ministerial emitió órdenes de detención para todos los «organizadores» de los altercados, entre ellos Lenin, Zinóviev, Kámenev, Kollontai y Lunacharski. A cuya lista Trotsky, con su típica y sardónica arrogancia, pronto pediría que fuera añadido su nombre: una solicitud que el gobierno concedió.

Aún al caer la noche del viernes 7 de julio todavía se podían oír disparos en la ciudad, incluso mientras los tranvías atravesaban los puentes y las luces de sus reflejos centelleaban en el Nevá. Había disparos en Víborg, una descarga repentina cerca de la Isla Vasílievski, o el *staccato* de alguna arma automática. Y rutas secretas por el techo de Petrogrado, un mundo por encima de los patios, pasadizos secretos en el horizonte de la ciudad: «parece que los sinvergüenzas vuelven a disparar desde los tejados», escribía Harold Williams para el *Daily Chronicle*. Bien sabía él que las percusiones que oía eran de redadas. Policías desarmando a rojos y rebeldes, o algo peor.

Entre los bolcheviques, algunos de los nombrados en la lista de arrestos operaban al aire libre, desafiando al gobierno a detenerlos. Otros se entregaron. Inicialmente, Lenin decidió que afrontaría un juicio público. Fue disuadido por varios camaradas —incluyendo su hermana María—, que sentían que la aplastante reacción en la capital le colocaría en una situación demasiado peligrosa. De modo que continuó escondido. Su decisión fue polémica: a Kámenev y otros les preocupaba que, de este modo, pareciera culpable del espionaje del que se le acusaba.

Lenin se movía entre las casas de los camaradas. Se refugió en el

apartamento de una tal Margarita Fofanova, que vivía en la planta superior del 17 de la calle Rozhdéstvenskaya, con la familia Allilúyev. Se afeitó su icónica barba, se puso ropas de obrero y un sombrero improbable. Intentó desvanecerse entre la multitud. El 9 de julio, todavía buscado por la policía, abandonó Petrogrado por completo.

Fue la primera de una agotadora serie de fugas.

Entrada la noche, Lenin y Zinóviev fueron a la Estación Primorski, para reunirse con su camarada Yemelyanov, obrero de una fábrica de armas. Abriéndose paso entre los alcoholizados viajeros de madrugada, ignorando las canciones de borrachos, llegaron al último tren, a las 2 de la mañana. Agazapados en la escalerilla del vagón trasero, soportando el frío mientras el tren traqueteaba en la noche. Estaban tensos, listos para soltar las agarraderas y en cualquier momento saltar y sumergirse en la oscuridad si cualquiera gritaba sus nombres, si les reconocían. No importaba lo rápido que marchara el tren; estaban decididos a no correr el riesgo de permanecer a bordo. Mejor saltar. Pero finalmente llegaron sin percances a Razliv, el pueblo del camarada Yemelyanov, justo en las afueras de la ciudad.

Se quedaron unos días en su granero, pero cuando la policía amplió la búsqueda a aquella zona, los fugitivos se abrieron paso a través de la maleza hasta una tosca cabaña en una zona desierta, la orilla suroeste del lago Razliv. Zinóviev y Lenin se disfrazaron de campesinos finlandeses, y recolectando paja, añadieron un almiar a su áspero alojamiento. Aguardaron durante días. Allí, con un tocón de árbol como mesa y otro a modo de silla, Lenin se mantuvo oculto, mártir de los implacables mosquitos y de la lluvia. Y escribió.

Los acontecimientos de julio dejaron poso. La criminalidad seguía creciendo en Petrogrado. Pero, después de la cuasirebelión de julio, se produjo un aumento en los asesinatos, de un tipo particular: un sombrío síntoma social. Asesinatos por disputas políticas. De enconados enfrentamientos verbales se pasó directamente a peleas, incluso violencia armada. Después del febrero revolucionario, los debates políticos habían sido ardientes y exuberantes. Ahora podían ser mortales.

En todas partes había confrontación, a veces de forma sórdida. Amenazas extrañas. Las páginas de *Petrogradski listok* trasladaban una extraña advertencia contra la justicia callejera y las partidas de linchamiento, un

ultimátum, una cruel oferta por parte de estos criminales a la antigua usanza. Ya no se limitarían a robar, dijo un portavoz de esta villanía, sino que «mataremos a cualquiera que encontremos en las oscuras esquinas de las calles». El robo sería un preludio de la carnicería. «Si irrumpimos en una casa, no nos limitaremos a saquear, sino que asesinaremos a todos, incluso a los niños, y nuestra venganza sangrienta no terminará hasta que se detengan los actos de violencia callejera».

Parecía como si el desastre de las Jornadas de Julio hubiera hecho retroceder años a los bolcheviques. Steklov fue arrestado. Las autoridades saquearon la casa de Anna Elizarova, hermana de Lenin. Se llevaron a Kámenev el día 9. En los últimos días del mes, Lunacharski y Trotsky se habían unido en la prisión de Kresty a muchos de los líderes bolcheviques y otros activistas. Allí, los guardias azuzaban a los presos comunes contra los «espías alemanes».

Aun así, los prisioneros políticos encontraron espacio, tiempo y condiciones suficientes para escribir y debatir. Algunos periódicos de izquierda moderada —*Izvestia*, *Volia naroda*, *Golos soldata*— se abstenían todavía de comentar las acusaciones de espionaje. Incluso el periódico kadete, *Rech*, afirmó con cautela que los bolcheviques eran inocentes hasta que se probara su culpabilidad. Esto, por supuesto, no les impedía respaldar las demandas de los mencheviques y eseristas de derechas, que exigían medidas punitivas contra ellos. Al margen de estos ejemplos de moderación, Lenin era denunciado sistemáticamente desde los medios de comunicación rusos. Para el 11 de julio, cuando trató de refutar los cargos en un texto enviado al periódico de Gorki *Novaya zhizn*, el clamor ya era ensordecedor.

«La contrarrevolución se alza victoriosa», se lamentaba Latsis en un escrito del 12 de julio. «Los soviets no tienen poder. Los junkers, desatados, han comenzado a atacar también a los mencheviques». Los eseristas de izquierda también sufrían el acoso de la policía.

El Comité Regional Bolchevique de Moscú informó de dimisiones del partido: «desorden en las filas». En Vyselki, Ucrania, prevalecía un «espíritu de pogromo», y el partido «estaba en llamas», roto por las divisiones y los abandonos. El reclutamiento de nuevos militantes se estancó. Los obreros, informaba un activista de Kólpinski, «se han vuelto contra nosotros». En seis distritos los bolcheviques fueron expulsados de las fábricas por sus compañeros de trabajo. El 16 de julio, en un macabro ritual de castigo, un comité de fábrica de la Isla Vasílievski obligó a los representantes

bolcheviques locales a acudir al funeral de un cosaco asesinado durante los disturbios.

Que los mezhraiontsy finalmente entraran en el partido resultaba una escasa compensación por el atrincheramiento en el que vivían. Incluso algunos grupos bolcheviques locales se rebelaron contra su propia dirección. El Comité Ejecutivo del partido en Tiflis y, sorprendentemente, en Víborg, prometieron apoyo total al Soviet, y exigieron que la dirección bolchevique se entregara.

En medio de los contratiempos llegaron algunos triunfos. Ninguno más importante que el desplazamiento hacia la izquierda en Letonia, donde los bolcheviques dominaban los soviets de obreros y campesinos sin tierra y viraban hacia una línea intransigente. Allí, las Jornadas de Julio tuvieron su eco en una confrontación en Riga entre los fusileros letones y uno de los «Batallones de la Muerte» (las tropas de choque del régimen), que dejó varios muertos en ambos lados. La Quinta Conferencia Socialdemócrata de Letonia tuvo lugar inmediatamente después, del 9 al 19 de julio, y los bolcheviques consolidaron su dominio, ejerciendo medidas de control sobre la sociedad en general —distribución de alimentos, administración local, etcétera—. El partido letón ya actuaba como un gobierno en funciones. Esa confianza, sin embargo, era algo atípico.

Una señal más siniestra, en todo el país, fue un cierto aumento del antisemitismo de ultraderecha, de los partidarios de los pogromos. Un grupo llamado Rusia Sagrada llevó a cabo una *Groza* («tormenta») con repetidos llamados a la violencia. Sus agitadores callejeros cargaron contra los judíos.

Desde su clandestinidad, durante estos duros días, Lenin enviaba artículos a sus camaradas, y repetidamente proclamaba su inocencia respecto a las acusaciones de espionaje. Recibía a contactos que recorrían todo el camino hasta la solitaria orilla del lago; el hijo de Yemelyanov, colocado junto a las oscuras aguas, hacía guardia, listo para emitir un canto de pájaro a modo de alarma, en el caso de que aparecieran visitas inesperadas.

Lenin se preparaba para la muerte a manos de la reacción. «Estrictamente *entre nous*», escribió a Kámenev, «si me dan matarile, por favor, publicad mi cuaderno de notas “El marxismo y el Estado”».

Pero estaba bien vivo: pronto, en Finlandia, tendría la oportunidad de desarrollar ese cuaderno sobre el Estado y la revolución.

La derecha, dedicada a la lucha callejera, puede que fuera más fuerte tras las Jornadas de Julio, pero el Gobierno Provisional no lo era. Por el contrario, los cismas en su núcleo todavía eran incurables.

El 8 de julio, ante el abismo abierto entre él y los socialistas del gabinete, dimitió el primer ministro, el príncipe Lvov. Para reemplazarlo, invitó él mismo a la única figura que parecía siquiera remotamente capaz de tender puentes, un hombre de la Duma y del Soviet: Kérenski.

Kérenski, por supuesto, aceptó. Empezó el poco envidiable proceso de conformar un nuevo gobierno de unidad.

En los enloquecidos primeros días del culto a Kérenski, la poeta Marina Tsvietáieva daba forma nueva al objeto de devoción, dándole los rasgos de Napoleón:

Y alguien, cayendo sobre el mapa,
no dormita en sus sueños.
Llegó entonces un Bonaparte
a mi país.

Bien es cierto que Lenin, meses después, argumentaría también en *Rabochy i soldat* que el gobierno de Kérenski era bonapartista —pero, viniendo de él, no era un halago—. Utilizó el término como Marx y Engels, de modo técnico, para describir «la maniobra del poder estatal, que depende de una camarilla militar... para sostenerse, entre dos clases hostiles y fuerzas más o menos equilibradas entre sí». Para Lenin, el bonapartismo degenerado de Kérenski era un acto de equilibrio entre fuerzas sociales opuestas.

La catástrofe del frente no podía ocultarse por más tiempo. El día en que se convirtió en primer ministro, Kérenski nombró al imponente general Kornílov nuevo comandante del frente sudoccidental, donde las tropas rusas se estaban desintegrando a un ritmo dramático. Fue el representante del gobierno en ese frente, el extraordinario Borís Sávinkov, quien le animó a tomar esta decisión.

Sávinkov desempeñó un papel político importante en aquellos turbulentos meses. Era un hombre que había realizado un notable viaje político. No solo fue eserista, sino que en los años previos a la revolución de 1905 había sido un ostentoso y notorio activista dentro de la organización terrorista eserista, la Organización de Combate, y había participado en los asesinatos de varios

funcionarios zaristas. Después de 1905 se había convertido en escritor de novelas sensacionalistas. La guerra despertó en él un chovinismo y militarismo sin límites: en el exilio, se había unido al ejército francés, volviendo a Rusia en abril de 1917, aproximándose a Kérenski. Aunque creía en el uso prudente de los comisarios, los representantes del pueblo, como forma de mediar entre oficiales y soldados, en su ferviente patriotismo autoritario Sávinkov también defendía medidas totalmente despiadadas contra la indisciplina —incluyendo, al parecer, la dictadura militar.

En el momento mismo de su nombramiento, Kornílov, conocido por su implacable severidad, exigió que se le concediese autoridad para ejecutar a los soldados desertores. Antes incluso de recibir su poco comprensiva petición, Kérenski ya había autorizado a sus comandantes a que dispararan contra los soldados que huyeran, y en pocos días el gobierno reinstuyó la pena de muerte en el frente, tal y como se le había exigido. Sin embargo, cuando los detalles de la confrontación de Kornílov con Kérenski se filtraron a la prensa, la reputación de Kornílov como el hombre duro de la derecha se disparó, entre los enemigos tanto como entre los partidarios.

El 16 de julio, Kérenski, acompañado por Sávinkov y su estrecho colaborador Maksimilian Filonenko, comisario eserista del Octavo Ejército, se reunió con el alto mando ruso en la Stavka, en Maguilov, para hacer un balance de la situación militar. Kornílov no estaba presente —precisamente porque el caos y la desintegración de las tropas en su zona no lo permitía— y telegrafió su informe, más bien suave. La mayoría de los generales que asistieron, sin embargo, incluyendo a Alekséyev, el comandante en jefe Brusílov, y Denikin, del frente occidental, no se mostraron en absoluto tan comedidos.

Denikin en particular descargó sus frustraciones en la revolución, culpándola del colapso del ejército. Atacó a los comisarios, ante un aturdido Kérenski, y clamó contra la Orden Número 1, denunciando el socavamiento de la autoridad militar. Los generales insistieron en que se revirtieran todas estas medidas del Poder Dual.

En el tren de regreso a Petrogrado, donde presidiría con su histrionismo habitual el funeral de los cosacos asesinados en las Jornadas de Julio, Kérenski, agitado, decidió que la gravedad de la situación hacía imperativo sustituir a Brusílov por Kornílov como comandante en jefe. En dos días, le había quitado las riendas del ejército a un oficial de carrera, reflexivo y de mente relativamente abierta, y se las había entregado a un extremista y

ambicioso contrarrevolucionario.

Empujados por los recientes acontecimientos, asqueados ante el estado del país, los descontentos situados en la derecha se inclinaban hacia la reacción, soñando ya abiertamente con una dictadura.

El 18 de julio, el gobierno de Kérenski se mudó al Palacio de Invierno. En un poco sutil gesto de desprecio, pidió al Soviet que abandonara el Palacio de Táuride y dejara paso a la Cuarta Duma Estatal. Esta no era una petición que pudiera declinarse.

El 19 de julio, el Congreso de Comercio e Industria atacó al gobierno por haber «permitido el envenenamiento del pueblo ruso». Exigía «una ruptura radical... con la dictadura del Soviet», y se preguntaba abiertamente si «es necesario un poder dictatorial para salvar a la madre patria». Este clamor contra el Soviet no haría más que crecer. La calle le había pedido que tomara el poder, y el Soviet había declinado la invitación. Ahora se le hurtaba el poco poder que tenía.

Ante la insistencia de los kadetes, Kérenski aprobó leyes que imponían fuertes restricciones a las reuniones públicas. Se cerraba la breve ventana de permisividad respecto al nacionalismo ucraniano y finlandés: Rusia había estado acumulando tropas en suelo finlandés desde que Finlandia declarara su semiindependencia, y ahora, el 21 de julio, su parlamento quedaba disuelto —lo que provocó la alianza de los socialdemócratas finlandeses (que conservaban la mayoría) con los bolcheviques—. «El Gobierno Provisional ruso», clamaba el periódico socialdemócrata *Työmies*, «junto con la burguesía reaccionaria de Finlandia, ha apuñalado por la espalda al parlamento y a la democracia finlandesa en su conjunto».

La reacción llegaba a Petrogrado a medida que crecía en todo el país la anarquía y la violencia de las revueltas campesinas, especialmente sobre la odiada guerra, la catastrófica ofensiva que estaba costando cientos de miles de vidas. El 19 de julio, en Atask, una capital de distrito en Sarátov, un grupo de enfurecidos cadetes, que esperaban un tren que les llevaría al frente, destrozaron las luces de la estación y fueron en busca de sus superiores, con las pistolas preparadas, hasta que un popular y respetado cadete tomó el control de la situación, y ordenó el arresto de los oficiales. Los soldados amotinados detenían, amenazaban e incluso mataban a sus oficiales.

Quizá el relativamente suave telegrama de Kornílov del día 16 había inducido a Kérenski a creer que podría contar con el general como estrecho colaborador. Tales esperanzas fueron rápidamente destruidas, y en su totalidad. Para el 19 del mismo mes, el nuevo comandante en jefe exigía directamente una total independencia para sus operaciones, que se basarían solo en su «conciencia y el pueblo en su totalidad». Sus colaboradores filtraron este mensaje a la prensa, para que el público se maravillara ante su severidad.

Kérenski comenzaba a temerse que había creado un monstruo. Y así era.

No estaba solo en este creciente sentido de alarma. Ese mes, poco después del ascenso de Kornílov, un anónimo «auténtico amigo y camarada» envió una tensa y profética nota al Comité Ejecutivo del Soviet: «Camaradas. Por favor, expulsad a ese jodido hijo de puta del general Kornílov, o agarrará sus ametralladoras y os expulsará a vosotros».

Durante un tiempo, Kérenski se olvidó de este derechista, concentrándose en formar gobierno. Le costó varios intentos, pero el 25 de julio Kérenski finalmente logró inaugurar el Segundo Gobierno de Coalición. Estaba compuesto de nueve ministros socialistas, una apurada mayoría, pero todos excepto Chernov venían de la derecha de sus partidos. Además, y de manera crucial, entraban en los gabinetes a modo individual, y no como representantes de sus partidos o del Soviet.

De hecho, el nuevo gobierno —incluyendo a estos ministros— no reconocía la autoridad del Soviet. El Poder Dual había acabado.

Fue en este clima notablemente poco amistoso cuando los bolcheviques celebraron con retraso su Sexto Congreso.

Más tarde, el 26 de julio, en una sala privada en Víborg, se congregaban 150 bolcheviques de toda Rusia. Se reunieron en un estado de extrema tensión y semiilegalidad, sin orientaciones, con sus líderes encarcelados o fugados. Dos días después del comienzo del congreso, el gobierno prohibió las asambleas consideradas perjudiciales para la seguridad o la guerra, de modo que el congreso cambió discretamente de sede, desplazándose a un club de obreros en las afueras, en el sudoeste.

Asediados, los bolcheviques agradecían cualquier solidaridad que pudieran recibir. Su bienvenida a los mencheviques de izquierda que acudieron, como Larin y Mártov, fue apoteósica, pese a que, tras cada saludo, los invitados no se ahorraran las críticas.

Sin embargo, a medida que pasaban los días y continuaba el debate, furtivo, contenido, la angustia generalizada en el partido daba paso a algo de claridad. El apocalipsis, de hecho, no había ocurrido: la atmósfera era tensa, pero más clara de lo que había estado dos semanas antes. Las Jornadas de Julio habían dañado a los bolcheviques —pero ese daño no era profundo, ni había durado mucho.

El miedo a los ataques desde la derecha, incluso entre socialistas considerablemente más moderados, significaba que los soviets de distrito habían comenzado a cerrar filas contra lo que percibían como contrarrevolución; incluso protegiendo a los bolcheviques, como si fueran auténticos compañeros, situados en su —molesto— flanco izquierdo. En abril, el partido tenía 80.000 miembros en setenta y ocho organizaciones locales: ahora (después de la crisis de julio y una breve y desmoralizadora hemorragia de miembros) contaba con 200.000, encuadrados en 162 organizaciones. Petrogrado contaba con 41.000 militantes, con números igualmente sólidos en el territorio minero de los Urales, si bien había menos bolcheviques (y políticamente más «moderados») en Moscú y alrededores. Los mencheviques, por contraste —el partido del Soviet, una institución que todavía era crucial—, contaban con 8.000 miembros.

En los dos últimos días de julio, después de un prolongado debate, siguiendo los análisis y recomendaciones de Lenin, los bolcheviques abandonaron la consigna «Todo el poder para los soviets». Comenzaron a trazar un nuevo recorrido. Un camino que no se predicaba desde la fuerza y potencial de los soviets, sino sobre la toma directa del poder por los obreros y el partido.

8. AGOSTO: EXILIO Y CONSPIRACIÓN

En aquellos tardíos días de verano, mientras la derecha preparaba una violenta campaña de limpieza, volvía a florecer un lujo antiguo. Música sonando toda la noche; corbatas de seda y lujosos vestidos manchados entre baile y baile; moscas dando vueltas alrededor de pasteles recién hechos, y también vómito y alcohol. Largos días, cálidas noches orgiásticas. El hedonismo del final de un mundo. En Kiev, contaba la condesa Speranski, se celebraban «grandes cenas con bandas y coros gitanos, *bridge* y tangos, póker y romances». En Kiev, y en todas las ciudades rusas, los ricos soñaban.

El 3 de agosto, el Sexto Congreso del Partido Socialdemócrata Obrero Ruso (el congreso bolchevique) aprobó unánimemente una resolución en favor de una nueva consigna. Era un acuerdo de mínimos entre los impacientes «leninistas», que veían que la revolución entraba en una nueva fase post-soviet, y los moderados, que todavía pensaban que podrían ser capaces de trabajar con los socialistas a su derecha para defender la revolución. No obstante, la importancia simbólica del cambio en la fraseología era inmenso. La lección de julio se había aprendido a golpes: las demandas cambiaban. Los bolcheviques ya no pedirían «Todo el poder para los soviets». En su lugar, aspiraban a la «Completa liquidación de la dictadura de la burguesía contrarrevolucionaria».

El Soviet cambió de domicilio, tal y como se le requería. El Instituto Smolni se había construido a comienzos del siglo XIX; un grandioso edificio neoclásico en el distrito de Smolni, al este del centro de la ciudad y a orillas del Nevá. Una construcción de pasillos cavernosos, suelos blancos, tenue luz eléctrica. En la planta baja había una gran sala de reuniones, rodeada de

pasillos con oficinas llenas de secretarios y diputados y fracciones de los partidos del Soviet, sus organizaciones militares y comités y salas de reuniones. En las mesas, pilas de periódicos, panfletos, carteles. Las ametralladoras asomaban por las ventanas, mientras soldados y obreros se agolpaban por los pasillos, durmiendo en sillas y banquillos, vigilando las reuniones, observados por vacíos marcos dorados, de los que habían sido arrancados los retratos imperiales.

Justamente hasta el comienzo de la revolución, el Instituto había sido un edificio destinado a la educación de las hijas de la nobleza. Principal garante del poder estatal, el Soviet se veía degradado a ocupar una escuela abandonada. Cuando se reunía todo el Soviet, lo hacía en el antiguo salón de baile.

El 3 de agosto, Kornílov llegó a Petrogrado para reunirse con Kérenski. Planteó nuevas exigencias, cada vez más duras, a quien técnicamente era su jefe. Estas incluían una severa limitación de los comités de soldados. Aunque aceptaran ampliamente lo esencial de sus demandas, Kérenski, Sávinov y Filonenko reescribieron juntos el documento que presentó Kornílov, para disfrazar su insultante desprecio. La aversión del general al gobierno no hizo más que incrementarse cuando, mientras se preparaban para informar al gabinete de la situación militar, Kérenski le aconsejó discretamente que no fuera demasiado específico con los detalles. Algunos de los miembros del gabinete del Soviet, insinuó, especialmente Chernov, podrían suponer un riesgo de seguridad.

Durante su reunión, Kérenski le planteó a Kornílov una curiosa pregunta.

«¿Supongamos que dimito?», dijo, «¿qué pasaría? Quedaría usted colgado en el aire; los ferrocarriles se detendrían; el telégrafo dejaría de funcionar».

La reservada respuesta de Kornílov —que Kérenski debía mantenerse en el cargo— es menos interesante que la propia pregunta. No podemos saber qué había detrás de su melancolía. ¿Buscaba Kérenski la tranquilidad del apoyo de Kornílov? ¿Sondeaba quizá la posibilidad de una dictadura de Kornílov?

Todos somos legión, y Kérenski era más legión que la mayoría. Su quejumbrosa pregunta podría haber expresado tanto horror como esperanza ante la idea de abandonar, de rendirse al comandante en jefe y su discurso implacable. Una pulsión de muerte política.

Todavía imperaba el odio a la guerra. De todo el país llegaban informes de soldados que se resistían a trasladarse al frente.

Otro frente de batalla, esta vez de propaganda, tenía como epicentro al propio Kornílov, reflejando la creciente división entre la extrema derecha rusa, hacia la que gravitaban los kadetes, y el menguante poder de los socialistas moderados. El 4 de agosto, *Izvestia* sugería la existencia de planes para reemplazar a Kornílov por el general Cheremíssov, un hombre relativamente moderado que creía en el trabajo común con los comités de soldados. La respuesta, el 6 de agosto, vino del Consejo de la Unión de Tropas Cosacas: Kornílov era «el único general que puede recuperar el poder del ejército y sacar al país de esta difícilísima situación». Y añadían la posibilidad de una rebelión, si Kornílov era relevado.

La Unión de Caballeros de San Jorge declaró su apoyo a Kornílov. Los conservadores de Moscú, a instancias de Rodzianko, le enviaban sonrojantes telegramas: «en esta amenazadora hora, cuando llega el más severo de los juicios, toda la Rusia pensante mira hacia usted con esperanza y fe». Era una guerra civil de palabras.

Kornílov exigió a Kérenski el mando del Distrito Militar de Petrogrado. Para regocijo de una derecha crecientemente golpista, ordenó a su jefe de gabinete, Lukomski, que concentrara las tropas cerca de Petrogrado —esto permitiría un rápido despliegue en la capital.

El trasfondo de esta maniobra no era solo la catastrófica situación económica y social, sino un consciente y deliberado ajuste de las tensiones entre ciertas facciones de la derecha punitiva. En una reunión de 300 magnates industriales y financieros a comienzos de agosto, el primer orador fue Pável Ryabuyshinski, un poderoso empresario textil. «El Gobierno Provisional solo posee una sombra de poder», dijo. «En realidad, quienes tienen el control son esa banda de charlatanes políticos... El gobierno se concentra en los impuestos, imponiéndolos cruel y principalmente sobre la clase mercantil e industrial... ¿no sería mejor, en nombre de la salvación de la madre patria, nombrar a un guardián que vigilara a estos despilfarradores?».

Entonces se oyó un sadismo tan sorprendente que dejó aturdida a la izquierda. «La esquelética mano del hambre y la indigencia nacional agarrará por la garganta a los amigos del pueblo».

Aquellos «amigos del pueblo» que imaginaba asfixiados por esa siniestra

mano homicida eran los socialistas.

No solo desde la derecha se acumulaba la presión. El 6 de agosto, en Kronstadt, 15.000 obreros, soldados y marineros protestaban ante el arresto de los líderes bolcheviques Steklov, Kámenev, Kollontai, entre otros. En Helsingfors, una manifestación igualmente numerosa exigía una transferencia de poder a los soviets. Desde luego era una demanda ya caduca para muchos bolcheviques, pero representaba un giro a la izquierda respecto a la mayoría de los trabajadores. Empujados por los bolcheviques y los eseristas de izquierdas, al día siguiente la sección de obreros del Soviet de Petrogrado criticaba el arresto de los líderes izquierdistas, así como el retorno de la pena de muerte militar. Ganaron la votación. Mencheviques y eseristas comenzaron a quejarse de desertiones a su izquierda —hacia las facciones maximalistas, o más allá.

Tales signos de recuperación de la izquierda eran fragmentarios y desiguales: el 10 de agosto, en las elecciones de Odesa, por ejemplo, los bolcheviques ganaron solo tres de cien escaños. Pero en Lugansk, en las elecciones municipales de comienzos de agosto, los bolcheviques ganaron veintinueve de setenta y cinco escaños. En las elecciones en Revel (ahora Tallin) se hicieron con más del 30 por 100 de los votos, y casi lo mismo en Tver, algo más tarde; en Ivánovo-Vosnessensk el resultado duplicaba al de Revel. Sobre el mapa de todo el imperio se dibujaba poco a poco una tendencia.

Encerrado en su cabaña, en un día de fuertes lluvias, Lenin se vio sorprendido por un farfalleo del exterior. Maldiciones y palabrotas. Un cosaco se aproximaba entre la húmeda maleza.

El hombre le pedía entrar a resguardarse. Lenin no tuvo más opción que hacerse a un lado y dejarle pasar. Cuando se sentaron juntos, escuchando el tamborileo del agua, Lenin preguntó a su visitante qué le había traído a ese remoto lugar.

Una caza humana, dijo el cosaco. Estaba tras alguien que respondía al nombre de Lenin. Debía traerle de vuelta, vivo o muerto.

¿Y qué ha hecho, preguntó Lenin con cautela, ese réprobo?

El cosaco agitó su mano, sin querer dar más detalles. Lo que sabía, recalcó, era que el fugitivo estaba en cierto modo «confundido»; que era

peligroso, y que estaba cerca.

Cuando los cielos se despejaron, el visitante dio las gracias a su anfitrión y emprendió su camino, a través de la hierba empapada. Su búsqueda continuaba.

Tras ese alarmante incidente, Lenin y el CC, con los que seguía en comunicación secreta, acordaron que debía mudarse a Finlandia.

El 8 de agosto, Zinóviev y Lenin abandonaron la cabaña en compañía de Yemelyanov, Aleksandr Shotman —un «viejo bolchevique» finlandés— y un llamativo militante bigotudo, Eino Rahja. Atravesaron el pantano que rodeaba el lago hacia una estación de tren cercana, en una larga, húmeda y ardua excursión, perdiéndose por el camino, cada vez más inquietos. Finalmente aparecieron cerca del ferrocarril, en un pueblo llamado Dibuny. Sus problemas no habían acabado: en el andén, un suspicaz cadete dio el alto y arrestó a Yemelyanov. Pero Shotman, Rahja, Zinóviev y Lenin lograron entrar rápidamente en un tren que partía hacia Udélnaya, en las afueras de Petrogrado.

Desde ahí, Zinóviev continuó hacia la capital. Los viajes de Lenin no habían acabado.

Al día siguiente, el tren 293 con destino en Finlandia llegaba a la estación de Udélnaya. A los controles estaba Guro Jalava, maquinista, conspirador, marxista militante.

«Me acercaba al inicio del andén», recordaría un tiempo después, «cuando un hombre apareció de entre los árboles y se lanzó dentro de la cabina. Por supuesto, era Lenin, aunque apenas pude reconocerle. Él iba a ser mi fogonero».

La fotografía del pasaporte falso con el que viajaba Lenin («Konstantín Petróvich Ivánov») se ha hecho famosa. Con el gorro sobre una peluca ondulada, los contornos de su boca resultan poco familiares sin la barba, y dibujan un gesto irónico; lo único reconocible son sus profundos, pequeños y entornados ojos.

Lenin se arremangó. Se puso a trabajar, con tanto entusiasmo que el tren escupía generosos penachos de humo. Su maquinista recordaba cómo Lenin paleó con afán, alimentando el motor, haciéndolo correr rápido,

transportándole lejos de rieles y ataduras.

Cuando finalmente se bajó, a Lenin el fogonero todavía le esperaba un enrevesado viaje clandestino. No fue hasta las 11 p. m. del 10 de agosto cuando Lenin llegó al pequeño y acogedor apartamento en el 1 de la plaza Hakaniemi, en el norte de Helsingfors (Helsinki). Esta era la residencia de los Rovio. Con su esposa fuera, de visita familiar, Kustaa Rovio, militante socialdemócrata, había accedido a acoger al marxista ruso.

Alto e imponente, la carrera de Rovio había dado un giro tremendamente inusitado. Socialista de largo historial activista, ahora también era el jefe de policía de Helsingfors.

No se conoce toda la historia de cómo llegó a ese trabajo, dado su historial revolucionario. Del invitado que, unos pocos años antes, había defendido hacer acopio de «bombas y piedras, etc., o ácidos» para arrojar a sus ahora colegas de profesión, el jefe de policía Rovio dijo: «Nunca me he encontrado con un camarada tan amable y encantador».

Las únicas peticiones de Lenin —y sobre estas era inflexible— consistían en que Rovio le procurara diariamente periódicos rusos y se ocupara de la entrega secreta de sus cartas a los camaradas del partido. Y su anfitrión cumplió, incluso cuando, debido al inminente retorno de la señora Rovio, Lenin se trasladó al apartamento de una pareja de socialistas, los Blomqvist, en el cercano pueblo de Telekatu.

Recorriendo también rutas arriesgadas, atravesando bosques en excursiones a pie desde el otro lado de la frontera, Krúpskaya visitó más de una vez a su marido. No obstante, el propio Lenin se paseaba por Helsingfors con considerable libertad. «Es necesario ser rápidos, Kérenski...», declaraba mientras leía el periódico, en la mesa de la cocina de los Blomqvist, deleitándose con la infructuosa cacería del gobierno, «... para atraparme».

Sobre todo, a lo largo de agosto, como había hecho en julio y como haría en septiembre, Lenin escribió. Mensajes, cartas e instrucciones para los camaradas, y otro trabajo, más amplio. El primer día que se alojó en su casa, Rovio encontró a Lenin dormido ante el escritorio, con la cabeza reposada en los brazos, y frente a él un cuaderno de notas, profusamente garabateado. «Consumido por la curiosidad», relataba Rovio, «comencé a pasar las páginas». «Era el manuscrito de su libro *El Estado y la revolución*».

El libro es una extraordinaria y correosa negociación entre un implacable antiestatismo y la necesidad provisional de contemporalizar con un «Estado

burgués sin la burguesía», bajo el control del proletariado. El texto histórico, descrito por Lucio Colletti como «la mayor contribución de Lenin a la teoría política», se compuso en un tocón de árbol frente a un lago infestado de mosquitos, y después, en el escritorio de un policía. Cuando cambiaron las circunstancias y Lenin se dirigió de vuelta a Rusia, el libro no estaba aún terminado. Lo haría con una legendaria frase final: «Es más provechoso y placentero pasar por la experiencia de la revolución, que escribir sobre ella».

El mismo día en que Lenin llegó al piso de Rovio, el 10 de agosto, Kornílov volvía a reunirse con Kérenski en Petrogrado, ante la insistencia de Sávinkov. Estaban allí para discutir las nuevas exigencias del general: ahora quería el control de los ferrocarriles y las industrias bélicas. Pidió también, perentoriamente, el derecho a emplear un nivel extraordinario de represión cuando lo considerara necesario, incluyendo la reasignación al frente de los trabajadores improductivos.

La desconfianza entre el primer ministro y el general era tal que Kornílov llegó con un numeroso cuerpo de guardaespaldas; casi una provocación. Era un cuerpo de combatientes turcomanos, de la llamada División Salvaje, compuesta por soldados voluntarios provenientes de más allá del Cáucaso — un batallón mitificado, elegido para intimidar—. Mientras Kérenski observaba, alarmado, desde el Palacio de Invierno, los guerreros vestidos de rojo marchaban por las amplias calles, rodeando el coche de Kornílov, blandiendo cimitarras y ametralladoras. Tomaron posiciones alrededor de la puerta del palacio, como enemigos que se preparan para un parlamento antes de la batalla.

La reunión fue gélida. Kornílov había escuchado rumores de que podía ser reemplazado, y amenazadoramente aconsejó a Kérenski que no diera tal paso. Cuando Kérenski no aceptó todas sus demandas, Kornílov insistió en reunirse con el gabinete de gobierno para defender sus propuestas; pero Kérenski solo convocó a un grupo informal, excluyendo a los kadetes. Este grupo aceptó en principio la mayor parte de las demandas de Kornílov, pero con cierta vaguedad respecto a los tiempos de ejecución. Volvieron a oponerse a la militarización de ferrocarriles e industrias. El general salió de la reunión con un visible enfado.

De hecho, el desesperado Kérenski no se oponía completamente ni siquiera a las medidas rechazadas, dado el contexto de colapso social. Sin

embargo, comprensiblemente, le preocupaba la reacción que tales movimientos podrían provocar en el Soviet, y más allá. Su estrategia de «equilibrios» ahora le forzaba a provocar la furia tanto de aquellos a su izquierda, como a su derecha.

En un denodado esfuerzo por reconciliar las crecientes divisiones sociales, el Gobierno Provisional intentó una reunión simbólica, consultiva. Casi 2.500 delegados acudirían a la Conferencia Estatal de Moscú, que representaba a sindicatos, dumas, comerciantes y soviets. El evento tendría lugar en el espléndido edificio neoclásico del segundo Teatro Bolshói de la ciudad, entre el 12 y el 14 de agosto.

A través de sus miembros del Soviet y el VTsIK, los bolcheviques lograron que se eligiera a sus delegados. Inicialmente planearon hacer una declaración despectiva, seguida de una aparatosa salida en señal de protesta, pero Chjeidze se enteró y se negó a permitir tal cosa. El partido decidió que no acudiría.

El Buró Regional bolchevique de Moscú, de extrema izquierda, convocó un día de huelga al comienzo de la Conferencia Estatal. El Soviet de Moscú, en el que las corrientes mayoritarias de eseristas y mencheviques tenían una ajustada mayoría, se opuso a la iniciativa, aunque por poco margen. Pero después de varios debates y batallas dialécticas en las fábricas de la ciudad, la mayor parte de los obreros secundaron la huelga, en lo que era un signo de la fortaleza bolchevique. Los delegados de la Conferencia salieron a unas calles en las que los tranvías no funcionaban y los restaurantes estaban cerrados. El bufé del propio teatro estaba cerrado: la huelga obligó a los asistentes de este escaparate de unidad nacional interclasista a preparar su propia comida. Y a hacerlo en la oscuridad: no había nadie que encendiera el alumbrado de gas.

Debe admitirse, escribió el *Izvestia* del Soviet de Moscú, «que los bolcheviques no son grupos irresponsables, sino uno de los elementos de la democracia revolucionaria organizada, tras el cual se colocan las masas».

Este reticente reconocimiento llegaba en medio de un grado inusual de cooperación entre mencheviques, eseristas y bolcheviques. No se trataba de una colaboración revolucionaria, precisamente: se podría describir como colaboración contra-contrarrevolucionaria. Los socialistas moderados fueron lo suficientemente perspicaces como para comprender que, cualesquiera que fueran sus disputas con aquellos a su izquierda, si los impacientes

reaccionarios triunfaran en el país, los bolcheviques serían los primeros en la línea de fuego —y podría no tratarse de meras metáforas—, pero ellos mismos serían los siguientes.

El hecho era que los rumores sobre las intenciones de Kornílov y la derecha se habían vuelto tan alarmantes que el Soviet de Moscú se sintió obligado a formar un Comité Revolucionario Provisional para defender al gobierno y al Soviet, movilizándolo a sus bases. Y para ello, junto a dos mencheviques y dos eseristas, nombró a los destacados bolcheviques Noguín y Murálov. En un asombroso reconocimiento de los límites de su poder de persuasión, le dio al partido —incluso con las Jornadas de Julio tan recientes— acceso temporal a los cuarteles de la guarnición de Moscú, para que defendiera entre los soldados la necesidad de proteger al Soviet.

Este era el contexto de miedo político en el que la conferencia se preparaba para suavizar las tensiones entre derecha e izquierda. No solo no tuvo éxito: fue grotescamente contraproducente.

La Conferencia Estatal de Moscú se inauguró en una sede literal y visiblemente dividida. A la derecha de la sala, a nivel numérico ligeramente preponderante, estaban la elite —industriales, kadetes, empresarios, políticos de carrera, soldados de alto rango—. A la izquierda estaba la intelligentsia socialista moderada, abogados y periodistas mencheviques, organizadores sindicales, oficiales de menor rango y soldados rasos. Y allí, como un búho en preciso equilibrio, sentado exactamente en el medio, estaba Kérenski.

«Que todo el que ya haya tratado de usar la fuerza de las armas contra el poder del pueblo sepa que tales intentos serán aplastados a sangre y fuego», declamó. Y tras este ataque a los bolcheviques, por primera y última vez, todo el salón aplaudió. «Aquellos que piensen que es el momento de derrocar al gobierno revolucionario con bayonetas», continuó, «que tengan aún más cuidado». Ante esta advertencia a Kornílov, solo aplaudió la izquierda.

Durante dos horas Kérenski divagó, tembloroso, agitado y sobreactuado, elevándose a sí mismo. «Parecía querer asustar a alguien y crear una impresión de fuerza y poder», informó con desprecio Miliukov. «Solo provocaba lástima».

Un ingenuo observador, esperanzado por la paz social, podría ver momentos de sorprendente optimismo, como cuando Tsereteli quiso convertir

en un gesto triunfal su intento de estrechar la mano del destacado industrial Búblikov. Pero eran escasos y poco convincentes. Cuando el kadete Maklakov exigió que el gobierno «diera los pasos necesarios... [porque] el día del juicio final se acerca», la derecha aplaudió y la izquierda permaneció muda. Cuando Chjeidze leyó el programa del VTsIK, la izquierda aplaudió y la derecha frunció el ceño. Un lado aplaudía, el otro permanecía inmóvil, como piedras. Uno jaleaba, el otro abucheaba.

El día 12, Kornílov llegó a Moscú, flanqueado de nuevo por su guardia turcomana. En la estación lo recibió una multitud de cadetes militares, una banda y representantes de uno de los Batallones de la Muerte de Mujeres. Estas voluntarias unidades femeninas del ejército se habían formado a petición de Kérenski, a iniciativa de la notable soldado de Nóvgorod María Bochkareva, que al comienzo de la guerra logró el permiso del zar para unirse al ejército, y después se había distinguido en combate. Kornílov pasó revista a la escolta militar bajo una lluvia de pétalos, esparcidos por una extasiada y adinerada multitud.

En su discurso de bienvenida, el kadete Rodichev le rogó: «Salve a Rusia, y un pueblo agradecido le coronará». Con fuerte carga de simbolismo, la primera parada de Kornílov fue el santuario Iverski, donde tradicionalmente habían rendido culto los zares. Entre los visitantes que recibió ese día, más de uno discutió con él la cuestión de un derrocamiento armado del gobierno: el grupo empresarial derechista «Sociedad para la Rehabilitación Económica de Rusia», por ejemplo, representado por Putílov y Vishnegradski, llegó a ofrecer fondos específicamente para un régimen autoritario.

Al día siguiente, el 13, Kornílov llegó al Bolshói para dar un discurso.

Mientras se preparaba para acceder a la tribuna del abarrotado auditorio de la Conferencia de Moscú, Kérenski lo detuvo. Suplicó al general que limitara sus declaraciones a asuntos militares. «Daré mi discurso», respondió Kornílov, «a mi manera».

Kornílov ascendió. La derecha se puso de pie. Una ovación. «Se oyen gritos», afirma el acta. «¡Canallas!»; «¡Levantaos!» —nadie obedeció en la bancada de la izquierda.

Para inmenso alivio de Kérenski, Kornílov, que nunca había sido un sólido orador, pronunció un discurso inexperto y sorprendentemente suave. Los continuos rugidos de aprobación derechista eran para él en cuanto figura simbólica, no por nada de lo que dijera en particular.

Después de Kornílov, orador tras orador execró la revolución que había arruinado a Rusia, y aplaudía enérgicamente la restauración del orden. El general Kaledin, el líder electo —atamán— de los cosacos de la región del Don, anunció para satisfacción de la derecha que «Deben abolirse todos los soviets y comités». Un joven oficial cosaco, Nagaev, insistió rápidamente en que los trabajadores cosacos no estaban de acuerdo con Kaledin, provocando el correspondiente éxtasis de la izquierda.

Mientras hablaba, alguien a la derecha lo interrumpió, con gritos de «¡Marcos alemanes!». La acusación de traición provocó un alboroto. Cuando el espontáneo no quiso identificarse, Kérenski declaró finalmente que «el teniente Nagaev y todo el pueblo ruso... están bastante satisfechos con el silencio de un cobarde». Un inusual momento de brillantez teatral, de los pocos que le quedaban en la manga al hombre antes considerado la esperanza de Rusia.

El discurso de clausura de Kérenski, por el contrario, fue una mezcla casi incomprensible de fárrago y sensiblería. «Que mi corazón se convierta en piedra, que todos los acordes de mi fe en los hombres se apaguen, que todas las flores de mis sueños por la humanidad se marchiten y mueran», gimió. «Arrojaré las llaves de este corazón que ama al pueblo, y solo pensaré en el Estado».

De la audiencia, unos pocos sentimentales se vieron obligados a responder a la par: «¡No puedes!», «¡Tu corazón no lo permitirá!»; pero en su mayor parte el espectáculo fue sencillamente insufrible. Incluso un miembro de la cada vez más exigua cohorte de leales partidarios, Stepun, incómodamente admitió que «no solo podía escucharse la agonía del poder de Kérenski, sino también la de su genio».

Así continuó la lenta muerte del Gobierno Provisional.

Las tropas se radicalizaban o abandonaban sus esperanzas, o ambas cosas, en una interminable guerra. Escribían amargas y encolerizadas cartas, ahora a los líderes del país. Un soldado, Kuchlavok, y su regimiento enviaron a *Izvestia* un largo sermón desesperado, casi glosolálico, repitiendo que su revolución había sido en vano, un apocalipsis postergado, una catástrofe sin renuevo.

Ahora otro Salvador del mundo debe nacer, para salvar al pueblo de todas las calamidades que se gestan aquí en la tierra, y para dar fin a estos días sangrientos, de modo que ninguna bestia de ningún tipo que viva sobre la tierra, creada no por príncipes y gobernantes sino por

la naturaleza dada por dios, sea eliminada, pues Dios es un ser invisible que habita en quien posea una conciencia y nos dice que vivamos en amistad, pero no, hay gente malvada que siembra cizaña entre nosotros y nos envenena unos contra otros, llevándonos al asesinato, que desea a otros lo que no desearía para sí mismos... Solían decir que la guerra nos la impuso Nicolás. Nicolás ha sido derrocado, de modo que, ¿quién nos impone la guerra ahora?

Las deserciones en masa, las politizadas y las otras, no acababan —e incluso se anunciaban por adelantado—. Con furiosa cortesía, un grupo de soldados anónimos «de varios regimientos» lo notificaban a Kérenski: «Vamos a permanecer en el frente, en las trincheras, y vamos a repeler al enemigo, quizá incluso atacar, pero solo hasta los primeros días del funesto otoño». Y recalcaban la advertencia: de continuar la guerra más allá de ese punto, simplemente se irían.

Otro grupo de soldados enviaba al Comité Ejecutivo del Soviet una petición extraordinariamente ingenua: «Todos nosotros... como camaradas, os pedimos que nos expliquéis quiénes son estos bolcheviques... Nuestro Gobierno Provisional ha atacado mucho a los bolcheviques. Pero nosotros... no encontramos nada malo en ellos». Se habían opuesto anteriormente a los bolcheviques, explicaban, y ahora gradualmente se acercaban a sus posiciones. Pero para asegurarse de que comprendían exactamente su decisión, pedían al Soviet que enviara explicaciones más claras.

Llegaban todavía más informes de campesinos que se incautaban de tierras, con mayor e implacable violencia. En algunas regiones renegaban de los *zemstvos*, las organizaciones locales del Gobierno Provisional. «Llamad a nuestra futura gobernanza lo que queráis, pero no uséis la palabra *zemstvo*»: así rezaba la cita publicada en un periódico, resumiendo las conclusiones de los deprimentes viajes de los delegados locales del gobierno en la Rusia sudoriental. «Hemos acabado hartos de esta palabra». En Kursk, durante un juicio por confiscación de tierras, los campesinos expulsaron al demandante... *y al tribunal*. «La anarquía reina sin oposición», se leía en un informe oficial sobre un pueblo del distrito de Tambovsk. «Los campesinos están asaltando los huertos y cometiendo saqueos».

En muchas regiones el impulso por la independencia se intensificaba. Los precios de las necesidades básicas se disparaban. La situación alimentaria en Petrogrado pasó, abruptamente, de grave a desesperada.

Lo que quedaba del centro ya no se sostenía. En Petrogrado los mencheviques celebraron lo que vinieron a llamar «Congreso de Unidad»: su

nombre era un mal chiste. Los internacionalistas de Mártoov eran un tercio de los delegados, pero los restantes dos tercios, siguiendo a la dirección, se colocaban incluso más a favor de la colaboración —lo que Tsereteli llamó «cooperación con las fuerzas vivientes del país»—. El cisma era mayor que nunca, y la derecha mantenía su autoridad formal.

A mediados de agosto, una ola de misteriosas explosiones afectó a las fábricas de municiones en Petrogrado y Kazán. Aparentemente era la obra de sabotadores proalemanes.

En Letonia, Riga se agitaba a medida que se acercaban los alemanes. Las posibilidades de que la ciudad aguantara un ataque contundente eran nulas: en la conferencia, Kornílov advirtió de que si no se realizaba un mayor esfuerzo por defender el golfo de Riga, lo perderían, y quedaría expedito el camino hacia Petrogrado para los alemanes. En ese mismo momento en que estaba dirigiéndose a los presentes, remachaba Kornílov, los alemanes están preparándose.

¿Seguirá Petrogrado a Riga? Se decía entre susurros.

De hecho, ¿lucharía siquiera el gobierno por Petrogrado?

De once adinerados moscovitas con los que se reunió una noche para cenar, diez le confirmaron al gran periodista norteamericano John Reed que, si se llegaba a esa situación, preferirían antes al káiser que a los bolcheviques. En el periódico *Utro Rossii*, Rodzianko escribía con sorprendente franqueza: «Me digo a mí mismo, “que Dios guarde a Petrogrado”. Temen que si se pierde Petrogrado, las organizaciones revolucionarias centrales serán destruidas... me satisface que todas estas organizaciones sean destruidas; pues no traerán más que desastres a Rusia».

«Quiero tomar el camino intermedio», se desesperaba Kérenski, «pero nadie me ayudará».

Pese a todos los rumores de un golpe incipiente, tras la conferencia de Moscú Kérenski estaba dispuesto a aceptar la laminación de derechos políticos que exigía Kornílov, esperando que pudieran detener la ola de anarquía. No le agradaba que esto significara inevitablemente la ruptura definitiva con el Soviet, pero no le quedaba otra alternativa.

Kornílov aprovechó su ventaja. El 19 de agosto telegrafió a Kérenski para

«recalcar insistentemente la necesidad» de darle el mando del Distrito Militar de Petrogrado, es decir, tanto la ciudad como el área circundante. Y sin embargo, para Kérenski esto seguía siendo demasiado.

En las orillas del río Mazā Jugla, en Letonia, los legendarios fusileros letones tuvieron una actuación crucial, en la que llegó a ser conocida como la Batalla de Jugla. Combatieron con valentía en un intento, condenado de antemano, por mantener Riga fuera del alcance alemán. Al día siguiente, la Primera División de Cosacos del Don y la División Salvaje se desplazaban a Pskov y sus alrededores; amenazadoramente cerca de una Petrogrado polarizada.

En las elecciones a la Duma de la ciudad de Petrogrado, el 20 de agosto, los kadetes recibieron 114.000 votos, y los mencheviques la ridícula cifra de 24.000. Los eseristas ganaron, con 205.000 votos —pero, sorprendentemente, los bolcheviques estaban a tiro de piedra, con 184.000.

«En comparación con las elecciones de mayo», escribió Sujánov, el resultado eserista no representaba una victoria, «sino un retroceso sustancial». Por otra parte, no siendo en absoluto un defensor del partido de Lenin, Sujánov tenía claro que «los auténticos ganadores... eran los bolcheviques, a los que tanto fango se había arrojado, acusándoles de traición y corrupción, y que parecían totalmente derrotados... ¿Por qué? Uno les imaginaba aniquilados para siempre... entonces, ¿por qué este retorno? ¿Qué suerte de extraño y diabólico encantamiento era este?».

El día después de este extraño y diabólico encantamiento, cuando tras horas de bombardeos los alemanes dejaban arrasada la capital letona, derribando sus fachadas de cuento de hadas, los ejércitos rusos huían. Largas filas de soldados alemanes marcharon por la ciudad; sus submarinos se hacían con el control del golfo y bombardeaban los pueblos costeros, castigándolos desde las frías aguas del Báltico.

Riga había caído.

Desde su exilio finlandés, Lenin montaba en cólera, al observar el comportamiento de los bolcheviques de Moscú, considerándolo colaboracionismo. ¿Su pecado? Participar en el Comité Revolucionario Provisional del Soviet, junto a mencheviques y eseristas.

Lenin desdeñó el miedo a la contrarrevolución con el que justificaba sus

acciones el comité. El 18 de agosto escribió «Rumores de una conspiración», en el que sugería que tales miedos eran instigados por los moderados, como parte de una campaña para engañar a las masas y que estas les apoyaran. «Ni un solo bolchevique sincero, y que no haya perdido completamente el sentido, estaría de acuerdo en formar un bloque» con los eseristas o mencheviques, escribió, «incluso en el caso de que un ataque contrarrevolucionario pareciera una amenaza real». Y de todas formas, sugería, esta amenaza no existía.

Lenin se equivocaba.

En cualquier caso, la absoluta confusión del momento, según nos sugieren evidencias fragmentarias y poco claras, se debía en parte a un fallo de coordinación contrarrevolucionaria: en la derecha se preparaba *más de una conspiración*.

Varios grupos en la sombra —la Unión de Oficiales, el Centro Republicano y la Liga Militar— se reunieron para discutir la aplicación de la ley marcial. Decidieron que los mítines programados por el Soviet para el día 27, con motivo de la celebración de los seis meses transcurridos desde febrero, podían utilizarse para justificar un régimen impuesto por Kornílov a punta de pistola. Y si esos mítines no traían el desorden que necesitaban, los conspiradores emplearían agentes provocadores.

El 22 de agosto, el jefe de Estado Mayor convocó a varios oficiales a Maguilov, aparentemente para entrenamientos rutinarios. Pero, al llegar, se les aleccionó sobre los planes de la operación, antes de enviarlos a Petrogrado. Hasta qué punto conocía esto Kornílov, no se sabe a ciencia cierta: lo que sí está claro es que Kornílov estaba dispuesto a derribar a sus enemigos en la izquierda —y en el gobierno.

Y no solo la extrema derecha acariciaba la posibilidad de una ley marcial bajo el mando de Kornílov. Angustiado, lúgubre, incoherente, buscando desesperadamente una salida, también lo hacía el propio Kérenski.

El 23 de agosto, Sávinkov se desplazó a la Stavka, a instancias de Kérenski, para reunirse con Kornílov. La reunión comenzaba en medio de una atmósfera agria, muy poco prometedora.

Sávinkov presentó a Kornílov tres peticiones. Pidió su apoyo para el

desmantelamiento de la Unión de Oficiales y el departamento político de la Stavka, sobre los que se rumoreaba que estaban directamente implicados en la preparación de un golpe. También pedía excluir a Petrogrado del control directo de Kornílov. La última y sorprendente petición consistía en un cuerpo de caballería para Petrogrado.

Tras escuchar esta última solicitud, un sorprendido Kornílov se mostró mucho más cordial. El objetivo de estos soldados montados sería, según le confirmó Sávinov, «la inauguración efectiva de la ley marcial en Petrogrado, y la defensa del Gobierno Provisional contra cualquier agresión». Como atestiguaría después el general Alekséyev, «la participación de Kérenski [en la planificación de la ley marcial] está más allá de toda duda... El despliegue sobre Petrogrado de la Tercera División del Cuerpo de Caballería se hizo a partir de las instrucciones de Kérenski... transmitidas por Sávinov».

Kérenski, según parecía, estaba ofreciendo su apoyo a la misma operación contrarrevolucionaria que planeaba Kornílov.

A partir de lo que puede reconstruirse, parece que Kérenski, preocupado ante la posibilidad de una revuelta bolchevique, afrontaba un dilema desgarrador; oponerse, por un lado, a la ley marcial cuando, de otro, se está convencido de su necesidad. Incluso en la necesidad de una dictadura colectiva o individual.

Y, por su parte, también Kornílov era flexible: perfectamente dispuesto a derrocar a Kérenski, también estaba dispuesto a encontrarse a medio camino, bajo ciertas condiciones. Ahora, al asegurarle Sávinov que el gobierno se plegaría a su voluntad, estaba mucho más abierto a aceptar las otras propuestas de Kérenski, como la oposición de este, «por razones políticas», a entregar las riendas de los cuerpos de caballería al ultraderechista general Krýmov. De este modo, Sávinov salía con la tranquilidad de que Kornílov no actuaría contra el primer ministro. Es más, cuando Sávinov lo sondeó, el general incluso prometió ser leal a Kérenski, aunque sin demasiado entusiasmo.

Parecía como si pudiera alcanzarse un compromiso; se vislumbraba la posibilidad de una ley marcial aceptable. Pero, sin saberlo Sávinov ni Kornílov, Kérenski había recibido una curiosa visita la tarde anterior. Daba así comienzo la siniestra comedia de errores y embustes que protagonizarían los reaccionarios.

Vladímir Nikoláyevich Lvov —que no debe confundirse con el ex primer ministro— era un entrometido zoquete moscovita, un ingenuo engranaje más de la clase dominante. Diputado liberal en las Dumas Tercera y Cuarta, Lvov formaba parte de la red de empresarios de Moscú que pensaban que Rusia necesitaba un autoritario «gobierno nacional» de derechas. Hasta aquí, lo habitual. Menos común es que también conservara un cierto respeto por Kérenski. Cuando llegaron a sus oídos los rumores de conspiraciones en la Stavka, pensó que podría intervenir, y de paso impedir el choque entre Kérenski y Kornílov.

Durante su reunión con Kérenski, Lvov divagó sobre la necesidad de tener a más conservadores en el gobierno, y se ofreció para sondear a figuras políticas relevantes. Dio a entender grandilocuentemente que representaba a «ciertos grupos importantes, con considerable influencia». A partir de aquí divergen los testimonios posteriores.

Lvov afirmaría que Kérenski le había autorizado a actuar como su portavoz; Kérenski recordaría, por su parte, que «no consideraba posible abstenerse de ulteriores reuniones con Lvov, y esperaba de él una explicación más exacta de lo que tenía en mente». Al animarle a que le informara de lo discutido en diversas reuniones informales, Kérenski pensaba que podría obtener más información de los complots a los que Lvov apuntaba indirectamente. Por tanto, estaba sugiriendo a Lvov que sondeara estos misteriosos círculos.

Podría ser el caso que Lvov, que no era el hombre más perspicaz de Moscú, malinterpretara las sugerencias de Kérenski; o que, ilusionado con la tarea que se le encomendaba, se convenciera de que estaba en una misión oficial. En todo caso, mientras Kérenski procedía a continuar con sus fallidos intentos de apuntalar un Estado que colapsaba, Lvov se dirigió a la Stavka.

Mientras, el terror ante un golpe se propagaba más aún, pero también los planes de la izquierda para frenarlo. El 24 de agosto, la Conferencia Interdistrital de Soviets de Petrogrado (un órgano liderado por un menchevique de izquierdas, Gorin, y fuertemente influido por los bolcheviques) exigía que el gobierno declarara a Rusia una república democrática, y anunciaba la formación de un «Comité de Salud Pública», movilizando a cuadrillas armadas de obreros y desempleados en defensa de la revolución. Los bolcheviques de Víborg, contrariados por la inadecuada respuesta de su partido a la amenaza contrarrevolucionaria, programaron una reunión de emergencia del Comité de Petersburgo.

Este era precisamente el tipo de actitud que criticaba Lenin al hablar de alarmismo. Y mientras los militantes cedían y sucumbían ante esta actitud, Kornílov ponía en marcha una conspiración contrarrevolucionaria real.

Kornílov envió instrucciones a Krýmov para que se desplazara a Petrogrado, en respuesta al ya rumoreado «alzamiento bolchevique».

Mientras se desarrollaban estas intrigas, Lvov llegó a la Stavka, con la importante misión que él mismo había inventado.

Presentándose como emisario de Kérenski, Lvov se reunió con Kornílov y uno de sus asistentes, un hombre alto, corpulento y canoso llamado Zavoiko —que también era, aunque Lvov no lo sabía, un conspirador, aunque de otro perfil—. Rico, extremista y estafador parapolítico, durante varios meses Zavoiko había visto en Kornílov a un dictador potencial, y ahora se colocaba como nuevo visir del general.

Lvov preguntó a Kornílov por sus ideas sobre la composición del nuevo gobierno. Kornílov respondió cautelosamente, pero tras aquella petición de desplegar la caballería en Petrogrado, confiaba en que la pregunta de Lvov fuera una prueba más de que el gobierno estaba dispuesto a llegar a un acuerdo y se acercaba a sus posiciones.

Tras la reunión anterior con Sávinkov, los derechistas en Maguilov discutían abiertamente sobre quién tomaría qué ministerio en el nuevo gobierno autoritario. Ahora, Kornílov y Zavoiko mostraban a Lvov ese panorama; sus desideratas. Petrogrado debía colocarse bajo la ley marcial. No había controversia al respecto. La pregunta era, ¿ley marcial, bajo quién?

Lvov sugirió tres posibilidades: Kérenski podía ser el dictador, o podría haber un directorio, esto es, un pequeño gabinete dictatorial que incluyera a Kornílov y presumiblemente a Kérenski; o Kornílov mismo podía ser el dictador.

Juiciosamente, Kornílov expresó su preferencia por la tercera opción. Después de todo, sería más sencillo si toda la autoridad civil y militar en el país pertenecía al comandante en jefe —«sea quien sea», añadió modestamente.

Kornílov debatió sobre los cargos que Kérenski y Sávinkov podrían ocupar en este gobierno, y pidió a Lvov que les urgiera, por su propia

seguridad, a que se dirigieran a Maguilov en los próximos dos días. Lvov se mostró jovialmente despreocupado durante el resto de la reunión, sugiriendo nombres para el gabinete. Pero tras la reunión, y mientras Lvov se disponía a abordar su tren de vuelta a Petrogrado, quizá juzgando mal las lealtades de su visitante, o quizá sin que le importaran demasiado, Zavoiko, con osada arrogancia, dejó caer un comentario estremecedor.

«Kérenski es necesario, como un nombre que inspire a los soldados, durante diez días o así», dijo, «después de lo cual será eliminado».

Lvov se sentó aturdido en su vagón, mientras el tren arrancaba. Por fin, comenzaba a ser mínimamente consciente de que las aspiraciones de Kérenski y las de Kornílov, por decirlo así, no coincidían perfectamente.

Kornílov colocó al Tercer Cuerpo de Caballería —¡el mismo que había solicitado Sávinkov!— en estado de alerta. Hizo que Krýmov preparara una orden para distribuirla a su entrada a Petrogrado, anunciando la imposición de la ley marcial, el toque de queda y la prohibición de huelgas y reuniones. La desobediencia, rezaba el panfleto, será castigada duramente: «Las tropas no dispararán al aire». Más soldados llegaron a Petrogrado, preparando esta incipiente ocupación militar y policial.

Como estaba acordado, Kornílov envió un telegrama a Sávinkov, detallándole qué fuerzas estarían ya desplegadas para la tarde del día 28. «Pido que el 29 de agosto Petrogrado se proclame bajo ley marcial»: así, cortésmente, Kornílov se preparaba para dar fin a la revolución.

El día 27 la prensa de extrema derecha anunciaba masacres izquierdistas. Los agentes provocadores provocaban: los socialistas recibieron numerosas informaciones de «extranjeros vestidos de soldado» que intentaban instigar la insurrección. La pretendida colaboración de Kérenski con Kornílov no impidió que continuaran otros —caóticos— planes golpistas de la extrema derecha.

El aire apestaba a contrarrevolución. El 26 de agosto, el Soviet Sindical de Petrogrado y el Soviet Central de Comités de Fábrica apoyaron conjuntamente el llamamiento de la Conferencia Interdistrital a formar un Comité de Salud Pública.

Este era el hervidero al que retornaba Lvov. Se dirigió raudo hacia el Palacio de Invierno.

Acababa Sávinkov de informar a Kérenski de su propia reunión cordial con Kornílov cuando Lvov llegó. Tranquilizado por el informe de Sávinkov, Kérenski preguntó a Lvov lo que había averiguado. Y entonces escuchó su respuesta, perplejo, aturdido, horrorizado.

Lvov trasladó a Kérenski como *exigencias* lo que Kornílov había expresado como *preferencias* entre las opciones que Lvov le había planteado —en representación del propio Kérenski, o eso creía Kornílov—. Este quería que Kérenski se desplazara a Maguilov, dijo Lvov, quien advirtió a Kérenski de que la invitación era peligrosa, tal y como había escuchado en boca de Zavoiko. Kérenski, insistió Lvov, debía huir.

Kérenski, incrédulo, estalló en una nerviosa carcajada.

«Este», dijo Lvov, pálido, «no es momento para bromas».

Kérenski se esforzó por entender lo que estaba escuchando. Pidió a Lvov que pusiera por escrito las «exigencias» de Kornílov. Ley marcial; toda la autoridad, incluyendo la civil, para el comandante en jefe; todos los ministros, incluyendo a Kérenski, deben dimitir. Lo que Kornílov pensó que era un listado de opciones posibles, ahora se leía como la declaración de un *putsch*.

Todavía aturdido, Kérenski pidió a Lvov que se reuniera con él en el Ministerio de Guerra a las 8 p. m., para hablar directamente con Kornílov: quería estar absolutamente seguro de lo que estaba a punto de suceder. Pero aún quedaba un último sinsentido. Lvov llegó tarde a la cita. A las 8:30, agitado, impaciente, Kérenski telegrafió directamente a Kornílov, y simplemente fingió que Lvov estaba con él. Y la farsa continuó entre chasquidos y crujidos, con cada réplica registrada en la cinta de texto.

Kérenski: «Buenas tardes, general. V. N. Lvov y Kérenski en la línea. Le pedimos que confirme usted que Kérenski debe actuar según la comunicación que le ha sido trasladada por Vladímir Nikoláyevich».

Kornílov: «Buenas tardes, Aleksandr Fiódorovich; buenas tardes, Vladímir Nikoláyevich. Por confirmar de nuevo el resumen de la situación actual, creo que el país y el ejército están preparados, tal y como pedí a V. N. que le hiciera saber a usted, y declaro nuevamente que los sucesos de los últimos días y aquellos que puedo prever, hacen imperativo alcanzar una decisión definitiva en el más breve plazo de tiempo».

Kérenski representaba ahora el papel de Lvov. «Yo, Vladímir Nikoláyevich, pido si es necesario actuar sobre esa decisión definitiva que me

pidió usted que comunicara de manera privada a Aleksandr Fiódorovich. Sin confirmación personal, Aleksandr Fiódorovich duda en darme su plena confianza».

Kornílov: «Sí, confirmo que le pedí a usted que trasladara a Aleksandr Fiódorovich mi petición urgente de que viniera a Maguilov».

Kérenski, con el corazón en un puño, hizo que Kornílov confirmara que Sávinkov, también, debía acudir. «Créanme», añadió Kornílov, «solo mi reconocimiento de la responsabilidad del momento me hace tan persistente en mi petición».

«¿Debemos venir solo en caso de manifestaciones, de las que hay rumores, o en cualquier caso?», añadió Kérenski.

Kornílov: «En cualquier caso».

La conexión se interrumpió, acabando el más memorable y contradictorio diálogo de sordos de la historia.

En su cuartel general, Kornílov respiraba hondamente de alivio. Kérenski, pensaba, vendría ahora a Maguilov y se sometería a —o incluso se uniría— a un gobierno bajo su mando.

Kérenski, mientras, creía que la «decisión definitiva» que Kornílov acababa de confirmar no era solo que él, Kérenski, debía someterse, sino que Kornílov asumiría poderes dictatoriales. Que Kérenski había recibido un ultimátum. Que se estaban librando de él.

¿No le había aconsejado Lvov que salvara su vida?

Cuando apareció finalmente Lvov, y para su sorpresa, Kérenski hizo que lo arrestaran.

Sus propios planes para imponer una ley marcial habían arrastrado a Kérenski tan a la derecha que ya no sabía si podía acudir al Soviet para obtener su ayuda, ni tampoco cómo responderían las masas de Petrogrado a cualquiera de sus llamamientos. En una apresurada reunión de gabinete, leyó la transcripción que «probaba» la «traición» de Kornílov. Exigió a los ministros, estupefactos, que le garantizaran autoridad ilimitada, ante el peligro que acechaba. Los kadetes, profundamente imbricados en un *milieu* que era también el de Kornílov, pusieron objeciones, pero la mayoría le dio a Kérenski carta blanca. Siguiendo su petición, dimitieron, permaneciendo solo

en calidad de interinos.

Por tanto, a las 4 a. m. del 27 de agosto, acabó la Segunda Coalición.

Una vez más, Kérenski envió un telegrama a Kornílov. «Le ordeno inmediatamente que entregue el cargo al general Lukomski», dictó mientras repiqueteaban las teclas, «quien asumirá temporalmente las tareas de comandante en jefe, hasta la llegada del nuevo comandante en jefe. Usted debe volver inmediatamente a Petrogrado».

Hecho esto, se retiró a sus aposentos, en la puerta contigua a la habitación donde Lvov estaba siendo retenido. Kérenski intentó calmar sus nervios canturreando arias. El sonido de su voz traspasaba el muro, despertando a su confuso informante y manteniéndole despierto toda la noche.

El domingo 27 de agosto, el día de la celebración del Soviet, amaneció cálido, claro y tenso. «Gentes siniestras están haciendo circular rumores de un alzamiento planeado para hoy y supuestamente organizado por nuestro partido», advertía el periódico *Rabochiy*, de los bolcheviques. «El CC implora a obreros y soldados que no respondan a las provocaciones... y que no tomen parte en ninguna acción». Los miedos del partido respondían más a las amenazas internas, de posibles provocadores, que a las externas.

Y los conspiradores esperaban su momento. Aquella mañana, y durante los siguientes dos días, el coronel L. P. Dyusimeter y P. N. Finísov, del Centro Republicano, y el coronel V. I. Sidorin, su enlace con la Stavka, mataban el tiempo por Petrogrado, de bar en bar: esperaban noticias de Krýmov, listos para dar comienzo, a su señal, al golpe de Estado.

Poco después de las 8 a. m. del domingo, Kornílov recibió el telegrama de Kérenski. De la estupefacción inicial, pasó a la cólera furibunda.

El general Lukomski, no menos sorprendido, rechazó la posición que le había asignado Kérenski. «Es demasiado tarde para detener una operación que se ha iniciado con la aprobación de usted», afirmó en su telegrama, con perplejidad palpable en las últimas tres palabras. «En nombre de la salvación de Rusia debe usted permanecer junto a Kornílov, no frente a él... la destitución de Kornílov traería horrores como Rusia nunca ha visto antes».

Kérenski puso a Sávinkov a cargo de los preparativos militares para hacer frente al golpe, mientras Kornílov ordenaba a Krýmov, al mando del Tercer

Cuerpo de Caballería, que ocupara la ciudad. Kérenski les urgió a detenerse, haciéndoles llegar el mensaje de que no había insurrección que «detener» (el pretexto bajo el cual les movilizaba Krýmov). No se detuvieron.

Los confusos rumores de una ruptura entre Kornílov y Kérenski comenzaban a propagarse por Petrogrado. Rumores que, desde luego, también sugerían un acuerdo anterior a la ruptura.

A media tarde, los líderes del Soviet y sus partidos se reunían en una sesión de emergencia. Ni siquiera estaban seguros de qué era lo que necesitaban discutir o debatir. La situación era tensa además de incomprensible.

Solo se aclaró la cuestión cuando, al comenzar la tarde, Kérenski publicó una proclamación. A través de Lvov, decía, Kornílov había exigido el poder civil y militar para inaugurar un régimen contrarrevolucionario. Ante esta grave amenaza, el gobierno había ordenado a Kérenski que emprendiera contramedidas. Por esa razón, aclaraba el texto, la ley marcial quedaba ahora declarada.

Kornílov respondió velozmente a la declaración de Kérenski, insistiendo —verazmente— en que Lvov no era representante suyo.

«Nuestra gran madre patria está muriendo», afirmaba. «Bajo la presión de la mayoría bolchevique en los Soviets, el Gobierno Provisional actúa en completa armonía... con el Estado Mayor alemán... No quiero nada para mí mismo, excepto la preservación de la grandeza de Rusia, y juro llevar al pueblo a través de la victoria... hacia una Asamblea Constituyente, donde él mismo decidirá su destino».

Los generales Klembovski, Baluev, Shcherbátov y Denikin, entre otros, juraron lealtad a Kornílov. La Unión de Oficiales telegrafió con entusiasmo a los cuarteles generales del ejército y la marina de todo el país, proclamando el final del Gobierno Provisional e instando a un «sólido e inquebrantable» apoyo a Kornílov.

Kérenski planteaba ineficazmente una batalla; Kornílov declaraba la guerra.

Instantáneamente surgieron una multitud de comités *ad hoc* para movilizar a los ciudadanos contra el golpe; para procurar armas, coordinar suministros,

comunicaciones, servicios. El Vikzhel, el Comité Ejecutivo Panruso de Trabajadores del Ferrocarril, controlado por los mencheviques, formó un buró para la lucha contra Kornílov, trabajando junto a la Conferencia Interdistrital. La noticia se comunicó a Kronstadt. La izquierda reunía fuerzas. En Smolni, las fracciones del partido se reunían apresuradamente.

En una amarga ironía, esa misma noche el bolchevique Comité de Petersburgo se reunía en el Distrito de Narva para la sesión programada tres días antes, en respuesta a la preocupación de los bolcheviques de Víborg ante la inadecuada atención del partido a la amenaza contrarrevolucionaria. Hasta entonces la dirección probablemente había intentado desdeñar tales inquietudes: ahora, mientras se reunían los treinta y seis dirigentes del partido, las tropas de Kornílov descendían sobre Petrogrado. Pocas veces los alarmistas pudieron sentirse tan reivindicados.

Y las bases militantes de Víborg estaban indignadas, no solo por la falta de reflejos de la dirección a la hora de afrontar la funesta situación, sino también por las ambiguas y tacticistas resoluciones del reciente Sexto Congreso. Una de ellas, «Sobre la situación política», animaba a cooperar con *todas* las fuerzas enfrentadas a la contrarrevolución; mientras que «Sobre la unificación» declaraba a los mencheviques como desertores permanentes del campo proletario, lo que impedía la cooperación ellos. ¿Cómo proceder, entonces?

En la reunión se palpaba la fractura. Andréi Búbnov, un militante veterano recién llegado de Moscú para unirse al CC, advirtió a sus camaradas que no confiaran ni en los mencheviques ni en los eseristas. Durante la Conferencia Estatal de Moscú, les dijo, «primero el gobierno nos pidió ayuda, y después nos escupió». Estaba en contra de la colaboración en cualquier organización de autodefensa, e insistió en que los bolcheviques trabajaran solos, para agitar a las masas simultáneamente contra Kornílov y Kérenski. Frente a él, Kalinin (que formaba parte de lo que todavía era, *contra* Lenin, la corriente principal de la dirección) insistió en que si Kornílov realmente estaba a punto de derrocar a Kérenski, sería absurdo que los bolcheviques no intervinieran en apoyo a Kérenski.

El ambiente se hizo hostil. Los oradores radicales criticaban a las autoridades del partido por falta de liderazgo, por «defensismo», por actuar como «congelante» para las masas, por operar «a tuestas» desde las Jornadas de Julio.

La reunión degeneró en un maremágnum de quejas, rencores y ataques generalizados. La rabia distrajo a los asistentes, hasta que finalmente alguien gritó: «¡Concretemos las medidas de defensa!».

Todo el mundo tenía claro que era crucial movilizar al mayor número posible de gente contra Kornílov. Los bolcheviques establecieron una red de comunicaciones, redactaron panfletos que instaban a obreros y soldados a tomar las armas. Se asignaron las tareas de coordinación con las diversas organizaciones de masas. Y todo el mundo, incluyendo a Búbnov, estuvo de acuerdo en que el partido debía mantener el contacto con el órgano de defensa de la dirección del Soviet —«con el objeto», se especificaba vagamente, «de intercambiar información».

Para Búbnov, por tanto, era indispensable el intercambio «informativo» con el Soviet, incluso si «no debía haber interacción con la mayoría del Soviet». Esto no era tanto una «síntesis dialéctica» como una medida temporal, exigida por la escala de la crisis. Kérenski y Kornílov eran igual de malos, pero en ese momento Kornílov era *más igual* de malo.

A las 11:30 p. m., el Comité Ejecutivo del Soviet se reunía para discutir su relación con el gobierno, dada la reciente alianza de Kérenski y Kornílov y su posterior colapso, y tras saber que Kérenski pedía ahora la formación de un Directorio, un pequeño gabinete con poderes autoritarios. Lo que era más urgente: tenían que decidir cómo defender la revolución.

Para los moderados, incluso en esta situación era necesario defender a Kérenski, por muchas críticas que le pudieran hacer.

«La única persona que puede formar un gobierno en estos momentos es el camarada Kérenski», dijo el menchevique Vainshtein. Si Kérenski y el gobierno caen, «se perderá la revolución».

Los bolcheviques adoptaron la línea más dura: no se podía confiar en el Gobierno Provisional *in toto*. Querían alentar la democratización en el ejército, la transferencia de tierra a los campesinos, la jornada de ocho horas, el control democrático de la industria y las finanzas, y la devolución del poder a los obreros, campesinos y soldados revolucionarios. Y, sin embargo, habiendo dejado claros sus argumentos, los bolcheviques del Comité Ejecutivo del Soviet, más conciliadores que Lenin o sus camaradas de Víborg, no plasmaron la decisión en una resolución. Mantendrían una oposición dura,

pero abstracta.

Sorprendentemente, incluso se abstuvieron en una resolución que, si bien se oponía al Directorio que deseaba Kérenski, le garantizaba el poder, permitiéndole no solo mantener la forma existente de gobierno, sino también colocar en los puestos vacantes del gabinete a kadetes cuidadosamente elegidos. Más sorprendente aún: votaron *junto a* mencheviques y eseristas para acordar una «conferencia estatal» (otra más, aunque esta vez compuesta exclusivamente de «elementos democráticos», es decir, la izquierda) para discutir la cuestión del gobierno, y actuar como supervisores hasta la convocatoria de una Asamblea Constituyente.

Sin embargo, cuando sus representantes informaron a Kérenski de esta decisión del Soviet, él ratificó su voluntad de crear un Directorio de seis miembros. Habían llegado a un punto muerto, y le tocaba responder al Soviet.

«Todos los directorios engendran la contrarrevolución», protestó Mártov en el Soviet, ante la enérgica aprobación de los presentes. Lunacharski también se opuso, con una lúcida intervención. Describió a Kornílov y al Gobierno Provisional como contrarrevolucionarios, y exigió la transferencia del poder a un gobierno de obreros, campesinos y soldados —lo que en este caso quería decir a los soviets—. De este modo, Lunacharski reintroducía de golpe, si no la forma, al menos el contenido del eslogan «Todo el poder para los soviets». La misma consigna que Lenin había decretado obsoleta.

Pero al caer la noche, los exhaustos delegados fueron enterándose de que un general tras otro se estaba posicionando con Kornílov. Presionados por la urgencia de debatir sobre la cuestión del gobierno, que sentían como una necesidad acuciante, la reunión se inclinó lentamente hacia la derecha.

Finalmente el Comité Ejecutivo adoptó una resolución de Tsereteli que daba apoyo a Kérenski, y le daba margen para decidir sobre la forma del gobierno. Esto equivalía a aprobar su Directorio.

Los bolcheviques presentes se opusieron vehementemente a la resolución. Pero pese a ello, como dramática prueba de su moderación —para los estándares de su partido—, acordaron que si ese gobierno se comprometía seriamente a combatir la contrarrevolución, acordarían «formar una alianza militar con él».

El enemigo se aproximaba. El Soviet dio órdenes de emergencia a los

soviets provinciales, a los obreros de ferrocarriles y a los soldados: desafiar a la Stavka e interrumpir las comunicaciones contrarrevolucionarias. Pidieron que las órdenes del Soviet —y las del gobierno— fueran obedecidas inmediatamente.

Durante aquella noche no solo colaboraron los bolcheviques con aquellos a su derecha: la cooperación se produjo también en sentido inverso. Cuando Weinstein, un menchevique de derechas, propuso formar un grupo para organizar la defensa militar, todo el mundo estuvo de acuerdo en que los bolcheviques debían formar parte integral de él.

El 28 de agosto, el príncipe Trubetskói, del ministerio de Exteriores, telegrafió a Tereshchenko desde Maguilov: «Todo el personal de mando, la abrumadora mayoría de oficiales y las mejores unidades de combate... seguirán a Kornílov». «Todas las fuerzas cosacas, la mayoría de escuelas militares, y las mejores unidades de combate... Añadido a esto... está la superioridad de la organización militar sobre la debilidad de los órganos del gobierno».

En Petrogrado se aceleró la movilización para hacer frente a los contrarrevolucionarios, pero las noticias eran implacablemente negativas. Llegaban noticias de que las tropas de Kornílov habían alcanzado Luga y la guarnición revolucionaria se había rendido. Nueve trenes con tropas habían atravesado Orodezh.

La reacción estaba de camino.

La respuesta del Soviet y muchos en la izquierda, sin excluir a los bolcheviques, fue de pánico. Pero, de manera abrumadora, los obreros y soldados de Petrogrado reaccionaron de manera diferente. La desalentadora afirmación de Trubetskói, «la mayor parte de las masas populares y urbanas son ahora indiferentes al orden existente, y se someterán a cualquier restallido del látigo», se demostraba totalmente equivocada.

Miles de soldados se movilizaron contra el inminente golpe.

En las fábricas, sonaron alarmas y silbatos, convocando a los obreros. Hicieron acopio de suministros, reforzaron la seguridad, se organizaron en destacamentos de combate.

Algunas organizaciones habían previsto el peligro. El Comité Interdistrital

de Soviets de Petrogrado, por ejemplo, había estado advirtiéndolo de esta amenaza, y estaba preparado para tomar prontas acciones. El Vikzhel instó a que se paralizaran los «telegramas sospechosos» y se vigilara todo movimiento irregular de tropas. Para la tarde del día 28, el grupo sugerido por Weinstein, el Comité para la Lucha Contra la Contrarrevolución, estaba operativo.

Según lo acordado, el comité incluía a representantes mencheviques, eseristas, bolcheviques y otras organizaciones democráticas. En palabras de Sujánov,

las masas, en la medida en que estaban organizadas, estaban organizadas por los bolcheviques y a ellos les seguían... Sin [ellos], el comité era impotente... habría dejado pasar el tiempo entre llamamientos y vacuos discursos... Con los bolcheviques, el comité tenía a su disposición todo el poder de los obreros y soldados organizados... Y, pese a ser minoría, estaba bastante claro que... el control estaba en manos de los bolcheviques.

El comité cooperó con los grupos de defensa autoorganizados que se estaban improvisando. Una tarea crucial —y para los bolcheviques, una condición indispensable para su participación— era armar a las milicias de obreros. Una transformación de 40.000 personas, prácticamente de la noche a la mañana. Mecánicos, obreros del metal, gente de todo tipo convirtiéndose en un ejército. En las grandes salas de las fábricas resonaban los ecos de marchas inexpertas: la música de una nueva milicia.

«La fábrica parecía un campo militar», recordaría Rakilov, uno de estos Guardias Rojos —como se les conocería a partir de entonces—. «Cuando entrabas, podías ver a los operarios sentados en sus mesas de trabajo, pero con las mochilas al hombro, y sus armas apoyadas en la silla».

Cuarenta mil personas se organizaron rápidamente en sus nuevos roles. Las sesiones fotográficas de cada unidad llevaron algún tiempo. Ante las cámaras, sujetaban sus armas con equilibrio desigual; sus rostros miraban al objetivo inquietos, agitados, determinados. Los nuevos Guardias Rojos se presentaban orgullosos, equipados con su ropa de trabajo o con uniformes militares improvisados, pero también con sus mejores trajes, como si fueran a la iglesia, a una boda o a un funeral. En sus trajes solemnes, con sus corbatas planchadas y apretadas, con bombines o sombreros de fieltro, posaban arrodillados, con los fusiles en ristre. Lo que se celebraba era la autodefensa.

Los bolcheviques negociaron sus contradicciones tácticas. Colaboraban

con los moderados, pero de modo que los obreros armados estuvieran en la vanguardia de la defensa.

En la propia Petrogrado, la mayor parte de reclutas de las escuelas militares respaldaban a Kornílov, pero esto no significaba en absoluto que todos estuvieran dispuestos a luchar por él; mientras, los cosacos se mantenían neutrales, negándose a luchar por ninguno de los dos bandos. El resto de unidades de la ciudad enviaron destacamentos para construir defensas en sus puntos vulnerables.

En la tensa atmósfera militar, era peligroso mostrar un apoyo abierto por Kornílov. En las calles del distrito de Víborg, soldados furiosos asesinaron a varios oficiales que se negaron a reconocer la autoridad de un comisario revolucionario. En Helsingfors, la tripulación del acorazado *Petropavlovsk* votó si debían ejecutar a los oficiales que no juraran lealtad a las «organizaciones democráticas».

Los talleres de pólvora de Schluselburg enviaron una gran cantidad de granadas a la capital, para su distribución entre los comités de fábrica. Los soviets estonio y finlandés expresaron su solidaridad. En todo Petrogrado se veían carteles del Soviet instando a la disciplina, denunciando el alcoholismo. La Duma de la ciudad formó una comisión para ayudar con los suministros de comida. Y más importante aún; eligió a delegados que se desplazarían a Luga, con el propósito de agitar las tropas de Kornílov.

En el sur de Petrogrado, los obreros armados erigieron barricadas. Desplegaron alambre de púas por los caminos, cavaron trincheras en los accesos a la ciudad. Los barrios de las afueras se convirtieron en campamentos militares.

La derecha estaba perdiendo la iniciativa, podían sentirlo. Devolvieron el golpe.

En la tarde del día 28, Miliukov se ofreció como mediador, con la esperanza de persuadir a Kérenski para que se retirara. El kadete de alto rango Kishkin presionó a Kérenski para que dimitiera en favor de Alekséyev —que apoyaba a Kornílov—. Una mayoría de los ministros (en activo) de Kérenski estuvieron rápidamente a favor de la propuesta, e incluso los representantes extranjeros le aconsejaron que reconsiderara la posibilidad de «negociar».

El Soviet, sin embargo, se opuso categóricamente a dar pasos en esa

dirección. En vista de la magnitud de la defensa revolucionaria (en cuya organización el Soviet se había convertido rápidamente en una pieza crucial) e incómodamente consciente de la probable resistencia de obreros y soldados si se oponía a su movilización, Kérenski tuvo que rechazar las presiones que le instaban a negociar.

El 28, Dyusimeter y Finísov partieron en silencio hacia Luga. Dejaron a Sidorin atrás, provisto de fondos recaudados por Putílov y la Sociedad para la Rehabilitación Económica de Rusia, con el propósito de financiar un golpe cuando le dieran la señal. Su trabajo sería inventar un «disturbio bolchevique» para justificar la represión militar.

Pero rápidamente empezaron a llegar más retrocesos para la derecha. Esa noche, la División Montada de Ussuriyski quedó bloqueada de camino hacia la ciudad: solo pudo llegar a Yamburg, y allí descubrió que el Vikzhel había logrado transmitir su mensaje: los obreros del ferrocarril habían saboteado las vías. Quedaban aislados y bloqueados, separados del resto de tropas. Elementos de la División Salvaje pudieron llegar hasta Vyritsa, a sesenta kilómetros escasos de la capital. Pero también allí su tren se topó con los rieles arrancados. Los carriles de la revolución sobresalían como huesos rotos.

Las tropas de Kornílov quedaban aisladas —pero no estaban solas.

Allí donde estaban varados, llegaron decenas de emisarios. Procedían del Comité para la Lucha, de soviets de distrito, fábricas, guarniciones; venían delegados de la Tsentroflot, del Comité Naval, de la tripulación de la Segunda Flota del Báltico. Y también llegaron lugareños. Atravesaban los matorrales y aparecían de entre los árboles, acercándose al tren sibilante. Venían a agitar; a rogar a la División Salvaje que se resistiera a ser instrumentalizada por la contrarrevolución.

En un golpe de suerte revolucionaria, el Comité Ejecutivo de la Unión de Soviets Musulmanes estaba de visita en Petrogrado cuando comenzó la crisis. Envío una delegación propia para que se reuniera con el tren, y uno de ellos era nieto del Imán Shamil. Shamil fue un legendario héroe de la liberación del Cáucaso en el siglo XIX, y también era un héroe para los hombres de la División Salvaje. Ahora un hombre de esa famosa estirpe les estaba implorando que defendieran la misma revolución que sus superiores les ordenaban enterrar.

Los soldados de la División Salvaje, de hecho, desconocían el propósito de su traslado. No estaban especialmente predispuestos a apoyar a Kornílov, y

cuanto más escuchaban a aquellos que les rogaban, menos dispuestos estaban. Escucharon y discutieron, y reflexionaron sobre lo que se les decía, mientras se ponía el sol y caía la noche. El tren y sus alrededores se convirtieron en una sala de debate, un parlamento improvisado. Sus oficiales se desesperaban.

En Petrogrado, alarmados por las noticias de que los oficiales de ciertas unidades estaban ayudando a Kornílov, obstaculizando los preparativos, acatando las órdenes con lentitud e interfiriendo en las decisiones, el Comité para la Lucha envió comisarios para supervisar la movilización. La ciudad estaba llena de Guardias Rojos. Tres mil marineros armados llegaron desde Kronstadt para prestar asistencia. El Soviet Central de Comités de Fábrica coordinó los preparativos. El Sindicato de Trabajadores Metalúrgicos —con mucho el sindicato más poderoso de Rusia— puso su dinero y experiencia a disposición del Comité para la Lucha.

Los designados por Kérenski para la tarea, Sávinkov y Filonenko, se esforzaban por anticipar la llegada de Kornílov al menos con la misma diligencia con la que vigilaban a los bolcheviques. La idea de que estos dos estuvieran al cargo de las defensas de Petrogrado era una obvia ilusión. En el mejor de los casos, eran meros espectadores del trabajo del Soviet y de los militantes.

Los bolcheviques eran necesarios para los preparativos. Tanto era así que, cuando varios de sus miembros escaparon de su encarcelamiento en el cuartel de la Milicia del Segundo Distrito, el Comité para la Lucha acordó, de manera extraordinaria, que se les dispensara de volver a prisión «para participar en la lucha común».

Concretamente, el enfoque del partido era impulsar la máxima movilización posible de abajo arriba: contra Kornílov, pero sin apoyar al Gobierno Provisional. El periodista Chamberlin los describe defendiendo al gobierno con «los dedos cruzados».

Y en medio de la autoorganización y las reuniones de masas, regresó una consigna familiar. «En vista del emergente movimiento burgués contrarrevolucionario», insistió un grupo de obreros de la fábrica de tuberías, «todo el poder debe ser transferido al Soviet de Diputados Obreros, Soldados y Campesinos». El día 29, miles de trabajadores de Putílov se pronunciaban a favor de un gobierno de «representantes de las clases revolucionarias». Los trabajadores de los astilleros de Novo-Admiralteiski exigían que el poder «se

ponga en manos de los obreros, de los soldados y el campesinado pobre, y sea responsable ante los Soviets de Diputados Obreros, Soldados y Campesinos».

Definitivamente, volvía la consigna de «Todo el poder para los soviets».

«No se esperan perturbaciones», telegrafiaba Kérenski a Krýmov, desesperado por mantenerlo alejado. «Tus tropas no son necesarias».

Como si en ese momento Kérenski pudiera controlar a Krýmov. No obstante, Krýmov tampoco controlaba a sus tropas. La División Cosaca Montada Ussuriyski, todavía atascada en Yamburg (ahora conocido como Kingisepp), seguía rodeada: multitudes provenientes de los soviets de Narva y Yamburg, unidades militares, organizaciones de masas y fábricas locales, más una delegación dirigida por Tsereteli. Una lectura de la proclamación de Kérenski sobre Kornílov fue suficiente para frenar el ímpetu de los cosacos.

El propio Krýmov y la Primera de Cosacos del Don quedaron cercados, asediados por los hombres de la guarnición acantonada en Luga, que constaba de 20.000 efectivos. Los oradores callejeros rodeaban el tren, dando voces por las ventanas, ante el desconcierto de los cosacos y la ira de Krýmov. Kornílov le ordenó que recorriera los últimos kilómetros hasta Petrogrado, pero la guarnición de Luga no lo permitiría; además, para entonces, los cosacos ya no estaban dispuestos a atender a razones. El irritado Krýmov solo pudo ver cómo sus hombres se alejaban para participar en varias reuniones espontáneas. La firmeza de sus subordinados se deshacía ante sus propios ojos.

Al acabar el día, Sidorin, en Petrogrado, recibía el telegrama de Dyusimeter y Finísov, y en él se leía la señal que había estado esperando: «Actúe inmediatamente según las instrucciones». Le pedían que pusiera en marcha los disturbios.

Pero era demasiado tarde, como ya se veían forzados a reconocer incluso sus partidarios en la derecha. El general Alekséyev, al ver que el golpe de Estado no tenía futuro, amenazó con suicidarse si se hacía efectivo el plan de instigar las provocaciones en Petrogrado.

El 30 de agosto, la rebelión de Kornílov se había derrumbado.

«Salimos victoriosos sin disparar un solo tiro», escribió Kérenski diez años después. Ese «nosotros» era asombrosamente tendencioso.

Lenin recibía todas las noticias de Rusia con retraso. Se enteró tarde de la amenaza y supo con retraso que se había repelido. En un clima de alivio generalizado, el día 30 se reunía el CC en Petrogrado, y Lenin les escribió a toda prisa.

Lo que envió Lenin no fue un *mea culpa* explícito por haber afirmado que la contrarrevolución era «una estratagema cuidadosamente planeada por parte de mencheviques y eseristas». Pero la carta contenía quizá una disculpa implícita, al recalcar su asombro ante este «totalmente inesperado... y directamente increíble giro de los acontecimientos». Desde luego, tal cambio en la situación requiere una reacción equivalente: «como todos los giros bruscos», escribió, «[las circunstancias] exigen una revisión y un cambio de táctica».

En Zúrich, a comienzos de ese mismo año, tratando de convertir al poeta rumano Valeriu Marcu para la causa del derrotismo revolucionario, Lenin lo había convencido con una frase que se haría famosa. «Uno siempre tiene que intentar», dijo, «ser tan radical como la realidad misma». ¿Y en qué queda un radicalismo, si no sorprende?

Ahora la realidad, radical, le dejaba aturrido.

A veces se ha insinuado que durante la crisis de Kornílov, la enérgica y eficaz cooperación no colaborativa de los bolcheviques con el gobierno se hizo bajo la dirección de Lenin. Esto es falso: cuando sus instrucciones comenzaron a llegar, el partido llevaba días participando en el Comité para la Lucha, y en gran medida la rebelión había sido desactivada. El curso que había trazado antes, sin embargo, equivalía a un legitimación post factum.

No había especificado qué consideraba como cooperación «permisible» con los mencheviques y los eseristas, que antes había denunciado como inaceptable, pero sí sugirió su necesidad. Dijo: «vamos a luchar contra Kornílov, por supuesto, al igual que hacen las tropas de Kérenski, pero no apoyamos a Kérenski»; y eso fue, en líneas generales, lo que ocurrió. El mismo día en que lo escribió, el periódico bolchevique de Moscú *Sotsial-demokrat* afirmaba: «El proletariado revolucionario no puede tolerar ni la dictadura de Kornílov ni la de Kérenski».

«Desvelamos su debilidad», escribió Lenin, al señalar la vacilación de Kérenski y proclamando exigencias maximalistas —la entrega de tierras a los campesinos, el control obrero, armar a los trabajadores—. Esta última, por

supuesto, ya se había cumplido. La anotación favorable que Lenin adjuntó a su carta antes de enviarla era comprensible: «Habiendo leído seis números de *Rabochy* después de que esto fuera escrito, debo decir que nuestros puntos de vista coinciden plenamente».

El día 30, la quebrada División Salvaje de Kornílov alzó una bandera roja. Los cosacos de la Ussuriyski juraron lealtad al Gobierno Provisional. El general Denikin fue encarcelado por sus propias tropas. Comandantes de otros frentes comenzaron a anunciar su fidelidad al gobierno, frente a la conspiración derechista. En Luga, donde Krýmov recibía noticias falsas de Finísov y Dyusimeter informándole de que «los disturbios bolcheviques» estallarían en cualquier momento, los Cosacos del Don se habían radicalizado tanto que se planteaban arrestarle.

Esa tarde llegó un delegado del gobierno. Prometió mantener a Krýmov a salvo, y lo invitó a reunirse con Kérenski en la capital.

A su manera, ineficaz, Kérenski quería limpiar la casa. Pero, aunque se hubiera salvado Petrogrado, la izquierda lo asustaba casi tanto como la derecha. Por ejemplo, mientras despedía a Sávinkov por su proximidad con varios conspiradores, lo sustituyó por Palchinski, cuya política era extremadamente similar —y cuyas primeras acciones incluyeron el cierre del periódico bolchevique *Rabochy* y el de Gorki, *Novaya zhizn*—. Como si quisiera subrayar su error, Kérenski nombró al general Alekséyev como jefe del Estado Mayor: en lo político, un hombre virtualmente idéntico a Kornílov.

Con el barco hundiéndose, las ratas comenzaron a salir, indignadas, ¡conmocionadas! por cualquier insinuación de que habían apoyado a Kornílov. Rodzianko declaró grandilocuentemente que «comenzar ahora con acusaciones y guerras intestinas es un crimen contra la madre patria». Todo lo que sabía de la conspiración, se quejó, era lo que leía en los periódicos.

En su celda, el ridículo Vladímir Lvov se enteró de que el viento había cambiado de dirección. Envío a Kérenski sus enhorabuenas más sentidas, gozoso de haber «rescatado a un amigo de las garras de Kornílov».

Esa noche, Krýmov llegó a una ciudad tranquila.

En la mañana del 31 de agosto, Krýmov y Kérenski se reunieron para una

acalorada discusión en el Palacio de Invierno. Se desconoce qué se dijeron exactamente. Es probable que Kérenski acusara a Krýmov de amotinarse, cosa que Krýmov habría negado de manera poco convincente. Como Kornílov, Krýmov estaba furioso ante lo que parecía la duplicidad de Kérenski, su inexplicable giro total. Por fin, demasiado exhausto como para continuar, Krýmov acordó otro encuentro, y fue a descansar al apartamento de un amigo.

«La última carta que nos quedaba para salvar a la patria, ha sido derrotada», le dijo a su anfitrión. «La vida ya no vale la pena».

Krýmov se excusó a una habitación privada. Allí escribió una nota a Kornílov, sacó su pistola y se disparó en el corazón.

El contenido de su última carta sigue sin conocerse.

Kérenski ordenó una comisión de investigación sobre el intento de golpe. Aun así, trató de congraciarse con una derecha que lo despreciaba, limitando el alcance de la investigación solo a individuos, en lugar de instituciones. Prosiguió con sus planes para establecer una coalición autoritaria de socialistas de derecha y liberales, fortaleciendo el poder de los kadetes.

Pero en las calles de Petrogrado, los obreros y soldados radicales fueron quienes habían derrotado la conspiración, y estaban llenos de confianza. El fracaso de la rebelión de Kornílov inclinaba la balanza política de nuevo hacia la izquierda. Soldados de la Guarnición de Petrogrado proclamaron que «cualquier coalición será combatida por todos los hijos leales del pueblo, con la misma fuerza con la que combatieron a Kornílov». Ahora exigían un gobierno de obreros y campesinos pobres. El Segundo Regimiento de Ametralladoras insistió en que «el único modo de salir de la situación actual radica en la transferencia del poder a las manos del pueblo trabajador».

Las unidades que antes se mantenían neutrales ahora comenzaban a cambiar, al igual que los trabajadores de las fábricas en las que dominaban los moderados. Una plétora de mociones —de bolcheviques, eseristas de izquierda, mencheviques-internacionalistas, y no afiliados— insistían en el poder para los soviets, la unidad de la izquierda, la represión de la contrarrevolución, y un gobierno exclusivamente socialista para poner fin a la guerra. El camarada de Márto, Larin, llegó al límite de la exasperación con los mencheviques pro coalición, y se acercó a los bolcheviques, junto a varios

cientos de obreros.

Al caer la tarde del día 31, el Comité Ejecutivo del Soviet discutió la cuestión del gobierno y su relación con él. Kámenev presentó una moción, evocando el poder y la unidad que el Soviet había convocado, y su capacidad de proteger a la ciudad frente a Kornílov.

En términos bolcheviques, esta propuesta, como el propio Kámenev, era decididamente moderada, pero representaba una ruptura de izquierdas con la práctica del Soviet. Un repudio del compromiso. Pedía un gobierno nacional compuesto solo por representantes de la clase obrera y el campesinado pobre. La confiscación de tierras señoriales sin compensación, y su transferencia a los campesinos. La supervisión de los trabajadores en la industria. Una paz democrática universal. Aunque Kámenev anunciaba airadamente que no estaba «preocupado [...] por los aspectos puramente técnicos de la formación de un gobierno», su moción fue interpretada como un llamamiento a que todo el poder pasara a los soviets.

A las 7:30 p. m. los Comités Ejecutivos pospusieron el debate, sin votación. Poco después, se reunió el propio Soviet de Petrogrado. La masa de delegados habló durante largo tiempo bajo la luz de las lámparas, mientras las manecillas del reloj apuntaban poco a poco hacia el cielo. Discutieron la propuesta de Kámenev mientras acababan las últimas horas de agosto; comenzaba septiembre y continuaban discutiéndola, mientras el mundo contemplaba un nuevo día.

Parecía haber una voluntad, nueva y compartida, por un gobierno de izquierda. Un camino hacia la unidad socialista. Hacia el poder.

9. SEPTIEMBRE: LOS COMPROMISOS Y SUS DESCONTENTOS

A las 5 de la mañana del 1 de septiembre, después de un largo y agotador debate sobre la moción de Kámenev y en general sobre la relación que debía mantenerse con el gobierno, el Soviet de Petrogrado votó.

Los eseristas sugerían que los Comités Ejecutivos nombraran un gabinete responsable ante un «Gobierno Revolucionario Provisional», pero insistían todavía en que incluyera a algunas agrupaciones burguesas —aunque no a los kadetes—. En estas horas post-Kornílov, los kadetes fueron despreciados por su complicidad en las conspiraciones.

La propuesta eserista fue rechazada. En su lugar, la asamblea votó a favor de la propuesta de Kámenev.

En el Soviet, los soldados superaban en número a los obreros en proporción de dos a uno, pero muchos todavía estaban de servicio, por lo que solo una fracción relativamente pequeña de la afiliación estaba presente para el recuento. Y la propuesta de Kámenev era «moderada» en comparación con el «leninismo» del Sexto Congreso del partido. De todos modos, era un momento profundamente tenso.

En marzo, la oposición bolchevique al Gobierno Provisional había perdido por un humillante resultado de 19 votos frente a 400. En abril, argumentar en contra de la participación en el gabinete les había dado 100 votos contra 2.000. Pero, incluso después de la debacle de las Jornadas de Julio, ahora los meses de crisis gubernamental, la economía y la guerra, y el dramático intento contrarrevolucionario, habían transformado completamente el campo político. En septiembre, con el apoyo de los mencheviques de izquierda y los eseristas de izquierda —que en ese momento eran la mayoría eserista en la capital— el Soviet de Petrogrado adoptaba por primera vez una

resolución bolchevique: 279 a favor, 115 en contra, y 51 abstenciones.

La votación parecía señalar una oportunidad. Tal vez los bolcheviques y el resto de socialistas podían encontrar puntos en común.

Tales aspiraciones colaborativas se extendían a espacios improbables. En su escondite finlandés, Lenin se sentaba a escribir su documento «Acerca de los compromisos».

En el Sexto Congreso afirmó que los soviets iban detrás de sus líderes «como ovejas al matadero». Excluyó toda posibilidad de trabajar con mencheviques y eseristas, e insistió en la absoluta necesidad de una toma del poder por la fuerza. Pero «ahora y solo ahora», escribía, en otro cambio vertiginoso de perspectiva, «quizá durante unos pocos días, una semana o dos», parecía haber posibilidades de que se estableciera un gobierno socialista en el Soviet «de un modo perfectamente pacífico».

Sorprendido por la oposición masiva a los kadetes, y por la impresionante movilización contra Kornílov, Lenin propuso que su partido «volviera» a la exigencia anterior a julio: «Todo el poder para los soviets». Un llamamiento que en todo caso volvía sin que se le esperara. Añadió que «nosotros... podríamos ofrecer un compromiso voluntario» con los socialistas moderados.

Lenin proponía que eseristas y mencheviques formaran un gobierno exclusivamente socialista, responsable ante los soviets locales. Los bolcheviques permanecerían fuera de ese gobierno —«a no ser que se haya instaurado una dictadura del proletariado y de los campesinos pobres»— pero no defenderían públicamente la toma del poder. En vez de ello, asumiendo la convocatoria de una Asamblea Constituyente y la libertad de propaganda, operarían como una «oposición leal», esforzándose por ganar influencia dentro de los soviets.

«¿Quizá esto ya es imposible?», escribió Lenin respecto a este llamamiento, dirigido en particular a las bases de los mencheviques y eseristas. «Quizá. Pero si hay por lo menos una oportunidad entre cien, todavía vale la pena intentarlo».

Al acabar la tarde del 1 de septiembre, el Comité Ejecutivo Panruso reanudó la sesión. Haciendo trizas las prometedoras ideas de Lenin, aún sin publicar, los líderes mencheviques y eseristas se unieron para repudiar la aprobación de la moción de Kámenev por el Soviet de Petrogrado.

Defendieron el apoyo a Kérenski —a pesar de su anuncio, ese mismo día, de que todo el poder pasaba a manos del llamado Consejo de los Cinco, el directorio sobre el que tanto había insistido.

Kámenev se burló de sus oponentes. Los ridiculizó sin piedad por quedarse de brazos cruzados mientras Kérenski «[los] reducía a la nada». «Esperaría», dijo, «que repelierais este golpe como repelisteis el ataque de Kornílov». Mártov, que todavía se oponía inflexiblemente a cualquier clase de directorio, propuso un gabinete completamente socialista. Pero la mayoría no lo aceptó. En cambio, en lo que podría ser una amarga parodia burocrática, propusieron otra conferencia más, una «Conferencia Democrática Estatal», que esta vez incluyera a todos los «elementos democráticos».

¿Su propósito? Aunque parezca increíble, discutir el gobierno.

En las primeras horas del 2 de septiembre, el comité rechazó las propuestas de los bolcheviques y mencheviques-internacionalistas, y ofreció su apoyo a Kérenski.

Al día siguiente, Lenin se enteró de la decisión, mientras se preparaba para enviar «Acerca de los compromisos». No es de extrañar que añadiera al manuscrito un rápido y melancólico epílogo.

«Me digo: quizá sea demasiado tarde para proponer un compromiso. Quizá los pocos días en los cuales *todavía era* posible un desarrollo pacífico, *también* hayan pasado... Solo me resta enviar estas notas a la Redacción rogándole que las encabece así: “Reflexiones tardías”... A veces, quizá, puede ser de cierto interés conocer algunas reflexiones tardías».

El único gesto de Kérenski hacia el Soviet fue la exclusión de los kadetes de su Directorio. Alekséyev tomó el control como jefe del Estado Mayor, y Kornílov fue trasladado con otros treinta conspiradores al monasterio de Býjov, donde los carceleros permitieron que sus guardaespaldas se quedaran con él, y que las familias les visitaran dos veces al día.

Tratando de sofocar la agitación radical, Kérenski ordenó a comandantes, comisarios y organizaciones militares que pusieran fin a la actividad política entre las tropas. La orden, de hecho, no tuvo ningún efecto. Las negociaciones de Kérenski con Kornílov para entonces eran de sobra conocidas, y acabaron con todo lo que quedaba de su autoridad. Solamente los socialistas moderados lo tenían en cierta consideración. Para la derecha, había traicionado a la mejor

esperanza de Rusia; y para la izquierda, especialmente para los soldados, Kérenski había estado negociando con Kornílov un regreso al odiado régimen autoritario de los oficiales.

Kérenski continuó como jefe del gobierno, no por su fuerza, sino a pesar de su debilidad, manteniéndose precariamente por encima de la tensión general. Si esto era, como lo describía Lenin, un nuevo malabarismo, era uno negativo; un bonapartismo de los despreciados.

Y aun así, obstinadamente, conforme a un cierto etapismo que subyacía a toda su política y a su insistencia en la coalición, los socialistas moderados todavía consideraban que el poder debía estar en manos de Kérenski. La alianza con el liberalismo no era negociable. Incluso cuando se oponían a las órdenes concretas de Kérenski, sostenían que era a él a quien correspondía dar esas órdenes.

El 4 de septiembre Kérenski exigió la disolución de todas los comités revolucionarios que habían surgido durante la crisis, incluyendo el Comité de Lucha contra la Contrarrevolución. Ese comité se reunió inmediatamente — en sí mismo un acto de desobediencia civil— y expresó su confianza en que, dado que continuaba presente la amenaza contrarrevolucionaria, esos órganos seguirían activos.

Esta obstinación de las bases, y las crecientes y dramáticas divisiones entre las alas izquierda y derecha de mencheviques y eseristas, mantuvo a Lenin esperanzado por la posibilidad de llegar a acuerdos, pese al epílogo de su reciente artículo. Entre el 6 y el 9 de septiembre, en «Las tareas de la revolución», «La revolución rusa y la guerra civil» y «Uno de los problemas fundamentales de la revolución», sostenía que los soviets podían tomar el poder pacíficamente. Incluso concedía a sus oponentes políticos un cierto grado de respeto por sus acciones recientes, declarando que una alianza de bolcheviques, mencheviques y eseristas dentro de un régimen soviético haría imposible la guerra civil.

Estos artículos provocaron consternación entre sus camaradas del partido, especialmente los miembros del Buró Regional de Moscú y del Comité de Petersburgo. Podría pensarse que a esas alturas estarían acostumbrados a los virajes de Lenin, pero nada más lejos de la realidad: el hombre al que habían defendido desde la izquierda, contra los moderados, ahora les volvía a sorprender. En esta ocasión *Rabochy put'* rechazaba el artículo «Acerca de los

compromisos» de Lenin por ser demasiado conciliador.

Y había razones para el escepticismo. Parecía difícil que su nueva aspiración a la cooperación diera sus frutos, incluso al margen del apoyo a Kérenski de los Comités de Soviets de toda Rusia. El 3 de septiembre se anunciaba la composición de la recién aprobada Conferencia Democrática, y auguraba malos resultados para la izquierda. De los 1.198 delegados, la proporción de escaños para trabajadores urbanos y soldados era baja, en comparación con los más conservadores soviets rurales, *zemstvos* y cooperativas.

Aun así, los bolcheviques enviaron instrucciones a sus delegados. Después de todo, el enfoque de Lenin parecía ahora compatible con la postura de la derecha del partido; es decir, con aquellos como Kámenev, que pensaban que el país estaba inmaduro para la revolución socialista. Pero también parecía compatible con los más radicales, para quienes el poder soviético podría ser una forma de transición más allá del capitalismo. Y mientras tanto, todavía se sentía la presión desde abajo, esperanzada por una unidad socialista multipartidista. Parecía que valía la pena intentarlo.

El país se estaba polarizando no solo entre derecha e izquierda, sino entre los politizados y los indiferentes. Por lo tanto, quizá contraintuitivamente, a medida que aumentaban las tensiones sociales, declinaba el número de votantes para los innumerables órganos locales. En Moscú, por ejemplo, en junio se emitieron 640.000 votos en las elecciones municipales: ahora, tres meses después, solo eran 380.000. Y aquellos que votaban gravitaron hacia posiciones más duras: la cuota de los kadetes creció de 17,2 a 31,5 por 100; los bolcheviques se dispararon del 11,7 al 49,5 por 100. Y los moderados se desplomaron. Los mencheviques pasaron de 12,2 a 4,2 por 100 y los eseristas del 58,9 al 14,7.

Los eseristas de izquierda obtuvieron el control de las organizaciones y comités del partido en Revel, Pskov, Helsingfors, Samara y Tashkent, entre otros, incluyendo Petrogrado. Pedían un congreso nacional de los soviets y un gobierno exclusivamente socialista. La dirección rusa de los eseristas parecía paralizada ante el creciente flanco izquierdo, al que había ignorado ostensiblemente hasta entonces. Ahora, «expulsaba» a la organización de Petrogrado, entre otras, por su desviación —una sanción sin sentido, que dejaba todos los recursos en manos de los radicales—. El CC eserista apostó

todo a las elecciones de la Asamblea Constituyente, programadas (entonces) para noviembre.

En Bakú, donde solo unas semanas antes los oradores bolcheviques habían sido silenciados en las reuniones abiertas, ahora las mociones del partido arrasaban en los comités y reuniones de fábrica. «La visible bolchevización de toda Rusia se mostraba de manera más acentuada en nuestro imperio petrolero», escribía sobre su región el fiel bolchevique Shaumián. «Y mucho antes de la *Kornilovshchina* [el asunto Kornílov]. Los anteriores amos de la situación, los mencheviques, ahora no pueden dejarse ver por los distritos obreros. Junto a los bolcheviques, los eseristas-internacionalistas [la izquierda] han comenzado a fortalecerse... y han formado un bloque con los bolcheviques».

En otro flanco del imperio, los mencheviques se fragmentaban. Algunos se desplazaron a la derecha, como en Bakú; en el otro extremo, los mencheviques de Tiflis, Georgia, adoptaron una posición intransigente de izquierdas, pidiendo un gobierno socialista unido que incluyera a los bolcheviques.

El 5 de septiembre el Soviet de Moscú votaba a favor de la resolución de Kámenev del 31 de agosto. Un congreso del soviet en Krasnoyarsk, Siberia, resultó en una mayoría bolchevique. El día 6, tras publicarse «Acerca de los compromisos» de Lenin, en Ekaterinburgo (en los Urales) el poder pasaba a manos de los soviets y los obreros se negaban a reconocer al Gobierno Provisional. En protesta por el Directorio de Kérenski, diecinueve comités de la Flota del Báltico recomendaron a todos los buques que izaran banderas rojas.

Y con independencia de que las disidencias adoptaran o no formas socialistas, las aspiraciones nacionales de las minorías de Rusia se estaban amplificando. En Tashkent, Uzbekistán, aumentaron las tensiones entre habitantes rusos y uzbekos musulmanes, hasta que el 10 de septiembre los soldados locales formaron un comité revolucionario, expulsando a representantes gubernamentales y tomando el control de la ciudad. Del 8 al 15, la Rada ucraniana convocó provocadoramente un Congreso de las Nacionalidades, juntando a ucranianos, judíos, polacos, lituanos, tártaros, turcos, rumanos de Besarabia, letones, georgianos, estonios, kazajos, cosacos y representantes de varios partidos radicales. El congreso, intensificando el lenguaje de «autonomía cultural», acordó que Rusia debía ser «una república federal democrática», donde cada parte componente decidiera cómo se

vincularía a las demás. Excepto en el caso de Polonia y, en menor medida, de Finlandia, la orientación (aparte de la exigencia formal) no apuntaba a la plena independencia. Pero la dinámica hacia la independencia estaba en cierto modo implícita —y más tarde saldría aún más a la superficie.

El presidium del Soviet de Petrogrado, compuesto por mencheviques y eseristas de derecha, no reconoció la victoria de Kámenev del 1 de septiembre, considerándola nada más que un efecto secundario de la poca asistencia al Soviet en esa noche. El 9 de septiembre amenazaron con dimitir si la decisión no se revocaba.

Los bolcheviques temían no ganar la moción esta vez. En un intento de apelar a los indecisos y ganar influencia, sugirieron una reforma del presidium siguiendo reglas justas y proporcionales, para incluir a grupos anteriormente no representados —incluyendo a los bolcheviques—. «Si la coalición con los kadetes era aceptable», argumentaron en la cámara, «seguramente en este órgano podrán participar en la política de coalición con los bolcheviques».

A esta maniobra, Trotsky le añadió un golpe magistral.

Mucho antes, en los primeros días del Soviet de Petrogrado —recordó ante la cámara— el propio Kérenski había estado en el presidium. Así pues —preguntó Trotsky—, ¿ese presidium todavía considera miembro a Kérenski, el mismo Kérenski del Directorio dictatorial?

La pregunta colocaba a los moderados en una posición ingrata. Kérenski era ahora vilipendiado como un contrarrevolucionario; pero su compromiso político de colaboración con los mencheviques y eseristas moderados les prohibía repudiarlo.

El presidium asintió; él era, de hecho, uno de ellos.

Desde el Banquo de *Macbeth* no se había visto un fantasma tan incómodo. El insulto que supuso la pertenencia de Kérenski al presidium inclinó la balanza hacia la ampliación de miembros. El Soviet de Petrogrado tomó partido por los bolcheviques y contra su presidium (incluido su tóxico miembro, ausente), por 519 votos a favor frente a 414 en contra, con 67 abstenciones. El presidium, cuestionado, dimitió en masa, en señal de protesta.

Esto no quiere decir que los bolcheviques contaran ahora con un abrumador apoyo en esta coyuntura. Todavía no podían estar seguros de que

se aprobarían todas sus mociones. Sin embargo, esta maniobra técnica había sido un triunfo. Más tarde Lenin la consideraría excesivamente conciliadora: un reproche demasiado severo y poco convincente, dado su éxito y sus efectos.

En septiembre no se detuvo la trayectoria ascendente de la guerra campesina. En número creciente, los aldeanos saquearon más fincas, más violentamente, a menudo con fuego, y a menudo junto a soldados y desertores. En Penza, Sarátov, Kazán, y especialmente Tambov, los latifundios ardieron. Los soviets rurales se unían a la rebelión. Destrozos y robos dieron paso a *jacqueries* a gran escala.

Y junto a estas, se producían también asesinatos notorios, como el del terrateniente y príncipe Viazemski, el mes anterior. Fue un asesinato que escandalizó a la opinión liberal, que le apreciaba por sus obras caritativas. La situación se hizo lo suficientemente preocupante como para que el Consejo de la Unión de Propietarios de Tierras Privadas de Tambov emitiera una petición de ayuda, firmándola como «Unión de Desafortunados Terratenientes».

En la primera mitad de septiembre, un funcionario del condado de Kozlovsk confeccionó una lista de ataques a fincas locales. Documentó cincuenta y cuatro incidentes, e incluía la «Condición de porciones de la fincas». Un recuento de furia rural y destrucción. «Arruinada». «Arruinada y parcialmente incendiada». «Arruinada y quemada». «Arruinada».

En las ciudades, la ola de huelgas no solo contó con los trabajadores cualificados, sino también con los de cuello blanco y no cualificados, trabajadores de hospitales, dependientes y oficinistas. Los Guardias Rojos se enfrentaron a las milicias gubernamentales numerosas veces, y no siempre sin derramamiento de sangre. Los jefes hacían cierres patronales; las hambrientas comunidades proletarias saqueaban casa por casa, agrupados en bandas a la caza tanto de especuladores de alimentos, como de alimentos mismos.

«Esencialmente la anarquía gobernaba sobre Petrogrado», dijo K. I. Globachev. Exjefe de la Ojrana, él mismo había pasado varios días encerrado, entre febrero y agosto, en el oscuro castillo de la cárcel de Kresty, en castigo por su papel en la represión. Sus observaciones, sin embargo, eran justas. «Los delincuentes se multiplicaron hasta un grado inimaginable. Todos los días se cometían atracos y asesinatos; no solo de noche, sino también a la luz del día».

Las cárceles no podían retener a los prisioneros: debido a las revueltas políticas, o a la incapacidad de los guardias, innumerables reclusos simplemente se escapaban de la cárcel. El propio Globachev, temeroso de qué le ocurriría en las calles a un policía secreto del antiguo régimen tras los acontecimientos de Febrero, eligió quedarse entre los muros de Kresty.

En Ostrogozhsk, un pueblo de Vorónezh, los saqueadores se cebaron con un almacén de bebidas espirituosas durante tres días de violencia, que culminaron en una vasta conflagración. Cuando las tropas finalmente suprimieron esta apocalíptica embriaguez nihilista, cincuenta y siete personas estaban muertas, veintiséis de ellas quemadas vivas.

El periódico de los eseristas de derecha, *Volia naroda*, publicó un editorial sobre la creciente anarquía con un listado conciso y angustioso, que describía «prácticamente un periodo de guerra civil».

Un motín en Orel...

En Rostov el ayuntamiento es dinamitado.

En la gobernación de Tambov hay pogromos agrarios...

Pandillas de ladrones en las carreteras de Pskov...

A lo largo del Volga, cerca de Kamyshin, los soldados saquean
[trenes.

¿Cuánto más, se preguntaba el periódico, podían empeorar las cosas? Y culpaba al bolchevismo.

Los soviets de toda Rusia viraban hacia la izquierda. En Astracán, una reunión de bolcheviques y otros socialistas en el Soviet desestimaron por 276 votos a favor y 175 en contra las apelaciones a la unidad de mencheviques y eseristas —unidad que *incluía* a los grupos que habían estado involucrados en el *affaire* Kornílov—. En vez de ello, los delegados apoyaron el llamamiento bolchevique a dar el poder a los obreros y campesinos.

A mediados de septiembre, la inteligencia militar informó de «hostilidad abierta y animosidad... por parte de los soldados; el evento más insignificante puede provocar disturbios. Los soldados dicen... que todos los oficiales son seguidores del general Kornílov... [y] deberían ser eliminados». El ministro de la Guerra informó a los eseristas de «un aumento de los ataques a oficiales por parte de soldados; tiroteos y lanzamiento de granadas a las reuniones de oficiales». Y, acto seguido, explicaba así la furia de los soldados: «Tras declarar a Kornílov rebelde, el ejército recibió instrucciones del gobierno para continuar ejecutando sus mismas órdenes operativas. Nadie quería creer que

una orden que contradijese hasta tal punto la anterior declaración pudiera ser verdadera».

Pero lo era. Así se comportaba un gobierno en ruinas: el de Kérenski.

La atmósfera festiva de marzo y abril fue reemplazada por una sensación de cierre, de final, y no en paz sino en catástrofe, en medio del barro y el fuego de la guerra.

El renovado lenguaje de los primeros días parecía ahogado por un balbuceo bestial. «¿Dónde quedan ahora nuestros actos y nuestros sacrificios?», se lamentaba el escritor Alekséi Rémizov respecto a este mundo apocalíptico. No pudo encontrar respuestas. Solo visiones. «Olor a humo, y el aullido de los simios».

El 14 de septiembre se inauguró la Conferencia Democrática, en el famoso teatro Aleksandrinski. El auditorio resplandecía con banderas rojas, como si expresara una unidad de la izquierda que claramente estaba ausente. En el escenario, detrás de la mesa presidencial, no se había retirado todo el *attrezzo* de una anterior obra de teatro: detrás de los oradores se entreveían árboles artificiales y puertas que no iban a ninguna parte.

Las esperanzas que los radicales ponían en la conferencia nunca fueron demasiadas, y aun así se vieron frustradas a medida que los asistentes declaraban sus afiliaciones. Alrededor de 532 eseristas estaban presentes, solo setenta y uno de la izquierda del partido; 530 mencheviques, cincuenta y seis de los cuales eran internacionalistas; cincuenta y cinco socialistas populares; diecisiete no afiliados, y 134 bolcheviques. La conferencia estaba muy inclinada a favor de los moderados. No obstante, los bolcheviques estaban decididos a utilizar la reunión para impulsar un gobierno socialista de compromiso.

En la reunión previa que celebró el partido, Trotsky aspiraba a la transferencia del poder a los soviets, mientras que Kámenev, poco convencido de que el país estuviera en disposición de aceptarlo, y con la esperanza de obtener una base más amplia para el gobierno de los trabajadores, defendió en su lugar la transferencia del poder estatal «no al Soviet», sino a una coalición socialista. Las diferencias entre estas dos posiciones expresaban distintas concepciones de la historia. Pero, para los delegados del partido en aquel momento, eran sutilezas de menor importancia estratégica. En cualquier caso,

la cuestión era que los bolcheviques estaban plenamente concentrados en la conferencia, preparados para defender la cooperación con los partidos de izquierda moderada, la coalición y el desarrollo pacífico de la revolución — tal y como el propio Lenin venía argumentando desde comienzos del mes.

De modo que, cuando en el segundo día de la conferencia la dirección bolchevique recibió dos nuevas cartas de su líder, que seguía oculto, estas cayeron como una bomba.

Ahora, implacable, le daba la vuelta a todas sus propuestas conciliadoras.

«Los bolcheviques, habiendo obtenido una mayoría en los soviets de Diputados de Obreros y Soldados en ambas capitales», comenzaba la primera comunicación, «pueden y *deben* tomar el poder del Estado en sus propias manos». Lenin ponía en la picota la Conferencia: «*los acomodaticios estratos superiores de la pequeña burguesía*». Exigía a los bolcheviques que declararan la necesidad de «una transferencia inmediata de todo el poder a los *demócratas revolucionarios, encabezados por el proletariado revolucionario*», y que después abandonaran la conferencia.

Los camaradas de Lenin estaban completamente horrorizados.

Paradójicamente, el continuo desplazamiento hacia la izquierda de la propia Rusia, la misma tendencia que había suscitado en Lenin esperanzas de cooperación, ahora le hacía cambiar de opinión. Porque con esa tendencia habían llegado los triunfos bolcheviques en los soviets de las dos ciudades principales, y a Lenin le inquietaba cada vez más lo que podría ocurrir si el partido *no* actuaba por su cuenta. Temía que las energías revolucionarias pudieran disiparse, o que el país cayera en la anarquía —o que pudiera dar paso a una brutal contrarrevolución.

Los disturbios estaban sacudiendo al ejército y a la sociedad alemana. Lenin estaba seguro de que toda Europa se acercaba a estar madura para la revolución, para la cual una revolución rusa a gran escala sería un poderoso impulso. Y estaba muy ansioso —por una buena razón, y en esto no estaba solo— ante la posibilidad de que el gobierno entregara Petrogrado, la capital roja, a los alemanes. Si lo hiciera, las posibilidades, dijo, serían «unas cien veces menos favorables» para los bolcheviques.

El partido tuvo razón en no moverse en julio, dijo, ya que no contaba con el apoyo de las masas. Pero ahora las tenía a su lado.

Una vez más estaban frente a uno de esos virajes que tanto mareaban a sus compañeros. Sin embargo, no era mero capricho, sino el resultado de una minuciosa atención a los cambios políticos, y una pronta y exagerada respuesta a cada uno de estos cambios. Ahora, insistía Lenin, teniendo a las masas detrás, el partido debía dar el paso.

Al acabar 15 de septiembre, un grupo de destacados bolcheviques abandonaban el Aleksandrinski y se dirigían a su sede. Allí, en el más absoluto secreto, discutieron las aterradoras cartas de Lenin.

No había ni una chispa de apoyo a sus demandas. Estaba completamente aislado. Y además, era imperativo para sus camaradas que su voz se silenciara, que su mensaje no llegara a los obreros de Petrogrado, o a los comités bolcheviques de Petrogrado o Moscú. No porque pudieran pensar que Lenin se equivocaba: sino porque podrían pensar que estaba en lo cierto. Y si eso ocurría, explicaría Lómov más tarde, «muchos dudarían del acierto de la posición adoptada por todo el CC».

La dirección envió a varios emisarios a la OM y al Comité de Petersburgo, para asegurarse de que a los lugares de trabajo o a los cuarteles no llegara ningún llamamiento a la acción. El CC se preparaba para tratar los asuntos de la conferencia, tal y como se había acordado previamente.

La nueva posición de Lenin era, literalmente, indecible. El CC votó a favor de quemar todas las copias de cada carta, excepto una. Como si fueran las páginas de algún terrible y arcano grimorio. Como si quisieran enterrar la ceniza y esparcir sal sobre la tierra.

El escepticismo de Lenin respecto del potencial de la conferencia, fuertemente dividida, se vio confirmado. A lo largo de ella, la mayoría de los mencheviques y eseristas permanecieron firmemente aferrados, como siempre, a la coalición con la burguesía —lo que significaba entregar su liderazgo al despreciado y tambaleante Kérenski.

El día 16, disimulando, la dirección bolchevique publicó unos textos de Lenin. Esto es, los textos recibidos dos semanas antes. Publicaban su ensayo «La revolución rusa y la guerra civil».

Se puede imaginar la cólera del autor: para Lenin, ese texto era ya un

fósil. El día 18, el documento final de la conferencia del partido, en su apartado sobre el gobierno, se basaba en otra de las reliquias antediluvianas del líder: «Acerca de los compromisos». Sí, los bolcheviques convocaron una manifestación fuera del teatro, exigiendo un gobierno socialista, pero esta inofensiva intervención se quedaba lejos de la acción agresiva, armada e insurreccional que pedía Lenin, instando entre otras cosas a «rodear» el Aleksandrinski.

Incapaz de tolerar lo que estaba pasando, desesperado por la distancia que le separaba de la acción, Lenin desobedeció una instrucción directa del CC. Decidió dirigirse a la ciudad finlandesa de Víborg (que compartía nombre con el distrito de la capital rusa), a unos 130 kilómetros de Petrogrado. Desde allí trazaría su camino de regreso al corazón del debate político.

Necesitaba un disfraz. Kustaa Rovio lo llevó ante un fabricante de pelucas de Helsingfors, quien puso en riesgo toda la operación al insistir en que personalizar algo adecuado le llevaría dos semanas. El comerciante se quedó pasmado al ver que Lenin jugueteaba impacientemente con un muestrario, y seleccionaba una peluca gris, ya acabada. La mayoría de compradores intentaban rejuvenecerse: esa peluca lograría el efecto contrario. Pero Lenin rechazó todos los intentos del hombre por disuadirlo. Durante muchos años, aquel fabricante de pelucas contaría la historia del joven cliente que quiso parecer viejo.

En Víborg, Lenin permaneció unas pocas semanas en el número 15 de Alexanderinkatu, cerca de las fábricas de ladrillos. Pasó sus días leyendo periódicos y escribiendo, alojado en la vivienda compartida por las familias Latukka y Koikonen, socialistas. Huésped solícito y poco exigente, el azote del orden establecido se hizo rápidamente popular. Cuando finalmente Lenin insistió en volver a Petrogrado —tras más de una discusión feroz con el emisario del CC, Shotman—, los Latukka y los Koikonen lamentaron su marcha.

El día 19, tras cuatro días de discusiones sobre el futuro gobierno y una extenuante votación nominal de cinco horas, la Conferencia Demócrata finalmente votó sobre el principio de coalición con la burguesía.

No era ninguna sorpresa que ganaran los moderados, que estaban

sobrerrepresentados: la votación resultó en 766 votos a favor de la coalición frente a 688 en contra, con 38 abstenciones. Sin embargo, justo después de que esto sucediera, los delegados tuvieron que discutir dos enmiendas contrapuestas.

La primera insistía en que los kadetes y otros cómplices del asunto Kornílov fueran excluidos de la coalición; la segunda, en que la *totalidad* del partido kadete, en la medida en que era contrarrevolucionario, fuera excluido *tout court*.

Los bolcheviques, junto con Márto, percibieron una oportunidad. Hablaron a favor de *ambas* enmiendas, sin importarles que no fueran complementarias. Hubo un debate tenso y confuso. Pero aquellos a los que se consideraba colaboradores de Kornílov habían llegado a ser tan despreciados que cuando llegaron los votos, ambas enmiendas se aprobaron. Esto significaba que la propuesta, con los nuevos cambios, tenía que ser votada de nuevo. Tras la doble enmienda, la declaración se posicionaba a favor de la coalición con la burguesía, pero ahora añadía que debía ser sin la participación de kornilovistas, incluyendo a los kadetes implicados; y *además*, incoherentemente, la coalición no podía incluir a ningún kadete en absoluto.

Esta última condición era inaceptable para los moderados de derecha, que no podían concebir ninguna coalición sin los kadetes, y por lo tanto votaron en contra. Como, por supuesto, hizo la izquierda, porque (aunque muchos habían votado por al menos una, si no ambas) estas enmiendas eran esencialmente irrelevantes para ellos: continuaban implacablemente opuestos a cualquier coalición realizada en esos términos, es decir, incluyendo a los representantes de la propiedad burguesa. Esta absurda y temporal alianza de derecha e izquierda en la conferencia aseguró que la moción fuera rechazada abrumadoramente.

No se llegó a ninguna conclusión. Nada estaba acordado.

La posición del hombre con el que los moderados instaban a la coalición, Kérenski, era muy débil, y se debilitaba cada vez más. Luchaba y coceaba para reforzar su autoridad. El 18 de septiembre proclamó la disolución del Comité Central de la Flota del Báltico. Los marineros respondieron simplemente que su orden se «consideraba inoperativa».

La Conferencia Democrática también se encaminaba hacia la irrelevancia.

Después de una agotadora sesión del presidium, que durante todo el día intentó lidiar con los incómodos resultados de la votación del día 19, una nueva votación del presidium sobre la coalición produjo el dividido resultado de cincuenta a favor y sesenta en contra.

Casi increíblemente, con comicidad beckettiana, continuando el ciclo autogenerado de comités creadores de comités, Tsereteli planteó formar otro órgano más. Este, dijo, decidiría la composición de un futuro gabinete, basado en el programa político del Soviet que se acordó el 14 de agosto. Los bolcheviques se habían opuesto a este programa (fueron los únicos); pero su dirección, esforzándose todavía por lograr la colaboración que Lenin había declarado imposible, acordó la formación de este «Consejo Democrático» o Preparlamento.

Y rápidamente el Presidium decidió que este Preparlamento incluiría a representantes de la propiedad burguesa.

El día anterior la Conferencia había aprobado la coalición, pero también había rechazado la coalición con los kadetes. Ahora rechazaba la coalición, mientras sugería la cooperación política con la burguesía, incluyendo a los kadetes. El proceso superaba sus propias cotas de sinsentido.

Los mecanismos, miembros y poderes del Preparlamento eran complicados y provisionales, pero la puerta quedaba abierta para trabajar con la derecha. Un equipo autodesignado de moderados —puesto que la izquierda se opuso firmemente a cualquier participación de la burguesía— recibió la autorización para reunirse con el gobierno y decidir un camino de salida.

Y, a pesar de todo esto, el CC bolchevique decidió el día 21 que no abandonaría la Conferencia Democrática. Votaron en contra de la participación en el Preparlamento, pero por un margen tan estrecho —por nueve votos a ocho— que sintieron que debían ampliar más el debate, y convocaron una reunión de emergencia con los delegados.

Trotsky habló en defensa del boicot, Rýkov en contra. Cuando, después de una tormentosa sesión, llegó el momento de votar, por setenta y cinco votos frente a cincuenta quedó aprobada la participación en el Preparlamento.

No es de extrañar que muchos bolcheviques, particularmente aquellos en la izquierda, fueran escépticos respecto a esta decisión. Al día siguiente, como desafiándoles, el no electo Preparlamento iniciaba las negociaciones con Kérenski y su gabinete —y con representantes de los kadetes.

Pero los funcionarios de la burguesía con los que negociaba no aceptarían el moderado programa del Soviet, acordado el 14 de agosto. Tampoco estarían de acuerdo con que el Preparlamento dispusiera de poderes formales, insistiendo en que tendría que ser meramente consultivo. Ante tamaña intransigencia, Trotsky defendió ante el recién inaugurado Preparlamento rechazar las negociaciones con el gobierno. Pero en la votación del día 23 fue fácilmente derrotado, y las propias negociaciones obtuvieron el respaldo, aunque por escaso margen.

Estaba cada vez más claro para los bolcheviques que su intervención sería más fecunda en otros ámbitos. Exigieron, con éxito, que el Comité Ejecutivo Central del Soviet convocara un Congreso Nacional de los Soviets en Petrogrado, al mes siguiente. Con lo que seguramente fue un sentimiento de alivio, el partido subordinó el trabajo *preparlamentario* a las tareas de preparación de ese congreso de octubre, y a la movilización y agitación por la transferencia de poder a los soviets.

Mientras tanto, con la inevitabilidad del amanecer, el equipo de Tsereteli daba marcha atrás con su propio programa, ya de por sí diluido, y lo hacía más aceptable para los despreciados kadetes, a los que no darían la espalda. Acordaron que ciento cincuenta representantes de la propiedad se añadieran a los 367 delegados del Preparlamento «democrático» —quienes además, en otra concesión miserable, carecerían de potestad sobre el gobierno.

Y mientras continuaba esta dilución, esta autohumillación, la esquelética mano del hambre apretaba cada vez más.

La escritora estadounidense Louise Bryant había llegado recientemente a la capital. Atravesando el frío de la madrugada, se horrorizó al encontrarse las colas para obtener comida. Cada día antes del amanecer, la gente temblaba en sus míseros harapos, en las calles sombrías del Petrogrado rojo. Hacían colas durante horas, mucho antes de que el sol saliera, mientras el viento azotaba los bulevares. Por leche, por tabaco, por algo que comer.

Los intentos de sus camaradas por ocultar la intransigencia de Lenin se hacían cada vez más flagrantes. Desde Víborg enviaba una mordaz reprimenda tras otra, todas las cuales eran prontamente censuradas.

A medida que terminaba la Conferencia Democrática, Lenin envió a *Rabochy put'* un ensayo titulado «Los héroes del fraude y los errores de los

bolcheviques», insistiendo en que los bolcheviques deberían haber abandonado la Conferencia; y sometía a su partido, y a Zinóviev en particular, a una crítica despiadada. El texto apareció el día 24, mientras el Preparlamento negociaba. Pero ahora se llamaba «Los héroes del fraude», y todos los ataques a los bolcheviques habían sido extirpados.

La cólera de Lenin era ya imparable.

Al día siguiente, con el renuente permiso del Preparlamento, Kérenski nombró su tercer gabinete de coalición. Técnicamente, de nuevo, incluía a una mayoría de socialistas, pero estos izquierdistas moderados no obtenían puestos importantes. Y rompiendo rotundamente la resolución de la Conferencia Democrática, el Preparlamento aprobaba un gabinete que incluía al odiado Tereshchenko y a cuatro kadetes.

Ese era el día en que se reunía el nuevo y más representativo presidium del Soviet de Petrogrado, después de la salida de sus predecesores el día 9. Se componía de un menchevique, dos eseristas y, en un cambio histórico que daba al partido una mayoría absoluta, cuatro bolcheviques.

Uno de los cuatro fue recibido con sonoros aplausos y aclamaciones. Doce años después de que desempeñara un papel crucial en el anterior Soviet de 1905, León Trotsky tomó su asiento.

Él mismo presentó de inmediato una resolución que afirmaba que los obreros y soldados no apoyarían al nuevo y débil gobierno. En su lugar, la solución residía en el próximo Congreso Panruso de Soviets.

Su moción se aprobó por abrumadora mayoría.

Y aun así, los camaradas de Lenin todavía censuraban sus escritos. Entre el 22 y 24 de septiembre, su texto «Del diario de un publicista» ridiculizaba la participación del partido en el Preparlamento. La redacción del *Rabochy put'* lo suprimió (Trotsky entre ellos, a pesar de que en el texto Lenin lo elogiaba por su postura a favor del boicot). El día 26, con impresionante descaro, publicaban en su lugar una parte de «Las tareas de la revolución», usando ese texto —de una época ya pasada— en favor del compromiso.

La rabia, finalmente, llevó a Lenin a la conspiración.

El día 27 escribió a Ivar Smilga, el ultraizquierdista presidente bolchevique del Comité Ejecutivo Regional del Ejército, la Armada y los

Obreros de Finlandia. Lenin no solo se saltó, sino que directamente destruyó la alardeada «disciplina» de todo partido revolucionario. Lo que intentó era nada menos que crear un eje alternativo proinsurreccional dentro de su organización; un eje en el que Finlandia sería crucial.

«Me parece que solo podemos tener completamente a nuestra disposición las tropas en Finlandia y la Flota del Báltico, y solo ellos pueden desempeñar un papel militar importante», escribió a Smilga. «Presta toda tu atención a los preparativos militares de las tropas en Finlandia, más la flota, para el inminente derrocamiento de Kérenski. Crea un comité secreto de militares de la mayor confianza».

Estos preparativos tuvieron lugar en medio de una creciente ansiedad por una posible e inminente caída de Petrogrado, especialmente cuando el 28 de septiembre los alemanes llegaban a la isla estonia de Saaremaa, cerca de Riga. Este era el comienzo de la Operación Albión, que pretendía apoderarse del archipiélago estonio occidental, rebasar las defensas rusas y dejar el camino despejado para la toma de Petrogrado.

En toda Rusia crecía el temor de que la derecha y el gobierno sencillamente entregarían la ciudad, esa espina clavada en el imperio. Iban a permitir que cayera el Petrogrado Rojo.

El 29 de septiembre, Lenin envió al CC «La crisis ha madurado». Era una declaración de guerra política. Esta vez, para eludir la mordaza a la que le sometían, también hizo circular el documento por los comités de Petrogrado y Moscú.

En el texto, Lenin repetía su fuerte convicción de que estaba cerca una revolución a escala europea. Reiteraba que, a menos que los bolcheviques tomaran el poder de inmediato, serían «traidores miserables de la causa proletaria». Según él, esperar al Segundo Congreso del Soviet no era solo una pérdida de tiempo, sino un riesgo cierto para la revolución. «Es posible tomar el poder ahora», insistía, «pero para el 20-29 de octubre se habrá desvanecido toda oportunidad».

Entonces llegaba la bomba.

En vista de que el CC ha dejado incluso sin respuesta todos los persistentes reclamos que he estado formulando para adoptar esta política desde que comenzó la Conferencia Democrática, habida cuenta de que el órgano central *borra* de mis artículos todas las referencias a errores tan evidentes por parte de los bolcheviques... me veo obligado a considerar esto como una «sutil» insinuación de que el CC no desea ni siquiera discutir el problema, una sutil insinuación de que me calle la boca, y como una propuesta de que me retire.

Me veo obligado a *presentar mi renuncia al CC*, cosa que aquí hago, reservándome la libertad de hacer propaganda entre *los afiliados de base* del partido y en el congreso del partido.

Incluso cuando llegó este mensaje, Zinóviev estaba demasiado ocupado defendiendo a la dirección en un artículo para *Rabochy put'* —una estrategia directamente en desacuerdo con la de Lenin.

«Empezad a prepararos para el Congreso de los Soviets», escribía Zinóviev. «¡No os dejéis involucrar en ninguna acción directa y aislada!».

Zinóviev: «Concentremos todas nuestras energías en los preparativos para el Congreso de los Soviets».

Lenin: «Tengo la profunda convicción de que si “esperamos” al Congreso de los Soviets, y dejamos pasar este momento, *destruiremos* la revolución».

10. OCTUBRE ROJO

En octubre, en los bosques, las hojas caían en cascadas, obstruyendo las vías del tren. Los árboles temblaban ante el rugido de los cañones. Kérenski seguía siendo la única esperanza de Rusia: de eso aún estaba seguro. Recuperaba lo que quedaba del mesianismo sobre su persona, creyéndose a sí mismo elegido, por algo o alguien, para algo.

Mediante la constante amenaza de las remodelaciones, mantuvo en pie su último y lánguido Gobierno Provisional. Y su figura estaba sometida a la constante corrosión del chismorreo malicioso. El culto a Kérenski era ya solo un recuerdo con el que avergonzar a sus antiguos devotos. Era judío, susurraban los intolerantes. No era un hombre de verdad, insinuaban los homófobos, utilizando apodos femeninos contra él. Y con la desaparición de los últimos fragmentos de fe en Kérenski, llegó el pánico social y militar.

El primer día del mes, en medio de una espiral de criminalidad, llegó a Petrogrado un nuevo horror. Un hombre y sus tres hijos pequeños fueron encontrados salvajemente asesinados en su apartamento de Lesnoi. Otra atrocidad entre muchas. Pero el hogar de estas víctimas estaba en el mismo edificio que la sede local de la milicia ciudadana, las patrullas de seguridad organizadas por la Duma local.

¿Cómo podía alguien sentirse seguro? ¿No era ya suficientemente malo que ciertas partes de la ciudad estuvieran ahora controladas por delincuentes, zonas vetadas para las autoridades? Cerca del parque de atracciones Olympia, en la avenida Zabalkanski; Golodai, cerca de la Isla Vasílievski; Volkovo, en el distrito de Narva. ¿No era suficiente con que la ciudad hubiera cedido territorio a proscritos y a bandidos, que ahora se burlaban ante la mera idea de pagar por sus crímenes? ¿Cómo podía creer alguien que las autoridades tenían autoridad, cuando esta monstruosidad ocurría justo encima de la milicia?

Las muchedumbres enfurecidas se reunieron frente al cuartel. Lanzaron piedras. Derribaron la puerta y arrasaron el lugar.

A medida que el poder se evaporaba, estallidos como estos adoptaban formas desagradables pero previsibles. El 2 de octubre en Smolensk, la ciudad de Róslavl recibió, según la noticia del *Smolensk Bulletin*, «otro sorbo de veneno: un pogromo». Una multitud de Centurias Negras, cantando «¡Acabemos con los yids!», atacó y asesinó a varias personas a las que acusaban de «especulación» —una espiral de odio que se había iniciado al encontrarse botas de agua en una tienda de propiedad judía cuyos empleados habían afirmado no tenerlas a la venta—. La devastación continuó durante toda la noche y el día siguiente. Los periódicos y autoridades intentaron vincular a los bolcheviques con la violencia. Era un tema cada vez más presente en la prensa liberal, a pesar de su patente ridiculez política, y a pesar de los notorios esfuerzos de los soldados bolcheviques por detener la masacre en la ciudad.

El 3 de octubre, el Estado Mayor ruso evacuó Revel, el último bastión entre el frente y la capital. Al día siguiente, en consecuencia, el gobierno buscó consejo sobre la evacuación de las industrias ejecutivas cruciales —pero no el Soviet— a Moscú. Se filtraron noticias de las discusiones. Hubo una tormenta: la burguesía realmente estaba planeando abandonar la ciudad construida para ella dos siglos antes. La ciudad de los huesos. El Ispolkom prohibió cualquier acción similar que se emprendiera sin su aprobación, y el inestable gobierno desechó la idea.

En este ambiente de perfidia, debilidad y violencia, Lenin llevó su campaña por la insurrección a todo el partido.

No hay registro de la reacción del CC a la amenaza de dimisión de Lenin. Tal vez llevó a unas rápidas negociaciones. Fueran cuales fueran los detalles, no la planteó de nuevo, y no dimitió.

El 1 de octubre envió otra carta, esta vez dirigida a los comités Central, de Moscú y de Petersburgo, y a los bolcheviques de los soviets de Petrogrado y Moscú. Citando los disturbios campesinos y obreros, los motines en la marina alemana y la creciente influencia bolchevique tras las elecciones locales en Moscú, una vez más subrayó que retrasar la acción insurgente hasta el Segundo Congreso de los Soviets «era extremadamente criminal». Los bolcheviques deben «tomar el poder inmediatamente», e impulsar «a los

obreros, campesinos y soldados» con la consigna «todo el poder para los soviets». Pero sobre esta cuestión de tiempos, estaba aislado: aquel mismo día, una reunión de bolcheviques de los pueblos circundantes a Petrogrado se opuso a cualquier acción antes del Congreso.

El CC no podía ocultar eternamente sus comunicaciones. El día 3 llegó por fin una carta al activo Buró Regional de Moscú, en la que Lenin incitaba a presionar al CC para que se preparara para la insurrección. Varios de sus ensayos lograron llegar hasta el Comité de Petersburgo. Los miembros estaban divididos respecto a las demandas de Lenin, pero unidos en su indignación ante las ocultaciones del CC. El día 5 se reunió el Comité de Petersburgo para discutir sus reacciones ante lo que habían leído.

El debate fue largo y enconado. Latsis cuestionó enérgicamente las credenciales revolucionarias de aquellos que cometían la temeridad de ir contra Lenin. Al final, se desechó una propuesta de discusión de los preparativos insurreccionales. Sin embargo, la Comisión Ejecutiva envió una delegación de tres miembros —incluyendo a Latsis— para evaluar la fortaleza militar bolchevique y preparar a los comités de distrito para posibles acciones. No informaron al CC.

Mientras las posiciones de Lenin se propagaban a través del partido, y a pesar de los esfuerzos del CC por acorralarlo, la agitación social estaba provocando un cierto cambio hacia la izquierda en el propio CC. Mientras el Comité de Petersburgo se reunía en un cónclave disidente, en Smolni el CC votó finalmente a favor de boicotear al impotente Preparlamento cuando este se volviera a reunir, el día 7. La decisión fue unánime, excepto por el siempre cauto Kámenev, que inmediatamente llamó a ser pacientes con los preparlamentarios bolcheviques, hasta que una disputa seria justificara la salida. Perdió por poco su posición frente al llamamiento de Trotsky a la acción inmediata.

Al día siguiente, el comandante general de Petrogrado, Polkóvnikov, ordenó a las tropas de la ciudad que se prepararan para el traslado al frente. Sabía que esto desencadenaría la cólera de los soldados, y así ocurrió.

En la noche del día 7, en el Palacio Mariinski, con sus blasones imperiales tapados por cortinajes rojos, ante los ojos de la prensa y el cuerpo diplomático, el Preparlamento inauguró su primera sesión. Kérenski dio otro discurso histriónico, esta vez con la temática de la ley y el orden. Tomaron a continuación la palabra la abuela de la Revolución, Breshko-Breshkóvskaya;

después, Nikolái Avkséntiev, el presidente; y al final, intervino Trotsky. Se puso en pie para hacer un anuncio de emergencia.

Hizo una devastadora denuncia del gobierno y el Preparlamento, en cuanto herramientas de la contrarrevolución. La audiencia estalló. Trotsky alzó su voz sobre el clamor. «¡Petrogrado está en peligro!», gritó. «¡Todo el poder para los soviets! ¡Toda la tierra para el pueblo!». Entre abucheos y pitadas, los cincuenta y tres delegados bolcheviques se levantaron y abandonaron juntos el salón.

Su acción causó conmoción. Le siguió una epidemia de rumores: los bolcheviques, decía la gente, planeaban un levantamiento.

Fue en algún momento indeterminado, en estos días acelerados de principios de octubre, cuando Lenin regresó a Petrogrado.

Krúpskaya lo acompañó a Lesnoi. Allí se quedó de nuevo con su antigua casera, Margarita Fofanova. Desde su casa predicó su evangelio de urgencia a una ciudad en emergencia.

El 9 de octubre, la ira ante el plan de reubicación de tropas llegó hasta el Soviet. En el Comité Ejecutivo, el menchevique Mark Broido propuso un acuerdo: los soldados se prepararían para la transferencia, pero también se crearía un comité para elaborar los planes para la defensa de Petrogrado, lo que aseguraría la confianza popular. Esto, pensaba, podría reducir las ansiedades sobre la traición del gobierno y encarar los miedos de perder la capital, al tiempo que despejaba el camino de colaboración entre el gobierno y el Soviet.

Su propuesta dejaba fuera de juego a los bolcheviques.

Trotsky reaccionó presentando rápidamente una contrapropuesta, repudiando a Kérenski y su gobierno, acusando a la burguesía de prepararse para la rendición de Petrogrado, exigiendo inmediatamente la paz y el poder soviético, y *también* la convocatoria de la guarnición para preparar la batalla. Lo que estaba pidiendo era una nueva versión del Comité para la Lucha contra la Contrarrevolución, para la defensa del Petrogrado rojo frente a los enemigos internos y externos: «los ataques los preparan abiertamente militares y civiles kornilovistas», como dijo él mismo. Esto difería mucho del defensismo en nombre de Madre Rusia.

Pero, aun con la mayoría bolchevique en el Comité Ejecutivo, no fue aprobada su propuesta —por un margen estrecho— sino la de Broido: la ansiedad por el esfuerzo bélico todavía impedía sancionar la creación de una estructura militar paralela. Pero esa tarde, las dos mociones se debatieron en una sesión alborotada y abarrotada del plenario del Soviet. Ahora, respaldado por una gran mayoría de representantes de fábricas y cuarteles, prevaleció la enmienda de Trotsky a la sugerencia de Broido. Así nació el Comité Militar Revolucionario: Milrevcom, o CMR.

Trotsky caracterizaría más adelante este voto a favor del CMR como una revolución «seca», «silenciosa», indispensable para la revolución plena que estaba por llegar.

La amenaza de una insurrección bolchevique se discutía ahora abiertamente en todas las facciones. Desde luego algunos de sus enemigos le daban la bienvenida. «Rezo para que se produzca este levantamiento, y estoy dispuesto a dirigir las oraciones», dijo Kérenski. «Serán totalmente aplastados». Por otro lado, muchos de los bolcheviques lo veían menos claro. El día después de la reunión del Soviet, una conferencia de toda la ciudad expresaba sus reservas respecto a un levantamiento previo al Congreso de los Soviets.

Por su parte, el CC no tenía una posición formal sobre tal acción. Todavía.

Cuando Sujánov salía de su casa hacia el Soviet, en la mañana del día 10, su esposa Galina Flakserman vio algo premonitorio en el cielo de la ciudad, y le hizo prometer que no intentaría volver esa noche, que se quedaría en su oficina, como era su costumbre cuando el tiempo era tan malo. Siguió su consejo. Aquella noche, mientras Sujánov se acomodaba para dormir en Smolni, de toda la ciudad llegaron extrañas figuras a su casa: una tras otra emergía de la llovizna gris y entraba en el apartamento.

«¡Oh, las bromas literarias de la alegre musa de la Historia!», escribió amargamente Sujánov, años más tarde. A diferencia de su marido diarista, que antes fue independiente y se había unido recientemente a los mencheviques de izquierda, Galina Flakserman era una veterana militante bolchevique, que trabajaba en *Izvestia*. Sin saberlo, ella había informado discretamente a sus camaradas de que las entradas y salidas de su espacioso apartamento no llamarían apenas la atención. Así, con su marido lejos, llegó la visita del CC bolchevique.

Del comité de veintiún miembros al menos doce estaban allí, incluyendo a Kollontai, Trotsky, Uritski, Stalin, Varvara Yákovleva, Kámenev y Zinóviev. Se reunieron en el comedor, despachando rápidamente los asuntos rutinarios. Y entonces entró un hombre canoso, rasurado y con gafas, «como un ministro luterano», recordaría después Aleksandra Kollontai.

El CC observó al recién llegado. Descuidadamente, se quitó la peluca como si fuera un sombrero, para revelar una familiar coronilla calva. Lenin había llegado. Daba comienzo el debate serio.

Lenin se adelantó, apasionado. A medida que pasaban las horas, condujo el debate hacia sus intereses, ahora ya familiares. Había llegado el momento, insistió nuevamente, de la insurrección. La «indiferencia del partido hacia la cuestión de la sublevación» era una negligencia.

No fue un monólogo. Todos tuvieron sus turnos de palabra.

De madrugada, un golpe en la puerta hizo que los corazones se sobresaltaran, ahogados por el miedo. Pero era solo el hermano de Flakserman, Yuri. Otro bolchevique, al tanto de la reunión, que había venido a ayudar con el samovar, por lo que se mantuvo ocupado, preparando té, en esa especie de enorme caldera.

Kámenev y Zinóviev regresaron al histórico debate, explicando por qué pensaban que Lenin estaba equivocado. Evocaron el peso de la pequeña burguesía, que no estaba —todavía, quizá— de su lado. Sugirieron que Lenin había sobrestimado el poder de los bolcheviques en Petrogrado, y mucho más en otros lugares. Se mantuvieron firmes en que se equivocaba respecto a la inminencia de la revolución internacional. Defendieron «una postura defensiva»; tener paciencia. «Gracias al ejército tenemos un revólver apuntando al templo de la burguesía», dijeron. Era mejor asegurar la convocatoria de una Asamblea Constituyente y seguir consolidando su fuerza mientras tanto.

Sus compañeros llamaban a la circunspecta pareja «Cástor y Pólux», a veces con afecto, a veces desde la exasperación. Dentro de la jerarquía del partido, no estaban solos en su conservadurismo. Pero esa noche, aquellos con quienes compartían tendencia —Noguín, Rýkov y otros— estaban ausentes.

Lo cual no quiere decir que la posición de Lenin fuera aceptada, en todos sus detalles, por el resto de camaradas. Trotsky, por ejemplo, no sentía tanto esa urgencia, daba más importancia a los soviets, y consideraba que el siguiente congreso podría legitimar cualquier acción ulterior. Pero la pregunta

clave de la noche era esta: los bolcheviques, ¿estaban o no movilizándose para la insurrección tan pronto como fuera posible?

En una hoja arrancada de un cuaderno infantil, Lenin garabateó un resolución.

El CC reconoce que la situación internacional de la Revolución rusa... así como la situación militar... y el hecho de que el partido proletario haya obtenido la mayoría en los Soviets; todo ello, unido al levantamiento campesino y al cambio de tornas de la confianza popular en beneficio de nuestro partido (las elecciones de Moscú), y, por último, la evidente preparación de una segunda *Kornilovshchina*... pone a la orden del día la insurrección armada... Al considerar por lo tanto que es inevitable la insurrección armada y que la situación para ello está plenamente madura, el CC ordena a todas las organizaciones del partido guiarse conforme a ello y discutir y resolver, desde este punto de vista, todos los problemas prácticos.

Finalmente, después de un prolongado y apasionado debate, votaron. Por diez votos contra dos —Zinóviev y Kámenev, por supuesto—, la resolución fue aprobada. Era ambigua en sus detalles, pero se había cruzado un Rubicón. La insurrección estaba ahora a la «orden del día».

La tensión disminuyó. Yuri Flakserman trajo queso, salchichas y pan, y los hambrientos revolucionarios se abalanzaron sobre la cena. De mejor humor, bromearon con Cástor y Pólux: vacilar a la hora de derrocar a la burguesía era muy de Kámenev.

Los plazos para la acción también eran algo difusos. Lenin quería la insurrección para el día siguiente: Kalinin, por otra parte, al tiempo que elogiaba «una de las mejores resoluciones que el CC ha aprobado», pensaba —y seguramente podría haber sido esta la posición de Zinóviev y Kámenev— que «tal vez en un año» podría ser el momento óptimo.

El día 11, el combativo Congreso de los Soviets de la Región del Norte se reunía en la capital: cincuenta y un bolcheviques, veinticuatro eseristas de izquierda, cuatro maximalistas (una rama revolucionaria de los eseristas), un menchevique-internacionalista y diez eseristas. Todos los delegados presentes, incluyendo a los eseristas, apoyaban un gobierno socialista. Esa mañana una exhausta Kollontai informaba del voto del CC a los participantes bolcheviques. Según recordaría uno de los presentes, ella dio «la impresión de que la señal del CC para actuar llegaría en cualquier momento». «El plan», recordaría Latsis, «era que [el Congreso de la Región del Norte] se declararía a sí mismo como gobierno, y eso sería el comienzo».

Pero Kámenev y Zinóviev seguían presionando contra el plan. Todo lo

que tenían que hacer era convencer a doce bolcheviques y/o maximalistas, y el CC no tendría mayoría para la insurrección inmediata contra Kérenski. La reunión fue ruidosa y radical, y pidió a los presos de la cárcel de Kresty que no iniciaran una huelga de hambre, sino que conservaran sus fuerzas «porque la hora de vuestra liberación está cerca». Sin embargo, para gran frustración de Lenin, el día 13 la reunión no acababa en revolución, sino con un llamamiento a las masas destacando la importancia del próximo Segundo Congreso del Soviet.

Obreros y soldados todavía respetaban a los soviets. El 12 de octubre, los guardias de Yeguerski declararon al Soviet «la voz de los genuinos líderes de los obreros y el campesinado pobre».

Ese día, una sesión cerrada del Ispolkom decidió en votación si daba poderes a la CMR de Trotsky para defender militarmente al Petrogrado rojo del propio gobierno. Los mencheviques atacaron la moción, pero fueron derrotados en la votación. La apresurada réplica de Trotsky a Broido daba paso a un «frente», un órgano controlado por el partido pero abierto al Soviet, más allá de los partidos.

Los rumores de la revuelta bolchevique se hicieron más específicos. «Hay evidencias claras», informaba *Gazeta-kopeika*, «de que los bolcheviques se preparan rápidamente para actuar el 20 de octubre». «Los viles y sangrientos acontecimientos del 3 al 5 de julio», advertía el derechista *Zhivoe slovo*, «fueron solo un ensayo».

El gabinete de Kérenski seguía siendo optimista. «Si los bolcheviques actúan», dijo un ministro a la prensa, «llevaremos a cabo una operación quirúrgica, y extraeremos el absceso de una vez por todas».

«Debemos preguntar sinceramente a los camaradas bolcheviques», afirmó Dan con ácida cortesía, en una sesión plenaria de los Comités Ejecutivos Panrusos, el día 14, «¿cuál es el propósito de su política?» [¿] Están «llamando al proletariado revolucionario a que actúe [?] Exijo una respuesta de sí o no».

Desde su asiento, Riazánov respondió por los bolcheviques. «Exigimos paz y tierra».

No era ni un sí, ni un no, ni era tampoco tranquilizador.

15 de octubre. La esquina de Sadóvaya y Apráksina. Allí donde, en julio, los disparos que provenían de las casas habían dispersado a los manifestantes y asesinado a varios de ellos. Ahora una multitud impedía el paso de los tranvías; gritaban pidiendo *samosudy*, un juicio callejero a dos ladrones de tiendas, un hombre con uniforme de soldado, una mujer bien vestida. La muchedumbre se abrió paso, a través de la milicia ciudadana, hasta a la tienda en la que se refugiaban los dos. Una turba arrastró al hombre fuera de la tienda, mientras su sollozante cómplice lograba llegar a una cabina telefónica. La multitud arrolló a un oficial que intentaba protegerla; abrió la puerta, y la arrancó de allí entre puntapiés y puñetazos.

«¿A qué esperamos?», gritó alguien. Sacó una pistola y mató al hombre de un disparo. Hubo un silencio. Entonces alguien disparó también a la mujer, mientras la milicia observaba, impotente.

Un domingo más en Petrogrado. Ahora la justicia funcionaba así.

Al día siguiente, una sesión plenaria del Soviet debatía sobre el CMR (Milrevcom).

Deseoso de no presentarlo como un órgano bolchevique —de hecho lo era, aunque no formalmente—, el partido nombró para que defendiera la resolución al joven Pável Lazimir, presidente de la sección de soldados del Soviet y eserista de izquierdas. Broido advirtió furiosamente que el CMR no se había concebido para defender la ciudad, sino para tomar el poder. Justificando su enfoque en la contrarrevolución, y por tanto en la preparación militar, Trotsky llamó la atención sobre la amenaza persistente desde la derecha. No fue difícil de argumentar: citó una conocida entrevista reciente, durante la cual Rodzianko había bramado, «¡Al demonio con Petrogrado!».

El día 17, en Pskov, los generales se reunieron con una delegación del Soviet para discutir el redespliegue de tropas, trayendo consigo a representantes desde el frente. A los revolucionarios les preocupaba el resentimiento de aquellos soldados de primera línea: para ellos, la negativa a trasladarse al frente por parte de la guarnición de retaguardia era una falta de solidaridad. El Soviet confirmó ansiosamente el heroísmo de su guarnición, y se negó a prometer cualquier apoyo a la petición de los generales. Para el Estado Mayor, el encuentro había sido inútil.

Ese fue el día en que el Milrevcom se inauguraba: un órgano soviético

para la sospecha militarizada de un gobierno sospechoso. Pero el CC bolchevique no le prestaba aún toda su atención: estaban distraídos por las incertidumbres internas.

El 15 de octubre, el Comité de Petersburgo había reunido a treinta y cinco representantes bolcheviques de toda la ciudad, para preparar el alzamiento. Pero la reunión descarrilaba, entre dudas y advertencias, que venían de lugares inesperados.

De parte del CC, Búbnov defendió «actuar». Esta vez uno de los que intervenían contra su propuesta era Nevski.

Nevski, el antiguo ultra, representante de la alborotadora y radical Organización Militar, informaba ahora de que la OM «acaba de hacerse derechista». Enumeró las dificultades que percibía en el plan del CC, incluyendo lo que consideraba una preparación totalmente insuficiente. Se mostró profundamente escéptico ante la idea de que el partido pudiera hacerse con todo el país.

Ahora que se abría paso la incertidumbre, el comité leyó un largo memorando, distribuido por Kámenev y Zinóviev, en el que se ahondaba en la preocupación. Su impacto fue palpable. Algunos distritos y representantes persistían en su optimismo —Latsis, como siempre, era extremadamente entusiasta— pero muchos eran cada vez más cautos. No estaban seguros de si la Guardia Roja, aunque unida «con una cadena de hierro», como expresó un periodista, por el «hambre y el odio a la esclavitud asalariada», estaba lo suficientemente avanzada políticamente como para afrontar la tarea.

Pocos cuestionaban que las masas se movilizarían de nuevo contra cualquier contrarrevolución, ni tampoco dudaban de su apoyo al Soviet o al llamamiento bolchevique a tomar el poder, pero eso no tenía por qué traducirse necesariamente en que siguieran al partido hacia la insurrección. La crisis económica había aplastado al pueblo, dijeron algunos, y en su flaqueza se mostraría reacio a acometer la ofensiva junto a los bolcheviques.

Al final, ocho representantes pensaron que las masas estaban listas para la lucha. Seis las consideraron inseguras, y abogaron por posponer la acción. Cinco dijeron que el momento era totalmente inoportuno.

Búbnov estaba horrorizado. Exigió que la conversación se dirigiera a cuestiones prácticas, a los preparativos. La asamblea aprobó ciertas medidas

para cimentar la iniciativa: una conferencia de agitadores de partido, la consolidación de vínculos con los trabajadores de comunicaciones, el entrenamiento militar; pero no trazó planes concretos para la sublevación.

El CC, desairado, se reunió apresuradamente.

Nieve húmeda sobre calles oscuras: el distrito de Lesnoi, en el norte de Petrogrado. Un frenético perro San Bernardo ladra, alertando de unas sombras que se deslizan en la oscuridad. Cada figura se perfila fugazmente, luego desaparece. Con cada ladrido pasa otra figura, hasta que finalmente más de veinte líderes bolcheviques están dentro del edificio donde se reúne la Duma del distrito. Mientras se quitan sus disfraces, una joven los va saludando.

Era el día 16. Ekaterina Alekseeva, empleada como limpiadora del edificio, era miembro de los bolcheviques del distrito. El presidente del partido, Kalinin, le había asignado una misión. Le había ordenado que preparara esta reunión secreta. Cuando la ansiedad del vigilante canino se hizo excesiva, Alekseeva salió y trató de calmarlo. Sería una larga noche.

Los bolcheviques habían llegado a través de una cadena de contraseñas, disfrazados, a un lugar no revelado hasta el último instante. Se acercaba el comienzo de la reunión, y ante la falta de asientos, algunos se sentaron en el suelo.

Lenin fue uno de los últimos en llegar. Se quitó la peluca, se sentó en la esquina, y se lanzó a otra apasionada y desesperada defensa de su estrategia. Habían intentado llegar a un acuerdo. No es que el sentimiento popular no estuviera listo para la acción; lo que ocurría es que era proteico, volátil. Estaban *esperando*. Las masas habían «otorgado a los bolcheviques su confianza, y exigían de ellos no palabras, sino hechos».

Todos los que estuvieron allí coincidieron en que este era uno de los mejores momentos retóricos de Lenin. Sin embargo, no pudo despejar todas las dudas.

Respecto a los miembros de la OM, esos escépticos de última hora, Krylenko se mantuvo cauto. Volodarski se aventuró a decir que, si bien «nadie está saliendo a las calles... Todo el mundo respondería a una llamada del Soviet». Desde el distrito de Rozhdéstvenski llegaban «dudas... sobre si [los trabajadores] se alzarán». Desde el distrito de Ojta: «Las cosas están mal». «Las cosas no van demasiado bien en Krásnoe Seló. En Kronstadt, la

moral ha caído». Y Zinóviev albergaba «grandes dudas de que esté asegurado el éxito de un alzamiento».

Continuaron sucediéndose argumentos ya familiares. Finalmente, mientras la nevisca continuaba en el exterior, los bolcheviques llevaron el asunto a votación.

Lo que deseaba Lenin era un respaldo formal a su anterior decisión, uno que dejara abierta la forma y el calendario preciso de la insurrección, aplazándolos al CC y a la decisión del Soviet de Petrogrado y el Comité Ejecutivo Panruso. Zinóviev, por el contrario, pidió que directamente se *prohibiera* que la organización preparara un alzamiento antes del Segundo Congreso, programado para el 20, momento en el que sería consultada toda la fracción bolchevique.

Para Zinóviev: seis votos a favor, quince en contra, tres abstenciones. Para Lenin: cuatro abstenciones, dos en contra, y diecinueve a favor.

Para quién fue el voto que falta, es un misterio de la historia. En todo caso, el resultado era favorable a la revolución: por un gran margen. Aunque el calendario todavía estaba por debatir, por segunda vez en una semana los bolcheviques habían votado a favor de la insurrección.

Un angustiado Kámenev jugó una última carta. Esta decisión, dijo, destruirá a los bolcheviques. En consecuencia, presentó su dimisión del CC.

En lo profundo de la noche, se finalizaba la sesión y los bolcheviques se dispersaban, dejando sola a Alekseeva frente a un increíble desorden.

Kámenev y sus consternados aliados rogaron que se les dejara expresar su disenso en *Rabochy put'*. Se les negó la oportunidad. Sin un altavoz del partido, pero con el apoyo de Zinóviev, Kámenev recurrió a otro instrumento.

El periódico de Gorki, *Novaya zhizn*, flotaba políticamente en alguna parte entre la izquierda de los mencheviques y los propios bolcheviques. Más pesimista que estos últimos, su línea estaba firmemente en contra de una insurrección «precipitada». Fue en *Novaya zhizn* donde Kámenev publicó un demoledor ataque.

«En este momento», escribió, «la instigación de un alzamiento armado, antes e independientemente del Congreso del Soviet, sería un paso inadmisibles e incluso fatal para el proletariado y la revolución».

Aunque lo insinuaba rotundamente, Kámenev no llegaba a declarar abiertamente que se había planeado una insurrección. Pero la publicación de tales dudas, procedentes de un militante de largo historial, y además en una revista no bolchevique, fue una transgresión profundamente impactante y perjudicial de la disciplina partidaria.

Lenin desataría una ira bíblica.

Apenas podía creer que esta traición viniera de Kámenev, junto a Zinóviev. Eran viejos camaradas. En el diluvio de cartas de Lenin al partido que provocó el texto de Kámenev, hay un dolor agudo y real. «No es fácil para mí escribir de esta manera sobre camaradas antes cercanos», escribió, en medio de una catarata de rabia contra los «esquiroles» o «rompehuelgas» que habían cometido «traición», un «crimen», y habían propagado «mentiras calumniosas». Insistió en que fueran expulsados.

A pesar de la autoridad e insistencia de Lenin, el día del polémico ataque de Kámenev se producían más contratiempos. Aunque quince de los dieciocho delegados de las unidades militares de Petrogrado que se reunieron en Smolni ya no reconocían al gobierno, la mitad no se comprometía todavía con la acción armada. Y aquellos que estaban dispuestos a ella solo lo harían ante un llamado del Soviet. En una reunión de 200 miembros, los bolcheviques pidieron que se discutiera la toma del poder, y moderados como Larin y Riazánov criticaron con dureza los planes del CC, considerándolos prematuros. Contaron con el apoyo de Chudnovski, un camarada que había llegado directamente del frente sudoccidental; allí, advirtió Chudnovski, los bolcheviques no tenían ningún bastión. Cualquier insurrección en ese momento, dijo, estaría condenada de antemano.

En medio de una tensión palpable y creciente, los líderes soviéticos reprogramaron apresuradamente el Segundo Congreso, para el día 25. Los moderados esperaban aprovechar ese tiempo para crear una mayor movilización a su favor. Pero esto solo era un acicate más para Lenin: ahora tenía cinco días más para que el congreso estuviera dispuesto a la insurrección.

Necesitaba esos días. El partido estaba profundamente dividido.

La OM desconfiaba del recién creado CMR y estaba celosa de su poder. El respeto que conservaban los miembros por los líderes de la derecha del partido, y la incomodidad que provocaban las ácidas y devastadoras arengas

de Lenin añadían más presión: a una de sus arremetidas contra Cástor y Pólux, los editores bolcheviques respondieron con críticas a su «tono afilado». En una reunión del CC el día 20, Stalin objetó a la dimisión de Kámenev. Cuando a Kámenev y Zinóviev se les prohibió atacar abiertamente al CC, Stalin anunció su propia dimisión de la redacción, en señal de protesta.

El CC no aceptó ni su renuncia, ni la exigencia de Lenin de que fueran expulsados Kámenev y Zinóviev. La anterior dimisión de Kámenev del CC también parece, en algún momento, haberse perdido por el camino.

«Nuestra posición, en su totalidad», dijo Stalin con inusual perspicacia, «es contradictoria». Los bolcheviques estaban divididos incluso en sus acuerdos.

El día 19, el CMR se encontró con un severo revés. Las unidades en la Fortaleza de San Pedro y San Pablo aprobaron una resolución que se oponía a entrar en acción. Se trataba de soldados que serían cruciales en cualquier alzamiento.

El Milrevcom trató de reagruparse. En su primera reunión de movilización, el viernes 20 de octubre, centró su atención en la defensa del Soviet ante potenciales ataques. El domingo siguiente iba a ser «el Día del Soviet de Petrogrado», y los socialistas tenían planeados conciertos y reuniones conmemorativas. Pero ese día era también el 105 aniversario de la liberación de Moscú de las garras de Napoleón, y el Soviet de la Unión de Fuerzas Militares Cosacas había programado su propia procesión religiosa. La izquierda temía que la extrema derecha pudiera usar esta marcha para instigar un choque. El Milrevcom envió delegados a todas las unidades de combate de la ciudad para advertir de tales provocaciones, y programó una sesión de la Conferencia de la Guarnición para la mañana siguiente.

Al margen de su problema en la Fortaleza, el CMR se revitalizaba. Con su éxitos estaba ganando apoyo entre las tropas, y convenciendo a los escépticos y a los estrategas partidarios de la vía política meramente entre los bolcheviques. Ahora el CC afirmaba que «todas las organizaciones bolcheviques pueden entrar a formar parte del centro revolucionario organizado por el Soviet». Pero todavía había quien no lo veía claro, tanto respecto al papel del CMR como a la estrategia del CC.

Lenin convocó a Podvoiski, Nevski y Antónov, de la OM, en un

apartamento sin especificar del distrito de Víborg. Estaba decidido, recordaría Nevski, a «erradicar los últimos vestigios de terquedad» sobre la viabilidad de un alzamiento. De hecho, pareció compartir algunas de las preocupaciones que plantearon los hombres de la OM. Pero cuando defendieron un retraso de entre diez y quince días, perdió la paciencia. Y además, ahora que estaba convencido de su utilidad, Lenin le pidió a la OM que trabajara dentro del CMR.

En la mañana del día 21, Trotsky inauguró la Conferencia de la Guarnición del CMR. Instó a soldados y obreros a que apoyaran al CMR y a los soviets en la lucha por el poder. La guarnición aprobó una resolución que pedía al próximo Congreso de los Soviets «que tomara el poder».

«Toda una serie de personas hablaron sobre la necesidad de transferir inmediatamente el poder a los soviets», informó *Golos Soldata*, un escéptico periódico eserista-menchevique. Se tranquilizaba, también, sobre lo que podría ocurrir el domingo. «El representante del Cuarto Regimiento de Cosacos del Don informó a la asamblea que su comité de regimiento había decidido no participar en la procesión religiosa del día siguiente. El representante del Decimocuarto Regimiento de Cosacos del Don causó sensación al declarar que su regimiento no solo no apoyaría los movimientos contrarrevolucionarios... sino que combatiría a la contrarrevolución con todas sus fuerzas». Ante extasiados aplausos, el orador se agachó para darle la mano a su «camarada cosaco».

Animado, el Milrevcom decidió enfrentarse al gobierno.

En la medianoche del día 21, un grupo de representantes del CMR llegó al Estado Mayor para reunirse con el general Polkóvnikov. «De ahora en adelante», le dijo un tal Sadovski, «las órdenes que no estén firmadas por nosotros son inválidas».

La guarnición, respondió Polkóvnikov, era su responsabilidad, y un comisario del Comité Ejecutivo Central era suficiente. «No reconoceremos a sus comisarios», dijo. La batalla comenzaba.

La delegación regresó a la sede del CMR para reunirse con Antónov, Sverdlov y Trotsky. Allí, juntos, redactaron un documento clave de la Revolución de Octubre.

«En una reunión celebrada el 21 de octubre», rezaban sus primeras líneas,

«la guarnición revolucionaria se ha reunido entorno al CMR».

A pesar de ello, en la noche del 21 al 22 de octubre, el cuartel general del Distrito Militar de Petrogrado se negó a reconocer al CMR... Al hacerlo, el cuartel general rompe con la guarnición revolucionaria y el Soviet de Diputados Obreros y Soldados... El cuartel general se convierte en un arma de las fuerzas contrarrevolucionarias... La protección del orden ante los ataques contrarrevolucionarios recae en los soldados revolucionarios dirigidos por el CMR. Ninguna directriz concerniente a la guarnición que no esté firmada por el CMR debe considerarse válida... La revolución está en peligro. Larga vida a la guarnición revolucionaria.

En la madrugada del domingo 22, en una sesión *ad hoc* celebrada en Smolni, la conferencia de la guarnición votó para apoyar la explosiva declaración de Trotsky. Al mismo tiempo, Polkóvnikov inició sus movimientos contra el CMR. Convocó cuidadosamente a los representantes de los comités de guarnición y funcionarios del Comité Ejecutivo de Petrogrado y Panruso.

Polkóvnikov era astuto: también invitó a los soldados de Smolni a reunirse, en respuesta a su aprobación de la declaración del CMR.

Día del Soviet de Petrogrado. En varias reuniones de masas a lo largo de la capital, los más grandes oradores bolcheviques —Trotsky, Raskólnikov, Kollontai, Volodarski— arengaron a la multitud. Incluso Kámenev destacó, sorprendentemente, aprovechando sus propios discursos para minimizar las perspectivas de cualquier insurrección que se realizara antes del Segundo Congreso.

En la sala de ópera llamada Casa del Pueblo, Trotsky advirtió que Petrogrado seguía estando en riesgo inminente frente a la burguesía. La defensa de la ciudad dependía de los obreros y soldados. Según Sujánov, el perenne espectador irónico, esto desencadenó «un estado de ánimo que rozaba el éxtasis».

En esa atmósfera de ovaciones y gritos y puños cerrados, entre el aplauso y la determinación de la milicia, Polkóvnikov hizo su siguiente movimiento. Su posición era débil, y él lo sabía. Todavía buscando el acuerdo de compromiso, invitaba ahora al propio CMR a reunirse con él el día siguiente.

Tampoco era el único general que se dedicaba febrilmente a trazar estrategias. Esa tarde, el jefe de Gabinete del Distrito Militar de Petrogrado, Jaques Bagratuni, pidió que desde el frente norte se desplegaran rápidamente en la ciudad una brigada de infantería y de caballería, así como una batería de artillería. Woytinsky, en el frente, respondió que los soldados sospechaban.

Antes de proceder querían saber cuál era el propósito del despliegue.

Kérenski, por su parte, todavía sobrestimaba sus posibilidades. Esa misma noche propuso a su gabinete que el Milrevcom fuera liquidado por la fuerza. Polkóvnikov intentó convencerlo de que esperara, con la esperanza de que el Milrevcom diera marcha atrás. Pero el gobierno dio el siguiente paso y emitió un ultimátum.

O el CMR revocaba su declaración del día 22 —afirmaba el ultimátum—, o las autoridades lo harían en su lugar.

23 de octubre. El Milrevcom casi había terminado de nombrar a sus comisarios —en su mayor parte, y sin que sorprendiera a nadie, activistas de la Organización Militar bolchevique—. Ahora era el momento de intensificar la confrontación con el gobierno. El comité aprobó un decreto por el que se concedía poder de veto sobre las órdenes militares.

A mediodía, los representantes del CMR regresaron a la Fortaleza de San Pedro y San Pablo: habían solicitado una reunión pública en la fortaleza donde habían sido rechazados muy poco tiempo antes. Posteriormente, Antónov afirmaría que él había defendido que se enviaran tropas probolcheviques para tomar la fortaleza por la fuerza, pero Trotsky estaba convencido de que podrían ganarse a los soldados para la causa. En consecuencia, el Milrevcom organizó un debate bastante extraordinario.

El comandante del fuerte defendió la cadena de mando existente, y se le unieron destacados mencheviques y eseristas de derecha. El CMR estaba representado principalmente por bolcheviques. Debatieron durante horas, frente a la gran congregación de soldados.

Mientras un exhausto Chudnovski se esforzaba por dar sus mejores argumentos en defensa del CMR, oyó una oleada de aplausos que se propagaba entre la gran multitud. Se detuvo, ante el creciente alboroto. Sonrió.

«Cedo mi lugar», gritó, «¡al camarada Trotsky!».

Ante una creciente ola de euforia, Trotsky subió a la tribuna. Había llegado el momento de sumar su voz al debate.

La reunión continuó mientras afuera iba ya oscureciendo. Las multitudes se trasladaron al gran edificio de madera en el 11 de la avenida

Kamennoostrovski. El Circo Moderno, un anfiteatro escasamente iluminado donde celebraba sus reuniones la revista bolchevique feminista *Rabotnitsa*, era uno de los foros favoritos de los revolucionarios. Había sido el escenario de muchos de los mejores discursos del joven Trotsky, en 1905. Más tarde él mismo escribiría un lírico elogio de aquellos sucesos de 1905, con una descripción que podría servir para evocar esta noche de octubre, doce años más tarde.

Cada centímetro cuadrado estaba lleno, cada cuerpo humano comprimido hasta su límite... Parecía que las galerías iban a hundirse de un momento a otro ante el peso de los vivos... El aire, cargado de respiraciones y espera, estallaba en gritos y apasionadas algarabías características del Circo Moderno... Ningún orador, sin importar cuán agotado estuviera, podía resistirse a la tensión eléctrica de esa apasionada multitud humana... Así era el Circo Moderno. Tenía su propia fisionomía, fogosa, tierna, apasionada.

Y fue allí, a las 8 p. m., donde los soldados, finalmente, dramáticamente, votaron.

Todos los representantes del CMR se movieron hacia la izquierda: aquellos que se oponían atravesaron la sala, colocándose a la derecha. Un largo ejercicio de empujones y recolocaciones. Al acabar, un enorme y sostenido aplauso: a la derecha solo había algunos oficiales y unos pocos intelectuales de uno de esos extraños regimientos de bicicletas. La mayoría, de lejos, se posicionaba con el CMR.

Las unidades de la Fortaleza, que se habían declarado en contra del CMR solo tres días antes, ahora se unían a él. El simbolismo era inmenso. Y con esto llegaban ventajas más concretas. La mayoría de los almacenes de armas de Petrogrado estaban ahora en manos del CMR. Y el cañón de la fortaleza apuntaba hacia el propio Palacio de Invierno.

Los delegados comenzaban a llegar al Congreso de los Soviets. Bolcheviques y eseristas de izquierda seguramente tendrían mayoría, y serían capaces de exigir la transferencia de poder a los soviets; un verdadero gobierno socialista. En una reunión del plenario del Soviet de Petrogrado, aquella misma noche, el extravagante Antónov informó de todos los movimientos del CMR, describiéndolos como defensivos, emprendidos en favor del propio Congreso. En consecuencia, recibieron un apoyo abrumador de los delegados.

Los triunfos del Milrevcom eran realmente espectaculares. Por lo tanto, resultó bastante asombroso que, a última hora de esa misma noche, cediera ante el ultimátum del Distrito Militar. Retiraba su reciente declaración;

declinaba su poder de veto.

Lo que precipitó este notable paso atrás no está claro. Lo que parece probable es que los mencheviques moderados Bogdánov y Gots anunciaron que si el comité no capitulaba, el Comité Ejecutivo Central del Soviet rompería relaciones con él. El Milrevcom obtenía su legitimidad del Soviet: ¿cómo se habría percibido entonces la ruptura?

Fuera cual fuera la amenaza que lo precipitó, aparentemente no fueron solo los eseristas de izquierdas, sino también bolcheviques moderados como Riazánov los que insistieron en que el CMR cancelara su reclamación de autoridad militar, precipitando su propia crisis existencial.

A las 2:30 a. m., llegaba un extraño ejército, atravesando la fría noche de la ciudad. Estaba formado por todas las fuerzas que estaban disponibles; todas las fuerzas con las que contaba la derecha. Dos o tres destacamentos de junkers; algunos cadetes de escuelas de entrenamiento militar; soldados de un Batallón de la Muerte de Mujeres; una batería de artillería montada del Pavlovski; varios batallones de cosacos; una unidad de bicicletas, con sus toscas máquinas rodantes; y un regimiento de fusileros de veteranos heridos de guerra. Atravesaron la silenciosa ciudad para defender el Palacio de Invierno.

El CMR había pestañado. Kérenski golpeó.

Mientras rezaba por la llegada inminente de tropas lealistas desde el frente, Kérenski ordenó a Bagratuni que desplegara los pocos efectivos que tenía a disposición. En la madrugada del 24 de octubre comenzaba el asalto a los bolcheviques.

En la oscuridad del invierno temprano, un destacamento de milicia y cadetes llegaron a la imprenta Trud, donde se imprimía *Rabochy put'*. Irrumpieron por la fuerza y destruyeron varios miles de ejemplares del periódico. Destrozaron maquinaria y herramientas, sellaron la entrada y colocaron a un guardia en el exterior. En un fatuo guiño a la imparcialidad, Kérenski también ordenó el desmantelamiento simultáneo de dos periódicos de extrema derecha, *Zhivoe slovo* y *Novaya Rus'*. Nadie, sin embargo, podía confundirse respecto al objetivo de su ataque.

Tras un largo día de reuniones con los recién llegados delegados del partido, varios líderes bocheviques dormían profundamente en la sede de la

editorial del partido, *Priboi*, roncando en sus catres, entre pilas de libros. Un teléfono comenzó a sonar. Y el timbre no callaba. Quejas. Lómov, finalmente, se levantó, medio dormido, y descolgó.

Era Trotsky, dando la voz de alarma. «¡Kérenski está a la ofensiva!».

En Smolni, apresuradamente, Lazimir, Trotsky, Sverdlov, Antónov y otros trasladaron las alertas del CMR a los comités de regimiento y a los nuevos comisarios. «Directiva Número Uno. El Soviet de Petrogrado está en peligro manifiesto... Por la presente se os insta a poner vuestro regimiento en disposición de batalla... Cualquier demora o interferencia en ejecutar esta orden se considerará una traición a la revolución».

Nadie sabía ahora si el Congreso del Soviet llegaría a tener lugar. Algunos en el CMR y el Comité de Petersburgo comenzaron, como Lenin, a demandar una insurrección inmediata. Pero, incluso con sus imprentas atacadas y con las fuerzas lealistas en marcha, el exiguo plantel del CC que se encontraba en Smolni, incluyendo a Trotsky y Kámenev, barajaba intentar una negociación entre el CMR y el Distrito Militar. No parecían ser conscientes aún de que las acciones de Kérenski hacían irrelevante esa opción.

El CC todavía enmarcaba las acciones como puramente defensivas, al menos hasta el Congreso del Soviet. Pero ahora apoyaba la decisión de Trotsky de enviar guardias a la imprenta Trud, porque «el Soviet de Diputados Obreros y Soldados no puede tolerar la supresión de la libertad de expresión».

Reabrir la imprenta no sería tanto una defensa como pasar al contraataque. Como en el frente, lo mismo ocurría con la insurrección: la distinción entre «defensivo» y «ofensivo» puede llegar a difuminarse.

A las 9 a. m., Dashkévich, del CC bolchevique y de la OM, se dirigió a las imprentas con una compañía de guardias del Litovski, armados con ametralladoras. Sin mucho esfuerzo ni sangre derramada, superaron a la milicia lealista y rompieron el cordón del gobierno. «Los camaradas soldados», informaba secamente un reportero, «no hicieron un esfuerzo similar para liberar *Zhivoe slovo*». Se publicó a toda velocidad una edición de *Pravda* que impulsaba la línea mayoritaria del CC, añadiendo presión sobre el próximo Congreso de Soviets e instándole a reemplazar el régimen de Kérenski.

En las calles, obreros y soldados armados comenzaron a congregarse, intentando dar sentido a todos los acontecimientos recientes. La izquierda no era el único lado que se movía.

Kérenski logró llegar rápidamente al Palacio Mariinski. Allí, en un intento de ganarse al Preparlamento, este veterano actor de melodramas dio un discurso errático, incoherente y recargado —incluso para él—. La izquierda, se lamentó, estaba haciéndole el juego a Alemania. Mendigó apoyo al más Provisional de sus Gobiernos. Pidió poderes para reprimir a los bolcheviques. La derecha aplaudió, mientras que los mencheviques-internacionalistas y los eseristas de izquierdas se miraban, avergonzados ante el espectáculo que estaba dando.

A partir de ahí, Kérenski se asignó a sí mismo la tarea de cuidar de las escasas fuerzas lealistas atrincheradas en el Palacio de Invierno. Estaba seguro de que el Preparlamento le apoyaría. Era «completamente ajeno», recordaría después el eserista de izquierdas Kamkov, «al hecho de que no había nadie para sofocar la revuelta, por muchas medidas legales que se le garantizaran».

Mientras se refugiaba, Trotsky estaba explicando a los delegados bolcheviques que el partido no estaba a favor de la insurrección antes del propio congreso, pero que facilitaría el deterioro definitivo del gobierno, para socavarlo. «Sería un error», dijo entre aplausos, «arrestar al gobierno... Esto es defensa, camaradas. Esto es defensa». Este era todavía el catecismo.

Aquella tarde sucedió un repentino y ominoso acontecimiento: el Estado Mayor del ejército ordenó que se levantaran los puentes de la ciudad. Y los puentes obedecieron, bostezando al girar sus poleas, abriéndose; no para permitir el paso por debajo, sino para impedirlo por arriba, aislando a las crecientes masas de personas que se juntaban a ambos lados de las aguas. Ya solo podría cruzarse el Puente del Palacio, controlado por las fuerzas del gobierno.

«En ese momento recordé las Jornadas de Julio», escribió más tarde Ilyin-Zhenevsky, de la OM bolchevique. «El levantamiento de los puentes me pareció el primer paso, previo a un nuevo intento de destruirnos. ¿Era posible que el Gobierno Provisional triunfara otra vez sobre nosotros?».

Los colegios enviaron a los alumnos a casa, y los departamentos del

gobierno a sus empleados. Se difundía la noticia del cierre de los puentes. Tiendas y bancos bajaban las persianas. Las líneas de tranvías restringían sus servicios.

Pero a las 4 p. m., precisamente cuando el regimiento de bicicletas abandonaba abruptamente su puestos en el Palacio de Invierno, cadetes lealistas de artillería llegaban a uno de esos puentes vitales, el Liteini, y se topaban con una gran y encolerizada multitud. Esta vez el pueblo había decidido que no permitiría que los puentes cayeran en manos del enemigo. Los cadetes, superados en número, solo pudieron rendirse.

Se ordenó al Batallón de Muerte de Mujeres que se dirigieran al puente Troitski (de la Trinidad), para defender la posición. Pero cuando llegaron, se dieron cuenta de que estaban directamente en el punto de mira de las ametralladoras de la Fortaleza de San Pedro y San Pablo. Retrocedieron.

Esponáneamente, Ilyin-Zhenevsky dirigió a los soldados de la guarnición a asegurar los puentes Grenaderski y Samsonevski. Volvió un grupo, arrastrando una pesada maquinaria. Les seguía, gritando, un mecánico encolerizado.

«Hemos bajado el puente», le respondieron a un intrigado Ilyin-Zhenevsky, «y para asegurarnos de que se mantiene bajado, nos hemos traído parte del mecanismo». Ilyin-Zhenevsky aseguró al técnico del puente que los revolucionarios cuidarían bien de las piezas; las almacenaron en la sala de comités del regimiento.

No todo salió como deseaban las masas revolucionarias. En el Puente Nikoláyevski, los cadetes derrotaron a los comprometidos pero indisciplinados Guardias Rojos en sus ropas de civil, y les expulsaron, haciéndose con el control del paso. En el Puente del Palacio, cadetes y mujeres del Batallón de la Muerte lograron mantener su posición. Aun así, a comienzos de la noche, las multitudes conservaban dos de los cuatro puentes principales de Petrogrado. Suficiente.

Ante la insistencia de los eseristas de izquierdas, el Milrevcom informó a la prensa de que, «contrariamente a todos los rumores e informes», no había intervenido para hacerse con el poder, «sino exclusivamente para organizar la defensa». Mientras sus miembros repetían esa frase por órdenes del CMR, el comisario Stanislav Pestkovski llegó a la oficina de telégrafos de la ciudad. Sus guardias eran del Regimiento Keksgolmski, desde hace mucho tiempo leales al CMR. Con ellos dentro, sin un disparo, y aunque ninguno de los tres

mil empleados dentro era bolchevique, las comunicaciones de la ciudad pasaron a manos del Milrevcom.

Atardecía, y la ciudad se mantenía en un extraño equilibrio. Revolucionarios armados se congregaban en los puentes, que les unían y separaban de las fuerzas gubernamentales, mientras grupos de respetables ciudadanos se paseaban como de costumbre por la avenida Nevski, donde la mayor parte de restaurantes y cines estaban abiertos. La rebelión se perfilaba sobre el fondo del cotidiano crépusculo metropolitano.

En el apartamento de Margarita Fofanova, en las afueras, Lenin estaba cada vez más agitado. A pesar del relativamente suave progreso de la lucha hasta entonces, sus compañeros todavía no declaraban el alzamiento; prevalecía la postura defensiva.

«La situación es en extremo crítica», les garabateó.

Postergar la insurrección sería fatal... Con todas mis fuerzas pido a los camaradas que comprendan que todo pende ahora de un hilo; que nos enfrentamos con problemas que no pueden resolverse con conferencias o congresos (ni siquiera congresos de soviets), sino exclusivamente... con la lucha del pueblo armado... A cualquier precio tenemos que arrestar al gobierno esta misma tarde, esta misma noche... ¡¡No podemos esperar!! ¡¡Podemos perderlo todo!!... El gobierno se tambalea. ¡Es necesario acabar con él a cualquier precio!

¿Y quién debe tomar el poder? «Eso no tiene importancia en este momento. Que lo haga el Comité Militar Revolucionario u “otra institución”».

Lenin le pidió a Fofanova que entregara la nota a Krúpskaya, «y a nadie más».

En Helsingfors, un operador de radio entregó un telegrama a Dybenko, un joven militante bolchevique de la armada. «Envía los reglamentos». Un código acordado. Sus camaradas de la capital le estaban dando instrucciones para que enviara marineros y barcos a Petrogrado.

La extrema izquierda no era la única que se preparaba. Esa noche, incluso los titubeantes comprendieron que la vacilación no podía continuar. El débil Preparlamento se volvía a reunir para discutir las peticiones de apoyo de Kérenski.

«No juguemos al escondite entre nosotros», dijo contundentemente el eserista de izquierdas Borís Kamkov, «¿hay alguien que pueda confiar en este gobierno?».

Mártov se unió a las críticas. En algún lugar de la sala, un ingenioso miembro de la derecha gritó: «¡Aquí está el ministro de Asuntos Exteriores del futuro gabinete!».

«Soy miope», replicó Márto, «así que no veo bien si esto lo dice el ministro de Asuntos Exteriores del gabinete de Kornílov».

Los preparlamentarios intercambiaban las pullas con garbo, mientras los cimientos de la autoridad quedaban reducidos a escombros.

Que Kamkov y Márto exigieran una vez más la paz inmediata, un gobierno socialista, y la reforma de la tierra y el ejército, a nadie sorprendió. Pero la agitación del momento, sus tumbos hacia un final definitivo, también estaban empujando a los moderados hacia la izquierda.

Incluso Fiódor Dan, inesperadamente, después de buscar durante meses la coalición con la derecha, insistía ahora en «la clara enunciación por parte del gobierno... de un programa en el que el pueblo vea reflejados sus justos intereses apoyados por el gobierno y el Consejo de la República, y no por los bolcheviques». Esto implicaba enmarcar «las cuestiones de paz y tierra, y democratización del ejército... de tal manera que ni un solo trabajador o soldado tenga la menor duda de que nuestro gobierno se mueve en esta dirección, con pasos firmes y decididos».

Los kadetes del Preparlamento, por supuesto, propusieron una resolución de apoyo al Gobierno Provisional. Los cosacos de línea dura propusieron su propia resolución, atacando violentamente a ese gobierno desde la derecha. Pero Dan articuló una novedosa resolución de la corriente principal eserista/menchevique. Pedían la inauguración de un «Comité de Salud Pública» que trabajara con el Gobierno Provisional para restaurar el orden — y para aplicar un programa radical de paz y tierra—. La propuesta de Dan, de apariencia conciliadora pese a la acotación de provisionalidad, se trataba de un voto de no confianza para Kérenski, desde la izquierda.

La cámara escuchó entre ecos el debate sobre las tres mociones.

Por fin, a las 8:30 p. m., contra la oposición de 102 votos, y con 26 cruciales abstenciones, la resolución «de izquierda» de Dan se aprobó con 123 votos.

Una nueva era. Dan y Gots ahora estaban armados con un estrechísimo pero nuevo y radical mandato. Salieron disparados, a través de la fría noche, para reunirse con el gobierno en el Palacio de Invierno. Estaban seguros de

que esta era la oportunidad. Exigirían la proclamación del cese de las hostilidades por parte del gobierno. Insistirían en unas negociaciones de paz, en la distribución de tierras y en la convocatoria de la Asamblea Constituyente. Todo podía cambiar ahora.

Qué lástima.

Precisamente cuando el Preparlamento votaba, el bolchevique de Helsingfors Leonid Stark, con solo doce marineros armados, tomó la Agencia Telegráfica de Petrogrado, un medio de noticias. Una de sus primeras acciones fue cortar el flujo de información. Las noticias de la resolución del Preparlamento no llegaron a ninguna parte.

En todo caso, es difícil que la decisión del Preparlamento cambiara las cosas. Al llegar al Palacio de Invierno, Dan y Gots se encontraron, estupefactos, con un Kérenski al borde del ataque de nervios. Primero anunciaba con tristeza su intención de dimitir, y al instante siguiente destituía a los mencheviques, para insistir después, rozando el delirio, en que el gobierno podía arreglárselas solo.

La rebelión estaba, todavía, indecisa entre defensa y ofensiva. Hacia las 9 de la noche, en el puente Troitski, Osvald Denis, comisario del CMR en el Regimiento Pavlovski, notó un mayor movimiento entre las fuerzas lealistas. No perdió tiempo. Ordenó construir barricadas para bloquear el camino al palacio y la detención de los funcionarios del gobierno. Pero al instante recibió un mensaje urgente del Milrevcom. Estas medidas no estaban autorizadas, le dijeron. Le ordenaban dismantelar sus puestos de control.

Incrédulo, Denis ignoró la orden.

Lenin, por su parte, ya no podía contenerse. Contraviniendo directamente las instrucciones del CC —no era la primera vez—, se puso su abrigo y dejó una nota en la mesa de su anfitriona.

«Me he ido», decía, «adonde no queríais que fuera».

Con peluca, gorro, un traje raído y unos vendajes alrededor del rostro a modo de tosco disfraz, Lenin se puso en marcha, junto con su camarada finlandés Eino Rahja.

Los dos hombres cruzaron Víborg en un oscilante tranvía, casi vacío. Cuando, por comentarios casuales, la conductora reveló que era izquierdista,

Lenin compulsivamente empezó a interrogarla —y sermonearla— sobre la situación política.

Se detuvieron cerca de la Estación Finlandia y continuaron a pie a través de las peligrosas calles. En la parte inferior de la calle Shpalernaya, Lenin y Rahja se encontraron con una enardecida patrulla montada lealista. Rahja contuvo el aliento.

Pero los cadetes vieron solo a un nervioso borracho herido. Al pasar, simplemente saludaron, y dejaron pasar a Lenin, el revolucionario más famoso del mundo. Y así, poco antes de medianoche, Lenin y Rahja llegaron al Instituto Smolni.

En las esquinas, las patrullas vigilaban. Los artilleros se recostaban sobre sus armas, apostados en la entrada del edificio. Esa noche la vieja escuela estaba en pie de guerra, y el trasiego de vehículos era constante. Las hogueras alumbraban las paredes, a los soldados temerosos y suspicaces, y a los guardias rojos.

Ni Rahja ni Lenin, por supuesto, tenían un pase de entrada. Los guardias fueron inflexibles: no podían entrar. Parecía que después de peregrinar con el corazón en un puño, quienes interrumpían su camino eran las defensas oficiosas de su propia facción.

Pero una multitud se reunía detrás de ellos, exigiendo también la entrada. Su número creció hasta que, abruptamente, bajo la presión de una alborotada multitud, los centinelas no tuvieron más opción que echarse a un lado. Lenin se dejó arrastrar por la gente a través del perímetro, cruzando el patio hasta atravesar las puertas del instituto. Cuando el 24 de octubre se convertía en el 25, Lenin se abrió paso por los pasillos del Smolni, hasta la Sala 36.

La congregación de bolcheviques observó, aturdida, cómo interrumpía la sesión una andrajosa aparición. Desenrollando los vendajes de su rostro, comenzó a arengarlos para tomar el poder.

El Comité Ejecutivo Panruso del Soviet puso en marcha con impaciencia las nuevas sugerencias izquierdistas de Dan, el programa que Kérenski acababa de rechazar. Estas parecían ser la mejor oportunidad para lograr estabilidad. La izquierda e incluso los mencheviques de centro se afanaban ahora por apoyar al Comité de Salud Pública y consolidar las demandas del Preparlamento. Los izquierdistas ganaban impulso a medida que avanzaba la

noche. Ahora que eran mayoría en su propia formación, los eseristas de izquierda decidieron vincularse a los mencheviques-internacionalistas, para coordinar esfuerzos en pos de una coalición exclusivamente socialista.

No eran los únicos con prisa por posicionarse. Independientemente de las exhortaciones de Lenin y su furtivo viaje nocturno, la lógica de la confrontación ineluctablemente llevó al Milrevcom hacia una actitud más agresiva: la ofensiva que había hecho todo lo posible por evitar. La presencia de Lenin en Smolni era crucial, en la medida en que aceleraría la tendencia.

Pasada la medianoche, unas dos horas después de la llegada de Lenin al instituto, ese ingenioso comisario Denis, cuya reciente construcción de barricadas había sido tan mal recibida por sus camaradas, recibía noticias del CMR. Ahora le decían que reforzara el cordón de seguridad que antes le habían ordenado destruir —una orden que había decidido no obedecer— y que controlara los movimientos dentro y fuera del recinto del Palacio de Invierno. La transición final, de la rebelión *de facto* a la insurrección abierta, había comenzado.

El comisario del CMR Mijaíl Faerman se hizo con el control de la estación eléctrica y, en aquella áspera y gélida noche de octubre, dejó sin electricidad a los edificios del gobierno. El comisario Karl Kadlubovski ocupó la principal oficina postal de la ciudad. Una compañía del Sexto Batallón de Ingenieros ocupó la Estación Nikoláyevski. Iluminadas solo por la luna, el único testigo de sus maniobras era una estatua, como en una historia de terror. «La silueta de las casas, como pecios en la noche, parecían también castillos medievales; sus sombras gigantescas perseguían a los ingenieros», recordaba uno de los participantes. «Ante esta visión, el penúltimo emperador parecía sofrenar su caballo, paralizado por el horror».

3 de la mañana: Kérenski, que solo unas pocas horas antes había afirmado que estaba listo para enfrentarse a cualquier desafío, se retiró, angustiado, al cuartel general del Estado Mayor, para escuchar una letanía de puntos estratégicos que caían en manos enemigas. La moral de los lealistas se venía abajo. Lo peor, sin embargo, estaba a punto de llegar.

A las 3:30 de la madrugada, entre las sombras, una oscura presencia rompía las aguas del Nevá. Mástiles y sirgas y tres chimeneas que se avecinaban, grandes cañones. De la penumbra emergía el buque de guerra *Aurora*, llegando al corazón de la ciudad.

El crucero llevaba tiempo reparándose en un astillero del Nevá. Los hombres de su tripulación eran incondicionalmente radicales; cuando percibieron que la revolución pasaba por dificultades, desobedecieron al gobierno, que, aterrado por su proximidad, les había dado órdenes de zarpar mar adentro. Ahora, bajo el mando del CMR, volvían. El *Aurora* remontaba el traicionero río bajo un mando experto: cuando su capitán se negó a cooperar en la misión, sus hombres lo encerraron en su camarote y zarparon de todos modos. Pero él no podía soportar el riesgo que corría su gran nave. Les rogó que le dejaran salir, para poder capitanearla. Fue él quien los guió hasta echar anclas en la negrura que envolvía el puente Nikoláyevski.

Los reflectores del *Aurora* iluminaron la noche. Los cadetes apostados en el puente, el último que controlaba el gobierno, entraron en pánico ante los destellos y huyeron.

Cuando unas cuantas tropas de choque llegaron para capturarlo, doscientos marineros y obreros estaban defendiendo el puente.

Desde Finlandia, grupos armados se embarcaron en tren y barco para reunirse con sus camaradas. Más rojos para el Petrogrado rojo. En la Sala 36 de Smolni, Lenin se reunía con Trotsky y Stalin, Smilga y Berzin —y Kámenev y Zinóviev—. Su reciente traición era lo de menos, dadas las circunstancias.

Un ajetreo de gente entraba y salía, trayendo informes e instrucciones. Los bolcheviques se inclinaron sobre los mapas, trazaron líneas de ataque. Lenin insistió en que había que tomar el Palacio de Invierno y arrestar al gobierno. Sin lugar a dudas, se trataba ya de una insurrección.

Lenin propuso a sus camaradas un gobierno —totalmente bolchevique— que presentarían al Congreso de los Soviets, cuando este se celebrara más tarde, ese mismo día. Pero, ¿cómo deberían llamar a los designados? «Ministro», dijo, era «una palabra vil y gastada».

«¿Qué tal comisarios del pueblo?», sugirió Trotsky.

«Sí, eso está muy bien», dijo Lenin. «Huele increíblemente a revolución». La semilla del gobierno revolucionario, el Consejo de Comisarios del Pueblo, el Sovnarkom, estaba sembrada.

Lenin propuso a Trotsky como comisario de Interior. Pero Trotsky previó que los enemigos de la derecha le atacarían... por ser judío.

«¿De qué importancia son esas bagatelas?», replicó Lenin.

«Todavía quedan unos cuantos idiotas», respondió Trotsky.

«¿Acaso nos ponemos a la altura de los idiotas?».

«A veces», dijo Trotsky, «hay que dar margen a la estupidez. ¿Por qué crear complicaciones adicionales desde el comienzo?».

Ante el vértigo de los acontecimientos, quedaron inmersos en una charla extraña, intensa, lúdica, burocrático-utópica. El peso de sus recientes desacuerdos se aligeraba. Lenin ahora *bromeaba* con Kámenev. El mismo Kámenev al que días antes había tildado de traidor, y quien, horas antes, había opinado lúgubrementemente que si tomaban el poder, los bolcheviques no lo conservarían durante más de dos semanas.

«Da igual», le dijo Lenin. «Cuando, dentro de dos años, conservemos todavía el poder, dirás que no podremos sobrevivir más de dos años».

Se acercaba el amanecer del día 25. Un desesperado Kérenski lanzó un llamamiento a los cosacos para que «en nombre de la libertad, el honor y la gloria de nuestra tierra natal... se intervenga para ayudar al Comité Central Ejecutivo del Soviet, a la democracia revolucionaria y al Gobierno Provisional, y para salvar al moribundo Estado ruso».

Pero los cosacos querían saber si la infantería daría también el paso. Cuando la respuesta del gobierno fue equívoca, todos excepto unos pocos ultralealistas respondieron que declinaban actuar aisladamente, «sirviendo solo de dianas humanas».

Repetidamente, fácilmente, a lo largo de toda la ciudad, el Milrevcom desarmó a los guardas lealistas y simplemente les mandó de vuelta a casa. Y en su mayor parte, lo hicieron. Los insurgentes ocuparon el Palacio de Ingenieros; les bastó con entrar. Según recuerda uno de los testigos, «entraron y tomaron sus asientos, y los que estaban sentados allí simplemente se levantaron y se fueron». A las 6 a. m., cuarenta marineros revolucionarios se acercaron al Banco Estatal de Petrogrado. Sus guardas, del Regimiento Semiónovski, habían jurado neutralidad: defenderían el banco frente a saqueadores y criminales, pero no elegirían bando entre reacción y revolución. Ni intervendrían. Se mantuvieron al margen, por tanto, y dejaron que el CMR se hiciera con el control.

En una hora, mientras una pálida luz invernal acariciaba la ciudad, un destacamento del Regimiento Keksgolmski, dirigido por Zajárov, un cadete atípico de la escuela militar que se había comprometido con la revolución, se dirigió hacia la estación central de telefonía. Zajárov había trabajado allí y conocía el dispositivo de seguridad con que contaba la estación. Cuando llegó, no tuvo dificultad en dirigir sus tropas para que aislaran y desarmaran a los impotentes cadetes que estaban allí de servicio. Los revolucionarios desconectaron todas las líneas gubernamentales.

Solo se les escaparon dos. Con estas dos líneas disponibles, los ministros del gobierno mantuvieron el contacto con sus exiguas tropas; refugiados, parapetados con dos receptores, susurrando en medio de las filigranas blancas y doradas de las columnas y candelabros de la Sala Malaquita del Palacio de Invierno. Daban instrucciones fútiles y discutían en voz baja, mientras Kérenski observaba con la mirada perdida.

Empezaba la mañana. En Kronstadt, como ya habían hecho otras veces, los marineros abordaron todo lo que pudieron encontrar que fuera navegable. En Helsingfors se hicieron con cinco destructores y un patrullero, todos engalanados con banderas revolucionarias. En todo Petrogrado, los revolucionarios vaciaban una vez más las cárceles.

En Smolni, una figura desaliñada se colaba en la sala de operaciones bolchevique. Los activistas miraron desconcertados al recién llegado, hasta que finalmente Vladímir Bonch-Bruevich gritó y corrió con los brazos abiertos. «¡Querido Vladímir Ilich, nuestro padre! ¡No te reconocí!».

Lenin se sentó para redactar una proclamación. Era un manojo de nervios, ansioso por lograr que el derrocamiento final del gobierno se hubiera completado al inaugurarse el Segundo Congreso. Conocía bien el poder de los hechos consumados.

A los ciudadanos de Rusia. El Gobierno Provisional ha sido depuesto. El poder del Estado ha pasado a manos del órgano del Soviet de Diputados Obreros y Soldados de Petrogrado, el Comité Militar Revolucionario, que está al frente del proletariado y de la guarnición de Petrogrado.

La causa por la cual ha luchado el pueblo; el ofrecimiento inmediato de una paz democrática, la abolición de la propiedad terrateniente sobre la tierra, el control obrero sobre la producción y la creación de un gobierno soviético; el triunfo de esta causa ha quedado asegurado.

¡Viva la revolución de los obreros, soldados y campesinos!

Muy convencido ya de la utilidad del Milrevcom, Lenin no firmaba en nombre de los bolcheviques, sino en nombre de ese órgano «no partidista».

La proclamación se imprimió rápidamente en esos bloques de texto en negrita a los que tan bien se presta el cirílico. Tan pronto como se pudieron distribuir las copias, se pegaron a modo de carteles en innumerables paredes. Los operadores teclearon sus palabras por los cables del telégrafo.

De hecho, lo que proclamaban no era una verdad, sino una aspiración.

En el Palacio de Invierno, Kérenski utilizó sus últimos canales de comunicación para unirse a las tropas que se dirigían hacia la capital. Contactar con ellas, sin embargo, no sería nada fácil. Podría escapar, pero el CMR controlaba las estaciones.

Necesitaba ayuda. El Estado Mayor realizó una larga y frenética búsqueda, y finalmente encontró un coche adecuado. Suplicando, lograron asegurar el uso de otro coche de la embajada americana: un vehículo con oportuna matrícula diplomática.

Alrededor de las once de la mañana del día 25, justo cuando la profética proclamación de Lenin comenzaba a circular, los dos vehículos atravesaron los controles del CMR, que eran más entusiastas que eficientes.

Un Kérenski derrumbado escapaba de la ciudad con un pequeño séquito, para ir en busca de soldados leales.

Para muchos ciudadanos, pese a la rebelión, pareció un día casi normal en Petrogrado. El ruido y jaleo era imposible de ignorar, desde luego, pero relativamente poca gente estaba implicada en el combate real, y solo en puntos clave. Mientras aquellos combatientes continuaban su trabajo insurreccional o contrarrevolucionario, dándole nueva forma al mundo, la mayor parte de tranvías circulaban y la mayor parte de las tiendas seguían abiertas.

A mediodía, soldados y marineros revolucionarios llegaron al Palacio Mariinski. Los preparlamentarios, que ansiosamente comentaban el drama según se desarrollaba, estaban a punto de convertirse en actores de él.

Un comisario del CMR irrumpió en el Preparlamento. Ordenó al

presidente, Avkséntiev, que despejara el palacio. Se abrieron paso soldados y marineros con sus armas, dispersando a los aterrados diputados. Rápidamente, Avkséntiev reunió a tantos responsables como pudo del comité. Sabían que la resistencia era inútil, pero partieron bajo protesta, tan formalmente como pudieron, decididos a reunirse de nuevo, lo más pronto posible.

A medida que salían al gélido aire del exterior, los nuevos guardias del edificio comprobaron sus papeles, pero no les detuvieron. El patético Preparlamento no era el trofeo que les faltaba, para exasperación de Lenin.

Ese premio estaba en el Palacio de Invierno, ahora sin Kérenski. En ese edificio, con su mundo derrumbándose, todavía ardían las últimas ascuas del Gobierno Provisional.

A las doce, en la gran Sala Malaquita, el kadete y magnate textil Konoválov convocaba al gabinete de gobierno.

«No sé por qué se ha convocado esta sesión» masculló el ministro de Marina, el almirante Verderevski. «No tenemos fuerza militar tangible, y por consiguiente somos incapaces de emprender cualquier acción». Quizá, planteó, podrían haberse reunido con el Preparlamento —y, según lo decía, llegaron noticias de que había sido derrocado.

Los ministros recibían informes y trasladaban llamamientos a sus escasos interlocutores. Aquellos inmunes al pesimista realismo de Verderevski se abandonaban a las fantasías. Con los últimos retazos de su poder escapándose, soñaban con una nueva autoridad.

Con toda la seriedad del mundo, como cerillas usadas narrando historias de la conflagración que ellas mismas van a protagonizar, los supervivientes del Gobierno Provisional de Rusia debatían a cuál de ellos harían dictador.

Esta vez las fuerzas de Kronstadt alcanzaron las aguas de Petrogrado en un antiguo yate de lujo, dos minadores, una nave de maniobras, un antiguo buque de guerra y una falange de pequeñas naves. Otra loca flotilla.

Cerca de donde el gabinete fantaseaba con la dictadura, marineros revolucionarios tomaban el Almirantazgo y arrestaban al alto mando naval. El Regimiento Pavlovski organizó piquetes en los puentes. El regimiento Keksgolmski tomó el control del norte del río Moika.

Pasados varios minutos del mediodía, la hora programada para la toma del Palacio de Invierno, todavía no se habían cumplido los objetivos. La fecha se atrasaba tres horas, y por tanto el arresto del gobierno llegaría después de la apertura del Congreso de los Soviets a las 2 p. m., exactamente lo que Lenin quería evitar. De modo que se pospuso la apertura.

Pero el auditorio del Smolni estaba ahora abarrotado de delegados de los soviets provinciales y de Petrogrado. Exigían noticias. No podían hacerles esperar indefinidamente.

A las 2:35 p. m., por tanto, Trotsky dio comienzo a una sesión de emergencia del Soviet de Petrogrado.

«En nombre del Comité Militar Revolucionario», exclamó, «declaro que el Gobierno Provisional ya no existe».

Sus palabras suscitaron una tormenta de alegría. Las instituciones clave estaban en manos del CMR, continuaba Trotsky elevando su voz sobre la conmoción generalizada. El Palacio de Invierno caería «en breves instantes». Llegó otra gran ovación: Lenin estaba entrando en la sala.

«¡Viva el camarada Lenin!», gritó Trotsky, «¡de nuevo con nosotros!».

La primera aparición pública de Lenin desde julio fue breve y exultante.

No ofreció detalles, pero anunció «el comienzo de un nuevo periodo», y clamó: «¡Viva la revolución socialista mundial!».

Muchos de los presentes respondieron con alborozo. Pero había disenso.

«Estás anticipándote a la voluntad del Segundo Congreso de los Soviets», gritó alguien.

«La voluntad del Segundo Congreso de los Soviets ya ha sido prefijada por la rebelión de los obreros y soldados», replicó Trotsky. «Ahora solo tenemos que desarrollar este triunfo».

Pero en medio de las proclamaciones de Volodarski, Zinóviev y Lunacharski, un pequeño número de moderados, sobre todo mencheviques, se retiraron de los órganos ejecutivos del Soviet. Advirtieron de las terribles consecuencias que traería esta conspiración.

Los revolucionarios cometieron errores cómicos. Los marineros del Báltico llegaron tarde a sus puestos. Algunos se quedaron varados en unos campos

más allá de la ciudad finlandesa de Víborg, gracias a un jefe de estación que les proporcionó un tren averiado.

A las 3 p. m., el reprogramado asalto al Gobierno Provisional se retrasaba otra vez. Lenin montó en cólera ante el CMR. Era, recordaría Podvoiski, «como un león enjaulado... estaba a punto de dispararnos».

En el Palacio de Invierno, mientras se derrumbaba la moral entre los aproximadamente 3.000 hambrientos soldados lealistas, el gabinete continuaba imaginando un pasado futuro. Dan y Gots, representantes del Preparlamento, habían descartado a los kadetes de su propuesta de gobierno; de modo que ahora, en un guiño ridículamente insignificante a los mencheviques, el gabinete determinaba que el nuevo líder sería de ese partido: el antiguo ministro de Servicios Sociales, Nikolái Mijáilovich Kishkin.

Justo después de las 4 p. m., se le invistió formalmente de sus nuevos poderes. Así comenzó el breve reino de Kishkin el dictador, todopoderoso caudillo de un puñado de salones en un palacio y unos pocos edificios circundantes.

El dictador Kishkin se apresuró hacia el cuartel general militar para asumir el mando. Su primera acción fue destituir al jefe del gabinete, Polkóvnikov, y reemplazarle por Bagratuni. Esto provocó la primera brecha en su autoridad absoluta: los socios de Polkóvnikov, milagrosamente resistentes al sobrecogimiento que inspiraba el omnímodo poder de Kishkin, dimitieron en masa, en protesta ante esta búsqueda de cabezas de turco.

Algunos atravesaron el coladero que era los controles del CMR y volvieron tristemente a sus casas. Algunos se sentaron a mirar desde sus ventanas.

6 p. m. La fría lluvia caía a la vez que la oscuridad. Se dejaba atrás otra fecha límite del CMR para atacar el palacio. Los Guardias Rojos observaban con moderada preocupación cómo los cadetes de la Plaza del Palacio erigían sus propias barricadas. Periódicamente, algún excitable revolucionario dejaba escapar un disparo, solo para ser reprendido por sus camaradas. Lenin, furioso, enviaba nota tras nota a los líderes del CMR, exigiendo que zanjaran el tema.

A las 6:15 p. m., un considerable grupo de cadetes decidió que no tenía ganas de sacrificarse inútilmente. Se escaparon del Palacio de Invierno, llevándose con ellos los fusiles. Los ministros se retiraron a los aposentos

privados de Kérenski, para cenar.

Borsch, pescado, alcachofas.

En la Fortaleza de San Pedro y San Pablo, Blagonrávov, el comisario del CMR, decidió que ya había llegado el momento de atacar. Envío a dos ciclistas al Estado Mayor, con un ultimátum: en veinte minutos, su potencia de fuego, las armas del *Aurora* y las de su nave hermana *Amur* dispararían a menos que el gobierno se rindiera.

Blagonrávov estaba faroleando. Había descubierto que las grandes armas que apuntaban al palacio desde los muros de la fortaleza eran inutilizables, demasiado sucias como para disparar. Como descubriría después, los pequeños cañones de reemplazo, colocados apresuradamente, no estaban cargados. Y no tenía munición apropiada.

Los generales fueron rápidamente al gabinete para entregar el mensaje del CMR. El último telegrafista del Estado Mayor comunicó a Pskov que el edificio se había perdido. «Abandono el puesto», añadió, «y me voy de aquí».

Alguien en el palacio se preguntó qué pasaría si el *Aurora* disparaba. «El edificio se convertirá», dijo rotundamente Verderevski, «en un amasijo de ruinas».

El dictador Kishkin se apresuró a implorar a unos pocos y asustados cadetes que se quedaran. El gabinete, considerando que su deber era no retirarse hasta el último momento, envió su último telegrama.

«¡Para todos, todos, todos! El Soviet de Petrogrado» (y no los bolcheviques, lo cual es significativo) «ha declarado que el Gobierno Provisional ha sido derrocado, y exige que se le entregue el poder, bajo la amenaza de disparar... Hemos decidido no rendirnos y colocarnos bajo la protección del pueblo».

A las 8 p. m., ahora eran doscientos cosacos quienes abandonaban sus puestos. Bagratuni dimitió y él, también, se fue. En el palacio, las fuerzas lealistas restantes esperaban la muerte, fumando compulsivamente bajo los tapices.

Un flanco estaba apenas vigilado. Cualquiera con determinación y suerte podría colarse entre los guardias hasta los pasillos, apenas defendidos. Una larga lista de revolucionarios como Dashkévich, y periodistas como John Reed, entraban y salían, por curiosidad, confraternización, interés periodístico. Chudnovski *estaba invitado* a entrar, por cadetes desesperados

que negociaban su protección y así poder marcharse.

Los ministros cambiaron la Sala Malaquita por una oficina menos vulnerable, y que a ser posible albergara un teléfono con la línea — milagrosamente— todavía conectada. Llamaron a la Duma de la ciudad e imploraron ayuda al alcalde de Petrogrado, Grigori Shreider.

La Duma se reunió inmediatamente en una sesión de emergencia, y envió a mediadores al *Aurora*, a Smolni y al Palacio de Invierno. Pero el CMR les impidió entrar en la nave, y los soldados que rodeaban el palacio les rechazaron. Su bandera blanca tampoco era suficientemente clara: algunos de los últimos defensores del palacio, a quienes venían a ayudar, les dispararon. En Smolni, Kámenev los recibió cortésmente y les ofreció un salvoconducto para acceder al palacio, pero el grupo escoltado no tuvo más suerte que los anteriores.

Fue en esos momentos cuando Kérenski alcanzaba el frente.

Blagonrávov había seguido con los preparativos y descubrió con alivio que las armas de ciento cincuenta milímetros de San Pedro y San Pablo, después de todo, sí estaban en condición de disparar. Pero sus absurdas peripecias no habían acabado. Los revolucionarios habían acordado que el asalto final del Palacio de Invierno comenzaría cuando sus hombres encendieran una linterna roja en el mástil de la fortaleza; y, llegado el momento, resultó que nadie tenía tal linterna.

Buscándola por los oscuros almacenes de la fortaleza, Blagonrávov cayó súbitamente en un foso embarrado. Cuando por fin, sucio y empapado, encontró una adecuada fuente de luz y subió para colgarla, descubrió, casi enloquecido por la frustración, que esta «demostró ser extremadamente difícil de fijar al mástil». No fue hasta las 9:40 p. m., casi diez horas después de la fecha límite original, cuando pudo superar estos obstáculos y dar finalmente la señal al *Aurora* para que disparara.

El primer disparo de la nave fue de fogueo. Su detonación sonó sin furia, pero con un rugido mucho más fuerte que el de la munición real. Un espantoso estruendo sacudió Petrogrado.

En los diques del río, observadores curiosos cayeron presa del terror, tapando sus oídos. Ensordecidos y temblando ante la señal, muchos de los últimos defensores del palacio perdieron el temple y abandonaron sus puestos,

dejando solo un núcleo demasiado comprometido, demasiado valiente o atemorizado, demasiado exhausto o estúpido como para huir.

El ministro Semión Máslov, de los eseristas de derecha, gritaba por la línea telefónica a un representante de la Duma, que trasladó sus palabras al edificio, telefónicamente silenciado. «La democracia nos dirigió hacia el Gobierno Provisional: no queríamos los nombramientos pero acudimos a su llamado. Pero ahora... cuando se nos dispara, cuando se nos deja sin apoyos... Desde luego, moriremos. Pero mis palabras finales serán: “Mi desprecio y condena a la democracia que supo cómo nombrarnos pero fue incapaz de defendernos”».

Tras casi ocho horas de demora, los delegados del soviet no podían contenerse por más tiempo. Una hora después de ese primer disparo, en la gran sala de columnas de Smolni, daba comienzo el Segundo Congreso de Soviets.

La sala estaba cargada de humo de cigarrillos, pese a las numerosas advertencias —a veces repetidas entre bromas por los propios infractores— de que no estaba permitido fumar. Los delegados, anotó Sujánov con preocupación, en su mayor parte tenían «los grises rasgos de las provincias bolcheviques».

Parecían, a su mirada refinada e intelectual, «ásperos», «primitivos» y «oscuros», «toscos e ignorantes».

De 670 delegados, 300 eran bolcheviques. Ciento noventa y tres eran eseristas, y más de la mitad de ellos eran de la izquierda del partido; sesenta y ocho eran mencheviques, y catorce eran mencheviques-internacionalistas. El resto no estaban afiliados, o eran miembros de pequeños grupos. El tamaño de la presencia bolchevique ilustraba que el apoyo al partido se disparaba entre aquellos que habían votado a los representantes; además de unos acuerdos organizativos, más o menos laxos, que les habían otorgado una parte más que proporcional. Aun así, sin los eseristas de izquierdas no tenían mayoría.

Sin embargo, no fue un bolchevique quien hizo sonar la campana inaugural, sino un menchevique. Los bolcheviques jugaron con la vanidad de Dan, ofreciéndole este papel. Pero Dan instantáneamente aplastó cualquier esperanza de camaradería o entendimiento entre partidos.

«El Comité Ejecutivo Central considera superfluo nuestro acostumbrado

discurso político de apertura», anunció. «Y en este mismo momento, nuestros camaradas, que con generosidad cumplen con las obligaciones que les asignamos, están siendo atacados en el Palacio de Invierno».

Dan y los otros moderados que habían liderado el Soviet desde marzo abandonaron sus asientos para ser reemplazados por el nuevo presidium, designado de manera proporcional. En medio de una ovación, catorce bolcheviques (incluyendo a Kollontai, Lunacharski, Trotsky, Zinóviev) y siete eseristas de izquierdas, incluyendo a la gran María Spiridónova, ascendieron al estrado. Los mencheviques, en señal de reprobación, rechazaron sus tres asientos. Un lugar estaba destinado a los mencheviques-internacionalistas: en un movimiento simultáneamente digno y patético, el grupo de Mártov declinó asumirlo, pero se reservó el derecho a hacerlo después.

Mientras la nueva dirigencia revolucionaria se sentaba y se preparaba para ejercer sus funciones, la sala reverberó repentinamente con otro disparo de cañón.

Todo el mundo quedó petrificado.

El estruendo venía de la Fortaleza de San Pedro y San Pablo. A diferencia del disparo del *Aurora*, esta vez no había sido de fogueo.

El oleoso destello de las deflagraciones se reflejaba sobre el Nevá. Los obuses se elevaban, ardiendo en la noche y silbando mientras descendían hacia su objetivo. Muchos, por piedad o incompetencia, estallaban ruidosos, espectaculares e inofensivos, sobre las aguas.

Desde sus puestos, los Guardias Rojos también dispararon. Sus balas batían los muros del Palacio de Invierno. En su interior, los vestigios del gobierno se resguardaban bajo las mesas, mientras los cristales llovían a su alrededor.

En Smolni, a medida que sonaban los ominosos ecos del asalto, Mártov alzó su voz, trémula. Insistió en una solución pacífica. Pidió enérgicamente un alto el fuego y que comenzaran las negociaciones para un gobierno socialista, unido, interpartidista.

Una sonora ronda de aplausos desde el público. Desde el propio presidium Mstislavski, de los eseristas de izquierdas, ofrecía a Mártov su apoyo, sin fisuras. Igualmente lo hicieron, y abiertamente, muchos de los presentes —

incluyendo a muchos bolcheviques de base.

En nombre de la dirección del partido, Lunacharski pidió la palabra. Y entonces, sorprendentemente, anunció que «la fracción bolchevique no tiene absolutamente nada en contra de la propuesta realizada por Mártov».

Los delegados votaron el llamamiento de Mártov. El apoyo era unánime.

Bessie Beatty, corresponsal del *San Francisco Bulletin*, estaba en la sala. Ella comprendió lo que estaba en juego. «Fue», escribió, «un momento crítico en la historia de la Revolución rusa». Parecía que una coalición socialista democrática estaba a punto de nacer.

Pero según se alargaba el momento, volvían a sonar las armas en el Nevá. Sus ecos sacudieron la sala; y reaparecieron los cismas entre partidos.

«Una operación política criminal está ocurriendo a espaldas del Congreso Panruso», anunció un oficial menchevique, Jarash. «Los mencheviques y eseristas repudian todo lo que está ocurriendo aquí, y tenazmente se resisten a todos los intentos de hacerse con el gobierno».

«¡Él no representa al Decimosegundo Ejército!» gritó un soldado furioso. «¡El ejército exige todo el poder para los soviets!».

Rugidos, interrupciones, insultos. Ahora los eseristas de derechas y los mencheviques se turnaban para denunciar a los bolcheviques y advertir que se retirarían de la sesión, mientras la izquierda les abucheaba.

La atmósfera se recrudecía. La palabra le correspondía ahora a Jinchuk, del Soviet de Moscú. «La única solución pacífica posible para la crisis actual», insistió, «sigue estando en las negociaciones con el Gobierno Provisional».

Caos. La intervención de Jinchuk o era una infraestimación catastrófica del odio hacia Kérenski, o una provocación deliberada. Logró desatar la furia mucho más allá de los bolcheviques, que escuchaban, incrédulos. Finalmente, en medio del estrépito Jinchuk gritó: «¡Abandonamos este congreso!».

Pero en medio de la estampida, entre los abucheos y silbidos que siguieron a su exhortación, los mencheviques y eseristas dudaron. La amenaza de abandonar, después de todo, era su última carta.

En la otra punta de Petrogrado, la Duma discutía la infeliz llamada telefónica de Máslov. «Dejemos que nuestros camaradas sepan que no les hemos abandonado; hagámosles saber que moriremos con ellos», proclamaba el eserista Naum Byjovski. Liberales y conservadores se alzaron para votar sí: se unirían a los que se refugiaban en el Palacio de Invierno, bajo el fuego; ellos también estaban listos para morir por el régimen. La condesa kadete Sofia Pánina declaró que «se colocaría frente al cañón».

Con todo el desdén, los representantes bolcheviques votaron que no. Ellos también saldrían, dijeron, pero no hacia el palacio, sino hacia el Soviet.

Hecha la votación, los dos peregrinajes opuestos se distanciaron en la oscuridad.

En Smolni, Erlich, del Bund judío, interrumpió la sesión con noticias de las decisiones de los diputados de la Duma de la ciudad. Era el momento, dijo, para que aquellos que «no desean un baño de sangre» se unieran a la marcha hacia el palacio, en solidaridad con el gobierno. De nuevo rugió la izquierda, mientras mencheviques, bundistas, eseristas, y unos pocos más, se alzaban y abandonaban la sala. Dejando atrás a los bolcheviques, a los eseristas de izquierda y a los agitados mencheviques-internacionalistas.

Lidiando con la fría lluvia nocturna, los autoexiliados moderados de Smolni atravesaron la avenida Nevski y llegaron a la Duma. Allí unieron fuerzas con sus diputados, con los mencheviques y eseristas del Comité Ejecutivo de Soviets Campesinos, y juntos decidieron mostrar su solidaridad con el gabinete. Caminaron en fila de cuatro detrás de Shreider, el alcalde, y Serguéi Prokopóvich, el ministro de Industria y Suministros. Portando pan y salchichas para el sustento de los ministros, silbando *La Marsellesa*, el grupo de trescientos delegados partía, dispuesto a morir por el Gobierno Provisional.

No llegaron a avanzar una manzana. En la esquina del canal, los revolucionarios les tapaban el paso.

«¡Exigimos pasar!», gritaron Shreider y Prokopóvich. «¡Nos dirigimos al Palacio de Invierno!».

Un marinero, divertido por el atrevimiento, se negó a dejarles pasar.

«¡Dispáranos si quieres!», respondieron desafiantes los miembros de la marcha. «Estamos listos para morir, si tienes el coraje de disparar a rusos y camaradas... ¡Desnudamos nuestros pechos ante vuestras armas!».

El peculiar enfrentamiento se prolongaba. La izquierda se negaba a

disparar, la derecha exigía su derecho a pasar y/o ser disparada.

«¿Qué haréis?», gritó alguien al marinero que tercamente se negaba a matarle.

Se ha hecho famoso el relato de John Reed, testigo de lo que ocurrió a continuación. «Otro marinero llegó, muy irritado. “¡Os azotaremos!”, gritó enérgicamente. “Y si es necesario dispararemos. Volved a casa ahora y dejadnos en paz”».

Eso no era un destino adecuado para los campeones de la democracia. De pie sobre una caja, agitando su paraguas, Prokopóvich anunciaba a sus seguidores que salvaría a estos marineros de sí mismos. «¡No podemos permitir que nuestra sangre inocente se derrame en las manos de estos ignorantes! Está por debajo de nuestra dignidad ser fusilados» —no digamos azotados— «aquí en la calle por estos guardagujas. Volvamos a la Duma y discutamos el mejor modo de salvar al país y a la Revolución».

Con eso, los autodeclarados *morituri* por la democracia liberal se dieron la vuelta y emprendieron su vergonzosamente corto viaje de retorno, llevando sus salchichas con ellos.

Mártov seguía en el auditorio, en la tumultuosa reunión. Todavía se afanaba por llegar a un compromiso. Ahora planteaba una moción que criticaba a los bolcheviques por adelantarse a la voluntad del Congreso, sugiriendo —de nuevo— que las negociaciones comenzaran por un amplio, inclusivo, gobierno socialista. Esto se acercaba a su propuesta de dos horas antes —a la que, pese al deseo de Lenin de romper con los moderados, los bolcheviques no se habían opuesto.

Pero dos horas era mucho tiempo.

Mientras Mártov permanecía sentado, hubo un revuelo; la fracción bolchevique de la Duma irrumpió en la sala, para sorpresa y alborozo de los delegados. Habían venido, dijeron, «para triunfar o morir con el Congreso Panruso».

Según se acababa la ovación, el propio Trotsky se levantó para responder a Mártov.

«Un alzamiento de las masas populares no requiere justificación», dijo. «Lo que ha ocurrido es una insurrección, no una conspiración. Fortalecimos la

energía revolucionaria de los obreros y soldados de Petersburgo. Abiertamente forjamos la voluntad de las masas para una insurrección, no para una conspiración. Las masas del pueblo siguieron nuestra bandera y nuestra insurrección salió victoriosa. Y ahora se nos dice: renunciad a vuestra victoria, haced concesiones, llegad a un compromiso. ¿Con quién? Pregunto: ¿con quién debemos llegar a compromisos? ¿Con los corruptos que nos han abandonado, o con quienes están haciendo esta propuesta? Después de todo, ya tenemos una visión completa acerca de ellos. Nadie en Rusia les apoya. Se supone que debe alcanzarse un compromiso, como si fuera entre dos partes iguales, con los millones de obreros y campesinos representados en este congreso; con los cuales, no por primera o última vez, pretenden mercadear según considere oportuno la burguesía. No, aquí no es posible compromiso alguno. A aquellos que han abandonado y a aquellos que nos dicen que hagamos esto, debemos decirles: estáis lamentablemente aislados, habéis fracasado; ya no pintáis nada. Id adonde debéis ir: ¡al vertedero de la historia!».

La sala estalló. En medio del ruidoso y sostenido aplauso, Mártov se levantó y gritó: «¡Entonces nos marcharemos!».

Según se dio la vuelta, un delegado le impidió el paso. El hombre le miró con una expresión a medio camino entre la tristeza y la acusación.

«Y eso que llegamos a pensar», dijo, «que Mártov finalmente se quedaría con nosotros».

«Un día comprenderéis», dijo Mártov, con su voz temblando, «el crimen del que estáis tomando parte».

Se marchó.

El Congreso rápidamente aprobó una vengativa denuncia de los ausentes, incluyendo a Mártov. Estas pullas resultaron desagradables e innecesarias para los eseristas de izquierda y mencheviques-internacionalistas, y también para muchos bolcheviques.

Borís Kamkov fue cálidamente aplaudido cuando anunció que su grupo, los eseristas de izquierda, habían decidido quedarse. Intentó revivir la propuesta de Mártov, criticando amablemente a la mayoría bolchevique: no habían logrado todo el apoyo del campesinado, ni de gran parte del ejército, recordó a los presentes. Todavía era necesario el compromiso.

Esta vez no fue Trotsky quien respondió, sino el popular Lunacharski — que antes había *estado de acuerdo* con la propuesta de Mártov—. Las tareas por delante eran onerosas, estaba de acuerdo, pero «la crítica que nos hace Kamkov es infundada».

«Si al comenzar esta sesión hubiéramos dado cualquier paso para rechazar o eliminar otros elementos, Kamkov podría tener razón», continuó Lunacharski. «Pero todos nosotros unánimemente aceptamos la propuesta de Mártov, esto es, discutir modos pacíficos de resolver la crisis. Y nos llovió toda clase de declaraciones. Se llevó a cabo contra nosotros un ataque sistemático... sin escucharnos, sin preocuparse siquiera de debatir su propia propuesta, ellos [los mencheviques y eseristas] inmediatamente buscaron aislarse de nosotros».

En respuesta, podría habersele señalado a Lunacharski que Lenin, durante semanas, había estado insistiendo en que su partido debía tomar el poder en solitario. Y aun así, pese a este cinismo, Lunacharski tenía razón.

Ya fuera en alegre solidaridad, ásperamente, desde la confusión, o como fuera; como el resto de partidos, todos los bolchevique en la sala *habían* apoyado la cooperación —un gobierno de unidad socialista— cuando Mártov lo planteó por primera vez.

Bessie Beatty sugirió que Trotsky no pudo moverse todo lo rápido como hubiera podido en respuesta a esa primera propuesta, quizá por «algún recuerdo amargo de los insultos que había sufrido a manos de esos otros líderes». Eso era debatible; incluso si era verdad, los mencheviques, los eseristas de derecha y los demás habían elegido usar el voto como arma arrojadiza contra los bolcheviques. Habían pasado directamente de proponerlo a oponerse, denunciando después a aquellos a su izquierda.

La pregunta de Lunacharski era razonable: ¿cómo cooperas con aquellos que han rechazado la cooperación?

Como si quisieran darle la razón, los moderados ausentes estaban, en ese mismo momento, describiendo la reunión como «una reunión privada de delegados bolcheviques». «El Comité Ejecutivo Central», anunciaron, «actúa como si el Segundo Congreso no hubiera tenido lugar».

En la sala, el debate sobre la conciliación se prolongó hasta las horas más oscuras. Pero por ahora la opinión mayoritaria estaba con Lunacharski y con Trotsky.

Era el final de partida en el Palacio de Invierno.

El viento atravesaba los cristales rotos. Las amplias cámaras del palacio estaban frías. Los soldados, desconsolados, privados de propósito, se paseaban, dejando atrás las águilas de dos cabezas del salón del trono. Los invasores llegaron a la habitación personal del emperador. Estaba vacía. Allí se demoraron, descargando su rabia en los retratos, clavando sus bayonetas en un inexpresivo y estólido Nicolás II de tamaño real que colgaba de la pared. Atacaron el cuadro como bestias con garras, dejando largos arañazos, desde la cabeza del antiguo zar hasta sus botas.

Las figuras se movían por las habitaciones; aparecían y desaparecían en la penumbra, sin reconocerse entre ellas. Un tal teniente Sinegub se había quedado en el palacio, comprometido con la defensa del gobierno. Patrulló intermitentemente los sitiados pasillos durante horas, a la espera de un ataque, perdido en una especie de pánico sedado. Tranquilo, paseando inmerso en un agotamiento narcótico, al pasar vislumbraba escenas fragmentarias, como recortes de una historia: un viejo caballero en uniforme de almirante, sentado inmóvil en un sillón; una centralita apagada, desierta; soldados agachados, vigilados por las miradas de una galería de retratos.

Se producían escaramuzas en las escaleras. Cualquier crujido de la tarima podía ser la revolución. Apareció de repente un junker que se dirigía a alguna parte, en alguna misión. Advirtió, fingiendo estar calmado, que la persona con la que Sinegub acababa de encontrarse —se había cruzado con alguien, sí— era probablemente un enemigo. «Bien, excelente», dijo Sinegub. «¡Mira! Me voy a asegurar ahora mismo». Se volvió y lo inmovilizó —el otro hombre, de hecho, era un insurgente— tirando de su abrigo, como un niño en una pelea de patio de recreo, de modo que no pudiera mover los brazos.

Alrededor de las 2 de la madrugada, un gran contingente de fuerzas del CMR irrumpió por sorpresa en el palacio. Frenético, Konoválov telefoneó a Shreider. «Todo lo que tenemos es una pequeña fuerza de cadetes», dijo. «Nuestro arresto es inminente». La conexión se interrumpió.

Desde los pasillos, los ministros escucharon disparos inútiles. Su última línea de defensa. Pasos. Un cadete sin aliento entró corriendo, pidiendo órdenes. «¿Combate hasta el último hombre?», preguntó.

«¡Ningún derramamiento de sangre!», gritaron. «Debemos rendirnos».

Y esperaron. Pero les sobrevino una extraña y torpe preocupación. ¿Cómo es la manera más digna de ser encontrados?

Sin duda, no merodeando vergonzosamente, con el abrigo en el brazo, como hombres de negocios esperando al tren.

Kishkin el dictador tomó el mando. Y emitió las dos órdenes finales de su reinado.

«Dejad vuestros abrigos», dijo. «Sentémonos a la mesa».

Obedecieron. Y ahí estaban, como el congelado retrato de una reunión de gabinete, cuando Antónov irrumpió dramáticamente, con su excéntrico sombrero de artista echado hacia atrás sobre su pelo rojo. Detrás de él, soldados, marineros, Guardias Rojos.

«El Gobierno Provisional está aquí», dijo Konoválov con impresionante decoro, como si respondiera al timbre de la puerta, en lugar de a una insurrección. «¿Qué queréis?».

«Les informo a todos ustedes», dijo Antónov, «miembros del Gobierno Provisional: quedan arrestados».

Antes de la revolución, y ya había trascurrido toda una vida política, uno de esos ministros presentes, Maliantovich, había acogido a Antónov en su casa. Los dos hombres se miraron, pero no lo mencionaron.

Los Guardias Rojos se enfurecieron al darse cuenta de que Kérenski hacía tiempo que se había marchado. Hirviéndole la sangre, uno gritó: «¡A bayonetazos con todos estos hijos de puta!».

«No permitiré ninguna violencia contra ellos», respondió Antónov con calma.

Y con esas desalojó a los ministros, que dejaban tras ellos los borradores de proclamas, llenos de tachaduras y esquemas, como fantasiosas plasmaciones de una dictadura soñada. Un teléfono empezó a sonar.

Sinegub observaba desde el pasillo. Su tarea había terminado una vez desahuciado el gabinete. Se dio la vuelta, en silencio, y se alejó, desapareciendo entre el resplandor de los reflectores.

Los saqueadores hurgaron en el laberinto de salas, convertidas en madrigueras. Ignoraban las obras de arte y se llevaban ropa y baratijas, arrollando y pisando las pilas de documentos. Al salir, los soldados revolucionarios les cacheaban, y confiscaban los *souvenirs*. «Este es el

palacio del pueblo», les reprendía el teniente bolchevique. «Este es nuestro palacio. No robéis al pueblo».

El mango de una espada rota, una vela de cera. Los ladrones entregaban su botín. Una manta, un cojín de sofá.

Antónov condujo al exterior a los exministros, donde les esperaba una multitud rabiosa. Los protegió con el cuerpo. «No les golpeéis», insistía junto a los demás veteranos —y orgullosos— bolcheviques. «Es *incivil*».

Pero la ira de las calles no se apaciguaría tan fácilmente. Después de un momento de tensión, y por suerte, un lejano eco de ametralladoras momento que dispersó a la gente, Antónov aprovechó para cruzar corriendo el puente, arrastrando a los detenidos para encarcelarles en la Fortaleza de San Pedro y San Pablo.

Cuando la puerta de su celda estaba apunto de cerrarse, el ministro menchevique de Interior, Nikitin, encontró un telegrama de la Rada ucraniana en su bolsillo.

«Recibí esto ayer», dijo. Se lo entregó a Antónov. «Ahora es tu problema».

En Smolni, fue ese obstinado negacionista, Kámenev, quien dio la noticia a los delegados: «Los líderes de la contrarrevolución atrincherados en el Palacio de Invierno han sido capturados por la guarnición revolucionaria». Otro pandemonio de aplausos y celebraciones.

Eran más de las 3 a. m., pero todavía había asuntos que resolver. Durante dos horas más el Congreso escuchó los informes que llegaban; de unidades que volvían a alinearse con ellos, de generales que aceptaban la autoridad del CMR. Pero todavía había disenso. Alguien pidió la liberación de los ministros eseristas encarcelados: Trotsky los atacó, tachándolos de falsos camaradas.

Alrededor de las 4 a. m., en un poco digno epílogo, una delegación del grupo de Mártov volvió a entrar tímidamente, e intentó someter de nuevo a votación su propuesta de gobierno socialista de colaboración. Kámenev recordó a la sala que aquellos con los que Mártov defendía el compromiso le habían dado la espalda. Aun así, siempre moderado, archivó la condena de Trotsky de los eseristas y mencheviques, colocándola discretamente en un limbo procedimental, y ahorrarse así futuros sonrojos, en el caso de que se

retomaran las negociaciones.

Lenin no volvería a la reunión esa noche. Estaba haciendo planes. Pero había escrito un documento que le correspondía presentar a Lunacharski.

Dirigido «A los obreros, a los soldados y a los campesinos», Lenin proclamaba el poder del Soviet y se disponía a proponer inmediatamente una paz democrática. La tierra pasaría a manos de los campesinos. A las ciudades se les suministraría pan, a las naciones del imperio se les ofrecería la autodeterminación. Pero Lenin también advertía de que la revolución seguía en peligro; un peligro externo e interno.

«Los kornilovistas... intentan enviar tropas contra Perogrado... ¡Soldados, oponed resistencia activa al kornilovista Kérenski!... ¡Ferroviarios, detened todos los trenes con tropas enviadas por Kérenski contra Petrogrado! ¡Soldados, obreros, empleados, la suerte de la revolución y la suerte de la paz democrática está en vuestras manos!».

Llevó un tiempo leer todo el documento en voz alta, por las numerosas interrupciones que se produjeron en forma de ovaciones. Un pequeño ajuste verbal aseguraba el asentimiento de los eseristas de izquierdas. Una minúscula facción menchevique se abstuvo, preparándose para un camino de reconciliación entre el martovismo de izquierdas y los bolcheviques. No importaba. A las 5 a. m. del 26 de octubre, el manifiesto de Lenin se votaba y aprobaba abrumadoramente.

Un rugido. Su eco se disipaba mientras la magnitud de la resolución se hacía lentamente clara. Las mujeres y hombres aplaudían, y se miraban casi de incredulidad: se había aprobado. Estaba hecho.

El gobierno revolucionario había sido proclamado.

El gobierno revolucionario había sido proclamado, y eso era suficiente por una noche. Era más que suficiente para una primera reunión, desde luego.

Agotados, embriagados de historia, con los nervios todavía agitados por la electricidad del momento, los delegados del Segundo Congreso de Soviets salieron de Smolni. Salían de aquel antiguo instituto hacia un nuevo momento de la historia, un nuevo primer día: el del gobierno de los trabajadores. Amanecía en una nueva ciudad, la capital de un Estado de Trabajadores. Caminaron, adentrándose en el invierno, bajo un tenue pero iluminado cielo.

EPÍLOGO: DESPUÉS DE OCTUBRE

«Oh, amor mío, ahora conozco toda tu libertad;

sé que llegará; pero ¿cómo será?»

NIKOLÁI CHERNYSHEVSKI, *¿Qué hacer?*

I

Aquel extraño libro, *¿Qué hacer?*, arroja una larga sombra. En 1902, Lenin tituló su propio tratado, una obra fundacional sobre la organización de la izquierda, con el título de una novela que tenía ya cuarenta años.

El relato de Chernyshevski se interrumpe y entrelaza con varias secuencias oníricas, la más celebrada de las cuales es la cuarta. En la novela se narra en once secciones el viaje de la protagonista, Vera Pávlovna, desde el pasado más remoto hasta un extraño y conmovedor futuro utópico. El punto central del libro, el eje sobre el que pivota el paso de la Historia a lo posible, es la sección 7 del cuarto sueño: esa sección, en su totalidad, figura como epígrafe de este libro.

Dos líneas de puntos. Algo queda ostentosamente silenciado. La transición de la injusticia a la emancipación. Los lectores informados comprenderán que detrás de la extendida elipsis está la revolución.

Mediante esta discreción el autor sorteó la censura. Pero hay algo casi religioso, también, en esta desescriura, viniendo del hijo ateo de un sacerdote. Una *vía negativa* política, una *apófasis* revolucionaria.

Para aquellos que se vinculan a ella, una paradoja de la revolución realmente existente es que en su potencial para una completa reconfiguración,

se sitúa precisamente más allá de las palabras, es una interrupción mesiánica; una ruptura que surge de lo cotidiano. Es indecible, pero también es la culminación de las exhortaciones del día a día. Esta más allá del lenguaje, y le pertenece, se sitúa más allá y más acá de la representación.

Los puntos de Chernyshevski, entonces, son la repetición de una extraña historia. Este libro ha sido el intento de repetir otra de estas historias.

¿Y la anhelante interrogación con la que Chernyshevski continuó aquellos puntos, y que encabezan el presente epílogo? «¿Cómo será?». Esa pregunta, respondida desde la ventaja que nos da la historia, solo puede doler.

II

Ha pasado el atardecer del 26 de octubre de 1917. Lenin está de pie ante el Segundo Congreso de los Soviets. Se aferra al atril. Ha hecho esperar al público —son casi las 9 p. m.— y ahora espera él mismo, en silencio, mientras los aplausos lo envuelven. Finalmente se inclina hacia adelante y, con la voz ronca, pronuncia sus primeras y famosas palabras.

«Procederemos ahora a construir el orden socialista».

Eso provoca un nuevo éxtasis. Un rugido.

Lenin sigue a los eseristas de izquierdas, proponiendo la abolición de la propiedad privada de la tierra. Respecto a la guerra, el Congreso emite una «proclamación a los pueblos y gobiernos de todas las naciones beligerantes», para una negociación inmediata, en pos de la paz democrática. La aprobación es unánime.

«¡La guerra ha acabado!», se exclama entre susurros. «¡La guerra ha acabado!».

Los delegados sollozan. No irrumpen en cánticos de celebración sino fúnebres, honrando a aquellos que han muerto en la lucha por este momento.

Pero la guerra *no* ha acabado todavía, y el orden que se construirá será cualquier cosa excepto socialista.

En su lugar, los meses y años que se sucederán, verán a la revolución

combatida, asediada, aislada, osificada, rota. Sabemos adónde se dirige todo esto: purgas, gulags, hambruna, asesinatos en masa.

Octubre todavía es el centro de todos los argumentos sobre el cambio social radical. Su degradación no estaba dada: no estaba escrita en las estrellas.

La historia de las esperanzas, luchas, esfuerzos y derrotas que siguieron a 1917 ha sido relatada antes y lo será nuevamente. Esa historia, y sobre todo las preguntas que surgen de ella —las urgencias del cambio, de cómo es posible lograrlo, y de los peligros que lo acechan— se prolonga ampliamente, más allá de nosotros. Estas últimas páginas solo pueden ofrecer una mirada furtiva.

Instantáneamente después de la rebelión, Kérenski se reúne y planea la resistencia junto al ultraderechista general Krasnov. Bajo su mando, mil cosacos se desplazan a la capital. Dentro del propio Petrogrado fuerzas diversas, unidas en torno a los mencheviques y eseristas de derechas de la Duma de la ciudad, forman un grupo, el Comité de Salvación, para hacer frente al nuevo Consejo de Comisarios del Pueblo. Las motivaciones de los opositores son de todo tipo, desde la antipatía profunda a la democracia, hasta la sincera angustia de algunos socialistas ante lo que consideran una empresa condenada de antemano. Pueden ser extraños y temporales compañeros de cama, pero es una cama que deciden compartir, incluso con gente como Purishkévitsh. El comité planea una revuelta en Petrogrado, para que coincida con la llegada de las tropas de Krasnov.

Pero el Milrevcom se entera de los planes. El 29 de octubre se produce un improvisado y breve «motín de junkers» en la capital, cuando los cadetes militares intentan tomar el control. Una vez más silban las balas por la ciudad, pero la resistencia es aplastada. Una vez más, Antónov hace gala de su honor revolucionario, de la cultivada cultura del militante, para proteger a los cautivos ante la multitud vengativa. Sus prisioneros se salvan: otros no son tan afortunados.

Al día siguiente, en las colinas de Púlkovo, a unos veinte kilómetros de Petrogrado, las fuerzas de Krasnov se enfrentan a un espontáneo ejército de obreros, marineros y soldados, sin formación e indisciplinados, pero que les superan en número, a razón de diez a uno. La lucha es cruel y sangrienta. Las fuerzas de Krasnov se retiran a la villa de Gátschina, donde se encuentra

Kérenski. Dos días después, a cambio de salvoconducto, acuerdan entregar a Kérenski a las nuevas autoridades.

El otrora seductor en jefe vive aún una última aventura, disfrazado con un uniforme de marinero y unas gafas improbables. Acaba sus días en el exilio, publicando un tratado exculpatorio tras otro.

El Comité Ejecutivo del Sindicato Panruso de Obreros Ferroviarios, favorable a la coalición, exige un gobierno de todos los grupos socialistas. Ni Lenin ni Trotsky, ambos intransigentes al respecto, asisten a la conferencia ulterior; los bolcheviques que lo hacen —Kámenev, Zinóviev y Milyutin— acuerdan que la mejor oportunidad para la supervivencia es una coalición socialista. Pero en ese momento, cuando la supervivencia del nuevo régimen está bajo la mayor de las amenazas, con Krasnov a las puertas, muchos eseristas y mencheviques están tan preocupados por la resistencia militar al gobierno como por la negociación. Con Krasnov derrotado, se convierten a la coalición; justo cuando el CC bolchevique adopta una línea más dura.

Esta línea no carece de controversia. El 3 de noviembre cinco disidentes, incluyendo a «Cástor y Pólux», dimiten del CC. Pero se retractarían en diciembre, cuando se produce la incorporación al gobierno de los eseristas de izquierdas. Por un breve lapso de tiempo, habrá coalición.

La consolidación de la revolución en todo el país es desigual. En Moscú se prolongan los combates, amargos. Los oponentes del nuevo régimen, sin embargo, están desorientados y divididos, y los bolcheviques amplían su control.

A comienzos de enero de 1918, el gobierno requiere a la recientemente conformada (y esperada durante largo tiempo) Asamblea Constituyente que reconozca la soberanía de los soviets. Cuando los representante de la AC se niegan, los bolcheviques y eseristas de izquierdas la declaran antidemocrática y le niegan la representatividad: después de todo, sus miembros (con mayoría de eseristas de derecha) fueron elegidos antes de octubre. Los radicales les dan la espalda, dejando que la AC se derrumbe ignominiosamente. Después será suprimida.

Pronto llegarán cosas peores. El 3 de marzo de 1918, después de semanas de tensas y extrañas negociaciones, el tratado de Brest-Litovsk entre el

gobierno del Soviet y Alemania y sus aliados da por terminado el papel de Rusia en la guerra; pero bajo unos términos sorprendentemente punitivos.

Lenin ha luchado en solitario, insistiendo en que se acepten las terribles exigencias, puesto que para él la prioridad —casi a cualquier precio— es acabar la guerra, consolidar al nuevo régimen y esperar a la revolución internacional. Muchos disienten en la izquierda del partido, seguros de que las potencias centrales están tan preñadas de revolución que la guerra debe continuar hasta provocar el parto. Pero ante un devastador avance alemán, Lenin, amenazando de nuevo con dimitir, gana finalmente el debate.

Rusia logra la paz, pero pierde grandes porciones de tierra y población, algunas de sus regiones más fértiles, y vastos recursos industriales y financieros. En estos territorios abandonados, los Imperios Centrales instalarán contrarrevolucionarios gobiernos títeres.

En protesta ante el tratado, los eseristas de izquierdas dimiten del gobierno. Las tensiones aumentan a medida que los bolcheviques reaccionan a una hambruna que empeora, poniendo en marcha medidas brutales de adquisición de suministros, enfrentándose al campesinado, tal y como se detalla en una feroz carta abierta de María Spiridónova.

En junio, eseristas de izquierda asesinan al embajador alemán, esperando provocar un retorno a la guerra, ahora «revolucionaria». En julio escenifican una rebelión contra los bolcheviques —y son reprimidos—. A medida que se endurece la resistencia a las incautaciones, y algunos activistas bolcheviques son asesinados —Volodarski, Uritski—, el gobierno responde con medidas represivas, a menudo sanguinarias. Así comienza a atrincherarse el Estado unipartidista.

Con el paso del tiempo, se producen momentos políticos inesperados. En octubre de 1918 los mencheviques, aunque en muchos casos se oponen a ella, reconocen la Revolución de Octubre como «históricamente necesaria»; el mismo año, a medida que el gobierno apuntala desesperadamente una economía en colapso, el bolchevique de izquierdas Shliápnikov da voz a una extraña indignación de muchos en el partido: «la clase capitalista ha renunciado al papel que le corresponde, es decir, el de la organización de la producción».

Por un breve tiempo, Lenin conserva obstinadamente la perspectiva de

una revolución internacional, durante mucho tiempo considerada el único contexto en el que la revolución rusa podría sobrevivir.

Incluso mientras Lenin se recupera de un fracasado intento de asesinato en agosto de 1918, e incluso después del terrible asesinato en Alemania de los marxistas Rosa Luxemburg y Karl Liebknecht, y el colapso de su rebelión espartaquista, en un primer momento no decae el optimismo bolchevique. Acabada la guerra, Alemania agoniza en medio de una polarización social dramática, que estallará en varias ocasiones entre 1918 y 1923. Surge un gobierno de soviets en Hungría; la lucha de clases se recrudece en Austria en 1918 y 1919; Italia asiste al «bienio rojo», 1919 y 1920. Incluso Inglaterra se ve sacudida por las huelgas.

Pero en el transcurso de 1919, y después, esta ola se frena, la reacción se asienta. Los bolcheviques se despiertan y se ven aislados, a medida que la situación dentro de sus fronteras, también, es cada vez más desesperada.

En mayo de 1918, se rebelan 50.000 soldados de la Legión Checoslovaca. Esto, tras el falso comienzo de Gátschina, da comienzo a la Guerra Civil.

Desde 1918 hasta 1921, los bolcheviques deben combatir a varias fuerzas contrarrevolucionarias o «blancas»; respaldadas, asistidas y armadas por las potencias extranjeras. A medida que los Blancos invaden los territorios de la revolución, animados por una violenta nostalgia, las revueltas «verdes» de campesinos —la más conocida, la del legendario anarquista Néstor Majnó en Ucrania— golpean al régimen bolchevique. En 1919 el territorio ruso está ocupado por tropas norteamericanas, francesas, británicas, japonesas, alemanas, serbias y polacas. El socialismo, el morbo rojo, es más irritante para los norteamericanos, británicos y franceses que sus propios enemigos en las guerras anteriores. David Francis, el embajador estadounidense en Rusia, expresa su preocupación al escribir que «si a estos malditos bolcheviques se les permite seguir al frente del país, no solo se perderá este para su devoto pueblo, sino que el gobierno bolchevique socavará todos los gobiernos y será una amenaza para la sociedad misma».

Churchill está especialmente obsesionado con la «bestia sin nombre», con la «hedionda patanería del bolchevismo», y es totalmente explícito respecto a que son su mayor enemigo. «De todas las tiranías en la historia, la tiranía bolchevique es la peor, la más destructiva y la más degradante», declara en 1919. «Es pura charlatanería considerar que no es mucho peor que el

militarismo alemán». Cuando la guerra acaba, hace pública su intención de «matar al bolche, besar al huno».

Los aliados despliegan tropas en Rusia y ponen en marcha un embargo, impidiendo que llegue la comida a la hambrienta población de la Rusia soviética. Y se canalizan fondos para financiar a los Blancos, por desagradables que fueran; apoyaron la dictadura de Aleksandr Kolchak, y consideraban a Grigori Semiónov (cuyas fuerzas cosacas desataban un reino del terror en Siberia) «tolerablemente severo», en palabras de un observador norteamericano.

Los Blancos, llenos de facciones y pugnas internas, pese a toda su financiación, pese a todo el apoyo de los aliados, fueron incapaces de ganar militarmente o de lograr apoyo popular, debido a su oposición a cualquier concesión al campesinado ruso o a las minorías nacionales —y debido también a su brutalidad—. Sus tropas se dedicaban a realizar carnicerías indiscriminadas, quemando pueblos y asesinando a unos 150.000 judíos en entusiastas pogromos, aplicando la tortura como método de disciplinamiento —palizas, entierros en vida, mutilaciones, prisioneros arrastrados por caballos — y ejecuciones sumarias. Sus instrucciones de no tomar prisioneros son, a menudo, gráficamente explícitas.

Este terror está al servicio de un sueño; un nuevo autoritarismo. Si el bolchevismo cae ante los Blancos, escribe el testigo Chamberlin, su reemplazo será «un dictador militar... cabalgando hacia Moscú en un caballo blanco». La palabra para nombrar al fascismo podría haberse escogido del vocabulario ruso en vez del italiano, como después escribiría Trotsky.

Bajo tales incansables presiones, estos son meses y años de indecible barbarie y sufrimiento, hambruna, muertes en masa, el casi total colapso de la industria y la cultura; de bandidaje, pogromos, tortura y canibalismo. El acosado nuevo régimen desata su propio Terror Rojo.

Y no hay duda de que su alcance y profundidad llegan a estar fuera de control; algunos agentes de la Cheká, la policía política, seducidos por el poder personal, el sadismo o la degradación del momento, son matones y asesinos sin convicción política que los frene en su nueva autoridad. No escasean los testimonios respecto a sus terribles actos.

Otros agentes llevan a cabo su trabajo angustiados. Uno puede sentirse escéptico, incluso asqueado, ante la idea de un intento, bajo desesperada necesidad, de practicar un terror «ético», un terror tan limitado como sea

posible. Pero los testimonios de agentes atormentados ante aquello que hacían, y ante lo cual creían que no tenían más alternativas, son poderosos. «He derramado tanta sangre que ya no tengo ningún derecho a vivir» dice un borracho y desconsolado Dzerzhinski a finales de 1918. «Disparadme ya».

Una fuente sorprendente, el general William Graves, que dirigía las fuerzas norteamericanas en Siberia, afirma «estar bien seguro cuando digo que, por cada persona que murió a manos de los bolcheviques, los antibolcheviques mataron a cientos en Siberia oriental». Muchos de los líderes del régimen soviético luchan por frenar las tendencias degradantes de su propio Terror, del que son pavorosamente conscientes. En 1918, como es sabido, una publicación de la Cheká pide que se practique la tortura: el CC denuncia a los redactores y cierra el periódico, y el Soviet repite su condena de toda práctica similar. Y sin embargo, se está asentando una podredumbre moral y política.

Ante el colapso generalizado y una hambruna devastadora, en 1921 el régimen desactiva las medidas de emergencia de incautaciones y control militar, conocidas como «comunismo de guerra», reemplazándolas por la Nueva Política Económica, o NEP. Desde 1921 hasta 1927, impulsa un cierto grado de iniciativa privada, permitiendo la actividad de empresas de pequeña escala. Las políticas salariales se liberalizan, se autoriza la entrada de expertos y técnicos extranjeros. Aunque el gobierno crea grandes granjas colectivizadas, se devuelven muchas tierras a los campesinos más ricos. Los «*nepmany*», embaucadores y vendedores ilegales comienzan a hacer beneficios con la especulación y el creciente mercado negro.

El país afronta una situación catastrófica, entre los escombros de la industria, la agricultura y la propia clase obrera. El comunismo de guerra era lo que exigía un momento desesperado, y la NEP era una necesaria retirada, que permitió cierta estabilidad y el impulso de la producción. Una expresión de debilidad, que llegó a un gran coste. El aparato burocrático quedaba ahora suspendido sobre los restos fracturados de la clase a la que dice representar.

Entre los bolcheviques hay grupúsculos de disidentes, oficiales y extraoficiales. Kollontai y Shliápnikov lideran la «Oposición Obrera», maniobrando para dar más poder a una clase obrera que ya prácticamente no existe. Los viejos intelectuales bolcheviques, los «Centralistas Democráticos», se oponen a la centralización. El Décimo Congreso de 1921

prohíbe las facciones. Los defensores de la iniciativa, Lenin entre ellos, la presentan como una exigencia temporal para unir al partido. Las facciones que inevitablemente llegarán después —la Oposición de Izquierdas, la Oposición Unida— no serán oficiales.

La salud de Lenin empeora. Sufre varios ataques en 1922 y 1923, y, en lo que se ha denominado «su último combate», lucha contra las tendencias burocráticas, la osificación y corrupción que ve crecer a su alrededor, cada vez más suspicaz respecto a la personalidad de Stalin y su lugar dentro de la maquinaria. En sus últimos escritos, insistirá en que Stalin sea apartado de su puesto como secretario general.

No se sigue su consejo.

Lenin muere en enero de 1924.

El régimen rápidamente pone en marcha un grotesco culto fúnebre, y deja en herencia el elemento más ostentoso que queda hoy en día: su cadáver. Una retorcida y abominable reliquia a la que rendir pleitesía en su catafalco.

En el Decimocuarto Congreso del partido, en 1924, ante las protestas de Trotsky y otros, el partido lleva a cabo un giro vertiginoso.

Ahora acepta oficialmente la afirmación de Stalin de que «en general la victoria del socialismo (no en el sentido de victoria final) es incondicionalmente posible en un solo país».

Pese al *caveat* entre paréntesis, la aceptación del «socialismo en un solo país» es una reversión dramática de una tesis fundacional de los bolcheviques y otros socialistas.

El giro nace de la desesperación, a medida que retroceden las perspectivas de una revolución internacional. Pero si es utópico esperar que el apoyo internacional está a la vuelta de la esquina, ¿cuánto más lo será apostar a un imposible socialismo autárquico? Un pesimismo realista, por duro que sea metabolizarlo, sería menos perjudicial que esta patética esperanza.

Los efectos de la nueva postura son devastadores. A medida que se marchita toda la restante cultura democrática y de debate, los burócratas devienen custodios de un desarrollo de arriba abajo, hacia una monstruosidad

que llamarán «socialismo». Y Stalin, el «borrón gris» en el corazón de la máquina, construye su base de poder, su propio estatus como el más igual de todos.

Entre 1924 y 1928 la atmósfera en Rusia es cada vez más tóxica, las luchas intestinas en el partido se hacen más amargas, y cambiar de lealtad o de camarilla es cada vez más peligroso. Los aliados se convierten en oponentes que vuelven a ser aliados. Kámenev y Zinóviev —Cástor y Pólux— hacen las paces con el régimen. Trotsky, no: se ve expulsado del CC y del partido; sus defensores se ven acosados y atacados físicamente, empujados al suicidio. En 1928, su Oposición de Izquierdas es aplastada y dispersada.

Las amenazas contra el régimen se multiplican, y Stalin consolida su dominio. Cuando la crisis asola la economía mundial, inaugura «el gran viraje». «¡No debe reducirse el ritmo!», anuncia en 1931. Este es su primer Plan Quinquenal. «Estamos cincuenta o cien años por detrás de los países avanzados. Debemos reducir esta distancia en diez años. O lo hacemos, o nos aplastarán».

Por consiguiente, queda justificada la industrialización y la colectivización brutales, un control centralizado y despiadado de la economía y la cultura. Los militantes del partido son perseguidos en masa, forzados a traicionar a otros, a confesar crímenes absurdos en solemnes declaraciones públicas. Son ejecutados por esta contrarrevolución contra su tradición, en el nombre de esa tradición. La lealtad previa a Stalin no vale como defensa: la larga lista de bolcheviques asesinados en los años treinta y después no solo incluye a Trotsky y Bujarin, sino también a Zinóviev, Kámenev y muchísimos más.

Con esta degradación despótica llega un renacimiento del estatismo, del antisemitismo y del nacionalismo, y costumbres terriblemente reaccionarias en los ámbitos de la cultura, la sexualidad y la vida familiar. El estalinismo: un Estado policial de paranoia, crueldad, asesinato y *kitsch*.

Después de un prolongado *sumerki*, un largo hechizo de la «tenue luz de la libertad», lo que podría haber sido un amanecer se convierte en un ocaso. Este no es un nuevo día. Es lo que el Oposicionista de Izquierda Victor Serge llama «medianoche del siglo».

III

Han transcurrido cien años de toscos, antihistóricos, ignorantes y oportunistas ataques contra Octubre. Sin hacernos eco de tales burlas, no obstante debemos interrogar a la revolución.

El viejo régimen era vil y violento, mientras que el liberalismo ruso era débil, y presto a hacer causa común junto a la reacción. En todo caso, ¿Octubre llevaba inexorablemente a Stalin? Esta es una vieja pregunta, pero sigue siendo pertinente. ¿El gulag es el *telos* de 1917?

Los límites objetivos que afrontó el nuevo régimen están claros. Hay factores subjetivos, también, preguntas que debemos plantear acerca de las decisiones tomadas.

Los mencheviques de izquierdas, comprometidos internacionalistas opuestos a la guerra, tienen explicaciones pendientes, tras su abandono en Octubre de 1917. Esta decisión, justo después de que el congreso votara a favor de la coalición, sorprendió y enfadó incluso a aquellos que la acataron. «Estaba atónito», dijo Sujánov acerca de una acción que nunca dejó de lamentar. «Nadie desafió la legalidad del congreso... [Esta acción] implicaba una ruptura formal con las masas y con la revolución».

Nada está dado. Pero si los internacionalistas de otros grupos hubieran permanecido dentro del Segundo Congreso, la intransigencia de Lenin y Trotsky y el escepticismo respecto a la coalición podrían haberse minimizado, teniendo en cuenta el enorme número de bolcheviques, en todos los niveles del partido, que eran partidarios de la cooperación. El resultado podría haber sido un gobierno menos monolítico y atrincherado.

Esto no debe servir para negar los problemas y el impacto del aislamiento; ni para exonerar a los bolcheviques de sus propios errores u horrores.

Sorprendentemente, en su breve texto «Nuestra revolución», escrito en enero de 1923 en respuesta a las memorias de Sujánov, Lenin concede como algo «incontrovertible» que Rusia no estaba «lista» para la revolución. Se pregunta pertinazmente, no obstante, si a un pueblo «influido por lo desesperado de su situación» podría culpársele de «arrojarse a una lucha que le ofrecía al menos ciertas posibilidades de asegurar las condiciones para el desarrollo ulterior de la civilización, que eran en cierto modo inusuales».

No es absurdo aducir que el pueblo de Rusia no tuvo más elección que

actuar, ante la posibilidad de que, haciéndolo, pudiese alterar los parámetros mismos de la situación. Que las cosas podrían, a partir de entonces, mejorar. El giro del partido tras la muerte de Lenin, desde esa idea quejumbrosa pero obstinada de que apenas hubo alternativas a intentar sobrevivir en condiciones imperfectas, hasta la última y lamentable esperanza del socialismo en un solo país, es el funesto resultado de convertir la necesidad en virtud.

Vemos asentarse una tendencia similar en el retrato que ofrecen varios bolcheviques de las terribles necesidades del «comunismo de guerra» como algo deseable, como principios comunistas incluso. O también en la descripción que se hace de la censura, incluso después de la Guerra Civil, como una expresión de todo tipo de cosas excepto debilidad. La vemos en la presentación de la gestión unipersonal como parte integrante de la transformación socialista. Y en la traducción y representación errónea de los oponentes; en lo que, por ejemplo, Serge llama la «mentira atroz» según la cual la rebelión de 1921 de los marineros de Kronstadt contra el régimen era un ataque blanco, una calumnia justificada (aunque no por él) como «necesaria y beneficiosa para el pueblo». Ni tampoco, considerando lo que ocurriría después de esa rebelión, debemos obviar lo que Mike Haynes —un historiador que simpatiza con los bolcheviques— escalofriantemente denomina su «incapacidad de resistirse a las ejecuciones».

Aquellos que se cuentan del lado de la revolución deben afrontar estos fracasos y crímenes. Hacer otra cosa es caer en la apología, en hacer excepciones, en la hagiografía; y arriesgarse a repetir tales errores.

Si el relato de la primera revolución socialista de la historia merece celebrarse, no es por nostalgia. El estandarte de Octubre declara que las cosas cambiaron una vez, y pueden volver a hacerlo.

Octubre, por un instante, trajo un nuevo tipo de poder. Fugazmente, hubo un cambio hacia el control obrero de la producción y los derechos del campesino sobre la tierra. Derechos iguales para mujeres y hombres en el trabajo y en el matrimonio, el derecho al divorcio, el apoyo a la maternidad. La despenalización de la homosexualidad: hace cien años. Una aproximación hacia la autodeterminación de las naciones. Educación libre y universal, alfabetización; y con ella, una explosión cultural, una sed de aprendizaje, la multiplicación de universidades y conferencias y escuelas para adultos. Un cambio en el alma, como dijo Lunacharski, así como en la fábrica. Y aunque

esos momentos fueran desechados, anulados, o se convirtieran en recuerdos o malos chistes, podría haber sido de otro modo.

Podría haber sido diferente, pues estos solo fueron los primeros y titubeantes pasos.

Los revolucionarios quieren un nuevo país en un nuevo mundo, uno que no pueden ver pero creen que pueden construir. Y creen que, al hacerlo así, los constructores también se renovarán a sí mismos.

En 1924, mientras el experimento se acerca a un final, Trotsky escribe que en el mundo que quiere, en el comunismo con el que sueña —una crítica preventiva al siniestro régimen que vendría—, «las formas de vida serán más intensas y dramáticas. El ser humano alcanzará la categoría de un Aristóteles, un Goethe, un Marx. Y sobre este risco, se alcanzarán cotas aún mayores».

Los detalles específicos de Rusia en 1917 son relevantes, distintivos y cruciales. Sería absurdo, una miopía ridícula, limitarse a utilizar Octubre como una lente a través de la cual contemplar las luchas de hoy. Pero ha sido un siglo largo, un largo ocaso de rencor y crueldad, la excrecencia y la esencia de su época. El amanecer, aunque sea solo su recuerdo, es mejor que la oscuridad total. Sería igualmente absurdo decir que no hay nada que podamos aprender de la revolución, y negar que el *sumerki* de Octubre puede ser el nuestro, y que no es necesario que le siga siempre la noche.

John Reed interrumpe su propio relato del discurso de Prokopóvich a los diputados de la Duma y de cómo unos irritados marineros les salvaron de inmolarse, como pretendían. «Está por debajo de nuestra dignidad ser fusilados aquí, en la calle, por guardagujas»: así registra Reed sus palabras. Después, dice: «Qué quiso decir por *guardagujas*, nunca pude descubrirlo». Louise Bryant, que estaba presente, anotó también esa curiosa palabra. «Qué quiso decir exactamente con eso, era demasiado para mi simple cerebro norteamericano».

Hay una probable respuesta, en un lugar inesperado.

En 1917, Chaim Grade era un niño de Vilna, Lituania. Mucho después, cuando ya era uno de los más reconocidos escritores en yiddish, en el glosario de la traducción inglesa de sus memorias, *Der mames shabosin* (Los días de Sabbath de mi madre), anota lo siguiente:

Choza del bosque: término para las casetas de los guardagujas a lo largo de las vías del tren,

cerca de Vilna. Antes de la revolución de 1917, el área que rodeaba a las chozas era el punto de reunión clandestino para los revolucionarios de la localidad...

Un apodo inspirado en un lugar de encuentro. Parece probable que la palabra que Prokopóvich usó como epíteto fuera un término despectivo, en lugar de «revolucionarios».

Prokopóvich había sido marxista. Su desplazamiento hacia el liberalismo fue en paralelo al de muchos otros herejes infectados por el denominado «economicismo», al igual que los «marxistas legales». Había una suerte de siniestro rigor en sus dogmas etapistas, en el que las épocas deben sucederse obligatoriamente, como las estaciones en una línea de tren.

No es sorprendente que despreciara a los bolcheviques como *guardagujas*. ¿Qué podía ser más contrario a cualquier teleología que aquellos que toman en cuenta los virajes y cambios de vías de la historia, o que incluso osan seguir su viaje en ellos?

La revolución de 1917 es una revolución de trenes. La historia, desarrollándose en los chirridos del frío metal. El palacio sobre ruedas del zar, desviado a la vía muerta; el vagón sellado y extraterritorial de Lenin; el expreso de abdicación de Guchkov y Shulgin; los trenes cruzando Rusia, llenos de desertores desesperados; la caldera alimentada por «Konstantín Ivánov», Lenin con su peluca, paleando carbón con entusiasmo. Y vendrán más: el tren acorazado de Trotsky, los trenes de propaganda del Ejército Rojo, los transportes de tropas de la Guerra Civil. Trenes que se aproximan, trenes que atraviesan la oscuridad, abriéndose paso entre los árboles.

Las revoluciones, dijo Marx, son las locomotoras de la historia. «Pon la locomotora a toda máquina», se decía a sí mismo Lenin en una nota privada, pocas semanas antes de Octubre, «y mantenla sobre los raíles».

Pero, ¿cómo podrías mantenerla ahí si solo hubiera una auténtica vía, una sola línea, y estuviera bloqueada?

«He ido adonde no queríais que fuera».

En 1937, Bruno Schulz abre su relato «Una época del genio» con una vertiginosa digresión sobre «acontecimientos que no tienen lugar propio en el tiempo», la posibilidad de que ya «se hayan vendido todos los asientos en el teatro del tiempo».

¿Conductor, dónde estás?

No nos pongamos nerviosos...

¿Has oído alguna vez hablar de flujos temporales paralelos, dentro de un tiempo que sigue dos vías? Sí, existen tales vías o ramales del tiempo, algo ilegales y sospechosos, pero cuando, como nosotros, uno carga con el peso de acontecimientos supernumerarios de contrabando, que no pueden ser registrados, nunca se es suficientemente precavido. Intentemos encontrar en algún punto de la historia una similar línea bifurcada, una vía ciega a la que desviar estos acontecimientos ilegales. No hay nada que temer.

En las chozas del bosque están las agujas, los cambios de vía que llevan a los recorridos secretos, a los caminos que viajan hacia la historia desconocida, salvaje.

La pregunta de la historia no es solo quién debería conducir la locomotora, sino adónde. Los que son como Prokopóvich tienen algo que temer: y controlan y vigilan estas sospechosas e ilegales bifurcaciones y ramales del tiempo. Y a la vez insisten en que estas bifurcaciones no existen.

En estas ramales los revolucionarios desvían su tren, que con su cargamento de contrabando, irregistrable, supernumerario, acelera hacia un horizonte que parece más lejos que nunca, pero se aproxima a toda velocidad.

O así parece desde el tren liberado, bajo la tenue luz de la libertad.



GLOSARIO DE NOMBRES

Alekséyev, Mijaíl (1857-1918) General. Jefe del Estado Mayor del zar hasta febrero de 1917; comandante en jefe hasta mayo de 1917. Murió combatiendo a los bolcheviques en la Guerra Civil.

Antónov, Vladímir Aleksándrovich (1883-1938) Militante bolchevique. Marxista desde 1903, bolchevique desde 1914. Ejecutado bajo el gobierno de Stalin.

Balabanoff, Angelica (1878-1965) Activista marxista italorrusa.

Bochkareva, María (1889-1920) Soldado. Fundadora del Batallón de la Muerte de Mujeres. Ejecutada por la Cheká, la organización de seguridad del Estado soviético fundada en diciembre de 1917.

Bonch-Bruevich, Vladímir (1873-1955) Militante bolchevique. Un «viejo bolchevique» e investigador de las sectas religiosas; secretario personal de Lenin.

Breshko-Breshkóvskaya, Yekaterina (1844-1934) Militante eserista. Cercana a Kérenski, a la derecha del partido SR. Huyó de Rusia después de Octubre.

Búbnov, Andréi (1883-1938) Militante bolchevique. Activo en Moscú, y en el Comité Militar Revolucionario. Ejecutado bajo Stalin.

Chernov, Víktor (1873-1952) Político eserista. Líder del partido SR, ministro del gobierno de Kérenski. Brevemente presidente de la Asamblea Constituyente en 1918, antes de huir de Rusia.

Chjeidze, Nikolái Semiónovich (1864-1926) Político menchevique. Primer presidente del Soviet de Petrogrado. Después de Octubre se mudó a Georgia, después a Europa occidental.

Dan, Fiódor (1871-1947) Militante menchevique. Doctor y líder fundador de

los mencheviques, miembro del presidium del Soviet en 1917. Arrestado y exiliado en 1921.

Dyusimeter. L. P. (1883—?) Coronel. Líder de la Sección Militar del Centro Republicano; conspirador derechista antibolchevique en agosto de 1917. En exilio en Shanghái desde 1920, donde murió.

Fiodórovna Románova, Alejandra (1872-1918) Zarina. Esposa del último zar, Nicolás II. Arrestada y enviada junto a su familia a su última residencia, Ekaterinburgo; ejecutada por los bolcheviques el 16 de julio de 1918.

Filonenko, Maksimilian (1885-1960) Eserista de derecha, comisario del ejército. Colaborador de Kérenski. Después de 1917, lideró un grupo clandestino antibolchevique que asesinó al jefe de la Cheká, Moiséi Uritski, en 1918, provocando el Terror Rojo. Huyó de Rusia en 1920.

Finísov, P. N. (?—?) Conspirador derechista. Vicepresidente del Centro Republicano; conspirador contra los bolcheviques en agosto de 1917.

Gapón, Gueorgui (1870-1906) Sacerdote. Líder de la marcha de trabajadores en el Domingo Sangriento de enero de 1905. Contacto policial, fue asesinado por activistas eseristas.

Gorki, Maksim (1868-1936) Escritor. Activista socialista, editor de *Novaya zhizn*, cómplice de los líderes izquierdistas; se fue alejando de los bolcheviques después de 1917.

Gots, Avram (1882-1937) Líder eserista. Destacado miembro del Soviet de Petrogrado. En 1922, fue arrestado y juzgado con otros líderes eseristas de derecha. Volvió a ser arrestado, y fusilado, en Kazajistán.

Gran duque Miguel (1878-1918) El hermano pequeño del último zar, Nicolás II. Declinó el trono cuando abdicó Nicolás. Asesinado por activistas bolcheviques en 1918.

Guchkov, Aleksandr (1868-1936) Político. Octubrista conservador hasta febrero de 1917. Ministro de la Guerra en el Gobierno Provisional hasta abril. Respaldó a Kornílov. Abandonó Rusia tras la revolución.

Kámenev, Lev (1883-1936) Militante y político bolchevique. Un «viejo bolchevique»; colaborador de Lenin durante largo tiempo. Brevemente se situó junto a la oposición a Stalin, a mediados de la década de 1920. Fue condenado a muerte en el primero de los Procesos de Moscú, al comienzo de la «gran purga» desatada por Stalin.

Kamkov, Borís (1885-1938) Militante eserista de izquierda. Durante mucho tiempo un internacionalista y zimmerwaldista eserista de izquierda. Cada vez más opuesto a los bolcheviques después de 1918; arrestado repetidas veces. Ejecutado bajo Stalin.

Kérenski, Aleksandr (1881-1970) Político trudovique/eserista. Líder destacado del Gobierno Provisional después de febrero de 1917; asumió varios cargos, siendo primer ministro desde julio. Intentó retomar Petrogrado, sin éxito, con tropas lealistas, después de octubre de 1917. Huyó de Rusia y murió en el exilio.

Kishkin, Nikolái Mijáilovich (1864-1930) Político kadete. Pasó un tiempo como ministro de Servicios Sociales en 1917. Le fueron concedidos «poderes especiales» en octubre por un gobierno ya roto y diezmado; fue arrestado esa misma noche. Más tarde trabajaría bajo el Comisariado de Salud del gobierno soviético.

Kollontai, Aleksandra (1872-1952) Militante bolchevique. Inicialmente menchevique, se unió a los bolcheviques en 1914. Comisaria del pueblo de Bienestar Social después de octubre de 1917. Más tarde formó la «Oposición Obrera» junto con Aleksandr Shliápnikov.

Kornílov, Lavr (1870-1918) General. Autoritario de línea dura; brevemente comandante en jefe en julio de 1917, antes del «asunto Kornílov» de agosto. Escapó de prisión en noviembre; luchó contra los bolcheviques en la Guerra Civil. Muerto en combate.

Krúpskaya, Nadezhda (1869-1939) Activista y militante bolchevique de larga data. Casada con Lenin desde 1898. Fue viceministra de Educación del gobierno soviético desde 1929 hasta su muerte.

Latsis, Martín (1888-1938) Activista y político bolchevique. Un «viejo bolchevique» activo durante 1905 y después, también durante todo 1917; miembro del Comité Militar Revolucionario, después de la Cheká. Ejecutado bajo Stalin.

Lenin, Vladímir Ilich Uliánov (1870-1924) Activista y político bolchevique. Escritor y teórico prolífico. Desencadenó la división de 1903 entre mencheviques y bolcheviques. Líder de los bolcheviques durante y después de 1917, y del gobierno ruso después de Octubre. Murió tras una serie de apoplejías.

Lunacharski, Anatoli (1875-1933) Activista y político bolchevique. Escritor

prolífico y teórico marxista heterodoxo. Brevemente, miembro de los mezhraiontsy en 1917; después, de los bolcheviques. Primer comisario del pueblo de Educación en el gobierno soviético después de Octubre; perdió influencia bajo Stalin. Murió de causas naturales.

Lvov, Príncipe Gueorgui (1861-1925) Político liberal. De familia noble, se unió al partido kadete en 1905. Fue el primero en ocupar el puesto de primer ministro de Rusia después de febrero de 1917, dimitiendo en favor de Kérenski en julio. Huyó de Rusia después de Octubre.

Lvov, Vladímir Nikoláyevich (1865-1940) Político liberal. Antiguo miembro de la Duma por el Partido Progresista, en coalición con los kadetes. Procurador laico del Sínodo de la Iglesia ortodoxa entre marzo y julio de 1917. Directamente implicado en el asunto Kornílov en agosto, después fue arrestado. Apoyó a los Blancos entre 1918 y 1920. Escapó de Rusia después de Octubre.

Mártov, Julius (1873-1923) Militante menchevique. Líder popular de la facción menchevique del POSDR después de 1903. En la extrema izquierda de los mencheviques, se opuso a los mencheviques de derecha al mando del partido desde febrero de 1917. No se alió después con los bolcheviques, pero les apoyó contra los Blancos en la Guerra Civil. Abandonó Rusia y se instaló en Alemania en 1920. Murió de causas naturales.

Miliukov, Pável (1859-1943) Político kadete. Destacado historiador y líder del partido kadete. Ministro de Asuntos Exteriores en el Gobierno Provisional después de febrero de 1917; acérrimo patriota comprometido con la victoria en la guerra; dimitió después de provocar una crisis en abril. Abandonó Rusia en 1918.

Nicolás II (1868-1918) Último zar de Rusia. Abdicó en marzo de 1917, y vivió bajo arresto domiciliario a partir de entonces, con su familia. Ejecutado junto a ellos por los bolcheviques el 16 de julio de 1918.

Noguín, Víktor (1878-1924) Bolchevique, inicialmente «conciliador», que intentó reunir a mencheviques y bolcheviques en 1910. Activo durante todo 1917, siendo también presidente del Soviet de Moscú. Murió de causas naturales.

Plejánov, Gueorgui (1856-1918) Teórico marxista. Fundador del grupo Emancipación del Trabajo, en 1883. Principal teórico marxista entre 1880 y 1900. Inicialmente posicionado junto a Lenin en la separación de los mencheviques en 1903, después se desplazó a la derecha. Un declarado

defensor del esfuerzo bélico de Rusia en la Primera Guerra Mundial, muy crítico con los bolcheviques. Abandonó Rusia después de octubre de 1917; murió de causas naturales.

Radek, Karl (1885-1939) Activista marxista. Conocido y llamativo activista polaco-germano-ruso, de largo historial militante. Se unió a los bolcheviques en 1917, después a la Oposición de Izquierdas del partido en 1923. Expulsado de los bolcheviques en 1927; capituló ante Stalin y volvió a entrar en 1930. Encarcelado tras el segundo juicio de los Procesos de Moscú, en 1937. Murió en un campo de trabajo.

Rasputín, Grigori (1869-1916) Curandero y sacerdote de origen campesino, cercano al último zar y su esposa. Asesinado por derechistas desafectos.

Rodzianko, Mijaíl (1859-1924) Político conservador. Fundador del conservador partido octubrista en 1905, presidente de la Cuarta Duma desde 1912 hasta octubre de 1917. Apoyó a los Blancos en la Guerra Civil. Murió de causas naturales.

Rovio, Kustaa (1887-1938) Activista marxista y jefe de policía. Socialdemócrata finlandés y jefe de la policía de Helsingfors (Helsinki). Se trasladó a Rusia en 1918. Ejecutado bajo Stalin.

Sávinkov, Borís (1879-1925) Político eserista. Miembro de la terrorista Organización de Combate eserista en 1904-1905; se unió al ejército francés en la Primera Guerra Mundial; cercano a Kérenski en el Gobierno Provisional de 1917. Organizó grupos antibolcheviques contrarrevolucionarios después de octubre de 1917, antes de huir de Rusia. Escritor de novelas pulp; *thrillers* políticos y sensacionalistas. Volvió a Rusia en 1921; murió en prisión, en Moscú.

Semashko, A. I. (1889-1937) Bolchevique y agitador marxista; sirvió en el Primer Regimiento de Ametralladoras de Petrogrado; activo en la Organización Militar bolchevique. Miembro del gobierno después de octubre de 1917. Se fue haciendo más desafecto y se trasladó a Brasil en 1924, para volver en 1927, pero fue encarcelado y ejecutado bajo Stalin.

Shliápnikov, Aleksandr (1885-1937) «Viejo bolchevique», sindicalista, obrero-intelectual. Líder bolchevique en Petrogrado, en febrero de 1917. Designado comisario de Trabajo después de octubre. Líder de la Oposición Obrera, junto a Kollontai, en 1920. Ejecutado bajo Stalin.

Shulgin, Vasili (1878-1976) Político conservador. Un antirrevolucionario de

línea dura; convenció a Nicolás II para que abdicara cuando su posición se hizo insostenible. Apoyó a Kornílov en agosto de 1917, y a los Blancos después de octubre de 1917, huyendo de Rusia en 1920.

Smilga, Ivar (1892-1938) Militante bolchevique, fue elegido para el CC bolchevique en abril de 1917; presidente del Comité Central de la Flota del Báltico en 1917-1918. Miembro de la Oposición de Izquierdas dentro de los bolcheviques, en la década de 1920. Ejecutado bajo Stalin.

Spiridónova, María (1884-1941) Eserista de izquierda. Asesinó a Luzhenovski, conocido jefe de seguridad de Borisoglebsk; pasó once años en la cárcel, en Siberia. Volvió a Petrogrado en mayo de 1917; marginada por los moderados del partido. Después de Octubre, entró en el gobierno con los bolcheviques. Rompió con ellos en 1918 y apoyó un alzamiento por parte de eseristas de izquierda. Siguió siendo una crítica de los bolcheviques desde la izquierda, y fue encarcelada en una prisión psiquiátrica en 1919, de la que salió en 1921. Ejecutada bajo Stalin.

Stahl, Ludmila (1872-1939) Bolchevique. Huyó de Rusia a Francia en 1907, para volver después en febrero de 1917, donde fue activa en la organización del Petrogrado rojo.

Sujánov, Nikolái (1882-1940) Escritor socialista. Originariamente eserista, tomó parte en la revolución de 1905, y pasó varios años identificándose como radical no alineado. Volvió a San Petersburgo en 1913, para editar periódicos socialistas. Se unió a los mencheviques-internacionalistas de Mártoev en ese año, y abandonó la facción en 1920. Escribió un interesante diario de 1917. Ejecutado bajo Stalin.

Trotsky, León (1879-1940) Activista marxista, y líder y teórico socialista durante mucho tiempo; originariamente cercano a los mencheviques de izquierda; se unió a los mezhrayontsy en 1917, después a los bolcheviques. Profundamente implicado en la revolución de 1917. Primer comisario del pueblo para Asuntos Militares y Navales después de la revolución; líder del Ejército Rojo en 1918. Líder de la Oposición de Izquierdas en el partido bolchevique, entre 1923 y 1927. Exiliado de la Unión Soviética en 1929. Se mudó a México en 1936, donde continuó su vigorosa labor de agitación contra Stalin. Inauguró la IV Internacional (de grupos socialistas «trotskistas» y antiestalinistas) en 1938. Asesinado por un agente estalinista.

Tsereteli, Irakli (1881-1959) Político menchevique georgiano y diputado de la Duma; exiliado a Siberia en 1913. Volvió a Petrogrado en marzo de 1917; se

convirtió en un líder socialista moderado del Soviet. Ejerció cargos en el Gobierno Provisional de 1917, como ministro de Correos y Telégrafos y después como ministro de Interior. Abandonó Rusia para trasladarse a Georgia tras 1917, después se trasladó a París en 1921.

Volodarski, V. (1891-1918) Activista marxista, primero en el Bund judío, en 1905; después se trasladó a los Estados Unidos en 1913, aliándose con los mencheviques-internacionalistas durante la Primera Guerra Mundial. Volvió a Rusia en mayo de 1917, se unió a los mezhraiontsy, y con ellos se unió también a los bolcheviques poco después. Asesinado por activistas eseristas en 1918.

Woytinsky, Vladímir (1885-1960) Menchevique. Proveniente de círculos intelectuales críticos, se unió a los bolcheviques en 1905; exiliado a Siberia. Pasó a formar parte de los mencheviques moderados durante la Primera Guerra Mundial. Activo en el soviet en Petrogrado en 1917. Huyó a Georgia después de 1917, después a Alemania en 1921.

Zasúlich, Vera (1849-1919) Activista marxista. Originariamente de ideas anarquistas, intentó asesinar al gobernador de San Petersburgo, Trépov, en 1878; exculpada por un jurado favorable. Se convirtió en marxista y cofundó Emancipación del Trabajo junto con Plejánov en 1883. Se unió a los mencheviques en 1903. Su activismo político se disipó tras 1905. Apoyó el esfuerzo bélico ruso en la Primera Guerra Mundial. Murió de causas naturales.

Zavoiko, Vasili (1875-1947) Activista derechista. Adinerado intrigante político, amanuense y consejero del general Kornílov. Parece que huyó de Rusia a los Estados Unidos después de la revolución.

Zinóviev, Grigori (1883-1936) Político y activista bolchevique; «viejo bolchevique» y colaborador de Lenin desde 1903. Estrechamente implicado en el movimiento revolucionario durante 1917; implicado en varias luchas de poder en el régimen a partir de entonces. Capituló ante él en 1928, pero finalmente fue ejecutado por Stalin.

PARA SEGUIR LEYENDO

La literatura sobre la Revolución rusa, incluso para aquellos de nosotros que solo nos atrevemos con el inglés, es vasta; hay mucho más de lo que podría leer cualquiera. Con el lector general en mente, lo que sigue es una breve y comentada lista de títulos selectos que me han parecido especialmente útiles y/o interesantes en la larga investigación para este libro, acompañada por unas glosas breves y, desde luego, subjetivas.

No he incluido en la lista muchas obras aceptables que creo que serían de mayor interés para los especialistas; he excluido aquellas que no incluyen un enfoque especial en el periodo entre Febrero y Octubre; y salvo por una irresistible excepción que me he permitido, he rehuido el placer de caer en la insondable tentación de mencionar las obras artísticas y de ficción sobre (o de) este periodo. Con unas pocas excepciones, me he centrado en libros, más que en ensayos académicos. También he evitado listar aquellos textos que no solo tratan este periodo, sino que también se escribieron en él —por ejemplo, cualquiera de los numerosos escritos de Lenin de aquellos meses, algunos mencionados en estas páginas—. Estos, y muchos más que son igualmente relevantes, están disponibles en la página www.marxists.org.

Inevitablemente habrá quienes objeten mis inclusiones o exclusiones. Mi argumento y mi esperanza simplemente es que esta lista pueda proporcionar algunos puntos de partida valiosos para cualquier lector dispuesto a profundizar en estos temas.

HISTORIAS GENERALES

E. H. Carr, *The Bolshevik Revolution, 1917-1923*, vols. 1-3 (1950-1953) [ed. cast.: *La revolución bolchevique (1917-1923)*, vol. 1: *La conquista y*

organización del poder; vol. 2: *El orden económico*; vol 3: *La Rusia soviética y el mundo*, Madrid, Alianza, varios años]. Esta es solo la primera sección de la monumental obra de Carr sobre Rusia. No es una narración, sino un análisis de las estructuras y dinámicas de la revolución; es largo, denso y está organizado idiosincráticamente pero rigurosamente. No es una lectura fácil: sin embargo, es una obra magistral y brillante.

William Henry Chamberlin, *The Russian Revolution 1917-1921* (1935) [ed. cast.: *La revolución rusa, 1917-1921*, Buenos Aires, Siglo Veinte, 1967]. Descrita desdeñosamente por Norman Stone como «una obra robusta», sigue siendo una buena introducción.

Orlando Figes, *A People's Tragedy* (1996) [ed. cast.: *La Revolución rusa, 1891-1924. La tragedia de un pueblo*, Barcelona, Edhasa, 2000]. Exhaustiva en alcance e investigación, escrita con una prosa fluida, y llena de anécdotas que hacen de ella una lectura atractiva. Sin embargo, este no es necesariamente el punto de partida más fácil para un lector nuevo; su escala y detalle pueden ser abrumadores para alguien que no esté familiarizado con el material. También se caracteriza por un poco convincente acento trágico sobre la malograda alternativa liberal; un marcado elitismo («cuando la gente aprende como adultos lo que los niños normalmente aprenden en las escuelas, les es difícil progresar más allá de las ideas abstractas más simples, haciéndoles resistentes a la subsiguiente absorción de conocimiento a un nivel más sofisticado»); calumnias absurdas («el odio e indiferencia al sufrimiento humano estaban en varios grados inscritos en las mentes de todos los líderes bolcheviques»); y una extraña obsesión con las chaquetas de cuero de los bolcheviques (las menciona, con desaprobación, cinco veces).

Sheila Fitzpatrick, *The Russian Revolution* (segunda edición, 2008) [ed. cast.: *La revolución rusa*, Buenos Aires, Siglo XXI, 4.^a ed., 2015]. Una útil introducción breve, aunque acompañada, de manera poco convincente, de una perspectiva «inevitabilista» de Lenin-lleva-a-Stalin.

Tsuyoshi Hasegawa, *The February Revolution, Petrograd: 1917* (1981). Excelente; se trata de la historia definitiva de los primeros días de 1917.

David Mandel, *The Petrograd Workers and the Fall of the Old Regime* (1983), y *The Petrograd Workers and the Soviet Seizure of Power* (1984). Marxista, toma partido, y el resultado es impresionante.

Richard Pipes, *The Russian Revolution* (1990) [ed. cast.: *La Revolución rusa*, Barcelona, Debate, 2016]. Como el libro de Figes, el largo libro de Pipes a

menudo es fascinante en todos sus detalles e historias —y también fascinante, aunque no del modo que pretende su autor, por la total virulencia de su animosidad contra la izquierda—. Analíticamente, la *bolcheviquefobia* de Pipes le lleva a adoptar posiciones completamente insostenibles, como que tanto la crisis de abril como las Jornadas de Julio fueron intentos bolcheviques por dar un *putsch*.

Alexander Rabinowitch, *Prelude to Revolution: The Petrograd Bolsheviks and the July 1917 Uprising* (1991), y *The Bolsheviks Come to Power* (2004). Excelente, meticuloso, detallado, emocionante, indispensable.

Victor Serge, *Year One of the Russian Revolution* (1930) [ed. cast.: *El año 1 de la revolución rusa*, Madrid, Siglo XXI, 1972]. A diferencia de (demasiados) observadores, este bolchevique de tendencias libertarias nunca permite que su compromiso con la revolución eclipse el análisis crítico de su trayectoria —de ahí la melancolía que subyace a su narración notablemente perspicaz, escrita no mucho después de ese mismo año—. Su punto de vista puede certificarse en una carta que publicó en la revista norteamericana *New Internationalist* en 1939: «Se dice a menudo que “el germen de todo estalinismo estaba en el bolchevismo desde su comienzo”. Bueno, no tengo objeción. Solamente que el bolchevismo contenía también muchas otras semillas, una enorme reserva de ellas, y aquellos que vivieron el entusiasmo de los primeros días de la primera revolución socialista victoriosa no deben olvidarlo. Juzgar al hombre viviente por la simiente muerta que revela la autopsia del cadáver —y que puede haber portado en él desde su nacimiento—, ¿es eso justo?». Esta maravillosa réplica al embuste habitual se ha hecho merecidamente famosa —tanto, que ha llegado a ser una especie de cliché socialista antiestalinista—. Lo que a menudo se les escapa a los admiradores, especialmente trotskistas, es que además de defender la tradición bolchevique, la cita concede que tenía tendencias autoritarias —que Serge no dudó en criticar.

Leon Trotsky, *History of the Russian Revolution* (1930) [ed. cast.: *Historia de la revolución rusa*, Buenos Aires, Razón y Revolución (RyR), 2.^a ed., 2013]. Justamente celebrada como una obra sobresaliente, vívida e históricamente valiosa.

DISCUSIONES TEÓRICAS Y VOLÚMENES RECOLECTADOS

Edward Acton, Vladimir Cherniaev y William G. Rosenberg (eds.), *Critical Companion to the Russian Revolution* (1997). Una colección absolutamente inestimable de ensayos sobre las gentes, organizaciones, debates y acontecimientos de la revolución, por un conjunto impresionante de escritores. Muchísimos de los ensayos entre sus páginas podrían listarse de manera individual en esta lista. En especial, el de Alexander Rabinowitch sobre María Spiridónova; el de Ziva Balili y Albert Nenarokov sobre Tsereteli y sobre los mencheviques; Michael Melancon sobre los eseristas y los eseristas de izquierda; así como otros artículos sobre las regiones.

Edith Rogovin Frankel, Jonathan Frankel y Baruch Knei-Paz (eds.), *Revolution in Russia: Reassessments of 1917* (1992). Incluye un valioso trabajo sobre las diversas regiones, el campesinado y los obreros, y los Guardias Rojos.

Mike Haynes, *Russia: Class and Power 1917-2000* (2002). Una historia general breve y provocadora. La aproximación de Haynes hacia la revolución, comprensiva, está en el corazón de su análisis de la posterior trayectoria de Rusia.

Steve Smith, *Red Petrograd* (1983). No es el libro más fácil para el lector general, sino un examen crucial de la clase obrera de Petrogrado, incluyendo a los comités de fábrica, los sindicatos y los detalles específicos del incipiente «control obrero».

VV.AA. (eds.), *Russia's Great War and Revolution Series*, cinco volúmenes, hasta ahora (2014—). La editorial Slavica está consagrada a este proyecto en marcha, consistente en múltiples volúmenes, donde cada uno incluye una colección de ensayos acerca de un tema compartido por expertos en el campo: en el momento en que escribo este libro hay cinco volúmenes, todos excepcionalmente útiles. Se mencionan de manera separada en las secciones siguientes.

Rex A. Wade (ed.), *Revolutionary Russia: New Approaches* (2004). Este libro contiene algunas piezas muy útiles, especialmente sobre historia social y cultural, incluyendo las sutilezas concretas del término «democracia», por Boris Kolonitskii, una mirada fascinante al crimen y la seguridad en Petrogrado por Tsuyoshi Hasegawa, y más ensayos de Michael Melancon sobre los eseristas.

ANARQUISTAS, BOLCHEVIQUES, MENCHEVIQUES, ESERISTAS

Barbara Allen, *Alexander Shlyapnikov, 1885-1937: Life of an Old Bolshevik* (2015). Esta biografía de un intelectual obrero bolchevique proporciona una vívida alternativa al foco que suele colocarse sobre los líderes mejor conocidos del partido, y una inmersión en la cultura política bolchevique, los debates internos, y todo lo demás.

Abraham Ascher (ed.), *The Mensheviks in the Russian Revolution* (1976). Una recopilación de documentos mencheviques, que ilustran el alcance y cambios de los análisis mencheviques antes, durante y después de la revolución.

Paul Avrich, *The Anarchists in the Russian Revolution* (1973), y *The Russian Anarchists* (2005) [ed. cast.: *Los anarquistas rusos*, Madrid, Alianza, 1974 (trad. de la edición de 1967)]. Un estudio pionero, que proporciona una inmersión en el proceso, desde la simpatía hacia él.

Tony Cliff, *Lenin* (4 vols., 1975-1979) [ed. cast. del vol. 1: *Lenin. La construcción del partido, 1893-1914*, Barcelona, El Viejo Topo, 2011]. El volumen 2 de este cuarteto es el más pertinente para este libro. Una biografía política valiosa y la articulación de un particular «leninismo». Aunque no sea hagiográfico, el entusiasmo de Cliff a menudo le lleva a «sabidurizar» retrospectivamente a Lenin y/o a «leninizar» una cierta sabiduría, como, por ejemplo, cuando describe a los bolcheviques durante el asunto Kornílov «siguiendo la línea tan claramente trazada por Lenin», cuando de hecho se trazó antes de que llegara cualquier opinión de Lenin —aunque esta posteriormente fuera de aprobación.

Isaac Deutscher, *The Prophet: The Life of Leon Trotsky* (2015) [ed. cast. de la biografía completa: *Trotsky*, vol. 1: *El profeta armado, 1879-1921*; vol. 2: *El profeta desarmado, 1921-1929*; vol. 3: *El profeta desterrado, 1929-1940*, México, Era, 1969 ss.]. Esta es la edición recopilada de la magistral biografía en tres volúmenes escrita por Deutscher en las décadas de 1950 y 1960.

Israel Getzler, *Martov: A Political Biography of a Russian Social Democrat* (1967). Un retrato ejemplar, escrito desde la simpatía pero no exento de críticas, del hombre al que Trotsky condenaría «al vertedero de la historia» por un escritor melancólicamente comprometido con los «perdedores» de la revolución (el término es suyo). Su libro posterior, *Kronstadt 1917-1921: The*

Fate of a Soviet Democracy (1983) también es de gran interés.

Lars T. Lih, *Lenin* (2011). Este brevísimo libro se elige aquí como introducción a la obra pionera de Lih. Durante muchos años, en libros y artículos, Lih ha revolucionado y desmitificado a menudo nuestra comprensión de las posiciones políticas de los revolucionarios rusos. El mejor ejemplo es su *Lenin Rediscovered: «What Is to Be Done?» in Context* (2006). La discusión (en este libro) de las respuestas de los bolcheviques a las «Cartas desde lejos» de Lenin se debe al trabajo archivístico de Lih, en «Letters from Afar, Corrections from Up Close» (2015), *Kritika: Explorations in Russian and Eurasian History*, vol. 16, n.º 4.

Jane McDermid y Anna Hillyar, *Midwives of the Revolution: Female Bolsheviks and Women Workers in 1917* (1999). Un texto crucial que trae a primer plano el papel central de las mujeres en la revolución, centrándose en las masas y activistas bolcheviques, así como en los cuadros mejor conocidos.

Oliver Radkey, *The Agrarian Foes of Bolshevism: Promise and Default of the Russian Socialist Revolutionaries February-October 1917* (1958). Un maravilloso y vívido retrato general de este extraño y fragmentado partido.

Liliana Riga, *The Bolsheviks and the Russian Empire* (2012). Fascinante visión del absoluto cosmopolitismo del movimiento revolucionario.

MÁS ALLÁ DE PETROGRADO

Sarah Badcock, *Politics and the People in Revolutionary Russia* (2007). La revolución, según fue experimentada desde una gran variedad de perspectivas en dos provincias del Volga, con un foco iluminador sobre la dinámica entre líderes políticos y bases.

Sarah Badcock, Liudmila G. Novikova y Aaron B. Retish (eds.), *Russia's Home Front in War and Revolution, 1914-22. Book 1: Russia's Revolution in Regional Perspective* (2015). Uno de los excelentes volúmenes en la colección de Slavica, con ensayos de un gran número de académicos sobre varias cuestiones y regiones.

Andrew Ezergailis, *The 1917 Revolution in Latvia* (1974). Un examen detallado de una de las regiones revolucionarias más interesantes y excitantes del imperio en 1917.

Orlando Figes, *Peasant Russia, Civil War: The Volga Countryside in*

Revolution, 1917-1921 (1989). Más especialista y delimitado que el libro por el que es famoso, y una clara y útil exposición de las trayectorias de la insurgencia rural.

Diane Koenker, *Moscow Workers and the 1917 Revolution* (1981). Una obra clásica, que se centra en la segunda ciudad, y en la política y activismo de su clase obrera.

Eric Lohr, Vera Tolz, Alexander Semyonov y Mark von Hagen (eds.), *The Empire and Nationalism at War* (2014). De la colección de Slavica, un estudio sobre la guerra, el imperio y la revolución en Rusia y sus territorios.

Kevin Murphy, *Revolution and Counterrevolution: Class Struggle in a Moscow Metal Factory* (2005). Un excelente examen detallado de la revolución desde abajo; esta obra ganó el Deutscher Memorial Prize.

Ronald Suny, *The Baku Commune, 1917-1918: Class and Nationality in the Russian Revolution* (1972). Una indispensable investigación sobre las complejidades de la política nacional y de clase, y su intersección.

TESTIGOS, MEMORIAS, Y FUENTES PRIMARIAS

W. Astrov, A. Slepikov y J. Thomas, *An Illustrated History of the Russian Revolution*, 2 vols. (1928). Anticuada y más bien oscura, pero llena de maravillosas fotografías y reportajes —incluyendo el relato cautivador de los paseos del teniente Sinegub por el Palacio de Invierno, de los que apenas hemos mostrado un breve fragmento en el presente libro.

Bessie Beatty, *The Red Heart of Russia* (1918). Tan florida a veces que roza lo cómico (en los primeros dos párrafos del libro, Petrogrado es un bosque iluminado por un argentino crepúsculo, y también es extraña, misteriosa, inescrutable, atractiva... y una vela —que atrae a las polillas, por supuesto—) pero, o como resultado de todo ello, es un relato extrañamente cautivador.

Louise Bryant, *Six Red Months in Russia* (1918). Un relato vívido y emocionante, de la pluma de una periodista radical.

Jonathan Daly y Leonid Trofimov (eds.), *Russia in War and Revolution, 1914-22: A Documentary History* (2009). Un maravilloso compendio de textos primarios, que van desde varias declaraciones oficiales y semioficiales, hasta cartas y testimonios anónimos.

Eduard Dune, *Notes of a Red Guard* (1993). Los recuerdos de los días de Dune como adolescente, un activista bolchevique en formación y miembro de la milicia armada. El libro incluye las vívidas memorias de la lucha urbana en Moscú, en Octubre.

Sheila Fitzpatrick y Yuri Slezkine (eds.), *In the Shadow of Revolution: Life Stories of Russian Women from 1917 to the Second World War* (2000). Historias vitales de un amplio espectro de mujeres que nos acerca poderosamente a las realidades vividas en esos días.

Michael Hickey (ed.), *Competing Voices from the Russian Revolution: Fighting Words* (2010). Una amplia y extraordinariamente útil colección de textos primarios, ordenados por temática.

A. F. Ilyin-Genevsky, *From the February Revolution to the October Revolution 1917* (1931). Unas memorias encantadoras y conmovedoras de un hombre que más tarde fue conocido como gran maestro de ajedrez, tanto o más que como revolucionario bolchevique.

Mark Jones (ed.), *Storming the Heavens: Voices of October* (1987). Más centrada y breve que la de Hickey, Pitcher o Steinberg, pero no menos valiosa en los fragmentos que contiene.

Dimitri Von Mohrenschildt (ed.), *The Russian Revolution of 1917: Contemporary Accounts* (1971). Valiosas memorias y relatos de primera mano editados por el que más tarde sería conocido como espía y *Cold War warrior* antisoviético, que murió a la edad de 100 años en 2002.

Harvey Pitcher (ed.), *Witnesses of the Russian Revolution* (segunda edición, 2001). Los testimonios recopilados aquí, a diferencia de aquellos de la mayor parte de recopilaciones, no están hechos por rusos, sino por visitantes en Rusia durante el año revolucionario: norteamericanos y británicos. Incluyen entre otros a Arthur Ransome y Morgan Philips Price, cuya valiosa escritura sobre el tema está recopilada en los volúmenes correspondientes.

F. F. Raskólnikov, *Kronstadt and Petrograd in 1917* (1925). Los vívidos recuerdos de una de las figuras clave de los revolucionarios de Kronstadt.

John Reed, *Ten Days That Shook the World* (1919) [ed. cast.: *Diez días que estremecieron el mundo*, Madrid, Akal, 6.^a ed., 2007]. Un relato, justamente celebrado, de un periodista comprometido.

Mark D. Steinberg (ed.), *Voices of Revolution, 1917* (2001). Un compendio de poderosos textos primarios distribuidos en tres secciones cronológicas, cada

una introducida por un útil ensayo. De este libro es de donde se ha extraído la carta de Kuchlavok. Es un ejemplo de escritura extraordinario que merece ser leído al detalle, en especial muchas de las dolorosamente conmovedoras cartas de los soldados.

Nikolai Sujánov, *The Russian Revolution of 1917: A Personal Record* (1984). Es imposible no quedar atrapados en los vívidos, reflexivos, sinceros y meticulosos recuerdos de uno de los grandes testigos, Sujánov.

OTROS

Boris Dralyuk (ed.), *1917* (2016). Una colección cautivadora de poesía y prosa del año revolucionario.

Orlando Figes y Boris Kolonitskii (eds.), *Interpreting the Russian Revolution* (1999) [ed. cast.: *Interpretar la revolución rusa. El lenguaje y los símbolos de 1917*, Madrid y Valencia; Biblioteca Nueva y la Universitat de València, 2001]. Esta colección incluye muchos ensayos excelentes sobre la cultura política de la revolución.

Murray Frame, Boris Kolonitskii, Steven G. Marks y Melissa K. Stockdale (eds.), *Russian Culture in War and Revolution, 1914-22*, Book 1: *Popular Culture, the Arts, and Institutions* (2014), y Book 2: *Political Culture, Identities, Mentalities, and Memory* (2014). Dos de los volúmenes de la colección de Slavica, que contienen ensayos de un gran número de investigadores sobre representación política, la memoria y la herencia cultural, entre un amplísimo espectro de cuestiones culturales.

Mary Hamilton-Dann, *Vladimir and Nadya: The Lenin Story* (1998). Un relato curioso pero fascinante de las vidas de la pareja revolucionaria, que desvela varios detalles que muchos otros mencionan solo de pasada. Lo mismo ocurre en el oscuro pero absorbente *Lenin in the Recollection of Finns* (1979).

Marianne Kamp, «Debating Sharia: The 1917 Muslim Women's Congress in Russia» (2015), *Journal of Women's History*, vol. 27, n.º 4. Un infrecuente material sobre este evento fascinante e importante.

David C. King, *Red Star over Russia: A Visual History* (2009). Pese a la anticuada monocromía de la mayor parte de fotografías, las imágenes de la revolución son absolutamente irresistibles, tanto en la iconografía deliberada

como en conjunciones inesperadas; como ilustran las imágenes aquí incluidas.

Adele Lindenmeyr, Christopher Read y Peter Waldron (eds.), *Russia's Home Front in War and Revolution, 1914-22, Book 2: The Experience of War and Revolution* (2016). Este libro de la colección de Slavica contiene ensayos sobre una extraordinaria variedad de temas de la Revolución rusa, incluyendo filantropía, alcoholismo, drogas, jardinería, monasticismo y la representación de los judíos.

Anatoly Lunacharsky, *Revolutionary Silhouettes* (1923) [ed. cast.: Anatoli Lunacharski, *Semblanzas de revolucionarios*, trad. del inglés de Pedro Scaron, Montevideo, Biblioteca de Marcha, 1970]. Una cautivadora serie de recuerdos de Lunacharski, de varios revolucionarios a los que conoció.

Richard Stites, *Revolutionary Dreams: Utopian Vision and Experimental Life in the Russian Revolution* (1989). En su mayor parte el texto clásico de Stites se centra en los primeros años del régimen revolucionario, pero se incluye aquí por el utopismo precursor que retrata, por su exposición hipnótica, emotiva, y a veces hilarante, de la vanguardia en la vida cotidiana.

Ian D. Thatcher, «The St Petersburg/Petrograd Mezhraionka, 1913-1917: The Rise and Fall of a Russian Social Democratic Workers' Party Unity Faction» (2009), *Slavonic and East European Review*, vol. 87, n.º 2. Parte del escasísimo material sobre el pequeño grupo, intelectual y políticamente brillante, asociado en particular a Trotsky. De todos los libros todavía no escritos sobre la Revolución rusa, un volumen sobre este «Grupo Interdistrital», con traducciones selectas, clama por ser escrito.

AGRADECIMIENTOS

Este libro, más que cualquier otra cosa que haya escrito, no solo se ha beneficiado de, sino que se apoya, en el compromiso y aportaciones de lectores e interlocutores. Estoy más agradecido de lo que puedo expresar por su paciencia y generosidad, y por su ayuda constante e intelectualmente estimulante, sus sugerencias y críticas.

Tengo una inmensa deuda con todos los escritores de cuyo trabajo he aprendido durante mi investigación. También he tenido el privilegio de recibir respuestas estimulantes y detalladas a los borradores de este manuscrito por parte de investigadores destacados en los temas que abordo, que en muchos casos incluso compartieron sus textos inéditos. Extiendo mi gratitud más sincera a Gleb Albert, Barbara Allen, Clayton Black, Eric Blanc, Lars Lih, Kevin Murphy y Ronald Suny. *Octubre* es incalculablemente mejor gracias a su generosa ayuda.

Estoy profundamente agradecido, también, a muchos otros lectores. Sus detalladas ideas y respuestas han sido inestimables. Mis agradecimientos a Mic Cheetham, Maria Headley, Frank Hemmes, Susan Powell, Jord Rosenberg y Rosie Warren.

En Rusia, tuve la inmensa suerte de disfrutar de la hospitalidad de Boris Kolonitskii, Artemy Magun, Yoel Regev, Alexander Reznik, Alexander Skidan y Elizaveta Zhdankova.

Estoy profundamente agradecido al Rockefeller Bellagio Center (Italia) por garantizarme una beca de residencia para la escritura de este libro. También estoy agradecido por su inestimable apoyo y ayuda, de muchas maneras, a David Broder, Valeria Costa-Kostritsky, José —Gurru— Corominas, Cassia Corominas-Miéville, Indigo Corominas-Miéville, Boris Dralyuk, Brian Evenson, Tsuyoshi Hasegawa, Stuart Kelly, Jemima Miéville

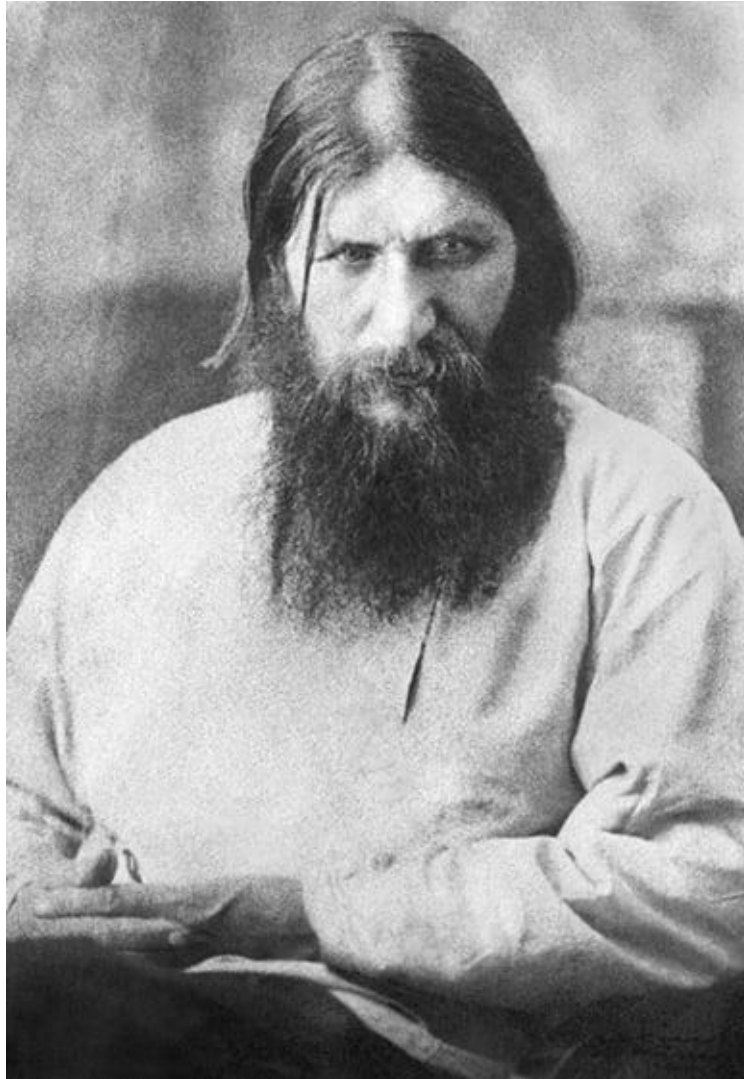
y Paul Robbins.

Por su solidaridad y amistad, y por ser fuentes constantes de inspiración política e intelectual, debo dar las gracias a los editores que cofundamos *Salvage*: Jamie Allinson, Richard Seymour y Rosie Warren.

Mis gracias también para todos los que componen la editorial Verso, especialmente Mark Martin, Anne Rumberger, Sarah Shin y Lorna Scott-Fox, por el trabajo de edición, más allá del deber. Finalmente, en especial, estoy agradecido a Sebastian Budgen, mi editor y amigo. Este libro llegó a existir gracias a su propuesta, y con él he contraído una inmensa deuda intelectual y política.



El zar Nicolás II y la zarina Alejandra, febrero de 1913.



Grigori Rasputín, 1916.



Vladímir Ilich Uliánov, más conocido como Lenin.



«Konstantín Petróvich Ivánov»: un Lenin afeitado y disfrazado, agosto de 1917.



Aleksandra Kollontai, una provocadora y brillante líder bolchevique.



León Trotsky, «carismático y áspero, brillante y polémico, persuasivo y duro».



El extravagante abogado y político Aleksandr Kérenski, 1917.



María Spiridónova, que a la edad de veinte años disparó y mató a un brutal jefe de policía.



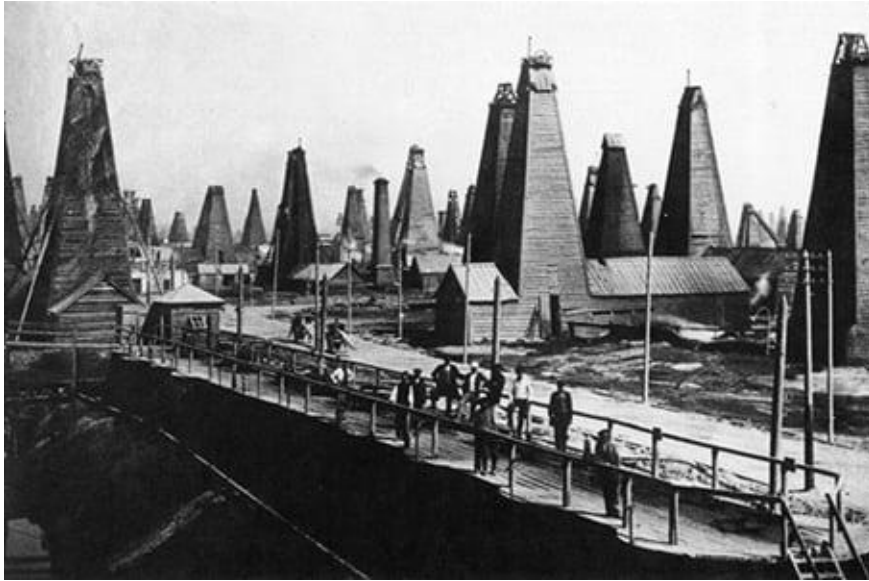
El líder menchevique Julius Mártov, «un bohemio bastante encantador... por predilección propia un frecuentador de cafeterías, indiferente a la comodidad, siempre discutiendo y un poco excéntrico».



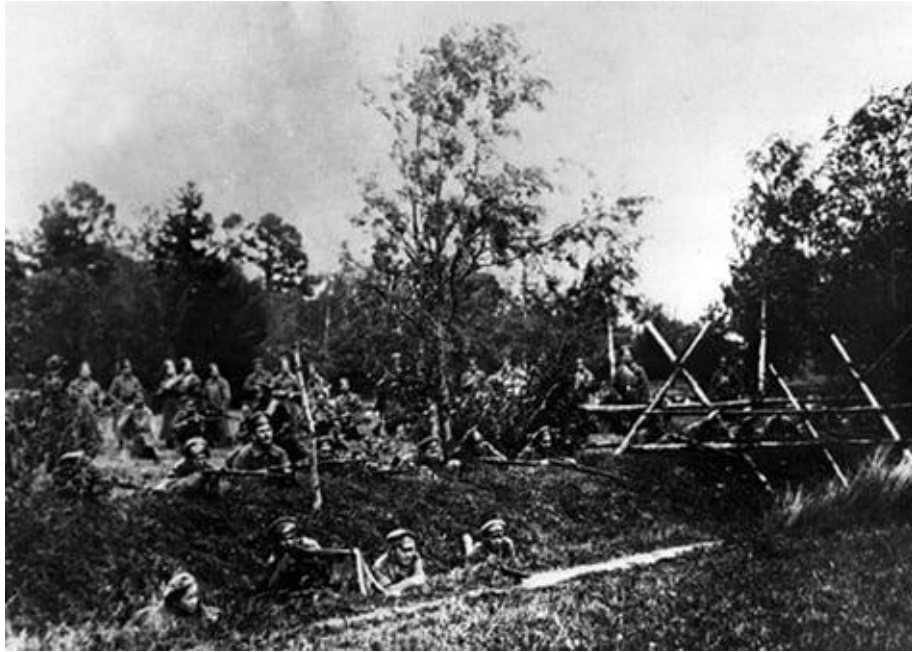
Manifestación en Petrogrado, febrero de 1917.



Soldados revolucionarios en las calles de Petrogrado, mientras se difunde la noticia de la abdicación del zar, en marzo de 1917.



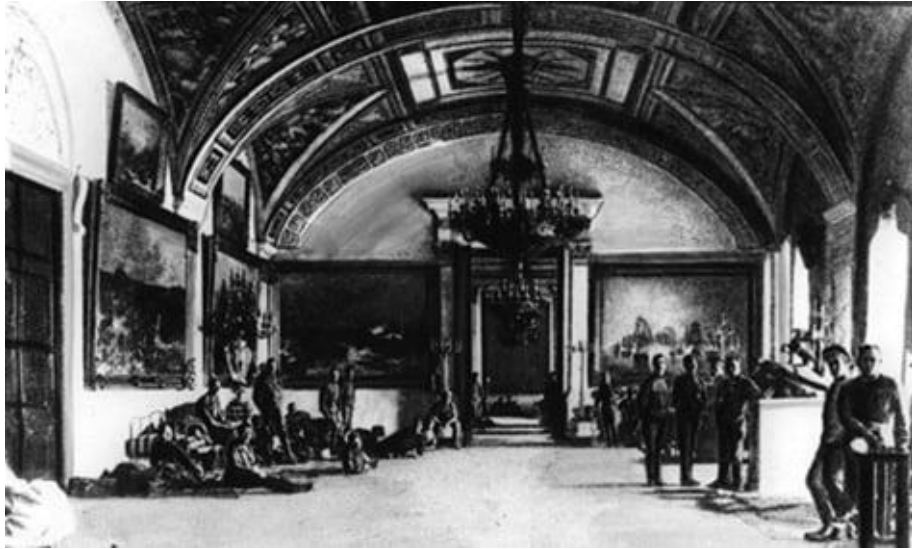
«En marzo las manifestaciones en favor de la revolución agitaron Bakú, Azerbaiyán... un mosaico de edificios medievales y modernos observados por los escarpados zigurats de torres de perforación petrolíferas».



Un puesto avanzado de soldados del Soviet de Petrogrado, listos para enfrentarse al general Kornílov, en agosto de 1917.



Miembros de la Guardia Roja, bajo una bandera que reza «Por la salud de los pueblos armados, sobre todo los trabajadores».



Cadetes asediados en el Palacio de Invierno, en la víspera de la Revolución de Octubre.



El crucero de guerra *Aurora*, tras la revolución.



Yaroslav Serguéievich Nikoláyev, *El día de la muerte de Lenin* (1957), óleo sobre tela, Museo Estatal Ruso, San Petersburgo. «La revolución de 1917 es una revolución de trenes»



CHINA MIÉVILLE. Nació en 1972 en Londres, la ciudad en la que ha residido buena parte de su vida. Cuando se dio a conocer como uno de los valores más prometedores, especialmente a raíz de publicar la editorial Tor su novela *El rey rata* una fantasía oscura de corte urbano que se inspira en una pantomima que vio siendo un niño y, afortunadamente para sus lectores, le impresionó profundamente, despertó ciertas dudas sobre su sexo que quedaron disipadas cuando explicó los orígenes de su nombre.

Aunque pudiese parecer lo contrario, China es su verdadero nombre. Una reminiscencia del pasado *hippie* de sus padres, sin duda. Fieles al espíritu de la época, estos buscaron en el diccionario una «palabra hermosa». China parecía una buena elección y les decidió el hecho de que, además, significa «amigo» en la jerga popular. La unión no duraría mucho, la pareja se separó cuando él tenía año y medio.

El joven creció publicando lovecraftianas tiras de cómic en blanco y negro en fanzines y prozines, leyendo *Interzone* y escribiendo relatos de fantasía y ciencia ficción. Si bien se mantiene sumamente atento a la literatura fantástica y de ciencia ficción, admite su desinterés por el terror moderno; en esa materia se ciñe a los clásicos. Entre sus obras favoritas, suele citar *The Borribles*, de Michael de Larrabeiti y *Mother London*, de Michael Moorcock. Otro de los grandes nombres que menciona es M. R. James, sus historias de fantasmas siguen cautivándolo. Entre otras influencias reconocidas destacan

el surrealismo especialmente, su faceta cinematográfica, destacando Breton y Buñuel y escritores como Lautreamont, Kafka, Bulgakov, Cortázar, Mervyn Peake, Michael Moorcock, Iain Banks, Jack Vance, Kim Stanley Robinson, Steven Brust y Ken Macleod.

China se reconoce un fanático del *jungle* y el *hip hop*, como el que practica uno de sus grupos preferidos: Busta Rymes and the Roots.

Miéville es un hombre muy culto, estudioso y completamente comprometido en el ámbito político y social. Y su interés dista de ser puramente teórico. El 2 de mayo de 2001 fue arrestado por la policía durante una manifestación de protesta para evitar la clausura de una guardería londinense. No es la primera vez; de hecho, suma numerosas detenciones por sus manifestaciones ante el Parlamento británico. Pese a ello, ha sido candidato oficial del Socialist Alliance Party al Parlamento en las elecciones de junio de 2001.

Desde los veinte años estuvo vivamente interesado en el socialismo doctorado en Relaciones Internacionales y Filosofía de Derecho Internacional, suele precisar que no está interesado en practicar la profesión, sino en desarrollar sus teorías sociales y filosóficas y la literatura marxista, lo cual no significa que abogue por modelos periclitados como la República Popular China o la antigua Unión Soviética. Ha cursado estudios en Harvard (1996-1997) y Cambridge.

Entre su obra de ensayo llama la atención *The Conspiracy of Architecture: Notes on a Modern Anxiety*, publicada en el número dos de *Historical Materialism*. Es buena prueba de la pasión que siente por los edificios, la arquitectura y los escenarios urbanos en general. No en vano ha calificado su obra, fruto de una peculiar combinación de elite intelectual e inclinación por la parte más vital y oscura de la sociedad, como «gótico urbano». Entre las ciudades en las que le gustaría vivir aparecen siempre Nueva York y El Cairo, lo cual no debe extrañar pues, pesaroso, reconoce su fracaso en su intento de aprender árabe, de cuya cultura se declara admirador.

Heterodoxo y atípico, dueño de una prosa rica resultado de su particular mezcla de estilos e influencias y cultivador de una obra fascinante, China Miéville es una de las plumas más apreciadas del panorama literario británico. Su éxito número uno en ventas en el Reino Unido avala el espaldarazo que le ha concedido la crítica especializada del Reino Unido y los Estados Unidos.

Notas

[1] El término utilizado por el autor es *rough music*. En *Crime, Cultural Conflict, and Justice in Rural Russia, 1856-1914* (Oakland, University of California Press, 1999, p. 249), Stephen P. Frank equipara los términos «katzenmusik», «scampanata», «shivaree» o «charivari» y «rough music»; esta última sería aquí la traducción del ruso *vozhdenie*. Todos estos términos compartirían este mismo sentido de escarnio, castigo público. En otros trabajos recientes sobre la Revolución rusa que mencionan estas costumbres, se equipara «charivari» a «rough music», aunque no tendrían por qué ser siempre equivalentes; de hecho, Julio Caro Baroja («El charivari en España», *Historia 16*, n.º 47, 1980), vincula los términos «charivari» y «katzenmusik» a «cencerrada», donde la connotación de castigo o linchamiento público varía o se limita a casos específicos (adulterio o nupcias «inmorales» según las costumbres locales, etcétera) [N. del T.]. <<

[2] «Ese *gallo*», en Scholem Aleijem, *Cuentos y monólogos*, trad. Mario Cales, Buenos Aires, CDA, 1980 [*N. del T.*]. <<

[3] Tomando como referencia la traducción inglesa que aporta Miéville —sea o no literal—, al compararla con la versión en castellano de la *Historia de la revolución rusa* de Trotsky disponible en www.marxists.org (ed. Red Vasca Roja), vemos que Trotsky suena bastante más «eurocéntrico» de lo que sugiere la versión que da Miéville, mientras que, en la edición de la editorial bonaerense Razón y Revolución (RyR) (véase, p. ej., su versión de este fragmento de la cita anterior: «Los países atrasados asimilan las conquistas materiales e ideológicas de las naciones avanzadas. Pero esto no significa que sigan a estas últimas servilmente»), la traducción suena mejor políticamente, pero tiene añadidos («ideológicas» en vez de «intelectuales», o toda la última frase), y varias modificaciones y modismos propios. En este, como en otros casos, nos ceñiremos al texto original de Miéville readaptando puntualmente las traducciones disponibles en castellano (como, en este caso concreto, la de RyR) [N. del T.]. <<

[4] Y numerosas secuelas posteriores. Tics que eran «una molestia» para quienes, como Mijaíl Botvinnik, fueron sus rivales en posteriores campeonatos nacionales de ajedrez: «Ilyin, que había añadido “Genevsky” a su apellido cuando se encontraba en Ginebra por sus ideas marxistas [...] se frotaba las manos muy muy rápido, con un movimiento oscilante, mientras hacía un gesto como de escupir sobre su hombro izquierdo». Andy Soltis, *Mikhail Botvinnik: The Life and Games of a World Chess Champion*, Jefferson (NC), Mcfarland, 2014, pp. 24-25 [N. del T.]. <<

[5] La tradición del término ucraniano «*universalny*» proviene de su empleo en los decretos oficiales de dos líderes históricos ucranianos, los atamanes cosacos Bogdán Jmelnitski (1595-1657) e Iván Mazepa (1639-1709). Cfr. Paul Robert Magocsi, *A History of Ukraine*, Toronto, UTP, 1996, pp. 475 y 473 y ss [N. del T.]. <<